

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Año II - Nº 4 - Marzo de 2014



Ilustración de
Martín Galdúa,
especial para *Archivos
de historia del
movimiento obrero y la
izquierda*

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Programa de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda (PROHMOI).

Correo postal: Franklin 822, 2º, (1405) CABA - Argentina

En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Comité Editor

Alejandro Belkin
Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero
Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso
Universidad de Buenos Aires - Conicet
Universidad Nacional de San Martín

Natalia Casola
Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso
Universidad de Buenos Aires

Hernán Díaz
Universidad de Buenos Aires

Daniel Gaido
Universidad Nacional de Córdoba - Conicet

Carlos Herrera
Université de Cergy-Pontoise, Francia

Antonio Oliva
Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro
Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy
Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo
Universidad de Buenos Aires

Claudia Santa Cruz
Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman
Universidad de Buenos Aires - Conicet

Gabriela Scodeller
Universidad de Buenos Aires - Conicet

Paula Varela
Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

Bernhard H. Bayerlein (Centre for Contemporary History Potsdam. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania) – **Ricardo Melgar Bao** (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México) – **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) – **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) – **Richard B. Day** (University of Toronto, Canadá) – **Nicolás Iñigo Carrera** (Conicet. UBA. PIMSA) – **Eduardo Grüner** (UBA) – **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) – **Peter D. Thomas** (Brunel University, London. *Historical Materialism*, Inglaterra) – **Andréia Galvão** (Arquivo Edgard Leuenroth, Unicamp, Brasil) – **Pablo Pozzi** (UBA) – **Stathis Kouvelakis** (King's College, Inglaterra) – **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) – **Oswaldo Coggiola** (Universidade de São Paulo, Brasil) – **Omar Acha** (UBA-Conicet) – **Alejandro Schneider** (UBA, Universidad Nacional de La Plata) – **Agustín Santella** (UBA-Conicet) – **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism*, Inglaterra) – **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) – **Olga Ulianova** (Instituto de Estudios Avanzados, USACH. Revista *Izquierdas*, Chile) – **Victor Jefets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia) – **Immanuel Ness** (Brooklyn College, City University of New York, EE.UU.) – **Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia).

ISSN: 2313-9749

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Índice

Presentación	5
--------------------	---

Dossier: “Del Cordobazo al clasismo: protesta obrera y alternativas culturales”

Opciones visuales en torno a la protesta obrera. De <i>La hora de los hornos</i> (1968) a <i>Los traidores</i> (1973), por <i>Mariano Mestman</i>	11
Clase y partido. Surgimiento, proletarización y militancia fabril del PRT - La Verdad (1968-1972), por <i>Martín Mangiantini</i>	31
Insurrección obrera y compromiso intelectual. <i>Los Libros</i> y <i>Cristianismo y Revolución</i> frente al Cordobazo y el Viborazo, por <i>Adrián Celentano</i>	53
Insubordinación obrera en Córdoba. Las “huelgas salvajes” de 1970-1971 en la industria metalmecánica y la experiencia del Sitrac clasista, por <i>Carlos G. Mignon</i>	77

Artículos

Criminalizar al rojo. La represión al movimiento obrero en los informes de 1934 sobre la Sección Especial, por <i>Mercedes F. López Cantera</i>	101
Del sindicato a la central obrera en una trayectoria de provincia: Tucumán en los años 30, por <i>María Ullivarri</i>	123

Perfiles

Pierre Broué (1926-2005). Historiador del trotskismo y las revoluciones del siglo XX, por <i>Alicia Rojo</i>	145
---	-----

Crítica de libros

<i>El Partido Comunista de Argentina y la III Internacional. La misión de Williams y los orígenes del penelonismo</i> (de Lazar S. JEIFETS y Victor L. JEIFETS), por <i>Hernán Camarero</i>	167
<i>Tucumanazos. Una huella histórica de luchas populares: 1969-1972</i> (de Silvia Nassif), por <i>Alejandro Jasinski</i>	170
<i>Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida, 1920-1946</i> (de Matthew Karush), por <i>Federico Martocci</i>	174
<i>Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta, 1973-1978</i> (de Federico Lorenz), por <i>Leandro Molinaro</i>	177
<i>Los Montoneros del barrio</i> (de Javier Salcedo), por <i>Esteban Campos</i>	180
<i>El hombre que amaba a los perros</i> (de Leonardo Padura), por <i>Walter L. Koppmann</i>	182
<i>Patagonia. Conflictividad social y neoliberalismo. El noroeste de Chubut, 1990-2005</i> (de Gonzalo Pérez Álvarez), por <i>Antonio Oliva</i>	185
Instrucciones para los autores	189

Presentación

El período que abrió el Cordobazo de mayo de 1969 en la Argentina estuvo caracterizado por el ascenso de las luchas obreras y la radicalización ideológico-política. Si bien ello desembocó en una situación finalmente canalizada por el regreso del peronismo al poder, en el transcurso fue perceptible el crecimiento de las fuerzas de la izquierda revolucionaria y la emergencia de una nueva vanguardia sindical-política, que en el campo específico de los trabajadores se corporizó en el llamado “clasismo”. La salida electoral de 1973, sin cerrar esa etapa, la matizó con otros elementos. El objetivo de este dossier, “Del Cordobazo al clasismo: protesta obrera y alternativas culturales”, es abordar ese intenso y convulsivo ciclo de cuatro años a partir de algunas de sus especificidades. Su título en cierta manera quiere recordar el texto que hace veinte años escribiera uno de los protagonistas de esta historia, Gregorio Flores: *Sitrac-Sitram: Del Cordobazo al clasismo*. Un elemento que le confiere originalidad al enfoque global aquí planteado es el entrecruzamiento que se propone entre las dimensiones de la historia social, política, intelectual y cultural.

El artículo de Mariano Mestman explora la dinámica de la protesta obrera ocurrida en ese tiempo desde un ángulo particular: en las maneras en las que el cine político argentino las representó. Coteja los modos en que se utilizaron las imágenes de las ocupaciones de fábricas y la lucha de calles. Encuentra una suerte de disputa visual entre las producciones filmicas privilegiadas en el estudio, ambas de carácter emblemático: *La hora de los hornos* (1968), del grupo Cine Liberación, vinculado al movimiento peronista; y *Los traidores* (1973), del grupo Cine de la Base, vinculado al PRT-ERP. Martín Mangiantini refiere al nacimiento y desarrollo del Partido Revolucionario de los Trabajadores-La Verdad, tras la ruptura ocurrida en 1968 con la fracción liderada por Mario Santucho. Analiza el posicionamiento político global de dicha organización trotskista en el contexto de los años del pos Cordobazo y,

en especial, considera las estrategias y tácticas que aquella dispuso para su objetivo de “proletarización”, es decir, de intentar insertarse en la clase obrera, desde los sitios de trabajo, los conflictos y la participación en las organizaciones gremiales. Adrián Celentano se ocupa de algunas interpretaciones que, en el campo de la “nueva izquierda intelectual” surgida en la segunda mitad de los años 60, se efectuaron respecto de la secuencia política desarrollada entre el Cordobazo y el Viborazo (1969-1971). Seleccionando ciertas intervenciones escritas, aparecidas en dos revistas culturales claves de la época, *Los Libros* y *Cristianismo y Revolución*, el autor hace un relevamiento de algunas discusiones producidas allí acerca del movimiento obrero, las insurrecciones cordobesas, la cuestión del partido y las acciones de las organizaciones revolucionarias armadas y no armadas. Finalmente, Carlos Mignon presenta un recorrido por las “huelgas salvajes” protagonizadas por los obreros de la industria metalmeccánica de Córdoba durante los años 1970-1971, en las cuales se fraguó una nueva conducción “clasista” en el Sitrac (Sindicatos de Trabajadores de Concord-Fiat). Investiga el tipo de protesta que representó, la cual fue organizada por fuera de las programaciones sindicales y destinadas a causar el máximo de daño a la producción. En su visión, ello respondía a los cambios operados dentro de la composición de clase del proletariado metalmeccánico, combinado con la actuación de la izquierda. De conjunto, en los cuatro trabajos se produce una fértil complementación y contrapunto entre las maneras que adoptó la conflictividad de clases, sus formas de representación visual, cultural e intelectual, y el papel asumido por la izquierda, en una coyuntura clave en la historia del movimiento obrero.

Los dos trabajos de la sección “Artículos” abordan problemas referidos a la historia de la izquierda y de las luchas y organización de los trabajadores durante la década de 1930 en la Argentina. En el de Mercedes López Cantera se identifica el modo en que el aparato estatal empleó la criminalización de ciertas actividades políticas de la izquierda en el mundo laboral para aumentar el disciplinamiento sobre la clase obrera. Lo hace a partir de un estudio del proceder, en 1934, durante el gobierno de Justo, de la Sección Especial de Represión al Comunismo, así como de las respuestas que las políticas represivas tuvieron por parte del Socorro Rojo Internacional. En la investigación de María Ullivarri se exploran las trayectorias de unidad de los sindicatos de Tucumán, reconstruyendo la creación de las centrales obreras en ese espacio regional entre 1930 y 1943. La autora considera los procesos de construcción gremial a partir de la tensión combinada entre elementos provinciales, nacionales e internacionales, así como también su combinación con las diversas estrategias políticas o sindicales de los protagonistas.

La clásica sección “Perfiles” se dedica en este número al historiador

trotskista francés Pierre Broué. Allí, Alicia Rojo propone un detenido examen de su vida y obra, especializada en el estudio del movimiento cuartainternacionalista en todo el mundo así como en las grandes revoluciones del siglo XX. Por último, cerramos la presente edición de **Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda** con “Crítica de Libros”, en donde ofrecemos distintas evaluaciones sobre algunos de los títulos recientes referidos a nuestras temáticas en Argentina y otros países.

DOSSIER:

**Del Cordobazo al clasismo:
protesta obrera
y alternativas culturales**

Opciones visuales en torno a la protesta obrera. De *La hora de los hornos* (1968) a *Los traidores* (1973)¹

Mariano Mestman

UBA-CONICET

*A Humberto Barroso y Octavio Getino
In memoriam*

Obreros detrás del enrejado perimetral de las fábricas, subidos a los techos, con carteles y banderas, ocupando las instalaciones; trabajadores movilizados, en manifestaciones masivas, organizando barricadas en las calles, enfrentándose con la policía. Se trata, lo sabemos, de imágenes típicas del conflicto gremial durante el siglo XX que encontramos en casi todas las películas sobre el tema, sea como registro directo, incorporado como archivo o reconstruido, escenificado ad hoc en un film documental o de ficción. Si pensamos en el cine argentino de intervención política de fines de la década de 1960 e inicios de la siguiente, las imágenes del Cordobazo se imponen como principal referencia visual de las luchas obreras. Presentes en casi todos los films, emblematizando un punto de inflexión en la historia política nacional, de algún modo desplazaron de nuestra memoria otras secuencias del accionar sindical. Sin embargo, hubo otras imágenes que en muchos casos compartieron con las del estallido cordobés –y otras veces le disputaron– la simbolización de las luchas del período. Entre ellas, las de ocupaciones fabriles.

Un archivo recurrente

No nos detendremos aquí en los sucesos del 29 y 30 de mayo de 1969 en Córdoba, durante el gobierno militar del general Juan Carlos Onganía, respecto del cual existe una importante bibliografía. Como se sabe, hay coincidencia en que este episodio alteró por su envergadura

1. Agradezco los comentarios de Pablo Ghigliani para el presente artículo.

el clima político nacional (junto a las revueltas previas y posteriores de ese mismo año, como los Rosariazos). En lo inmediato, los estallidos precipitaron la caída de Onganía al año siguiente; y en adelante el Cordobazo, “nuestra Comuna” (Ghigliani, 2009), configuró un símbolo de la insurrección popular al abrir un período de “lucha de calles” y, en especial en Córdoba, apuntalar el desarrollo de tendencias clasistas en importantes sindicatos.

Las imágenes del hecho captadas por las cámaras de la televisión llevaron a los hogares la irrupción violenta de la protesta, dando cuenta del desorden y la confusión reinante en un primer momento mientras los enfrentamientos tenían lugar en el casco céntrico de la ciudad. Los movimientos rápidos de cámara a altura humana, en medio de las corridas, los gases y los disparos, transmitían lo vertiginoso de los hechos. Los titubeos de la cámara al hombro reponían la sensación de sorpresa e imprevisibilidad; de lo incontrolado de los acontecimientos captados (Varela, 2005: 236).

Pero desde el momento mismo de su registro, esas imágenes televisivas estuvieron en disputa. No sólo porque fueron acompañadas por las palabras de los corresponsales que las enviaban, y en su transmisión (que no fue directa, en vivo, sino al día siguiente y en los sucesivos) se presentaron editadas y “comentadas” de diverso modo. También porque fueron apropiadas y resignificadas por el cine político. En un trabajo anterior (Mestman y Peña, 2002), estudiamos cómo casi todas las películas militantes de la década que siguió al hecho (1969-1979), se refirieron al Cordobazo utilizando un mismo fragmento televisivo para representarlo como *inflexión* histórica y proclamar que a partir de allí se generalizaba la protesta antidictatorial, las clases populares retomaban la iniciativa o se producía un salto cualitativo. Ese fragmento de archivo recurrente muestra a la policía montada avanzando por una calle a todo galope hacia un grupo de manifestantes mientras éstos comienzan a arrojarle piedras y cascotes hasta que los jinetes de modo desordenado y precipitado dan media vuelta en súbita retirada.

El uso de estas imágenes da cuenta del funcionamiento del cine militante frente a los posibles “límites” del registro televisivo de este tipo de hechos. Interesado en el “efecto directo” de las imágenes por la autenticidad y potencial identificación que aportan las tomas desde el interior mismo de las movilizaciones, el cine político se preocupa al mismo tiempo por achicar lo más posible los márgenes de ambigüedad. La selección de ese fragmento y su significación (también) desde las voces de autoridad de los films resultan imprescindibles cuando se trata de expresar las tesis militantes que interpretan el acontecimiento: desde la referencia, apenas producidos los hechos, en *Ya es tiempo de violencia* (Enrique Juárez, 1969) al momento en que “comenzamos

a ser nosotros los dominadores de la situación” o, en el fragmento de Pablo Szir del film colectivo *Los caminos de la liberación* (Realizadores de Mayo, 1969), donde se afirma “a cascotazos limpios los hicimos retroceder”, pasando por la consideración de que “la marea empezaba a darse vuelta” (*Operación Masacre*, de Jorge Cedrón, 1972-1973), hasta las reconstrucciones posteriores al golpe militar de 1976 que ubican en el Cordobazo el origen de “un nuevo entusiasmo y confianza (de) las masas”, en *Las vacas sagradas* (Jorge Giannoni-Alvaro Melián, 1977), “una victoria obrera entre las llamas”, en *Montoneros. Crónica de una guerra de liberación* (Ana Amado-Nicolás Casullo, 1976), o el “retroceso de los verdugos”, en *Resistir* (Julián Calinki/Jorge Cedrón, 1978). En otros casos, esas imágenes emblemáticas se (re)significaron al compaginarse con canciones de protesta como la *Marcha de la bronca* en *Los traidores* (Raymundo Gleyzer, 1973) o con el propio *Himno Nacional* en *La tortura política en Argentina, 1966-1972* (Carlos Vallina y otros, 1972). Y aún en casos en que esa secuencia no se incorpora a los films, es “sustituida” por otros registros o reconstrucciones ad hoc con un significado similar de avance del pueblo y retroceso de las fuerzas represivas, como ocurre en *Los hijos de Fierro* (Fernando Solanas, 1975).

De este modo, en estas (y otras) películas el Cordobazo se lee como punto de inflexión en la serie histórica, y sus imágenes simbolizan una épica de insurrección obrera y popular. Pero hay diferencias en la significación histórica atribuida al hecho entre los realizadores vinculados al peronismo y aquellos vinculados a la izquierda marxista. Mientras en los primeros se observa una tendencia a ubicar el acontecimiento como un momento más (aún cuando destacado) de las luchas de la Resistencia desde 1955 –e incluso en algún caso como el punto de llegada más alto y que abriría una nueva etapa en la que Perón o el peronismo ocuparían un lugar protagónico–, en los segundos se focaliza en cómo el Cordobazo expresaría la aparición de una alternativa revolucionaria clasista, independiente de viejos liderazgos políticos o sindicales.

La palabra obrera

La “toma de la palabra”, tal como fue pensada en relación con los sucesos del 68 en el plano mundial, se produce en primera instancia en “acto”, es decir, durante el hecho mismo: las masas / los sujetos en las calles de Córdoba, ocupando la ciudad, construyendo barricadas, se expresan con su cuerpo y su voz. Al quemar ciertos locales del poder económico, y no otros; al destrozar las vidrieras, sin robar; al colgar ciertos carteles, pronunciarse en asambleas, etc., irrumpen en la escena política, y significan su protesta. Pero al momento de ser mediatizada por el cine político, su palabra propiamente dicha sigue diversos caminos.

Uno de ellos es el recorrido en dos películas realizadas apenas ocurridos los hechos: un corto de Pablo Szir incorporado en *El camino de la liberación*, film colectivo del grupo Realizadores de Mayo compuesto por diez cortometrajes;² y el largometraje documental *Ya es tiempo de violencia*, de Enrique Juárez. Ambos materiales documentales se singularizan por el modo en que introducen testimonios de obreros participantes de la revuelta, ya que los sintetizan y recrean en una voz protagonista.

Ya es tiempo de violencia comienza con una voz *over* dominante que luego de unos minutos cede la autoridad textual al testimonio (también en *off*) de un obrero que reconstruye su vivencia personal de los hechos. De este modo, el registro de la voz se modifica: ya no se trata de la retórica (neutra o solemne) del narrador, sino de la palabra de un “compañero”, desplegada en un lenguaje más coloquial y que pasa por las tres secuencias temporales “clásicas” del Cordobazo: 1) la salida de las columnas masivas desde los lugares de trabajo en la mañana del 29 de mayo; 2) el asesinato al mediodía del obrero Máximo Mena, la escalada en el enfrentamiento, la ocupación de zonas de la ciudad y la superación de la policía por los manifestantes; 3) la irrupción del ejército desde esa tarde/noche y la recuperación de la ciudad al día siguiente. Esta voz obrera participa de modo notable de la interpretación de los hechos y es incluso la que “ancla” el sentido de las citadas secuencias de los manifestantes haciendo retroceder a la policía montada.

Según sabemos, este relato fue reconstruido por Enrique Juárez en base a entrevistas a partícipes del Cordobazo, y fue puesto en la voz de un actor. Aunque, entonces, tendría su origen en testimonios “verdaderos” (en esas entrevistas a protagonistas reales), en su configuración final para el film esa palabra obrera asume una identidad singular, selectiva respecto del universo de ideologías e identidades gremiales y políticas presentes en las calles de Córdoba y que sin duda resulta afín a la posición del cineasta en esa coyuntura. Como si fuera “al pasar” nos enteramos que quien habla es un obrero mecánico afiliado al sindicato SMATA (uno de los más movilizadas durante las jornadas de mayo), que durante los años previos, viviendo en Buenos Aires o en Córdoba, adhirió al peronismo y sus conquistas, y que al mismo tiempo reivindica la democracia sindical antiburocrática que conoció al llegar a Córdoba.³

2. Realizados por: Mauricio Berú, Nemesio Juárez, Rodolfo Kuhn, Octavio Getino, Jorge Martín (Catú), Humberto Ríos, Rubén Salguero, Eliseo Subiela, Pablo Szir.

3. La revista *Cine Cubano* (n° 63-65, 1970: 37-40) reprodujo el testimonio obrero del film, con variaciones mínimas y con la aclaración de que se trataba de una “recopilación, de tres que se hicieron”, reelaborada por los autores, sacándole las preguntas, y “dicha por un actor”. Por su parte, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider reprodujeron un testimonio atribuido a un obrero mecánico, que es probable que se trate de una de las tres entrevistas compiladas. Lo citan como perteneciente a “Martín” y “regis-

Por su parte, el corto de Pablo Szir es el único de los que integra *El camino de la liberación* que trabaja sobre las imágenes del Cordobazo siguiendo un testimonio obrero. También aquí es una síntesis de testimonios reales, emitida en off por la voz de un actor. En este caso las imágenes de los hechos se intercalan con otras de los días posteriores que muestran sus consecuencias. De este modo, el corto se inicia con el regreso de un trabajador a su fábrica, la IKA Renault, pocos días después del estallido. El viaje en autobús le permite reflexionar con un monólogo interior mientras observa los vestigios, las huellas de la revuelta: pintadas en las paredes, destrozo de locales o autos quemados. Desde allí, estas imágenes de días posteriores se intercalan con las del Cordobazo. La primera persona (también aquí un obrero peronista) refiere con frecuencia, como en el otro caso, a un nosotros inclusivo que relata los sucesos siguiendo la cronología clásica referida, construye una épica del más débil que va perdiendo el miedo al sentirse entre sus compañeros y formula la justicia del accionar colectivo (“la violencia justa, limpia, indispensable”) como respuesta a la violencia oficial.

En ambos films, al caer la noche, el trabajador busca un revólver en su casa, regresa al centro de la ciudad, se esconde entre los techos y dispara contra las fuerzas represivas. En ambos casos también, el final de la palabra obrera presenta proclamas insurreccionales que expresan el significado “revelador” de la experiencia vivida, la toma de conciencia por parte del sujeto protagonista en cada caso (a lo cual la violencia contribuye de modo decisivo) y sintetizan aquello que el Cordobazo representó para gran parte de una nueva izquierda (peronista o marxista) ascendente en la Argentina: un camino que vincula la movilización gremial, la lucha de calles y la lucha armada; y que aquí es narrado por esos relatos obreros bien articulados (y a cargo de un actor, recordémoslo) pero con inflexiones retóricas que facilitan su expresión como “naturales”, “cotidianos”, en parte “íntimos”, “espontáneos”. Relatos de trabajadores mecánicos, en ambos casos, que salen junto a sus compañeros en manifestación desde la fábrica, son reprimidos y en consecuencia se enfrentan con la policía, para finalmente –aún cuando de modo espontáneo, defensivo o resistente– tomar un arma y proclamar la “guerra” (revolucionaria).

Los dos films comentados culminan con un acercamiento (por zoom in o montaje) a una foto difuminada de un joven arrojando una piedra con violencia. Esta imagen fija, así como las recurrentes ya citadas u otras de barricadas, autos y locales incendiados, enfrentamientos

trado” por Cecilia Castelar (Nueva York, 27 de mayo de 1979, mimeo). Y afirman que “Martín” habría contado lo mismo para el documental. Agradezco a Pozzi la precisión sobre esta fuente (Pozzi y Schneider, 2000).

callejeros, se configuran a partir del Cordobazo en símbolos visuales destacados de la insurrección en la Argentina. Pero si bien podían ser las más representativas de la coyuntura, no eran las únicas disponibles, ni fueron las únicas utilizadas.

Las ocupaciones fabriles

Junto a las huelgas y movilizaciones, las ocupaciones de establecimientos laborales cobraron relevancia como medio de acción directa de la clase obrera argentina desde la caída del peronismo en 1955. En especial, como se sabe, hacia mayo-junio de 1964 se verifica un proceso de ocupación singular, un hecho “cualitativamente distinto” respecto de acciones previas por su carácter masivo, a nivel nacional, con dirección centralizada, alta planificación, con un programa común (y que incluyó acciones clandestinas o momentos de radicalización y violencia). Se trató de la segunda fase de un Plan de Lucha de la CGT programado en cinco etapas que se extendió entre mayo de 1963 y octubre de 1965 (véase Cotarelo y Fernández, 1995; Bisio y Cordone, 1989; Bourdé, 1978; Schneider, 2005 y 2009).

La experiencia en torno a tomas de fábricas fue recuperada por el principal grupo del cine político argentino, Cine Liberación, un año antes del Cordobazo, en *La hora de los hornos* (Solanas y Getino, 1966-1968), así como en films posteriores como *El camino hacia la muerte del viejo Reales* de Gerardo Vallejo (1968-1971) o *Los hijos de Fierro* de Solanas (1972-1975), otorgándole siempre un lugar privilegiado.

En *La hora de los hornos*, en su segunda parte, se le dedicó un famoso capítulo titulado “Las ocupaciones fabriles”, donde se las consideraba “el punto más alto alcanzado por la Resistencia”. Al igual que en otros capítulos, la voz *over* dominante introduce y cierra el de las ocupaciones expresando el punto de vista del film a partir de recuperar y generalizar testimonios de dirigentes de base (delegados de comisión interna) de dos establecimientos fabriles, ambos en el Gran Buenos Aires, y en dos de los sectores con más peso en el movimiento obrero sesentista, el metalúrgico y el textil. Por un lado, se exhibe la ocupación de Siam Monte Chingolo. La puesta en escena documental de este episodio participa de la épica de la Resistencia que permea todo el film. A través del testimonio a cámara, un ex delegado de comisión interna rememora los aspectos organizativos de la toma, la preparación de la autodefensa y la solidaridad barrial. Y en particular se reconstruye el intento de desalojo con un ingenioso montaje alternado del testimonio del dirigente gremial (dentro de un taller) en supuesto diálogo con el funcionario judicial llegado hasta allí, custodiado por personal civil y policial (representados por actores). Mientras el delegado metalúrgico

relata con detalle la discusión (las palabras de cada uno), los inserts del rostro del funcionario van variando entre el enojo, la prepotencia o acaso el asombro ante la amenaza de hacer volar el establecimiento. Por su parte, en el otro conflicto reconstruido, dos jóvenes trabajadoras de la textil La Bernalesa, en Quilmes, relatan una ocupación –ilustrada con imágenes de obreras detrás de las rejas y con otras de la fábrica en pleno funcionamiento–, y en particular valoran un hecho que singularizó el caso: la solidaridad entre trabajadores y la continuación de la producción con la fábrica bajo control obrero.

Es difícil establecer una correspondencia directa entre la composición de estos episodios en el film (reconstruidos) y eventos históricos precisos; pero es interesante destacar que el capítulo en que se incluyen se refiere (por su ubicación en el film) al período 1962-1966, y que por otra parte se trata de establecimientos laborales donde las medidas del Plan de Lucha de la CGT de 1963-1965 habían alcanzado una cierta repercusión mediática o se habían caracterizado por aspectos particulares, recuperados en ambos casos en el film. Respectivamente: una ocupación de la planta SIAM Monte Chingolo de mediados de 1964 que –en contraste con situaciones previas– vivió una mayor presencia policial (y judicial) de corte represivo, con objetivos de desalojo (Schneider, 2005: 222-223);⁴ y, en segundo lugar, una ocupación de La Bernalesa en 1965 que también se había singularizado respecto del conjunto, aunque por otras razones (Schneider, 2005: 243).⁵

Es decir, por su cercanía temporal (respecto del inicio de las filmaciones para *La hora de los hornos* a fines de 1965, en particular en el segundo caso) y por su repercusión mediática (y político-gremial) se trata de hechos que pueden contarse entre las condiciones discursivas productivas del tipo de configuración que asumieron en el film. Pero, al mismo tiempo, también otros hechos o discursos influyen en la configuración final de esos episodios, incluso la experiencia política (también sindical) de algunos de los cineastas. En el grupo Cine Liberación, por ejemplo, es

4. Ésta había sido una característica de las últimas jornadas del Plan de Lucha de mayo-junio de 1964. Por ejemplo, la del 24 de junio de 1964, en la que participaron cerca de 1.150.000 trabajadores que ocuparon alrededor de 4 mil establecimientos, o la del día 18 que habrían tenido características especiales, similares a las relatadas en el film. Schneider remite, entre otros, al caso de Siam de Monte Chingolo.

5. Schneider (2005: 243) observa la repercusión pública del hecho. Originado en el reclamo del cobro de quincenas adeudadas, la toma de La Bernalesa se desencadenó por el anuncio de su cierre temporal. “Lo notable de esta ocupación fue que se mantuvo pese a que la Subsecretaría de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires había fallado a favor de los operarios (... es decir, se mantuvo por desconfianza a que se cumpliera el fallo). Los obreros pusieron la planta en funcionamiento, desoyendo los consejos de la dirección del gremio que sugirió abandonar las instalaciones.”

el caso de Octavio Getino, quien desde la caída misma del peronismo en 1955 participa de una agrupación trotskista pro-peronista y se inserta en el ámbito gremial: viviendo en Temperley, Getino tenía cierta vecindad con la familia Taborda, varios de cuyos miembros participan del film (como Rudi, la delegada que relata la toma de La Bernalesa); y en esos años comenzó él mismo a trabajar en Carma-Siam Monte Chingolo, una fábrica de electrodomésticos que al poco tiempo incorporó armado de autopartes, según recuerda. Allí, siendo delegado de los empleados, tenía una fluida relación con los delegados obreros, entre ellos, Cirilo Ramallo, justamente quien es entrevistado por Getino en el film para que reconstruya la toma en el primer episodio que comentamos.⁶

Pero el capítulo “Las ocupaciones fabriles” no es el único que aborda esa experiencia obrera. Por el contrario, en muchos de los episodios previos de la segunda mitad de la segunda parte de *La hora de los hornos* (titulada “La Resistencia”), la misma también asume un lugar relevante. De hecho, las imágenes de ocupaciones (sea por su referente histórico o por los relatos, las narrativas en que se incluyen) están presentes en todos los capítulos referidos a la acción obrera desde la caída del peronismo. Junto a las imágenes de archivo “genéricas”, que aluden a significantes visuales y sonoros típicos (puertas y portones cerrados, móviles policiales en el exterior, masas obreras agrupadas tras las rejas o alambrado, carteles con reclamos o con la consigna “fábrica ocupada”, bullicio de multitudes, sonido de sirenas, etc.), las imágenes “específicas” reenvían a hechos históricos puntuales. En particular a acontecimientos de la coyuntura de mediados de la década de 1960 que, como ya mencionamos, es la inmediatamente anterior al inicio de la filmación.

Por ejemplo, el famoso afiche de Ricardo Carpani titulado “Basta” abre el capítulo dedicado a la crónica del periodo 1955-1958. Aún cuando en esos años la primer Resistencia es asociada a acciones más dispersas y espontáneas, se elige este afiche que había sido elaborado para la Semana Nacional de Protesta (27 al 31 de mayo de 1963) convocada por la CGT reunificada bajo la dirección de José Alonso en los inicios de ese Plan de Lucha Nacional, caracterizado en cambio

6. Testimonio de Getino al autor. Getino mantuvo una actividad gremial trabajando como peón o empleado en distintos establecimientos (además de SIAM, una fábrica de relojes, la textil Alpagatas en Barracas, Otis Ascensores), a veces por periodos cortos, entre 1956 y 1962 o 1963 cuando comienza a vincularse a la actividad cinematográfica. En ese proceso, a fines de la década de 1950, se alejó del trotskismo para insertarse en el peronismo “antiburocrático”, como lo llama el propio cineasta. Cuando le consultamos sobre este episodio del film, se refirió a una gran huelga y ocupación que ubicó entre 1956 y 1957. También Ramallo en el film refiere a que se trató de la “segunda fábrica tomada en el país” (se entiende desde el inicio de la Resistencia) a raíz del despido de 300 trabajadores.

por la señalada alta organización y planificación. Es decir, una opción visual –seleccionada entre el conjunto de la extensa gráfica política de Carpani– distante del periodo histórico abordado; pero que aún así tal vez resultaba pertinente para apelar a la memoria reciente del tipo de espectador al que buscaba dirigirse esta segunda parte del film cuando comenzó a exhibirse en un circuito paralelo en la Argentina desde fines de 1968. Porque este afiche de la CGT (publicado también en su boletín) había alcanzado una amplia difusión al cubrir las paredes de las principales ciudades del país y en tanto objeto de polémicas en la prensa política alternativa,⁷ y porque Ricardo Carpani recorrería desde aquel momento un camino de definiciones que lo alejaría de la CGT oficial poco después, cuando la hegemonía vanguardista, y lo acercaría al peronismo revolucionario, para vincularse hacia 1968 a la CGT de los Argentinos, esto es, el mismo ámbito donde confluía en esa coyuntura el grupo Cine Liberación.⁸

Si bien a lo largo del documental se incorporan otras gráficas de Carpani, este afiche “Basta” tiene un lugar destacado, ya que se ubica en la apertura misma de la crónica de la Resistencia. La cámara focaliza en una zona del mismo donde se destaca la sigla CGT (a lo cual sigue un montaje de otros fragmentos: focalización en rostros, puño de la mano, la palabra “Basta”). Un tipo de composición visual que destaca la sigla cegetista y se acompaña en off por la consigna “el peronismo es el hecho maldito del sistema” (que remite a la frase de John William Cooke), fundamentada en el rol clave que habrían tenido las organizaciones sindicales en provocar la “crisis de las instituciones demoliberales”. A partir de allí, mientras la voz *over* recorre los hitos del proceso político y la acción obrera en esos años –pese a los despidos⁹ y persecuciones–, la banda de imagen incorpora títulos e ilustraciones de la prensa obrera clandestina así como imágenes de hechos y personajes propios de

7. En 1963, en polémica con las críticas recibidas que cuestionaban el afiche en tanto “autorretrato totalitario” de los “autócratas de la CGT”, el periódico del peronismo revolucionario *Compañero* (16/06/1963) lo consideraba en cambio expresión de las bases trabajadoras, rescatando su contenido “emotivo e ideológico”, su mensaje “insurreccional y revolucionario”, que “excedía en mucho las intenciones de la dirección cegetista”.

8. En entrevistas que realicé a militantes y dirigentes de la CGTA entre 1992 y 1995, varios se refirieron a su colaboración con la difusión clandestina de *La hora de los hornos*. Entre otros: Enrique Coronel (ferroviarios), Ricardo de Luca (navales), Alfredo Ferraresi (farmacia), el “Gato” Goldar (gráficos) o Héctor Quagliaro (ATE-CGTA, Rosario).

9. El capítulo se cierra con otro afiche de Carpani que expone obreros desocupados en las afueras de una fábrica, que parecen vencidos o a la espera, bajo el título “A esto nos llevaron los que nos gobiernan” y firmado por la CGT.

esos primeros años pero también de los posteriores: la citada gráfica de Carpani, secuencias filmicas de archivo de dirigentes (como José Alonso y Augusto Vandor)¹⁰ así como de asambleas y actos montados de modo entrecortado mientras la voz *over* refiere al Programa Obrero de La Falda (Córdoba) de 1957.

Luego del capítulo “Los sindicatos” –que incluye la reflexión de militantes y dirigentes obreros peronistas, donde se destaca el gráfico Raimundo Ongaro–, la crónica de los hechos se retoma en el capítulo “El desarrollismo (1958-1962)”, que desde el comienzo presenta secuencias de archivo del interior de establecimientos fabriles con sus trabajadores deambulando o en asamblea, de movilizaciones masivas, y del gran conflicto que inició ese año tan especial que fue 1959: en enero, la huelga y ocupación del frigorífico Lisandro de La Torre contra su privatización. Si ocupaciones previas constituían antecedentes de interés, la toma del frigorífico (el apoyo barrial/popular, los enfrentamientos y su posterior violento desalojo), sin duda configuraba una década más tarde (cuando se hace el film) un punto de referencia ineludible en la memoria de los potenciales espectadores, ya sea por su visibilidad en la agenda política o por su recuperación como suceso legendario.¹¹

Por su parte, es en el último capítulo de *La hora de los hornos* dedicado a la crónica de los hechos (“El ejército. 1962-1966”) en el que se desarrolla el Plan de Lucha de la CGT, profundizado en 1964, según se afirma. Aquí, el abanico de referencias visuales a ese proceso es de lo más variado: desde un cartel a mano que indica “fábrica tomada”, portado por un trabajador, u otros también de factura manual colocados en diversas instalaciones, hasta el afiche oficial de la CGT con la Quinta Etapa del Plan de Lucha (1965) desplegado sobre una mesa de oficina de alguna sede sindical; desde trabajadores reunidos en las calles, en la entrada de los establecimientos, hasta otros ocupando instalaciones (como una breve secuencia de donde se extrajo la famosa foto de la obra

10. Aún incorporados al pasar ilustran la afirmación en *over* de que los “sindicatos son el principal baluarte político del movimiento en cada comicio”. En capítulos posteriores otras imágenes de archivo de Vandor se editan con la referencia de cómo en 1959 ante la masividad de las luchas “se hacen tan evidentes las limitaciones de muchas direcciones político sindicales”, y más adelante se lo verá en la asunción del general Onganía, cuando el golpe de 1966.

11. A pesar de que se trata de un tipo de conflicto que según la especialista Irene Marrone aparece sólo de modo excepcional en el noticiario cinematográfico, por lo menos hasta ese momento. En este caso, no son las imágenes de la nota número 132 del noticiario *Argentina al día*, incluida en el DVD que acompaña el volumen de Marrone y Moyano Walker (2006). Se trata en cambio de otras imágenes, en las que se destacan algunas breves (sin audio) del dirigente combativo peronista Sebastián Borro hablando a sus compañeros del frigorífico. Sobre esa experiencia histórica, véanse los estudios de Ernesto Salas.

en construcción con los obreros subidos a los andamios y el cartel Plan de Lucha CGT / Obra ocupada UOC / Basta de hambre, reproducida en tantas revistas de la época a propósito del film); desde obreros que miran a las cámaras con orgullo de su compromiso por el cumplimiento del Plan de Lucha (según indican también carteles colocados), hasta dirigentes hablando por teléfono como organizando la acción desde los sindicatos (incluso también alguna referencia visual a toma de facultades en adhesión). De este modo, las imágenes intentan dar cuenta de la dimensión cuantitativa y cualitativa de las ocupaciones fabriles, que la voz *over* explicita con datos estadísticos: 11.000 establecimientos ocupados; 3.000.000 de trabajadores involucrados, etc..

Ahora bien, a pesar de esta importancia atribuida entonces a esa experiencia (en lo visual y lo discursivo, en lo colectivo y lo personal: un proceso de “desalienación para el trabajador”) y a pesar de la fuerza que se le reconocía (“el punto más alto alcanzado por la Resistencia”, como ya dijimos), el capítulo posterior al de las ocupaciones advierte sobre el momento “crítico” al que habría arribado la “resistencia espontánea” y sobre la pérdida de “efectividad política” de los sindicatos. Todo el final de la segunda parte del film trabaja en torno a esta idea. Y en el último episodio se introducen dos testimonios de dirigentes tucumanos del ala combativa, como Leandro Fote (Secretario General del Sindicato San José) –que habla del pasaje de la lucha gremial a la política– y Andina Lizarraga (dirigente de la Juventud Peronista), quien si bien recupera las luchas previas –entre ellas las ocupaciones– postula la necesidad de la lucha armada. Sobre esto volveremos más adelante.

En sintonía con el lugar destacado que la crisis tucumana tenía en ese momento en la prensa política, sindical y nacional, todo ese final de la segunda parte del film está ocupado por imágenes del conflicto azucarero. Se trata de materiales filmicos o de entrevistas con dirigentes aportados por el cineasta tucumano Gerardo Vallejo en su colaboración para este film en el mismo proceso de su inclusión en el grupo Cine Liberación.

En este sentido, también una zona importante de *El camino hacia la muerte del viejo Reales* de Vallejo (realizado entre 1968 y 1971), focalizó en el conflicto en los ingenios azucareros tucumanos afectados por la política de cierre y reconversión del ongniato. A pesar de que aquí la puesta en escena de la confrontación laboral en Tucumán requirió de un tratamiento diferente –en la medida en que se trataba de retratar la vida de una familia rural, su cultura e idiosincrasia–, una zona importante del film estuvo dedicado al conflicto obrero. De hecho, Vallejo se refirió en ese momento a su intención de dar testimonio del “motor” del movimiento popular tucumano, esto es, la clase obrera rural (en particular el trabajador de la zafra azucarera, tanto el obrero de fábrica como el del

surco), diferenciándolo de la situación en otras regiones urbanas con mayor desarrollo de clase obrera industrial. De este modo, el film recorre movilizaciones, ollas populares, represión y ocupaciones, reenviando también a momentos previos como 1965, cuando los obreros azucareros tucumanos protagonizaron el proceso “más relevante” de ocupaciones de fábrica registrados en todo el país, según se dice.¹²

En una suerte de anexo, la película de Vallejo presenta la historia de la lucha de la Fotia, con testimonios de obreros de base y dirigentes como Benito Romano y Raúl Zelarrayán.¹³ Este último narra su experiencia en la primera ocupación de un ingenio, el Santa Lucía en 1958,¹⁴ y se refiere a las dificultades que como trabajador de fábrica tenía para convencer a la gente del campo (el zafrero) de los objetivos de las medidas de fuerza. Pero afirma que luego de persuadirlos, consiguió que llevaran la caña cortada ese día a la fábrica para de ese modo batir un récord de producción con la instalación tomada por los trabajadores. Aquí se retoma desde la voz *over* la referencia al tema en la opera prima del grupo Cine Liberación:

Como decíamos en *La hora de los hornos*, las ocupaciones son hechos violentos, desalienantes; borran de la conciencia de los trabajadores una historia de mitos, saqueos y engaños. En la disputa de los medios de producción los trabajadores profundizan su descolonización. Al tomar posesión de su trabajo están tomando posesión de su humanidad.

Las imágenes en movimiento (o fijas, fotográficas) que acompañan estos testimonios son de reuniones, actos y asambleas de la Fotia, los reportajes de Vallejo a sus dirigentes, las concentraciones y movilizacio-

12. A la radicalidad y violencia social implicada en este proceso (y la toma de rehenes), se refiere Roberto Pucci (2007: 61). Por su parte, Daniel Campi y María Celia Bravo (2010: 30) dan cuenta del clima de radicalización que se vivía en Tucumán en 1965 al rememorar el “pacto obrero-campesino” que logró un holgado triunfo en las elecciones de ese año, permitiendo el ingreso de Fernando Riera y Benito Romano como diputados nacionales.

13. Ambos integrarían el Secretariado de FOTIA hacia 1968. Benito Romano también el Consejo Directivo Nacional de la CGTA. Desde algunos años antes (siendo Atilio Santillán el máximo dirigente nacional de la Fotia), Romano junto a Leandro Fote constituían el ala combativa de la organización.

14. Al introducirlo, la voz *over* afirma que si bien la primera gran huelga de los trabajadores del azúcar fue en 1949, durante el propio gobierno de Perón, es a partir de 1955 cuando las luchas profundizan sus objetivos: las huelgas de 1959, la Marcha del Hambre de 1961, la ocupación del ingenio Santa Lucía. Sobre la gravitación de Zelarrayán como dirigente sindical en el ingenio y el pueblo de Santa Lucía, véase Mercado, 1997.

nes a pie, en carros, a caballo o tractores, algunos ataques con piedras y gomeras. Pero, salvo una referencia visual menor,¹⁵ no se incluyen imágenes de ocupaciones (ni documentales, ni reconstruidas ad hoc) como sí ocurre en cambio en *La hora de los hornos* o luego en *Los hijos de Fierro* (Solanas, 1972-1975).

En este último film “de ficción” (o “poema-épico”, como lo definió Solanas), el capítulo dedicado al Cordobazo cobra relevancia porque se lo asume como punto de inflexión y por lo ingenioso de una puesta en escena que mezcla imágenes de archivo con reconstrucciones ad hoc (actuaciones) hasta casi confundirlas, y enfatiza lo vertiginoso de los hechos, con un registro al modo de un *directo* casi fowardeado/acelerado, para finalmente recuperar la dimensión dramática de las muertes. Pero también en este film las ocupaciones de fábrica ocupan un lugar relevante. Ubicadas en el inicio, son parte de las formas de lucha que se despliegan ambientadas en una geografía fabril suburbana en torno a la familia proletaria y la cultura barrial-popular.¹⁶

El segundo capítulo, titulado “El primer combate o la resistencia fabril”, se inicia con escenas actuadas de obreros (metalúrgicos o mecánicos) y obreras (textiles) saliendo en agitación de las fábricas. Allí mismo se presenta a cada uno de los tres hijos de Fierro, que en off contarán su historia en la Resistencia ilustrada con otras secuencias construidas ad hoc que funcionan como *flashbacks*, mientras el presente de la narración los muestra actuando como activistas sindicales, dirigiendo una asamblea por despidos ocurridos al poco tiempo de la caída de Perón. Del mismo modo que en *Los traidores* (Raymundo Gleyzer, 1973) –aunque con estilos muy distintos– el film de Solanas destaca el control que el capataz o el calculista realizan sobre el proceso de trabajo: en imagen dentro del taller y aquí explicitado como relato en off del hijo menor. Episodio este último que al igual que en el film de Gleyzer deriva en la acción gremial reivindicativa (agitativa-organizativa) de los respectivos protagonistas. En *Los hijos de Fierro*, a diferencia de otros films, la escena de la ocupación tiene lugar dentro de la fábrica (en las oficinas) e incluye la toma de los directivos como rehenes, un tipo de acción que introduce desde ese inicio una tensión que se relaja

15. Muy breves imágenes documentales de un cartel sobre un alambrado perimetral (“Estamos aquí por defender lo nuestro. ¡¡Nadie nos sacará!!”) o luego una pintada con reclamos en el Ingenio Los Ralos (pero fechada 14 de enero de 1970) junto a dos jóvenes que con palos parecen custodiar instalaciones tomadas.

16. En su detallado estudio del film (comparado con el *Martín Fierro* de Torre Nilsson, de 1968), Eduardo Romano (1991: 150-151) consideró como “uno de sus mayores aportes cognitivos [...] la indagación de hasta dónde la familia proletaria fue el más sólido respaldo de toda la Resistencia y cómo una arraigada cultura popular pudo enfrentar incluso los intentos manipuladores de los medios”.

momentáneamente con los festejos y el asado en el patio para culminar con el violento desalojo por parte de la infantería y las consecuentes detenciones (todas escenas reconstruidas ad hoc).

Opciones políticas / opciones visuales

Aunque la radicalidad que por momentos asumió el proceso de ocupaciones fabriles es indudable,¹⁷ el mismo fue de algún modo observado en sus límites o incluso cuestionado por el cine militante por lo menos en dos aspectos (por cierto diferentes).

Por un lado, el propio grupo Cine Liberación, que como vimos le otorgó un lugar destacado, también observó la necesidad de su “superación” en su opera prima de 1968. En el capítulo “Los límites del espontaneísmo”, las frases ya citadas sobre las limitaciones de los sindicatos se ilustran justamente con material de archivo de fuerzas policiales ingresando a un establecimiento ocupado y desalojándolo. De ahí, la necesidad de canalizar revolucionariamente la iniciativa de las masas, como propone la voz *over* e interpela un sonido ensordecedor sobreimpreso a las imágenes de represión en las calles. En esa línea, el capítulo final, “La guerra hoy”, vuelve sobre la tesis de que ante los ejércitos nacionales (“verdaderas fuerzas de ocupación”, “neocoloniales”) las organizaciones político-sindicales resultan insuficientes, con una argumentación que deriva en la necesidad de asumir el “lenguaje de las armas”, de construir el “ejército popular” para una “larga y dolorosa guerra de liberación”.

Más arriba nos detuvimos en la construcción de ese vínculo “casi natural” entre luchas sindicales, políticas y acciones armadas, en los testimonios obreros sobre el Cordobazo en los films de Pablo Szir o Enrique Juárez. También el protagonista obrero (otro joven actor) de *La memoria de nuestro pueblo* (1972) –mediometraje ficcionalizado de Rolando López, del Grupo de Cine 17 de Octubre de Santa Fe– relata una historia (en este caso no la del Cordobazo, sino la de la Resistencia en Santa Fe) que concluye con la convocatoria a la violencia popular.

Se trata, como se sabe, de un discurso epocal muy generalizado, que aparece también en *El camino hacia la muerte del viejo Reales y Los hijos de Fierro* (aunque en estos casos planteado como una opción entre otras válidas), y claramente en *Los traidores*, donde la agrupación de

17. La toma de rehenes, por ejemplo, preocupó a dirigentes del gobierno o empresarios, que percibieron en este método (también en la ocupación misma) un desafío violento a la propiedad o la organización capitalista de la producción. Por otro lado, piénsese que por supuesto también para la cúpula sindical de las 62 organizaciones esas acciones podían generar incertidumbre: planificadas y controladas por ella, en sí misma tenían un efecto politizador de las bases, que a veces, junto a activistas de izquierda (en sus variantes) podían desbordarlas (Schneider, 2005: 110-111).

base opositora (luego de la toma de fábrica en parte desactivada por la maniobra del burócrata sindical llamado Barrera) llega a la conclusión de la necesidad de la lucha armada y realiza una acción al respecto: la ejecución del burócrata Barrera por un comando; un final por cierto muy debatido en torno de hacia dónde debía orientarse la violencia revolucionaria.

Por su parte, cuando el libro *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh (1957) fue llevado a la pantalla (entre 1970 y 1972, en el film homónimo, con guión suyo y de Jorge Cedrón), se introdujo luego de la ficcionalización de los hechos un segmento final documental con el testimonio de Julio Troxler. Allí, ilustrada con archivos visuales de ocupaciones fabriles y del Cordobazo (entre otros hechos), se fundamentaba la tesis de la identidad peronismo-clase obrera. Y al mismo tiempo se postulaba su radicalización en la citada línea acción sindical-lucha armada, de algún modo en sintonía con las modificaciones de los respectivos prólogos o epílogos del libro de Walsh (entre su edición original y el momento del film), que por supuesto no eran ajenas a su investigación periodística antivandorista *¿Quién mató a Rosendo?*, publicada en las páginas del Semanario CGT durante 1968 y al año siguiente como libro, en vísperas del Cordobazo.

De este modo, casi todos los films militantes del período postularon que las ocupaciones fabriles (o las huelgas y las movilizaciones) encontraban límites derivados del espontaneísmo, la represión y/o la burocracia sindical, según los casos, y en consecuencia debían de allí en más articularse con (y a veces sustituirse por) acciones armadas.

En segundo lugar, una distancia aún más crítica (diferente) respecto de las ocupaciones se refirió en particular a las desarrolladas en el marco del Plan de Lucha de la CGT de 1963-1965, ya que permitían diferentes lecturas. Si por un lado demostraban el potencial del movimiento obrero argentino, por otro formaban parte de la política de “integración” de la burocracia sindical peronista (“golpear para negociar”) que así mostraba su poder frente al débil gobierno del presidente Arturo Illia (UCRP), ante los militares siempre al acecho y también en sus disputas (las de Vandor, en particular) con el propio Perón en el exilio.

Si bien las críticas a esa cúpula sindical no estuvieron ausentes en las películas del grupo Cine Liberación –según ya referimos–, su cuestionamiento principal llegaría hacia 1972-1973 con *Los traidores*. Allí, la agitación sindical de mediados de la década del 60 queda asociada a un acuerdo de la burocracia sindical con sectores militares para desgastar y desestabilizar al gobierno de Illia y facilitar el golpe militar de Onganía de 1966.¹⁸ Pero en la medida en que la experiencia de tomas

18. Una escena sobre la inauguración de una nueva sede sindical (en mayo de 1966,

de fábricas era también importante para este grupo de cine a la hora de narrar las acciones del activismo sindical clasista opuesto a la burocracia sindical peronista, en particular en el proceso abierto entre el Cordobazo y el Viborazo (y de allí en más), su puesta en escena resultaba necesaria. De hecho, desde un punto de vista histórico, la inserción de esa experiencia en el film remite a un momento posterior al regreso del peronismo al gobierno en 1973. Ubicada al inicio de la película, presenta la principal acción de confrontación entre los reclamos de las bases obreras y la burocracia sindical, que funciona como desencadenante de las peripecias del conjunto del film (el autosequestro de Barrera para no perder las elecciones del gremio) y se mantiene en el presente de la narración mientras transcurren los *flashbacks* donde se despliega la creciente burocratización y corrupción del dirigente sindical durante los años 60, en paralelo a la construcción de la alternativa político-sindical opositora en el gremio. Esta tendencia opositora encabeza la ocupación. La escena está rodada en su mayor parte desde el exterior de la fábrica, y destaca la reacción de los militantes subidos al alambrado perimetral en actitud hostil hacia los guardaespaldas del burócrata sindical, quienes les piden que abandonen la toma. Si bien al tratarse de un film de ficción hubiese sido también posible la inclusión de alguna escena de la ocupación desde dentro del establecimiento (como en *Los hijos de Fierro*), se optó en cambio por presentar las partes en conflicto (bases-burocracia) con un *significante visual* (los obreros sobre el alambrado de la fábrica) muy extendido en los registros documentales y televisivos de esos años, cuando tendencias alternativas ejercían o disputaban el liderazgo de algunos sindicatos peronistas.¹⁹ En el mismo sentido, no es casual que las escenas emblemáticas del Cordobazo (la de los manifestantes contra la policía montada) ocupen un lugar destacado también en esta película de ficción, aquí entremezcladas con otras imágenes

es decir, un mes antes del golpe), muestra a un coronel interpellando (por separado) a Barrera sobre la posición de la CGT en la coyuntura. Si bien Barrera se compromete con un posible golpe, afirma que Vandor no está decidido (parece jugar con esto a una negociación para obtener mayores beneficios). Ante esto, el militar insiste en que desarrollen un plan de lucha y agitación que debilite al gobierno.

19. Nótese, en este sentido, que entre los materiales audiovisuales atribuidos a Cine de la Base que Álvaro Melián (fundador del grupo y co-guionista de *Los traidores*) depositó en el Archivo Aamod italiano cuando su exilio en Roma, se encuentran varias horas de registros televisivos de acciones obreras en Córdoba en los primeros 70. En algunos rollos pueden observarse tomas de fábrica donde activistas rodean el alambrado o enrejado perimetral o suben a sus techos, al modo en que se recrea en el film.

televisivas del Viborazo (1971), con un mayor protagonismo de los gremios clasistas cordobeses.²⁰

“Cineastas” y movimiento obrero

Un elemento común al cine militante argentino de esos años es la cercanía que los realizadores tuvieron con el proceso histórico narrado y en el que intentaban intervenir. La investigación del mundo obrero desplegada por Álvaro Melián y Raymundo Gleyzer en la preparación de *Los traidores*, se refleja no sólo en las detalladas referencias o puestas en escena de la historia de las luchas sindicales, sino en la conciencia del carácter mayoritariamente peronista de las bases obreras; lo cual los llevó –a pesar de su conocida militancia en el PRT-ERP– a configurar en el film una agrupación opositora que, aún en la línea del clasismo, incluye en un lugar determinante (incluso principal) a activistas de base peronistas,²¹ y donde las principales consignas y dirigentes de esa tendencia alternativa se configuran en el film en torno a la tradición y los postulados del sindicalismo peronista combativo, antiburocrático. (Mestman, 2008).

En el caso del grupo Cine Liberación, del mismo modo que ha sido reconocida la destreza de Solanas como realizador cinematográfico, debería recordarse el aporte de Getino, Vallejo o Nemesio Juárez en el vínculo con el mundo obrero. No sólo por su experiencia gremial, en

20. Es notable, por el contrario, una referencia mencionada al pasar por uno de los protagonistas del film de Vallejo, que da cuenta de una suerte de disputa por establecer como punto de referencia unas luchas obreras en lugar de otras. O por lo menos disputar la hegemonía evidente que hacia 1971 (cuando se termina el film) tenía en ese sentido el Cordobazo. El personaje del Pibe (el hijo más joven del viejo Reales) recuerda sus diálogos con un compañero de trabajo, delegado, e introduce una referencia a “los compañeros de Córdoba”. Pero ya no en la línea de epicidad de otros films (un registro que en éste corresponde a las imágenes de las luchas tucumanas), sino en relación con las limitaciones y dificultades de las protestas regionales: “Yo sé que los peronistas en estos años tuvimos muchos errores, pero también hicimos lo que nadie fue capaz de hacer. La gente ahora se dejaba estar no porque no tuviese fuerzas sino porque se sentía sola. Cuando nosotros peleábamos todos los días, parecía que en el resto del país no pasaba nada. Si no me equivoco nadie hizo ni un paro de un minuto por nosotros. Y es un poco lo que pasa ahora con los compañeros de Córdoba”.

21. A diferencia de lo postulado sólo un año antes en el Comunicado del ERP n° 5 y 7 (sobre el secuestro del cónsul británico y gerente del Swift, Stanley Silvester, y su intercambio por dinero junto a mercaderías o mejoras para los obreros), aquí ya no se explicita la necesidad de una ligazón entre las agrupaciones sindicales y el ERP.

algún caso,²² sino también como realizadores ya no simplemente de películas, sino de noticieros o documentales para las propias organizaciones obreras, algunos con importante repercusión en esos años: desde la participación de los tres en el *Cineinforme n.1* de la CGT de los Argentinos a comienzos de 1969 hasta los *Testimonios de Tucumán* en 1972 y los *Testimonios de la Reconstrucción* de 1974 que realizó Vallejo para la televisión tucumana en estrecho vínculo con la FOTIA, o los *Cine-testimonios de la Autogestión* de Nemesio Juárez sobre el proceso Segba bajo la dirección del sindicato de Luz y Fuerza hacia 1973-1974.

En este sentido, pensamos que no habría que subestimar el impacto de escenas como las de las ocupaciones respecto de otras tal vez más difundidas o más llamativas. En 1970, por ejemplo, la Unidad Móvil Rosario del grupo Cine Liberación, con un trabajo sistemático de proyección de la segunda parte del film entre sectores obreros, había elegido el episodio de las ocupaciones fabriles de *La hora...* (lo había cortado, extraído del film) para su uso (junto a otros materiales) en proyecciones en el barrio Bajo Saladillo ante un conflicto gremial en la empresa Swift de la zona.²³ Aunque conocemos menos fuentes que den cuenta de la difusión de los films especialmente dedicados al Cordobazo, podría conjeturarse también un alto impacto de las imágenes del mismo en esos años.

De ningún modo se trata de que entre los grupos del cine militante hubiera opciones políticas u opciones visuales excluyentes respecto de las luchas del período.²⁴ Pero sí de proponer una observación más detenida del uso de los materiales de archivo en los films.

Estas notas intentaron indagar cómo en los años 60-70 en la Argentina el ímpetu revolucionario podía simbolizarse a través de más de un tipo de imagen de la protesta obrera. Tanto las de ocupaciones fabriles como las del Cordobazo se configuraron sin duda en potentes símbolos

22. Como también vimos en Getino, es el caso de Enrique Juárez como trabajador de Segba y luego fundador y dirigente de la JTP.

23. Junto a Carlos Schork, Jorge Jäger, Noemí Escandell (entre otros), también Humberto Barroso fue un activo miembro del Grupo Pueblo de Rosario-Unidad Móvil de CL. Se había acercado a Cine Liberación para la difusión de *La hora de los hornos* en torno a los sucesos del Rosariazo, siendo estudiante de artes visuales y convocado desde un grupo de la izquierda trotskista. Luego, en su experiencia, cargando proyector y rollos por los barrios de Rosario y otras ciudades, se vincularía al peronismo.

24. Así como Cine Liberación se interesó desde temprano en el proceso de ocupaciones fabriles, la irrupción obrera en las calles de Córdoba, Rosario (y otros sitios) en 1969 también atrajo al grupo al punto de llevarlo a modificar sus planes inmediatos en torno a un proyecto de film regional-latinoamericano y en cambio convocar a otros cineastas para el film colectivo *Los caminos de la liberación*.

de la resistencia u ofensiva popular. Es cierto que no es lo mismo tomar una fábrica que destruir su producción y ocupar una ciudad. Es decir, no son lo mismo las secuencias de archivo o escenas (re)construidas de las fábricas ocupadas por masas trabajadoras durante el Plan de Lucha de la CGT de 1964 (anteriores o posteriores), que aquellas emblemáticas de los manifestantes haciendo retroceder a la policía montada o las de los obreros mecánicos destruyendo locales de concesionarias o incendiando su propia producción (los automóviles) en las barricadas del centro de la ciudad de Córdoba. Pero tampoco es lo mismo destruir la propiedad privada que “expropiarla” (siquiera por unas horas), tomando a los directivos como rehenes y demostrando la capacidad obrera de batir récords de producción. Más allá del alcance limitado de estas últimas acciones, y aunque resultara difícil obtener registros directos de ellas, su alusión o aún su puesta en escena documental o ficcional, según vimos, proveía otros potentes símbolos del poder obrero que –aunque a veces menos recordados– el cine político también desplegó en su afán por intervenir en las luchas de esos años.

Bibliografía

- Bisio, R. y Cordone, H. (1989), “El Plan de Lucha de la CGT en 1964”, *Justicia Social*, año 5, n° 8.
- Bourdé, Guy (1978), “La CGT argentine et les occupations d’usines de mai-juin 1964”, *Le Mouvement Social*, n° 103.
- Campi, Daniel y María Cecilia Bravo (2010), “Aproximaciones a la historia de Tucumán en el siglo XX. Una propuesta de interpretación”, en Fabiola Orquera, *Ese ardiente jardín de la República...*, Córdoba: Alción.
- Cotarelo, María C. y Fabián Fernández (1995), *La toma de fábricas. Argentina, 1964*, Buenos Aires: PIMSA, n° 2.
- Ghigliani, Pablo (2009), *El Cordobazo*, mimeo.
- Marrone, Irene y Mercedes Moyano Walker (comps.) (2006), *Persiguiendo imágenes. El noticiario argentino, la memoria y la historia 1930-1960*, Buenos Aires: Editores del Puerto.
- Mestman, Mariano y Fernando Martín Peña (2002), “Una imagen recurrente. La representación del Cordobazo en el cine argentino de intervención política”, *Film Historia* (on line), vol. XII, n° 3, Barcelona.
- Mestman, Mariano (2008), “Mundo del trabajo, representación gremial e identidad obrera en *Los traidores* (1973)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, París, 2008. URL: <http://nuevomundo.revues.org/index44963.html>.
- Mercado, Lucía (1997), *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*, Buenos Aires: s/e.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), “El Cordobazo y el auge de ma-

sas”, en Juan Carlos Cena (comp.), *El Cordobazo, una rebelión popular*, Buenos Aires: La Rosa Blindada.

Pucci, Roberto (2007), *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán 1966*, Tucumán: Ediciones del Pago Chico.

Romano, Eduardo (1991), *Cine y literatura*, Buenos Aires: Catálogos.

Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.

Schneider, Alejandro (comp.) (2009), *Trabajadores*, Buenos Aires: Herramienta.

Varela, Mirta (2005), *La televisión criolla*, Buenos Aires: Edhasa.

Walsh, Rodolfo (1957), *Operación Masacre* (1972), Buenos Aires, De la Flor.

* * *

Resumen: Este artículo analiza los modos en que el cine político argentino representó las protestas obreras entre mediados de la década de 1960 y comienzos de la siguiente, con particular atención a las ocupaciones de fábricas y la lucha de calles. El estudio focaliza en la correspondencia de las imágenes utilizadas respecto de acontecimientos precisos del proceso histórico. Y recorre las producciones filmicas realizadas entre dos películas emblemáticas, como *La hora de los hornos* (1968), del grupo Cine Liberación vinculado al movimiento peronista, y *Los traidores* (1973), del grupo Cine de la Base vinculado al PRT-ERP. Asimismo, argumenta sobre una suerte de disputa entre los grupos de cine respecto de las imágenes que consideraban más representativas de las luchas populares del período.

Palabras clave: cine político – protesta obrera – ocupaciones fabriles – Cordobazo

Abstract: Focusing on the depiction of factory occupations and the workers struggles in the street, this article discusses how political Argentine cinema represented working class protests from the mid 1960s to the beginning of the following decade. By exploring the use of footage and its relation to the events depicted in two emblematic films of the period, *La hora de los hornos* (1968, made by the peronist group Cine Liberación) and *Los traidores* (1973, produced by Grupo cine de la Base, linked to the PRT-ERP) this paper points out the presence of a sort of political dispute over the most representative images of popular struggles of those years.

Keywords: political cinema – labour protest – factory occupations – Cordobazo

Recepción: 10 de noviembre de 2013. **Aprobación:** 27 de febrero de 2014.

Clase y partido. Surgimiento, proletarización y militancia fabril del PRT - La Verdad (1968 – 1972)

Martín Mangiantini

ISP Joaquín V. González - UTDT

Bajo el impacto de la Revolución Cubana y de fenómenos de masas tales como las movilizaciones contra la guerra de Vietnam o la radicalización del movimiento estudiantil mundial, desde mediados de la década de 1960 se experimentó en Argentina el nacimiento de un considerable número de organizaciones revolucionarias posicionadas como alternativas ubicadas a la izquierda del ya existente socialismo y comunismo vernáculo. La aparición de flamantes estructuras como Vanguardia Comunista (autodenominada “marxista-leninista”), el Partido Comunista Revolucionario (de orientación maoísta), Política Obrera (de extracción trotskista) como así también la formación de los incipientes grupos armados peronistas y guevaristas (tales como las Fuerzas Armadas Revolucionarias, las Fuerzas Argentinas de Liberación, las Fuerzas Armadas Peronistas y Montoneros, entre otros) fueron algunas expresiones de este fenómeno. Como parte de este abanico de agrupamientos se destacó también la presencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (en adelante, PRT), organización que operó unificada entre los años 1965 y 1968.

El PRT surgió como producto de la fusión entre dos trayectorias divergentes. Por un lado, el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP), fundado en 1961 y dirigido por los hermanos Santucho, que sostuvo planteos de índole nacionalista e indigenista con una paulatina adopción de concepciones marxistas y cuya inserción se limitó a las provincias de Santiago del Estero, Tucumán y Salta. Por otro lado, se encontraba la tendencia trotskista encabezada por Nahuel Moreno que, al momento de la fusión con el FRIP, adoptaba el nombre de Palabra Obrera. Esta última corriente había surgido en la década de 1940 a partir del Grupo Obrero Marxista, impulsado por un puñado de jóvenes que buscaron una inserción política en la clase obrera porteña y del Gran Buenos Aires durante el surgimiento del peronismo. Tras una

cierta expansión, el grupo se convirtió en Partido Obrero Revolucionario para, posteriormente, integrarse al Partido Socialista de la Revolución Nacional, un desprendimiento del viejo PS. Luego del golpe de Estado que derribó al gobierno peronista en 1955, la principal acción de esta corriente se desarrolló dentro del movimiento obrero que resistió a la Revolución Libertadora. Acorde a esta línea, impulsó el Movimiento de Agrupaciones Obreras con el objetivo de construcción de una tendencia sindical y clasista independiente y, desde 1957, comenzó a practicar el *entrismo* en el movimiento peronista. Esta táctica consistía en la entrada de los militantes a un movimiento ideológicamente no revolucionario pero absolutamente mayoritario entre los sectores trabajadores (como era el peronismo) con la pretensión de influir en un viraje ideológico de sus integrantes hacia posiciones de izquierda. Con esta orientación, esta corriente comenzó a editar el periódico *Palabra Obrera*, utilizado para relacionarse con los diversos sectores de la vanguardia fabril. Tal fue la importancia de esta herramienta de difusión que al propio grupo se lo empezó a conocer y denominar con ese nombre. En 1964, Palabra Obrera consideró culminada la experiencia del *entrismo* y, en la búsqueda de confluencia con otras vertientes revolucionarias, se fusionó con el FRIP dando origen al PRT.

En su breve existencia como entidad unificada, el PRT pugñó por consolidar su presencia en la clase obrera porteño-bonaerense, intentó insertarse aún más en el proletariado azucarero de Tucumán, participó de paradigmáticos conflictos como la huelga portuaria de 1966, construyó una tendencia dentro del movimiento estudiantil y, paralelamente, procuró dotarse de una política internacionalista. Sin embargo, en 1968, experimentó un proceso de diferenciación interna que desembocó en la ruptura de la organización en dos estructuras diversas. Por un lado, el PRT - El Combatiente (liderado por Mario Roberto Santucho, entre otros dirigentes), que luego desembocó en el PRT-ERP;¹ por otro lado, el PRT-La Verdad (PRT-LV), bajo la dirección de Moreno. Si bien esta ruptura estuvo determinada por diversas tensiones ya preexistentes en el seno de su dirección, su principal motivación recayó en el debate acaecido en torno al tipo de estructura política a construir, en las metodologías de inserción de tal organización entre los sectores trabajadores y, principalmente, en la viabilidad estratégica de la utilización de la lucha armada en el contexto argentino por entonces vigente (Mangiantini, 2012).

El objetivo del presente trabajo es analizar al PRT-LV, a partir del momento de la ruptura antes descripta, específicamente en lo pertinente a su experiencia de inserción en la clase obrera durante los siguientes

1. Para una profundización de esta trayectoria, cfr.: Pozzi, 2004; Carnovale, 2011; Weisz, 2004.

cuatro años, en el marco de un período fundamental en la historia social y política argentina. Se trató de la coyuntura abierta por el Cordobazo, signada por el ascenso en la conflictividad obrera, la radicalización político-ideológica, la emergencia del llamado clasismo y el inicio de una crisis orgánica que puso en jaque a la estructura económico-social argentina. En este marco, la militancia obrera del PRT-LV es una temática escasamente explorada por la historiografía sobre las organizaciones revolucionarias más allá de ciertas referencias colaterales, introductorias o más generales (Coggiola, 2006; Werner y Aguirre, 2007; Pozzi y Schneider, 2000; Castillo, 2012; Camarero, 2013). Su abordaje permite una mejor comprensión de la convulsionada coyuntura de finales de los 60 y principios de los 70 y de la relación existente, en este contexto, entre la vanguardia obrera y las organizaciones revolucionarias que habitaban en su seno. Para este análisis se utilizarán fuentes hasta el momento poco examinadas, con un mayor énfasis en la documentación interna de la organización y, en menor medida, testimonios de los mismos protagonistas y la prensa periódica.²

Cuantificar el grado de inserción que tuvo el PRT-LV en el seno de la clase obrera, presenta diversas dificultades, pues ella se desarrolló en el marco de una coyuntura represiva que obligó a esta organización a un funcionamiento con metodologías propias de una práctica militante clandestina. Por otro lado, un elemento que dificulta la cuantificación en torno al grado de influencia de una organización revolucionaria en este período recae en la existencia de una clase obrera que, en un porcentaje amplio, autodefinía su identidad política con un anclaje en el peronismo. Ello puede llevar a conclusiones erróneas dado que el bagaje conceptual y metodológico que la izquierda revolucionaria argentina logró desarrollar dentro de la clase obrera en esta coyuntura aparece como un elemento determinante dentro de los rasgos característicos concretos de este sujeto social. Metodologías propias de la democracia obrera, el fenómeno del clasismo y la radicalización de los conflictos con prácticas como las tomas de fábricas o las huelgas de larga duración, dieron cuenta de una retroalimentación entre la izquierda revolucionaria y la clase obrera que iba más allá de la filiación identitaria (o electoral) de esta última. En relación con ello, el PRT-LV fue una de las expresiones políticas existentes dentro de esta clase y es uno de los ejemplos del grado de radicalización de este sujeto en una coyuntura en la que parte de su vanguardia viró hacia posiciones de ruptura con el

2. La documentación interna de la organización pertenece a la Fundación Pluma mientras que la prensa partidaria fue consultada en el CEIP León Trotsky - IPS Karl Marx.

sistema capitalista, con las alianzas policlasistas y con las estructuras sindicales burocratizadas.

I

La ruptura del PRT conllevó una importancia determinante para la comprensión de la estrategia que, con posterioridad, adoptó el PRT-LV, dado que esta discusión supuso una reelaboración de los paradigmas organizativos a poner en práctica y la decisión de un profundo vuelco organizacional de su militancia en el seno de la clase obrera y en sus organismos de lucha. En este sentido, una de las polémicas que atravesó el debate en el PRT recayó en la caracterización en torno al sujeto que protagonizaría la transformación radical de la sociedad y en el que una organización revolucionaria debía insertarse y pugnar por su dirección. La tendencia encabezada por Moreno rechazó como precepto el paradigma *guevarista* impuesto tras el triunfo de la Revolución Cubana según el cual el campesinado se convertía en el sujeto revolucionario prioritario dado que era el actor que mejor se adecuaba a la táctica de la guerra de guerrillas a partir de la premisa que indicaba la necesidad de una dirección revolucionaria refugiada en el espacio geográfico agrario y a resguardo de la represión y la reacción. El sector dirigido por los hermanos Santucho adaptó tal paradigma a la realidad argentina y afirmó que, en este caso, el proletariado azucarero y rural del norte del país sería la vanguardia dentro de la clase obrera pero que tales sectores estarían condenados al fracaso sin el respaldo de un ejército revolucionario estratégicamente instalado en el campo, dado que el accionar represivo estatal limitaba las posibilidades de éxito de los movimientos de masas urbanos tales como las luchas fabriles o barriales (Santucho, Prada y Prieto, 1968: 81). Ante esto, la facción que posteriormente conformaría el PRT-LV cuestionó el dogma campesino por tratarse de un esquema cerrado e inamovible y alertó sobre el peligro de que tal concepción ignorara el protagonismo de masas urbano y obrero existente en diversas experiencias históricas (Moreno, 1964: 14 y 22).

Posteriormente, esta advertencia se imbricó con el análisis de la coyuntura mundial existente. En ella, la radicalización obrera y juvenil que significaron diversos procesos acaecidos entre los años 1967 y 1969, tales como el Mayo Francés, la Primavera de Praga, la rebelión estudiantil mexicana o las masivas protestas juveniles contra la guerra de Vietnam, pusieron de manifiesto el retorno a las acciones de masas que tuvieron tanto al proletariado como a una juventud radicalizada como protagonistas. En esta coyuntura, la tendencia liderada por Moreno pronosticó la apertura, a nivel mundial, de una combinación de

diversos métodos de lucha y formas organizativas³ e identificó un posible viraje en los métodos de enfrentamiento al sistema capitalista a partir de la probable transformación de las manifestaciones multitudinarias y desorganizadas en huelgas parciales o generales con características insurreccionales o preinsurreccionales.⁴

Este debate se relacionó con el análisis particular de la coyuntura argentina en un marco en el que aún no se visualizaba el inicio de una descomposición acelerada del gobierno iniciado con el golpe de Estado de 1966. En relación con ello, una polémica central en el seno de la dirección del PRT recayó en la caracterización sobre el papel del movimiento obrero en una etapa signada por su retroceso y por la relativa estabilidad del régimen militar.⁵ La facción que conformaría el PRT-LV argumentó que se trataba de una coyuntura defensiva y de luchas parciales de la clase obrera contra una burguesía que, en concordancia con el proyecto estatal, se lanzó a arrebatarle las conquistas laborales y organizativas antes obtenidas. Para esta corriente, las conquistas más temidas por la burguesía eran los cuerpos de delegados y las comisiones internas y, por ello, la principal consigna de la etapa recaía en la defensa de estos organismos de la clase obrera como así también de los sindicatos y de la CGT de todo tipo de ataque por parte del Estado y de las patronales.⁶ A tal premisa, la tendencia posteriormente convertida en el PRT - El Combatiente rebatió con el argumento que afirmaba que estos organismos de la clase obrera gozaban de un carácter escasamente combativo y clasista, por lo que se imponía la necesidad de formas de organización y métodos de lucha superadores y no la recuperación y defensa de los ya existentes.⁷ Según esta línea, la recomposición obrera se produciría a partir de la resistencia armada y mediante la creación de nuevos organismos tales como las comisiones de resistencia o los sindicatos revolucionarios, dado que los viejos órganos de representación eran incapaces de llevar esta política a la práctica. En definitiva, si el enfrentamiento al régimen se produciría a partir de métodos armados,

3. "Informe Internacional", Comité Central del PRT-LV, marzo de 1969, p. 3.

4. "Proyecto de tesis sobre la situación latinoamericana", Comité Central del PRT-LV, julio de 1969, p. 1.

5. "Tesis sobre situación nacional", Comité Central del PRT, mayo de 1967, p. 2.

6. "Una tendencia ultraizquierdista" [firmado por "NM": Nahuel Moreno], Comité Central del PRT, agosto de 1967, pp. 7-8.

7. "Proyecto de anexo acerca de las modificaciones propuestas a las tesis nacionales" [firmado por Juan Candela: seudónimo de Helios Prieto], Comité Central del PRT, agosto de 1967, pp. 2-3.

deberían crearse, en consecuencia, los organismos necesarios para efectuar tales acciones.⁸

En respuesta a ello, la corriente encabezada por Moreno afirmó que los viejos organismos de la clase obrera podrían aplicar nuevos métodos de lucha y viceversa, razón por la cual, la equiparación de los órganos sindicales existentes a una metodología indefectiblemente reformista se transformaba en un considerable error.⁹ Paralelamente, alertó sobre aquellas organizaciones que despreciaban la importancia tanto de las consignas mínimas y de transición para la movilización de los trabajadores como así también la inserción que un partido revolucionario debía forjar en los organismos tradicionales del movimiento de masas. Sin embargo, al mismo tiempo, se advertía sobre la necesidad de no realizar un fetiche de los organismos ya existentes y, si el ascenso obrero lo permitía, pugnar por el surgimiento de formas organizativas superiores en combinación con las anteriores. En definitiva, desarrollar e identificar las nuevas formas organizativas de las masas era la tarea central de un partido revolucionario. El peligro recaería en imponer instancias organizativas ficticias y ajenas a las ya creadas por el movimiento de masas.¹⁰ Esta posición se convirtió en el eje central de la discusión del PRT dado que, desde la concepción del posterior PRT-LV, la creación de un ejército guerrillero era un intento de forjar una estructura artificial que despreciaba a las organizaciones existentes y que, al mismo tiempo, le planteaba la necesidad de armarse, no a las masas en sí, sino a una vanguardia ya movilizada con otros métodos (Moreno, 1989: 24).

En la práctica, para la tendencia dirigida por Moreno, la ruptura del PRT significó un profundo golpe que se manifestó con la migración de cuadros históricos y de jerarquía de la organización que se sumaron a las filas de los hermanos Santucho, como así también en la pérdida prácticamente íntegra de regionales de peso como Córdoba, Tucumán y el Litoral. El flamante PRT-LV mantuvo su estructura casi intacta en el Gran Buenos Aires (con mayor fortaleza en la zona Norte) y en la región de La Plata, Berisso y Ensenada manteniendo una estructura con una cifra inferior a los 300 militantes.

A partir de diversos conflictos acaecidos en 1968, este partido vislumbró la apertura de una etapa que ubicaría al movimiento obrero y urbano a la cabeza de las luchas a través de sus métodos tradicionales (como las huelgas y tomas de fábrica) en combinación con otros nuevos (González, 1999: 283-284) y, en concordancia con ello, comenzó su reconstrucción tras reafirmar el paradigma organizativo partidario

8. Ídem, p. 5.

9. "Una tendencia ultraizquierdista", ob. cit., p. 5.

10. "Proyecto de tesis sobre la situación latinoamericana", ob. cit., pp. 8-9.

leninista: pugnar por la penetración en el proletariado a partir de la participación en sus movilizaciones y, paralelamente, presentarse como alternativa de dirección de sus organismos ya existentes. En relación con ello, se planteó como premisa que un partido revolucionario no debía posicionarse por sobre los organismos que las propias masas se daban (como, por ejemplo, las comisiones internas y cuerpos de delegados) sino pugnar por su inserción en ellos a partir del esbozo de aquellas reivindicaciones que fueran capaces de colaborar con la elevación de las luchas existentes (Moreno, 1973: s/p).

Esta concepción se reafirmó y profundizó a partir del estallido del Cordobazo en 1969 y del cambio coyuntural que implicó. Este partido caracterizó que esta insurrección generó en Argentina una situación prerrevolucionaria, lo que se justificó con la visualización de cuatro características identificadas en la coyuntura política iniciada luego de este hecho. En primer lugar, la presencia de una situación de inestabilidad de los sectores burgueses que comenzaban a mostrar disputas entre sí de un modo más álgido. En segundo orden, la creciente oposición al gobierno de una pequeño-burguesía radicalizada. Por otra parte, la disposición para la lucha del movimiento obrero demostrada en la contundencia de las huelgas generales y, por último, el surgimiento de una vanguardia estudiantil y obrera, ya revolucionaria o con tendencias a adquirir posiciones de esa índole, dispuesta al enfrentamiento contra el gobierno y a la formación durante los conflictos de embriones de nuevas direcciones y organizaciones de masas que reflejaban la incipiente unidad obrero-estudiantil.¹¹

Según este análisis, la etapa prerrevolucionaria podría derivar en un retorno a una nueva estabilidad del régimen, o bien hacia una situación revolucionaria (Moreno, 1997: 68). Desde esta perspectiva, si el Cordobazo no produjo la caída definitiva del régimen, su causa fue el retraso en la formación de una dirección clasista y en la conservación por parte de la burocracia sindical del dominio de los organismos de masas, lo que impidió que la clase obrera gestara un cambio radical en la relación de fuerzas. Para esta corriente, las bases obreras compartían estas posturas pero ellas aún se expresaban más como un repudio y desprestigio de la burocracia sindical que en el reconocimiento y conformación de nuevas direcciones clasistas.¹² Sobre esta base, este partido reafirmó como tareas centrales la conquista de los cuerpos de delegados y comisiones internas de fábrica y un fortalecimiento como organización ligado

11. "Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales" [firmado por "NM": Nahuel Moreno], Comité Central del PRT-LV, junio de 1969, p. 1.

12. "1969", Comité Central del PRT-LV, 1969, p. 2.

a esta línea.¹³ Tal determinación implicó la necesidad de reestructurar un partido político mermado por la ruptura preexistente a partir de la puesta en práctica de una diversidad de estrategias con la pretensión de insertarse en el movimiento obrero, en sus organismos de lucha y en su conflictividad.

II

Tras su conformación, el PRT-LV desarrolló una política de captación de la vanguardia obrera. Para esta corriente, la disputa por su dirección se manifestaba principalmente contra el stalinismo (identificado en la estructura del Partido Comunista) y el castrismo (alusión que refería a las diversas organizaciones revolucionarias armadas, principalmente al PRT-ERP). Del primero, se delimitó con el argumento de tratarse de una corriente que depositaba su confianza en algún sector de la burguesía, lo que terminaría llevando a la clase obrera a la derrota, mientras que al segundo actor lo caracterizó como una tendencia que le planteaba a la vanguardia la realización de acciones que la llevarían al aislamiento del movimiento de masas. El planteo esgrimido hacia tal vanguardia recayó en la necesidad de que ella no se disgregara de sus espacios de trabajo y permaneciera ligada a los organismos de representación obreros para convertirse en su dirección al detectar aquellos problemas de cada lugar que le permitiera buscar las consignas por las cuales movilizarse (Moreno, 1989: 199-200).

En la búsqueda de conformar un partido revolucionario cuya composición central fuera una militancia mayormente proletaria y, paralelamente, a partir del objetivo de erigirse como dirección reconocida de los organismos de masas, el PRT-LV desarrolló diversas estrategias. El método inicial utilizado en su objetivo de reinserción en la clase obrera sería la denominada *peinada*, que consistió en la búsqueda de entablar relaciones individuales con su vanguardia y forjar una red de contactos de la organización.¹⁴ Su aplicación conllevó dos modalidades. Por un lado, la relación de la militancia partidaria con los trabajadores fabriles de base, prioritariamente a partir del diálogo en torno a las problemáticas cotidianas propias de su ámbito laboral para luego, paulatinamente, profundizar tal relación a partir de un vínculo de mayor contenido político y, por otro lado, la concurrencia a las fábricas para entrevistarse con sus delegados e interiorizarse de sus reivindicaciones, realizar un padrón acabado sobre la estructura fabril de cada espacio laboral y

13. "Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales", ob. cit., pp. 7-8.

14. "Informe de actividades", Comité Central del PRT-LV, julio de 1969, p. 1.

trazar una caracterización sobre la situación interna de cada ámbito de trabajo para, sobre esa base, ponderar los espacios de inserción de la militancia.

Simultáneamente a la *peinada*, la estrategia más paradigmática de inserción recayó en la *proletarización* del partido. Ella consistió en que una porción considerable de su militancia se insertara en los espacios fabriles a partir del ingreso laboral a diversos establecimientos y, una vez concretado ello, lograra una integración tanto al mundo del trabajo como a la cotidianeidad y a los espacios de sociabilidad de la clase obrera. Esta estrategia conllevó un fenómeno dialéctico para la organización: la paulatina transformación de diversos obreros en dirigentes partidarios y, simultáneamente, la consolidación de distintos cuadros partidarios como representantes del movimiento obrero.¹⁵

La militancia estudiantil fue el otro pilar del PRT-LV, lo cual se reflejó en la participación en espacios tales como la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Arquitectura de La Plata y el Comedor Universitario de Tucumán, entre otros ejemplos. No obstante ello, un elemento determinante de la proletarización recayó en la inserción en el espacio fabril de aquellos miembros del partido que desarrollaban una política estudiantil universitaria, de modo que aquellos sectores provenientes de la pequeño-burguesía, se incorporaran al mundo del trabajo y a su militancia. Si bien no existió en este partido un menosprecio por el activista universitario, se percibe de la documentación y el bagaje testimonial la existencia de una moral interna que presionaba mayoritariamente a sus miembros a entablar la búsqueda de una inserción laboral.

Una vez impulsadas, las estrategias de la *peinada* y la proletarización se arraigaron con fortaleza en el seno de la militancia partidaria construyendo un imaginario interno. En este sentido, son paradigmáticas ciertas historias que circulaban entre la militancia con respecto a la trayectoria de la propia corriente y de la tenacidad para lograr una inserción política por parte de algunos de sus dirigentes fundadores:

(...) había una multiplicidad de formas de llegar y una idea que se tomaba de viejas tradiciones de que no era imposible entrar a ninguna fábrica si se trabajaba con paciencia. Una anécdota que circulaba del Vasco Bengochea, de una fábrica textil, Alpargatas debía ser, que era de miles y miles y no había forma de entrar, porque además eran todas mujeres, no se podía volantear porque te echaban a la mierda, querías parar a las compañeras para hablar y no te daban bola porque eras tipo, entonces Bengochea fue y se descompuso frente a la puerta, entonces fueron las compañeras, lo cuidaron, llamaron a la

15. "Informe de actividades", Comité Central del PRT-LV, 1970, p. 2.

ambulancia, entonces a partir de ahí hizo contacto y relaciones con 2 o 3, después él volvió a agradecerles. Se contaba eso siempre como ejemplo de que no había forma de no entrar a una fábrica.¹⁶

En una línea similar, se destaca un documento interno de la organización que circuló entre sus miembros y que aparece como paradigma de inserción de un militante partidario en un ámbito como la fábrica de neumáticos Pirelli. En dicho texto se reivindicaba que dicho militante se asimilaba al trabajo y a la gente de la empresa a partir de la ayuda a los nuevos obreros que entraban a la planta, su colaboración con otros compañeros en sus tareas, la participación en las charlas y discusiones cotidianas de los obreros, su preocupación por los problemas de sus pares (tales como familiares enfermos, sus relaciones personales, etc.). En definitiva, se presentaba como paradigma de militante proletarizado a aquel sujeto inserto entre sus pares que daba respuestas a las diversas problemáticas que surgieran, tanto laborales como personales, lo que le posibilitaba poner en práctica una labor educativa y un respeto personal por parte de sus compañeros.¹⁷ Tanto la anécdota de Alpargatas como el ejemplo de Pirelli dan cuenta de un discurso e imaginario interno que circulaba entre la militancia partidaria relacionado con la moral y la tenacidad que suponía el proceso de proletarización. Es escasamente relevante la comprobación en torno al grado de veracidad de tales experiencias o el análisis sobre cómo estas historias fueron tomando un significado diverso y complejizándose con el paso del tiempo, pero ellas son sintomáticas de aquellas actitudes que se identificaban como valiosas para aquel miembro partidario que se volcaba a la militancia obrera y como ejemplo del perfil que se esperaba de él.

Una vez puesta en práctica, la proletarización conllevó, en determinados casos, dos tipos de dificultades que obstaculizaban la real inserción fabril. Una de ellas recayó en aquellos militantes que fueron absorbidos en sus tiempos por las tareas laborales cotidianas y ello les impedía elevarse al rol de activistas dentro de la fábrica y establecer un diálogo político con sus pares. La otra problemática recayó en aquellos activistas que, en la búsqueda de erigirse rápidamente como dirigentes político-sindicales, adoptaron posiciones y encabezaron acciones alejadas del nivel de conciencia y del grado de construcción desarrollado por parte de las bases obreras, lo que trajo aparejada una brecha con respecto a aquellos sectores que se pretendía dirigir y el aislamiento o la

16. Entrevista a Aldo Casas hecha por el autor, septiembre de 2012.

17. "Proletarizaciones", Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1970, p. 1.

exposición de estos cuadros a merced de las sanciones de las empresas o de las propias dirigencias sindicales burocratizadas.¹⁸

En la práctica, la relación del militante proletarizado con sus pares se produjo de dos modos paralelos. Por un lado, a partir del desarrollo de las tareas laborales propiamente dichas y, por otro, mediante la inserción en la sociabilidad obrera en el marco de las vivencias cotidianas que continuaban más allá de las relaciones existentes en el ámbito de trabajo. En lo pertinente al primer elemento, se imponía como línea la necesidad de una actitud de evidente esfuerzo y tenacidad en su práctica como un medio para alcanzar un respeto laboral que se convirtiera en el paso previo y necesario para la conversión del militante partidario en un referente político-sindical.

Siempre discutíamos que teníamos que ser los mejores trabajadores, los mejores estudiantes, los mejores docentes. [...] buenos compañeros, no había que ser lumpen en el trabajo, no faltar por lúmpenes [...] aprender de la vida social de los trabajadores. [...] combatíamos a los compañeros que no fueran buenos trabajadores, porque su diálogo con el resto de los trabajadores tenía que ser a partir de que se ganaran su respeto por su práctica.¹⁹

Paralelamente, un modo de inserción fundamental recayó en la convivencia en aquellos espacios de sociabilidad existentes más allá de las relaciones entabladas al interior del espacio fabril. Ello fue posible a raíz de una coyuntura en la que, además de las horas de trabajo, la clase obrera compartía diversos espacios de recreación, distensión o encuentro que, simultáneamente, eran un medio para forjar relaciones y, a partir de allí, pugnar por la politización de tal vínculo. Para el partido, existió un abanico de formas de relacionarse en el marco de diversas instancias colectivas. Eran frecuentes las actividades deportivas (como la organización de torneos de fútbol internos de secciones de una empresa o campeonatos entre diversas fábricas de una región), forjar relaciones en los tiempos de descanso en el marco de la propia jornada laboral en momentos tales como el desayuno o el almuerzo en los comedores de las plantas fabriles, o bien aprovechar la sociabilidad que excedía los días laborales como, por ejemplo, la realización de salidas colectivas los fines de semana: el cine, los asados, los cumpleaños y los bautismos de los hijos de los obreros. En una misma línea, era habitual la colaboración de los militantes con los obreros en los días no laborables para la cons-

18. "Logremos una nueva dirección del movimiento obrero", V Congreso Nacional del PRT-LV, 1970, pp. 9-10.

19. Entrevista a Laura Marrone hecha por el autor, septiembre de 2013.

trucción de sus hogares. Esta práctica iba asociada, en ocasiones, con actividades pertinentes para un actor social cuyo entorno presentaba, en ciertas oportunidades, carencias estructurales como, por ejemplo, la realización de instancias de alfabetización del obrero o de sus familiares o la concreción de charlas explicativas sobre determinadas enfermedades, entre otros ejemplos.

Por último, una de las expresiones más acabadas de la proletarianización recayó en una concepción que vislumbró que la inserción del militante en la clase obrera no solamente debía producirse en el marco de un ámbito fabril sino también en el espacio barrial y en la cotidianidad social. En concordancia con ello, fue frecuente que el militante proletarianizado modificara no solo su inserción laboral sino también la ubicación geográfica de su lugar de vivienda para alcanzar una integración completa al espacio obrero. Existen experiencias paradigmáticas en este sentido como, por ejemplo, diversos estudiantes universitarios en los albores de recibirse que abandonaron sus estudios para forjar su ingreso a fábrica, o bien migrar hacia el interior para posibilitar la apertura política del partido en un espacio no explorado. Cabría aquí el interrogante en torno a la existencia de una cierta tensión interna en la organización para conjugar la labor intelectual del militante con una evidentemente valorada praxis obrerista y sindical.

En un plano más teórico, un elemento de inserción ponderado por esta corriente recayó en el papel que podrían cumplir las consignas motorizadas por un partido revolucionario como medio de elevación del nivel de conciencia de la clase obrera. Éstas tenían como objetivo su capacidad de movilización de los trabajadores y, por ello, debían reflejar las necesidades y el nivel de conciencia existente en la clase en cada momento determinado (Moreno, 1989: 212-213). En este sentido, se propuso la elaboración de un programa de transición en las diversas fábricas o secciones en donde se encontrara inserto como un medio de organización del activismo y de la base fabril a partir de su propio nivel de conciencia y como modo de aglutinamiento de una vanguardia que, paulatinamente, pudiera ser organizada como oposición a las estructuras burocráticas existentes en cada espacio laboral.²⁰ Para este partido, esta estrategia era considerada elemental en su búsqueda de erigirse como dirección y obtener influencia y confianza entre las masas (Moreno, 1989: 214).

Vinculado a esta problemática, esta corriente utilizó dos conceptos para poner en práctica su estrategia discursiva de inserción en la clase obrera: la propaganda y la agitación. La primera de estas herramien-

20. "Tesis sobre la situación nacional después de las grandes huelgas generales", ob. cit., p. 8.

tas era identificada como la propiedad de una organización de brindar una elevada cantidad de ideas a un público reducido e incluía desde la formación para la propia militancia partidaria hasta las charlas individuales con el activismo obrero al que se le describía la situación nacional, internacional, el programa del partido o las diferencias con otras organizaciones revolucionarias (Moreno, 1989: 196). Uno de los principales ejemplos de propaganda sostenido por el PRT-LV recayó en la venta del periódico semanal partidario en las puertas de fábrica y en los barrios obreros y, simultáneamente, la edición de publicaciones particulares para determinadas ramas o sectores laborales como, por ejemplo, los trabajadores metalúrgicos o los empleados bancarios. La propaganda política era definida como un elemento determinante dado que, sin ella, el trabajador tendría como principal objetivo la concreción de triunfos sindicales y, en caso de no lograrlos, experimentar una desmoralización y derrotismo.²¹ Por su parte, la agitación era la capacidad de levantar unas pocas consignas (o bien una sola) que dieran una salida para la lucha que el movimiento obrero tuviera planteada en un momento determinado. Esta herramienta se materializó a través de volantes, pintadas o, en el marco de concentraciones de masas, mediante el uso de la palabra.²² Al mismo tiempo, fue un método sostenido como un medio de interpelación a la clase obrera al presentarle determinadas contradicciones existentes ya sea con el Estado, con las patronales o bien con sus conducciones sindicales burocratizadas.

La inserción partidaria en un ámbito laboral y el posterior proceso de captación de la vanguardia conllevó diversos momentos de tensión. El primero de ellos recayó en el inicio de la actividad político-sindical por parte del militante proletarizado con la necesidad de minimizar los riesgos de la exposición, dada una coyuntura represiva imperante que obligó a prácticas de índole clandestinas. La colocación de volantes en lugares estratégicos de las plantas fabriles a disposición de sus trabajadores o, una vez entablado un diálogo político, el reparto del periódico partidario a partir de métodos solapados son algunos ejemplos de las prácticas utilizadas hasta el inicio del proceso de semilegalidad y la transición hacia la democracia. La otra tensión existió una vez forjado un vínculo político e iniciarse una nueva etapa consistente en que los contactos obreros conocieran la dinámica partidaria y sus aspectos programáticos. Este proceso de captación se desarrolló de diversos modos, entre los que se destacó una combinación de la sociabilidad (ya existente) con

21. "La revolución latinoamericana, Argentina y nuestras tareas", IV Congreso Nacional del PRT-LV, 1968, p. 27.

22. "Sobre agitación y propaganda (para BI)", Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1969, p. 1.

la búsqueda de la formación y la propaganda política hacia el contacto logrado. Así, una estrategia consistió en la realización de plenarios de larga duración en los que no sólo se invitaba al obrero recientemente incorporado (o en vías de hacerlo) sino también a su familia y en los que se practicaban actividades de índole recreativa además de las políticas. El acercamiento partidario a la estructura familiar era un elemento ponderado dado que el ingreso a una organización revolucionaria por parte del obrero conllevaba una alteración de su dinámica doméstica que, a partir de estas prácticas, se buscaba minimizar en su impacto. Por su parte, con aquellos contactos férreos, la principal estrategia recayó en la utilización de la formación política alrededor de variadas temáticas. Generalmente, el punto de partida consistió en charlas o cursos sobre problemáticas específicas (por ejemplo, sindicales) y, a partir de tal experiencia, se buscaba profundizar el contenido político y las temáticas a abordar.

III

Un eje central para la inserción del PRT-LV en la vanguardia obrera recayó en la política adoptada por la organización en los momentos de conflictividad de un espacio fabril o laboral determinado. El compromiso de su militancia con los conflictos acaecidos y la participación para que ellos desembocaran en soluciones favorables para sus trabajadores fueron elementos fundamentales de su concepción. Ante un reclamo laboral, este partido desarrolló dos variantes. La primera de ellas consistió en la participación en aquellos conflictos en espacios en donde esta corriente no poseía una ligazón política preexistente. Del relevo y contraste de testimonios se desprende una metodología aplicada esquemáticamente: la concurrencia de los militantes a dicho espacio para acercar la solidaridad de la organización con los trabajadores y, al mismo tiempo, ponerse a disposición de éstos para las diversas tareas necesarias para el sostenimiento de su lucha. Una vez entablado un vínculo, el papel del partido consistió en la puesta en práctica de iniciativas que se les proponían a los obreros en lucha tales como el desarrollo de colectas en otras fábricas y en el movimiento estudiantil, la invitación a sus trabajadores a recorrer otros ámbitos laborales en los que el partido poseía un peso sindical (como un modo de forjar relaciones entre diversos espacios y que fueran los mismos involucrados quienes explicaran a sus pares sus problemáticas), ofrecerles la impresión de un volante que narrara las causantes de tal conflicto y sus reivindicaciones, entre otras variantes que se combinaron. Estas prácticas fueron dinamizadas, en muchos casos, por la militancia estudiantil del PRT-LV que, a su vez, en los diversos conflictos, sostuvo la necesidad de conformación

de comisiones obrero-estudiantiles que garantizaran tareas de apoyo a quienes se hallaban en lucha.

La segunda alternativa de participación en los conflictos se produjo en aquellos ámbitos en los que este partido ya poseía una inserción política de su militancia y que, al momento de producirse una problemática laboral, se erigió como la dirección de tal proceso de lucha. Para ello, una herramienta que esta organización buscó construir en cada espacio laboral fueron las denominadas tendencias sindicales. Se trató del objetivo de conformar agrupaciones que, siendo dirigidas por esta corriente, tuvieran una composición más amplia que los miembros de este partido. Junto a la militancia del PRT-LV, en tales agrupamientos coexistían diversos componentes que, en el plano sindical, actuaban conjuntamente con esta corriente como, por ejemplo, activistas que no pretendían una militancia partidaria u obreros provenientes del peronismo que rechazaban a sus cúpulas sindicales burocratizadas y encontraban en estas tendencias un espacio de participación más allá de las diferencias políticas.

El impulso de las tendencias le permitió al PRT-LV profundizar el proceso de captación política fabril dado que, a partir de un trabajo conjunto en el plano sindical en el marco de una misma agrupación, se profundizaba una relación que podía desembocar en la transición de un vínculo gremial a una participación partidaria. En la medida en que la coyuntura política expresó un reanimamiento de la clase obrera con la paulatina crisis del régimen militar, el impulso a las tendencias sindicales se profundizó dado que, para este partido, las luchas obreras y el cambio en la conciencia ocasionaría que la nueva vanguardia tendiera a acudir a dichos agrupamientos como una forma de disputa con sus direcciones sindicales y fabriles burocratizadas. Entre las agrupaciones dirigidas por esta corriente se destacó la Tendencia Avanzada de Mecánica (TAM), que se desenvolvía al interior del gremio SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor) en el que el PRT-LV tuvo un peso político a partir de la dirección de las comisiones internas de Citroën y Chrysler. Otra tendencia importante fue Avanzada Bancaria, a partir de la inserción en el gremio bancario lograda tras la conquista de la comisión interna del Banco Nación. Como ejemplos más secundarios, este partido impulsó agrupamientos como Resistencia Metalúrgica, El Activista de la Carne, Avanzada Textil Petroquímica y Avanzada del Seguro, entre otras.

Paralelamente a la conformación de tendencias, la metodología de construcción central recayó en los intentos de conquista de los organismos de lucha que los propios trabajadores forjaban tales como las comisiones internas y los cuerpos de delegados y el sostenimiento en ellos de las reivindicaciones transicionales capaces de colaborar con la

radicalización de los posicionamientos políticos de los trabajadores y de elevar sus formas de luchas para, simultáneamente, erigirse como la dirección reconocida en los conflictos que se sucedieran. De esta premisa se desprendía la doble importancia de, por un lado, disputar a las estructuras sindicales burocratizadas los organismos de representación gremial y, al mismo tiempo, dar forma a un programa de transición en cada ámbito de trabajo que permitiera elevar el nivel de conciencia de sus trabajadores.

De los diversos ámbitos en los que el PRT-LV logró un peso político, el ejemplo más relevante recayó en la industria automotriz, particularmente en las plantas de Citroën (ubicada en el barrio de Barracas en Capital Federal) y de Chrysler (en San Justo). La búsqueda de inserción en este rubro no fue fortuita. Su desarrollo se debió a la caracterización que esta corriente esgrimió sobre los trabajadores de este sector a quienes identificó como la vanguardia del movimiento obrero argentino. Ello se debía a que las plantas automotrices se convirtieron en grandes industrias capitalistas, mayoritariamente de capital extranjero, con modernas tecnologías al servicio de una producción masiva lo que obligaba a que importantes núcleos de obreros realizaran tareas especializadas con un nivel de calificación elevado y una alta concentración de trabajadores por unidad de producción. Por otra parte, otra característica de la industria automotriz recaía en la negociación de convenios colectivos de trabajo por fábrica y no de conjunto, lo que redundó en un ambiguo resultado: por un lado, dificultaba la puesta en práctica de acciones colectivas de los empleados y fragmentaba los conflictos pero, al mismo tiempo, obligaba al activismo de cada unidad de producción a encarar sus problemas sindicales de forma directa y ello permitía la adquisición de una rápida experiencia de enfrentamiento con sus respectivas patronales.

En el caso de Citroën, el PRT-LV fue mayoría tanto de su comisión interna como del cuerpo de delegados entre los años 1968 y 1969 mientras que, entre 1970 y 1971, este partido controló los órganos de dirección de la planta de Chrysler. Su presencia como principal dirección sindical de estas plantas se manifestó en diversos elementos. En primer lugar, en la puesta en práctica de una metodología de conducción, antagónica a la desarrollada por las direcciones burocráticas preexistentes, que tendió a fomentar instancias democráticas de participación y decisión del conjunto tales como, por ejemplo, la frecuente realización de asambleas, las constantes reuniones de delegados de las secciones o de la comisión interna, el contacto cotidiano con los trabajadores y la continuidad de las funciones laborales por parte de quienes ocupaban las representaciones gremiales, de modo tal de no percibirse una brecha entre la dirección y la base.

Otro elemento distintivo recayó en la defensa de las reivindicaciones

presentes entre los trabajadores aunque éstas fueran vislumbradas como mínimas e insuficientes en sus objetivos. En el caso de Citroën, entre 1968 y 1969, sus órganos de representación gremial impulsaron un notorio número de conflictos parciales como el quite de colaboración por el reclamo del cobro de un medio aguinaldo más, o bien, una lucha sostenida a partir de un episodio de insalubridad en el comedor de la planta tras servirse un almuerzo en mal estado, lo que derivó en un reclamo que culminó con la obtención de una comisión de control obrero del alimento.²³ También se experimentaron conflictos de corta duración como un paro de quince minutos por la amonestación a cinco trabajadores que llegaron tarde por donar sangre,²⁴ o bien medidas más álgidas como el cese de actividades, la conformación de un fondo de huelga y la organización de piquetes en puerta de fábrica ante el despido de trabajadores.²⁵ En Chrysler también abundaron los conflictos parciales como, por ejemplo, la oposición al aumento de los tiempos de producción o el freno de las actividades ante los desperfectos mecánicos que redundaban en condiciones de trabajo inseguras para los operarios.²⁶ Se desprenden de estos hechos dos elementos. Por un lado, más allá de tratarse de conflictos por reivindicaciones mínimas, el sostenimiento de tales exigencias por parte de la dirección gremial y la obtención de esos triunfos le permitió al PRT-LV consolidarse como una representación reconocida y sostenida por las bases de las plantas. Por otro lado, más allá de tratarse de exigencias elementales, la aplicación de metodologías tales como el quite de colaboración o las huelgas de corta duración se convirtieron en un cúmulo de experiencia para una clase obrera que, posteriormente, protagonizaría conflictos de mayor envergadura. En lo respectivo a Chrysler, además del sostén de conflictos parciales, un rasgo distintivo de su conducción gremial recayó en los intentos de forjar una mayor politización de sus trabajadores mediante la realización de cursos de formación política y la discusión en los espacios assemblearios de temáticas que excedían a la empresa (tales como los cambios políticos en la coyuntura nacional o el apoyo a los conflictos de otras unidades de producción).

En lo pertinente a Citroën, la huelga de febrero de 1969 acaecida a partir del despido de un elevado número de activistas y representantes

23. Entrevista a Orlando Mattolini hecha por el autor, agosto de 2013.

24. "Citroën: importante triunfo que abre grandes perspectivas", *La Verdad. Boletín de informaciones obreras*, N° 165, 16 de diciembre de 1968, p. 3.

25. "Citroën: la patronal comienza a retroceder", *La Verdad. Boletín de informaciones obreras*, N° 155, 7 de octubre de 1968, p. 2.

26. "Convertir el revés en victoria", *Cristianismo y Revolución*, N° 30, septiembre de 1971, p. 6.

gremiales de la planta dio inicio a una lucha iniciada por los trabajadores, carentes de apoyo del sindicato SMATA, que tras cuarenta días de huelga impuso una conciliación obligatoria. Este fue un elemento que golpeó con dureza la inserción del PRT-LV en este espacio. En cuanto a Chrysler, la huelga de larga duración sucedida en 1971 en el marco de la discusión salarial redundó en el aislamiento de esta planta y en el despido de un porcentaje elevado de su activismo. La aplicación de metodologías tales como el boletín de huelga diario, el fondo de huelga y la organización de piquetes en puerta de fábrica no alcanzaron para evitar una ofensiva empresarial expresada principalmente en despidos, y ello derivó en una merma de la influencia de esta corriente. Dentro de este mismo rubro, aunque en menor medida, este partido tuvo inserción militante en Mercedes Benz (en donde integró la comisión interna y el cuerpo de delegados), Peugeot y General Motors y, paralelamente, forjó contactos en Good Year, Eaton Ejes, Deca, Borward y FAE.

Otro espacio de inserción destacado del PRT-LV recayó en la representación sindical del Banco Nación entre 1969 y 1972. Si bien el empleado bancario era un sujeto social con características diferentes al proletariado industrial, fue ponderado por este partido porque reflejaba un sector históricamente combativo y, al mismo tiempo, una expresión de los sectores pequeño-burgueses de la sociedad que experimentaban un proceso de radicalización ideológica. A partir de la agrupación Avanzada Bancaria, esta corriente formó parte de los organismos gremiales de este espacio y protagonizó conflictos como la lucha de 1969 que desembocó en un contundente aumento salarial, o bien, como en los casos anteriores, la defensa de reivindicaciones mínimas como las mejoras en las condiciones de trabajo, el rechazo a los traslados de trabajadores a sucursales geográficamente lejanas y la oposición a la instalación de cámaras de televisión para supervisar a los empleados. Paralelamente, pugnó por la politización de sus trabajadores del banco mediante la incorporación de temáticas que excedían las problemáticas diarias como, por ejemplo, la discusión en torno a la autarquía financiera o la defensa de la entidad ante las pretensiones de incorporación de los grandes grupos económicos internacionales. Si bien la influencia en el Banco Nación no cesó, ella mermó desde 1972 a partir de un notorio crecimiento de la Juventud Trabajadora Peronista en su seno y su política de desplazamiento de la conducción trotskista existente.

Más allá de estos ejemplos, el PRT-LV desarrolló su militancia obrera en un variado abanico de rubros y espacios laborales de distintas regiones. Tras la ruptura de 1968, su principal fortaleza recayó en Capital Federal y en el Gran Buenos Aires donde, además de su inserción en el gremio automotriz y en el bancario, tuvo militancia en el sector metalúrgico, un rubro en crecimiento a partir de su vinculación con la

industria automotriz y con el crecimiento del consumo de electrodomésticos. En estas zonas, existió también, en menor medida, inserción entre los empleados gráficos, textiles y estatales. Otra región de peso para el derrotero de esta corriente fue La Plata, Berisso y Ensenada donde tuvo participación en la industria de la carne, principalmente en los frigoríficos Armour-Swift y en la industria textil, particularmente en Petroquímica. Por su parte, en regiones como Mar del Plata, Bahía Blanca o San Nicolás esta corriente participó en rubros específicos, como la industria del pescado o de la construcción. En provincias de profunda agitación obrera como Córdoba, Tucumán y Santa Fe su fortaleza fue menor dado que, tras la ruptura de 1968, el grueso de la militancia del PRT se ubicó en las filas de la facción El Combatiente. El crecimiento de esta corriente en el interior del país se experimentó de modo más notorio a partir de 1972 en el marco de la transformación de esta organización en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) lo que supuso un aumento de su presencia política-sindical en diversas regiones antes ausentes.

IV

El análisis en torno al grado de inserción del PRT-LV en la clase obrera posibilita esbozar algunas reflexiones que exceden los aspectos cuantitativos de esa influencia. La militancia de esta organización en el movimiento obrero y en sus organismos de lucha permite profundizar la reflexión sobre la coyuntura política existente a partir de la radicalización de los años 1968 y 1969. Puede afirmarse que la prédica y el tipo de participación de esta corriente en la clase obrera dan cuenta de una tendencia existente dentro de su misma vanguardia que se encontraba cercana e influenciada por aquellos valores y concepciones propias de una retórica clasista tales como el anticapitalismo, el insurreccionalismo o la necesidad de una ruptura con las construcciones sindicales burocratizadas existentes a partir de la puesta en práctica de la democracia obrera como metodología de participación. A partir de tales concepciones, el PRT-LV entroncó su ideario con parte de una vanguardia que, al compartir tales premisas, se diferenció de otras tendencias también existentes en su seno tales como el peronismo, el reformismo o las organizaciones armadas. Puede argüirse entonces la existencia de una retroalimentación entre esta organización y parte de un activismo obrero al que influyó y del que se nutrió en estos años.

Desde el punto de vista interno, se desprende del análisis documental partidario que el proceso de proletarización de sus cuadros fue desarrollado como una política natural por parte de sus miembros. La principal discusión acaecida en el seno del PRT-LV recayó en la

dificultad existente, en determinadas oportunidades, de lograr que las numerosas relaciones sindicales forjadas en los ámbitos laborales, la participación en los organismos de dirección gremiales y la inserción en los conflictos se transformaran, a su vez, en vínculos políticos y, a partir ello, la posibilidad de un crecimiento cuantitativo del partido a partir de la captación en la vanguardia del movimiento obrero.

La percepción de este límite llevó a la dirección partidaria a alertar sobre el peligro de una desviación sindicalista que debía encauzarse entendiéndolo por ella el error de vislumbrarse dentro de la organización una separación, de hecho, entre los militantes sindicales y los políticos.²⁷ Se evidencia en esta tensión un obstáculo del proceso de proletarianización que recayó en una asimilación y adaptación del militante a una labor sindical y a una vanguardia obrera en ciernes que hacía peligrar el objetivo de politización de esta estrategia. El mayor ejemplo de ello lo evidencia la existencia de diversos ámbitos laborales en los que el PRT-LV tuvo un peso sindical (e incluso un rol de dirección) pero sin lograr aumentar su número de militantes partidarios en tal espacio. Como resolución de esta problemática, la dirección partidaria reorientó su estrategia de inserción en la clase obrera mediante una búsqueda de politización del trabajo sindical a través métodos como el desarrollo de campañas políticas, la venta masiva del periódico partidario y los cursos de formación teórica.²⁸ En cualquier caso, e independientemente de su alcance, abordar la proletarianización del PRT-LV, permite diversas reflexiones en torno a las dificultades y características que atravesaba una organización revolucionaria que, en el contexto de finales de los años 60 y principios de los 70, pugnaba por desarrollar una política de inserción en la clase obrera y erigirse como su dirección.

Bibliografía

- Camarero, Hernán (2013), "Tras las huellas del Cordobazo. Balances y perspectivas de Nahuel Moreno y el trotskismo del PRT - La Verdad", *Después del Cordobazo. Textos del PRT - La Verdad y el PST*, Buenos Aires, Ediciones El Socialista, pp. 7-23.
- Castillo, Christian (2012), "El PRT - La Verdad durante 1968 en La Plata, Berisso y Ensenada: una visión a través de su prensa", en Christian Castillo y Marcelo Raimundo (comps.), *El 69 platense*, Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.

27. "Informe de actividades", VI Congreso Nacional del PRT-LV, Septiembre de 1971, p. 2.

28. "Algunos graves problemas organizativos", Comité Ejecutivo del PRT-LV, 1970, p. 2.

- Carnovale, Vera (2011), *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Coggiola, Osvaldo (2006), *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires: Ediciones RyR.
- González, Ernesto (comp.) (1999), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo 3: Palabra Obrera, el PRT y la Revolución Cubana*, vol. 2: 1963-1969, Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Mangiantini, Martín (2012), “La polémica Moreno-Santucho. La lucha armada y la ruptura del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)”, *A Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, vol. 9, n° 3, pp. 41-66.
- Moreno, Nahuel (1964), *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana. ¿Lucha guerrillera o lucha obrera y de masas?*, Buenos Aires: s/e.
- (1973), *Argentina y Bolivia: un balance*, s/l: s/e.
- (1989), *Un documento escandaloso (En respuesta a “En defensa del leninismo, en defensa de la Cuarta Internacional” de Ernest Germain)*, Buenos Aires: Ediciones Antídoto.
- (1997), *Después del Cordobazo*, Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Pozzi, Pablo (2004), *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- Santucho, M., O. Prada y H. Prieto (1968), “El único camino hacia el poder obrero y el socialismo”, en Daniel De Santis, *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos*, t. 1, Buenos Aires: Eudeba, 1998.
- Weisz, Eduardo (2004), *Nueva Izquierda e izquierda tradicional*, Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2007), *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires: Ediciones IPS.

* * *

Resumen: El presente artículo se propone indagar sobre el surgimiento del Partido Revolucionario de los Trabajadores – La Verdad que, tras su nacimiento en 1968, se constituyó a partir de la premisa de forjar una construcción inserta en la clase obrera, en sus organismos de representación gremiales y en sus conflictos. Para ello, desarrolló un abanico de estrategias que desembocaron en el crecimiento cuantitativo de este partido y en el reconocimiento como corriente política por parte de una vanguardia obrera en un contexto de radicalización y proliferación de organizaciones revolucionarias en su seno.

Palabras claves: PRT La Verdad – movimiento obrero – trotskismo – inserción

Abstract: the objective of this article is to inquire into the emergence in 1968

of the Partido Revolucionario de los Trabajadores - La Verdad [Revolutionary Workers Party - The Truth], which was based on the principle of building a political construction inserted in the working class, its trade representative bodies and its conflicts. For this purpose, the party developed a range of strategies that resulted in its quantitative growth and the recognition of its political power by the workers vanguard in a context of radicalization and proliferation of revolutionary organizations.

Keywords: PRT-La Verdad – labor movement – trotskyism – insertion

Recepción: 16 de enero de 2014. **Aprobación:** 14 de marzo de 2014.

Insurrección obrera y compromiso intelectual. *Los Libros y Cristianismo y Revolución* frente al Cordobazo y el Viborazo

Adrián Celentano

IdIHCS-FaCHE/UNLP

Toda subjetivación auténtica es colectiva y toda intelectualidad viva es construcción de un nosotros.

Alain Badiou, *El siglo*

La insurrección cordobesa de 1969 abrió una secuencia política en torno a la que se desplegaron numerosas operaciones intelectuales orientadas a estructurar un pensamiento político en clave emancipatoria. Desde hacía más de una década, una fracción del mundo intelectual había iniciado un proceso de renovación de la cultura de izquierdas. Así, la interpretación del Cordobazo no podía más que dividir aguas entre los agrupamientos de la “nueva izquierda intelectual”,¹ sobre todo cuando ese acontecimiento se integró como un momento clave en la discusión sobre la “vía” para la revolución en nuestro país.

En el proceso de radicalización de las posiciones de los intelectuales, los libros, los folletos y las revistas se erigieron en el vehículo privilegiado. Varios científicos sociales produjeron obras que, haciéndose eco de las perspectivas militantes, proporcionaron significativas interpretaciones sobre los acontecimientos en curso; ejemplo de ello son las obras de Dellich (1973), Balvé *et al.* (1973) y Duval (1974). Otros científicos buscaron renovar el pensamiento marxista y revolucionario a través de la edición de revistas culturales. Dos espacios clave de esa renovación fueron *Los Libros (LL)* (1969-1976) y *Cristianismo y Revolución (CyR)* (1967-1971).

La primera apareció en Buenos Aires en 1969 bajo el sello de la editorial Galerna y la dirección de Héctor Schmucler.² Colaboraban allí José

1. Sobre el concepto de nueva izquierda intelectual, ver Terán (1991) y Sigal (1991); sobre el de nueva izquierda, Tortti (1999).

2. En el n° 23 (noviembre de 1971), además de la dirección de Schmucler, se forma un Consejo de Dirección compuesto por Carlos Altamirano y Ricardo Piglia. En el n° 25 (marzo 1972) se suman a ese consejo Miriam Chorne, Germán García y Beatriz

Aricó, Juan Carlos Torre y otros integrantes de esa fracción de la nueva izquierda intelectual que en 1963 había fundado la revista cordobesa *Pasado y Presente* (1963-1965). En su primera editorial, *LL* definía su actividad como “crítica de la ideología”. Desde ese marco, promueve la crítica sistemática de las novedades bibliográficas –especialmente la renovación de las lecturas marxistas según la matriz estructuralista althusseriana–, pero también se ocupa de los problemas señalados por la izquierda nacional (De Diego, 2003; Celentano, 2007, 2011). En sus primeros años, *LL* se compuso de reseñas sobre las nuevas publicaciones en historia, filosofía, economía política y sociología; además, analizó los nuevos libros relativos a la crítica literaria, el psicoanálisis y las ciencias de la educación. La relación entre historia de los movimientos obreros y estudiantiles, la caracterización del desarrollo capitalista y las formulaciones ideológicas implicadas en aquellas fueron preocupaciones constantes de la revista. A partir de los 70, las reseñas fueron acompañadas de informes, documentos y artículos de fondo. Poco tiempo después, la dirección de *LL* pasó a manos de Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo (ambos alineados con el Partido Comunista Revolucionario) y Ricardo Piglia (cercano a Vanguardia Comunista). Ese cambio ligó a la publicación a dos organizaciones maoístas que integraban la nueva izquierda y que tenían una significativa presencia tanto en el movimiento estudiantil como en la formación del clasismo obrero, específicamente en la “Córdoba rebelde”. Pero ese vínculo político no impidió que la revista mantuviera un espacio de reflexión relativamente autónomo respecto de la línea difundida por los grupos maoístas. En febrero de 1976, *LL* edita su número 44, y al mes siguiente es clausurada por la dictadura militar.

Por su parte, *CyR* fue fundada en 1967 por el periodista católico Juan García Elorrio, quien la dirigió hasta su muerte, en un misterioso accidente automovilístico, en enero de 1970. Entonces su compañera, Casiana Ahumada, asumió la dirección hasta que la publicación fue clausurada por la dictadura militar en 1971 (Pontoriero, 1991; Morello, 2003 y 2007; Lenci, 2004; Gil, 2004; Campos, 2007 y 2013). La revista funcionó como canal de difusión y toque de reunión de periodistas, sacerdotes, teólogos, intelectuales, sociólogos y militantes católicos que venían radicalizando sus posiciones bajo el influjo de la revolución cubana, el Concilio Vaticano II (1962-1965) y la encíclica *Populorum Progressio* (1967). Entre sus calificados colaboradores se encontraban Miguel Ramondetti, Gerardo Duejo, Jorge Bernetti y Miguel Grinberg. A lo largo de cuatro años, *CyR* editó treinta números de unas ochenta

Sarlo. En el n° 29 (marzo-abril de 1973), Schmucler deja la dirección, que queda a cargo únicamente del consejo integrado entonces por Altamirano, Sarlo y Piglia.

páginas y alcanzó a distribuir tiradas de veinte mil ejemplares. Sus artículos constituyen un valioso mirador sobre la situación política latinoamericana del periodo. Ellos exponen las reflexiones teológicas sobre la problemática de la liberación (especialmente las elaboradas por el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo), las argumentaciones y acciones de las formaciones revolucionarias peronistas, la organización de los estudiantes católicos y las medidas impulsadas por la CGT de los Argentinos (CGTA), encabezada por Raymundo Ongaro, quien publicó varios artículos en la revista. A diferencia de *LL*, la radicalización política asumida por *CyR* estuvo acompañada por la crítica a la institución académica y por la adhesión al modelo del *intelectual revolucionario* consagrado por la *II Declaración de La Habana* (el que fue puesto en línea con el peronismo revolucionario).

Teniendo en cuenta el significativo rol que jugaron *LL* y *CyR* en la formación de dos matrices centrales de la nueva izquierda intelectual, el marxismo insurreccional y el peronismo combativo, el presente trabajo analiza las interpretaciones y líneas políticas que esas revistas asumieron durante la secuencia política que se recorta entre el Cordobazo y el Viborazo. Ante la insurrección obrera, cada uno de los grupos editoriales emprendió la construcción del lenguaje de los obreros³ y para iluminar las diferentes construcciones atenderemos a tres cuestiones: la “vía” para alcanzar el objetivo revolucionario, la relación de los grupos intelectuales con las clases obreras insurreccionadas y la emergencia del clasismo obrero.

Los Libros: la cuestión sindical

Uno de los intereses que se advierte en las páginas de *LL* es la confrontación de los discursos de los sectores contestatarios del peronismo combativo con las directivas formuladas por Perón desde Madrid. Varias reseñas y editoriales ponen en entredicho las expectativas de una ruptura de Perón con el vandomismo, o bien las posibilidades abiertas por el Gran Acuerdo Nacional (GAN). La primera polémica significativa en

3. Las revistas que analizamos parecen tener en su horizonte de intervención este agudo señalamiento: “Para triunfar, es decir, para engarzarse en los planteamientos de las masas populares, un determinado vocabulario político tiene que transmitir la esperanza factible de una alternativa general y de unos medios creíbles para llevarla a cabo, de tal modo que los posibles adherentes puedan pensar en sus términos. Debe ser lo suficientemente amplio y adecuado como para permitir que sus adherentes utilicen ese lenguaje a fin de enfrentarse a los problemas cotidianos de la experiencia política o social, elaborar tácticas y lemas utilizándolos como base y resistirse a los intentos de los movimientos contrarios de apropiárselo, reinterpretarlo o sustituirlo” (Stedman Jones, 1989: 92).

torno de esa cuestión es disparada por la reseña del joven sociólogo Juan Carlos Torre que abre el número de *LL* correspondiente a julio de 1970, un número que difunde las reflexiones promovidas por la insurrección cordobesa en la escena política, pero sobre todo en las filas de la nueva izquierda intelectual a la que pertenecen los editores de la revista.⁴

En “Gazzera: autocrítica del sindicalismo peronista”, Torre (quien acababa de publicar junto a Santiago Senén González *Ejército y sindicatos. Los sesenta días de Lonardi*, por la misma editorial que financiaba a *LL*) se ocupa de *Peronismo. Autocrítica y perspectivas* de Norberto Ceresole y Miguel Gazzera, publicado por la editorial del pensamiento nacional Descartes. Este libro proviene de una entrevista realizada por el joven periodista de la izquierda nacional Ceresole al sindicalista Gazzera, considerado el mentor intelectual del líder metalúrgico Augusto T. Vandor (James, 1990).⁵

Mientras que el grupo de *CyR* se interesa por el perfil de gremialista con inclinaciones intelectuales que cultivaba Gazzera,⁶ a través de la pluma de Torre, *LL* somete los análisis del peronismo de Gazzera a una rigurosa crítica, en una nota que la revista anuncia en su tapa con una llamativa foto de Perón. Gazzera encontraba en la revisión de la experiencia sindical peronista la vía de reconstrucción de la CGT. La reseña de Torre le recusa a esa posición que la crisis del sindicalismo produce un debate sobre las reivindicaciones y los métodos de lucha y de organización, o sea sobre la “perspectiva estratégica” del movimiento obrero. En la práctica de los petroleros de Ensenada, en la lucha del Chocón y en el Cordobazo se habrían dado “respuestas provisionarias e inmediatas” a las urgentes revisiones. La cuestión decisiva para Torre era que el

4. La primera revista cultural que dedica un número a la reflexión del Cordobazo es *Cuadernos de Marcha* de Montevideo. Su número 27, editado en julio de 1969, lleva por título “Otro mayo argentino” y está compuesto por artículos de sociólogos, historiadores, economistas y sacerdotes argentinos. Para una reconstrucción histórica del Cordobazo, ver Brennan, 1996; Brennan y Gordillo, 2008.

5. Recordemos que Vandor fue asesinado el 30 de junio de 1969 presuntamente por orden de Perón, cuando aquel trató de distanciarse para constituir un “peronismo sin Perón”. En 1970 una importante revista de actualidad describía la intensa disputa interna de la CGT en estos términos: “«Duros» y «blandos» constituyen, apenas, los extremos de una nueva maniobra táctica de desdoblamiento ensayada por Perón para tener cubiertos los dos frentes: el de la negociación y el de la confrontación. En poco tiempo, los «buenos» devienen traidores y los «malos» se erigen en apóstoles de la ortodoxia; los «duros» se ablandan y los «blandos» se endurecen... Todo ello, de acuerdo con las necesidades del momento” (“CGT: la caldera del diablo”, *Periscopio*, 27/1/1970).

6. Bajo el título “Los que dan la batalla”, *CyR* n° 24 (noviembre-diciembre de 1970) publicaba una entrevista que le había realizado a Gazzera junto a Tosco, De Luca y Aguirre.

régimen peronista combatía la acción autónoma de los trabajadores, como lo probaría el encarcelamiento de los líderes laboristas Luis Gay y Cipriano Reyes, y la represión a la huelga de la FOTIA tucumana en 1949. Desde 1955 la acción obrera habría impugnado vigorosamente el orden social, pero el carácter discontinuo de esa impugnación habría frustrado la capacidad de autonomización del movimiento obrero, al tiempo que habría permitido a la dirección peronista recoger esa voluntad impugnadora e inscribirla en la reivindicación del pasado. De ahí que Torre no acuerde con Gazzera en su esperanza de que “las 62” enfrenen decididamente a la dictadura del general Onganía ni que los “duros” y verdaderos “leales” puedan ganar la interna de la CGT contra los “traidores”. Ante la expectativa de un movimiento peronista combativo, Torre citaba las declaraciones de Perón sobre la primacía de las alianzas estratégicas:

El que quiere conducir solamente a los buenos al final queda rodeado de muy pocos. Y en política con muy pocos no se hace mucho. Yo tengo que llevarlos a todos hasta el final, buenos y malos. Porque si quiero llevar solo a los buenos quedo con muy poquitos. Tengo que cumplir una misión y la cumplo friamente. ¿Que un tipo traiciona?, no me enoja. Porque los traidores también son útiles dentro de un tipo de movimiento como el que manejo.⁷

Esta reseña disparó un intercambio entre Gazzera, Torre e Ismael Viñas que se publicó en sucesivos números de *LL*. En *LL* n° 11, apareció una breve respuesta de Gazzera a Torre. El sindicalista fideero rescataba, a pesar de las represiones, las prolongadas huelgas durante el peronismo: éstas mostrarían que el peronismo no les había quitado a las masas obreras el poder para luchar por sus reivindicaciones. Asimismo, sostenía que en la lucha posterior a 1955 la indefinición ideológica facilitaba al vandomismo el manejo del tiempo corto en los conflictos y que en los 70 debería superarse esa indefinición. Al participar del debate, el sindicalista realizaba una doble operación: por un lado, objetaba las críticas de Torre y, por otro, reforzaba su imagen de militante duro y leal frente a ese impotente “intelectual de izquierda”, capaz de dominar las ciencias sociales pero incapaz de abordar el dilema político argentino. Desafiante, Gazzera remataba su breve intervención con la misma cita de Perón que había traído Torre; ella ahora interpelaba al sociólogo *qua*

7. J. Torre, “Gazzera: autocrítica del sindicalismo peronista”, *LL*, n° 9, julio de 1970, p. 4.

político: “Si Ud. formara parte del movimiento que maneja el gral. Perón, ¿qué quisiera ser: bueno, malo o traidor?”⁸

La polémica continúa con la intervención de otro intelectual de la nueva izquierda. *LL* n° 12 incluye un polémico artículo de Ismael Viñas. Éste había participado del grupo *Contorno* (1953-1959) y acababa de romper con el Movimiento de Liberación Nacional para fundar Acción Comunista, grupo que abandonaba varias de las tesis nacionalistas para asumir una crítica radical al populismo. En su nota, Viñas reprende a Torre por haber concedido el debate en el terreno delimitado por el sindicalista “burocrático” Gazzera. Como el resto de la dirigencia sindical peronista, éste realizaría un balance político porque las masas lo desbordaron y ya no puede ofrecerse como mediador frente a la burguesía en el poder, sea Perón, Aramburu, Frondizi u Onganía. Además, Viñas le reprocha a Torre haber sostenido que el peronismo tiene una ideología supuestamente indefinida (posición que tiende a leerse en otros artículos de *LL* y que Gazzera comparte), cuando en realidad el peronismo sería sumamente definido, e incluso no se dirigiría a destruir el capitalismo sino a fortalecerlo.

Dos números después, Torre vuelve al ruedo con un artículo más largo que clausura la polémica y en el que se vuelve a advertir la necesidad de discutir la secuencia política abierta por el Cordobazo, y específicamente la orientación política de las masas que permanecen insurreccionadas y la tendencia del peronismo histórico a integrarse en el GAN.⁹ El sociólogo elude la cuestión de la ideología peronista y opta por responder en el terreno de Gazzera, esto es, compartiendo la búsqueda de una “revolución nacional”, realiza un nuevo análisis de las contradicciones del peronismo. Insiste en desnudar los límites infranqueables del peronismo sindical, sintetizados en la táctica de “golpear para negociar” que consagró la “eficacia” del “Lobo” Vandor. Pero también señala los errores en que caen los marxistas que se proponen radicalizar la ideología peronista; esa operación estaría tan destinada al fracaso como la intentada por el “teórico del vandorismo” Gazzera, cuando trató de ajustar a Vandor a una política de principios que éste nunca aceptó.

En coincidencia con la mayoría de las notas publicadas por *LL*, Torre no se preocupa por desmarcarse de su condición de intelectual ni por la posibilidad de que ello lo aleje de la realidad. Y esta opción político-intelectual es una diferencia clave entre *LL* y *CyR*, la que a partir de su

8. M. Gazzera, “Gazzera responde”, *LL*, n° 11, setiembre de 1970, p. 32.

9. J.C. Torre, “La economía del peronismo y la política de los sindicatos”, *LL*, n° 14, diciembre de 1970, pp. 8-10.

adhesión al “intelectual revolucionario” tiende a renunciar a la autonomía relativa de la esfera cultural.

El editorial de *LL* n° 14 aclara que no comparte la relación con lo nacional propuesta por Torre y asegura que con ese artículo la revista cierra su querrela sobre sindicalismo y peronismo. Pero la conexión entre conflicto obrero y momento político no podrá dejar de reexaminarse, sobre todo cuando el 15 marzo de 1971 irrumpa el “Viborazo” o “segundo Cordobazo”.¹⁰ Los análisis que entonces publique *LL* atenderán especialmente al nexo entre fábrica y política, entre espontaneidad y organización, entre capacidad de activación universitaria y lucha callejera.

Marzo de 1971, una reedición corregida y aumentada de mayo de 1969

Hubo un chango que fabricó las molotov. No sabían ni fabricar molotov los negros. Incluso la faz organizativa surgió de la misma gente. Llegó el amanecer y no nos dábamos cuenta de lo que habíamos hecho. Llegó la noche y vos veías, al lado del alambrado, en la periferia de la planta, cada treinta metros un puesto de guardia. Comentaba la gente: che ¿hemos hecho esto nosotros?

Testimonio recogido por el boletín *El Compañero*, reproducido en *LL* n° 21

La tapa de *LL* n° 21 (agosto de 1971) reproduce una viñeta que, en una remisión bastante clara para la época a un conocido afiche del mayo francés, muestra los vidrios astillados de una ventana a la que un joven acababa de arrojar el cartel “Por qué CORDOBA”. Para el análisis de la revista como un agrupamiento cultural (Gramsci, 1991), en especial, de su relación con la secuencia política que va del Cordobazo al Viborazo, este número es sumamente significativo. Por un lado, desde entonces los jóvenes intelectuales de *LL* utilizan la experiencia editorial acumulada para independizarse de la editorial Galerna, que había hecho circular la revista por el continente. Por otro lado, se acababa de producir el Viborazo y los editores deciden dedicar el número completo al análisis del proceso político abierto con el Cordobazo. El interés por reflexionar sobre la política insurreccional en la Argentina desde una clave que dialogue con la renovación de las ciencias sociales y sobre todo del

10. El nombre del levantamiento responde a una declaración realizada en 1971 por José C. Uriburu, quien al asumir la gobernación de Córdoba había afirmado que iba a “cortarle la cabeza a la víbora” de la izquierda que anidaba en esa provincia.

marxismo –advertible marcadamente en ese número pero presente en todo el proyecto editorial– es un elemento decisivo, junto a la relación del grupo con la militancia obrera activa (sobre todo, la que difunde el boletín *El Compañero*), para inscribir plenamente a la publicación en las filas de la nueva izquierda intelectual.

Las notas de *LL* n° 21 se preocupan por establecer el cauce que deben tomar las luchas populares cordobesas, de ahí que revisen tanto el sistema de contradicciones que emerge de la estructura socioeconómica argentina y del ámbito cultural, como las articulaciones específicas de la lucha en la ciudad mediterránea. Un ejemplo de esas preocupaciones es “Medios de comunicación. El lenguaje y la política”, un extenso artículo en el que Manuela Montes y Silvina Rawson analizan las publicaciones cordobesas de entonces como medios de difusión de contenidos ideológicos clasificables a partir de sus posiciones sobre las movilizaciones populares. Otro ejemplo es “Córdoba y la revolución socialista en Argentina”, nota con la que James Petras cierra el número de *LL* proyectando la insurrección obrera cordobesa y su experiencia clasista sobre el conjunto del proceso político argentino.

En 1971 la mayoría de la izquierda marxista confiaba en la capacidad del clasismo obrero para resolver, a favor de la independencia política de clase, la disputa con el peronismo sindical. Pero mientras que los intelectuales agrupados en *LL* comienzan a interpretar la insurrección clasista como un llamado a formar nuevas direcciones proletarias capaces de organizar una insurrección victoriosa, el grupo de *CyR*, en cambio, desconfía de la posibilidad de superar fácilmente el espontaneísmo de los levantamientos, y ante esa desconfianza promueve el crecimiento de las organizaciones armadas. Una muestra de esos disímiles balances se advierte en el papel que cada una de las revistas asigna al proyecto clasista-sindical cordobés organizado en torno de Sitrac y Sitram.

En distintas notas –particularmente en las de Francisco Delich y Osvaldo Reics, de las que nos ocuparemos–, *LL* sugiere que el programa del Sitrac-Sitram constituye la materialización más avanzada del sindicalismo antiburocrático que, bajo el impulso del Cordobazo, había comenzado a articularse desde cada fábrica junto a los estudiantes. Esta lectura se apoyaba en la identificación de dos claras fases de la insurrección cordobesa: la primera en 1969 en la que predominó “la movilización popular” y la segunda en 1971 en la que la rebelión tuvo un carácter de “movilización proletaria” que logró conmocionar los cimientos de la dictadura encabezada por Levingston.

Si bien *LL* n° 21 publica un artículo que mapea la acción guerrillera en el levantamiento popular cordobés,¹¹ en ese número –al igual que en los siguientes– predominan las notas que adjudican a la rebelión obrera, estudiantil y popular una primacía sobre las acciones guerrilleras. Entre los varios artículos que analizan la coyuntura política a partir de la movilización proletaria, es el del joven sociólogo Delich –que ya había publicado dos libros sobre el tema (Delich, 1970a, 1970b)– el que se encarga de precisar la singularidad del espacio sociopolítico cordobés y de concebir a “marzo de 1971 como reedición corregida y aumentada de mayo de 1969”.

En “Córdoba: la movilización permanente”, Delich muestra que la provincia tenía una “monoindustria dependiente” pero “dinámica” y que era ejemplo del “colonialismo interno” que beneficiaba al centralismo porteño. La conciencia de esa explotación habría originado la movilización popular de mayo de 1969: su carácter popular habría sido producto del “desfasaje de clase”, que se revelaba en los momentos críticos en los que conjuntamente se ausentaba la burguesía local tras quedar absorbida por la porteña y se hacía presente un tipo de proletariado que podía portar un nuevo proyecto, porque se politizaba a partir de la asunción de reivindicaciones que también involucraban a otros sectores sociales.¹²

Delich afirmaba que los obreros de las grandes fábricas y los del gremio Luz y Fuerza eran la vanguardia capaz de articular con los estudiantes una protesta que “no carece de organización, no es estrictamente espontánea”, pero que, en tanto desbordaba a su conducción, se transformaba en insurrección espontánea. Ello explicaría que las expresiones ideológicas fueran “esporádicas” o constituyeran “la propia acción violenta”. Las acciones rebeldes irían más allá de las reivindicaciones puntuales, así “la protesta es reacción” y una afirmación alternativa en la que los obreros adquirirían su carácter de “vanguardia política”. El traslado del epicentro de la movilización desde el centro a los barrios que se había producido en el Viborazo debía ser interpretado como una táctica para eludir la represión, pero también como una especial reivindicación de la autonomía insurreccional. En ese sentido, el desplazamiento de la movilización entrañaba una ruptura ideológica. Delich sostenía que la fuerza obrera insurreccional de 1971 había

11. En “La acción guerrillera”, Germán Rose presenta los diversos argumentos con que las organizaciones armadas justifican su participación en la insurrección, sus siglas y divergencias.

12. F. Delich, “Córdoba: la movilización permanente”, *LL* n° 21, agosto de 1971, pp. 3-6. El artículo trabaja con la distinción marxista entre los conceptos de “clase obrera” y “proletariado”, según la cual la segunda categoría existe para la política y la primera para el análisis estructural.

sido superior a la del Cordobazo, y para ello se apoyaba en el artículo de Reics aparecido en el mismo número, pero también, de modo tácito, se valía del “El programa del Sitrac-Sitram” y del reportaje a Gregorio Flores, publicados ambos en ese número. Es que página a página *LL* n° 21 articula los argumentos sociológicos con las palabras proletarias para sugerir una fuerte imbricación entre obreros y estudiantes.

En cuanto a los últimos, “El movimiento estudiantil, de la Reforma al Cordobazo”, firmado por Reics y Ramón Cuevas (seudónimos de Antonio Marimón, secretario de René Salamanca, y del dirigente estudiantil Horacio Crespo), sostiene que la experiencia del apoyo estudiantil en la puerta de fábrica se proyectó sobre una asamblea de nueve mil estudiantes, que habría logrado eliminar la influencia “integralista” y “reformista” en las universidades; es que el Cordobazo habría potenciado los métodos estudiantiles de lucha y de organización, allanando el camino para la influencia de la nueva izquierda en la universidad. Se advierte aquí una característica de *LL*: varios de sus textos extensos provienen de intelectuales universitarios militantes del PCR que buscan renovar el marxismo a partir de experiencias obreras, como la sintetizada en el “Programa del Sitrac Sitram”, que tenía una influencia importante de las agrupaciones maoístas (Celentano, 2013).

A continuación del análisis de Delich, aparece “El nuevo sindicalismo”, artículo que lleva la firma de Reics y como epígrafe la consigna voceada en 1970 por obreros y estudiantes: “Fiat, Perdriel, lucha sin cuartel”. Reics desarrolla una crónica de la lucha obrera sobre la base de periódicos y panfletos cuyos vivos relatos fueron elaborados por los obreros clasistas de la fábrica de herramientas Perdriel del grupo IKA-Renault. La tesis de Reics es que la victoriosa lucha antiburocrática de los obreros contra Elpidio Torres, secretario general del SMATA cordobés y de la CGT regional, tuvo efectos directos sobre los conflictos desatados en las plantas de Concord y Materfer, pertenecientes al grupo Fiat. Reics se apoya sobre todo en largos pasajes de “Perdriel. Así fue la victoria”, documento publicado por *El Compañero*, periódico de la Agrupación 1° de Mayo,¹³ que guarda estrecho contacto con las definiciones publicadas por la revista teórica del PCR, *Teoría y Política*.¹⁴ Revista cultural, periódico clasista y revista teórica constituyen tres eslabones en los que podemos encontrar lo que la militancia de la época promovía como la fusión entre

13. Esta agrupación, vinculada al PCR, impulsó en 1972 la lista Marrón, que encabezada por René Salamanca ganó las elecciones de SMATA-Córdoba. En esa lista participaron militantes de distintas tendencias de la nueva izquierda: PCR, VC, PRT-ERP, El Obrero, Peronismo de Base, entre otras.

14. J. Zapata y A. Troncoso, “El partido y la lucha sindical”, *Teoría y Política* n° 4, marzo-abril de 1970, p. 1-8.

el movimiento práctico de las masas y la teoría revolucionaria, entre el lenguaje proletario y los intelectuales universitarios.

Reics subraya que a partir de 1970 los obreros enfrentaron y doblegaron a la tríada burocracia-monopolios-Estado, y también que en los portones de una de las plantas automotrices hubo importantes asambleas estudiantiles para apoyar a los obreros. Al igual que para Torre y Delich, para Reics la combinación entre obreros y estudiantes es una “extraña simbiosis” que merece ser subrayada. Particularmente, Reics utiliza las referencias a los tres mil obreros que apoyaron la lucha en Perdriel y a la “Carta abierta”, aparecida en *El Compañero*, que reivindica la nueva conducción que “sólo negocia desde nuestras posiciones de fuerza, manteniendo nuestra independencia de clase”.¹⁵ Con ello busca marcar la ruptura que se estaría produciendo entre las nuevas luchas y el viejo sindicalismo peronista, cuestión que había sido central en la discusión del año anterior entre Torre, Gazzera y Viñas. Exalta las asambleas masivas, la elección de nuevos delegados y las acciones de toma de fábrica. La violencia clasista implicada en las tomas sería legítima en tanto construye la democracia sindical y una dirección combativa. Para mostrar que los obreros están en condiciones de cobrar conciencia de su fuerza, el artículo transcribe el relato de uno de ellos, quien asombrado exclama: “Che, ¿hemos hecho esto nosotros?”.

Reics interpreta que, a pesar de la posterior derrota de los clasistas en Perdriel, el modelo de “nueva política sindical” clasista constituye un “ineludible antecedente histórico” para el resto de la clase obrera. Según Reics, la lucha de Fiat se organiza en tres momentos: la lucha de 1965, “el Cordobazo, con una participación parcial e inorgánica” y el conflicto de 1969 originado por 100 despidos en la fábrica Grandes Motores Diesel.¹⁶ En marzo de 1970, comienza el enfrentamiento entre los obreros de Concord y Materfer contra sus dirigentes de los sindicatos de empresa Sitrac y Sitram. La secuencia es similar a la de Perdriel: rebelión de las bases, asambleas masivas, toma de fábrica y elección de nuevos dirigentes, que deben disputar los convenios colectivos con la patronal para desbordar los topes impuestos por el gobierno y el sistema de premios a la producción del sistema Fiat.

Intercalado con el artículo de Reics, *LL* publica en un recuadro el “Programa del Sitrac-Sitram”. Esta disposición asocia los artículos con el “Pensamiento del Sitrac”, expresión que utilizó *LL* para titular la entrevista a Gregorio Flores, y con la práctica política, pues ese programa

15. Reics, O. “El nuevo sindicalismo”, *LL* n° 21, p. 11.

16. Sobre la lucha de 1965 Reics cita el célebre “Informe preliminar del conflicto de Fiat” publicado en *Pasado y Presente*, n° 9, abril-setiembre de 1965.

fue el producto no sólo de la discusión en asambleas, sino también de la incidencia, en el activismo mecánico, del PCR, VC y otros grupos.¹⁷

LL considera que el Viborazo fue la superación del Cordobazo, pues la nueva insurrección habría tenido un verdadero liderazgo y programa proletario, los que se enfrentarían tanto a Lanusse como a la participación del peronismo en el GAN. Ante la posible integración en una salida electoral, el corolario del Viborazo sería la consigna de Programa del Sitrac Sitram: “Ni golpe ni elección: Revolución”. Esta última posición distanciará a los clasistas de otros referentes combativos del movimiento obrero como el secretario general de la UTA, Atilio López, y el secretario general del sindicato Luz y Fuerza de Córdoba, Agustín Tosco, ambos alineados por entonces con fuerzas políticas que se involucran en la salida electoral implementada por el gobierno militar.

Reics culmina su análisis afirmando que se puede modificar la correlación de fuerzas porque el Cordobazo fue producto del desborde de los antiguos dirigentes sindicales, pero también:

desbordó las posibilidades teóricas –y por supuesto prácticas– de la izquierda. En tal sentido es un movimiento que niega todos los signos pero que –en política– no tuvo signo propio; o sea: instrumento capaz de dirigirlo.

En cambio al 15 de Marzo, el eje Sitrac-Sitram, impulsándolo, y dándole dirección (aun con déficits políticos) le otorga un signo. Esto es: lo asume e incorpora, en práctica y lenguaje, como acto conciente, a las luchas políticas del proletariado contra la sociedad capitalista y el imperialismo; vale decir: a la lucha de clase.¹⁸

Los conceptos de las ciencias sociales son aquí movilizados para mostrar que en 1969 hubo un desborde, que negó todos los signos pero

17. El grupo de *Pasado y Presente* le adjudica al PCR la redacción de dicho programa sin un auténtico debate (Schmucler *et al.*, s/f). Sin embargo, otros protagonistas dan cuenta de un intenso debate en las fábricas; sobre esa cuestión y sobre la correspondencia entre los intelectuales ligados a VC, Andrés Rivera y Susana Fiorito, y los obreros clasistas involucrados en la elaboración del programa, ver Celentano (2013) y entrevista del autor a Susana Fiorito (2013). Por otra parte, *Antropología 3er. Mundo*, otra revista central de la nueva izquierda intelectual, que al igual que *CyR* se vinculó al peronismo revolucionarios, publicó “CENaP sobre el programa Sitrac-Sitram”, una nota que contrasta el programa cordobés con el de La Falda (1962) y el del 1° de Mayo (1968) para mostrar que aquel no era sustantivamente más avanzado y que no comprendía la historia y la identidad peronista de los obreros argentinos, ni planteaba el modo en que los clasistas alcanzarían el poder para cumplir con dichas propuestas. Ver *Antropología 3er. Mundo* n° 8, octubre de 1971, pp. 6-10.

18. LL n° 21, p. 16.

no tuvo un signo propio que se incorpore en el lenguaje y en la práctica, como sí lo hubo en 1971. Para el articulista, el centro del problema es la constitución del instrumento para la interpretación de todos esos signos, porque lo que estaba en juego era la dirección política de la práctica, de la lucha de clase. A esa dirección debía contribuir el análisis del colectivo intelectual: su función era la de dar respuesta a los obreros anónimos que se preguntaban “che, ¿hemos hecho esto nosotros?”.

Cristianismo y Revolución: la cuestión sindical

Los números de *CyR* aparecidos en los meses posteriores al Cordobazo no pueden evitar ocuparse de la rebelión cordobesa, entre otras cosas porque su director cae preso en Tucumán en el marco de la represión poscordobazo.¹⁹ Siguiendo su preocupación por la cuestión sindical y el proceso de radicalización de la Iglesia católica, *CyR* tiende a destacar la participación del Movimiento de los Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) en el Cordobazo. El número de junio de 1969 se abre con una nota firmada por el teólogo Miguel Ramondetti, en nombre del equipo coordinador del MSTM, en la que el Cordobazo es definido como una “reacción espontánea del pueblo cordobés”.²⁰ Este énfasis en el combate callejero de obreros, estudiantes y vecinos permite a la revista exaltar el valor de la solidaridad popular y restar peso a la presencia de los partidos políticos y de los sindicatos “participacionistas”, afines al gobierno militar. Aunque *CyR* alentaba el método de la lucha armada, el detallado documento “Informe especial: el Cordobazo”, que aparece sin firma en ese mismo número, asegura que en la “rebelión popular masiva” la acción de los francotiradores no tuvo relevancia. Allí se denuncia que, excepto la conducción de la CGTA y la de los estudiantes universitarios (incluidos los estudiantes católicos), el resto de las conducciones sindicales y políticas fueron superadas.²¹ Además, reconoce que durante el levantamiento las nuevas organizaciones revolucionarias (tanto peronistas como de izquierda) no tuvieron incidencia en la organización ni en la dirección. La falta de incidencia de las organizaciones armadas explicaría que, al entrar los militares en la ciudad, el pueblo se haya volcado “a las calles ante las ametralladoras mismas” sin resistir a las fuerzas armadas, que disparaban “a tontas y a locas” contra francotiradores imaginarios.

Este documento muestra de modo explícito un balance que será frecuente en *CyR*: el resultado político del Cordobazo es que las ma-

19. Para una biografía intelectual de García Elorrio, ver Tarcus (2007: 239-242).

20. M. Ramondetti, “Sacerdotes del III mundo”, *CyR* n° 18, julio de 1969, pp. 1-3.

21. “Informe especial: el Cordobazo”, *CyR* n° 18, p 18.

sas populares han cobrado conciencia de su fuerza, han derribado un gabinete gubernamental forzando el paso del poder del “emperador” a manos de la “guardia pretoriana”. Hasta la irrupción del Viborazo, ese balance conducía a *CyR* a proclamar que la rebelión popular de 1969 constituía un hecho único.

Cordobazo hay uno solo

En junio de 1970 la posibilidad de otro Cordobazo fue debatida intensamente en las filas de la nueva izquierda. Especialmente, se discutía si los métodos de lucha utilizados en 1969 habían sido o debían ser superados y si el tipo de organización que los procesara estaba en construcción. Mediante el artículo “Cordobazo hay uno solo”, *CyR* se definía a favor de quienes consideran que la rebelión popular fue un “episodio histórico irrepetible” y en contra de la revista *Teoría y Política*, órgano teórico del PCR, partido que junto a VC y otras corrientes de la nueva izquierda apostaban a la propagación de lo que consideraban un proceso insurreccional. De todos modos, veremos que, al igual que *LL*, *CyR* identifica al Viborazo como un segundo Cordobazo.

Antes de la nueva insurrección, *CyR* asumía un peronismo revolucionario desde el que insistía en denunciar a los sectores “participacionistas” del sindicalismo que Perón había escogido como sus interlocutores privilegiados. Para la revista, esos sectores llevarían al peronismo a integrarse en el juego electoral propuesto por los militares en lugar de alcanzar objetivos revolucionarios de carácter socialista. Los intelectuales católicos confiaban en que la primacía de la lucha armada es la clave de la victoria para el movimiento peronista. Esta primacía no significa que *CyR* le niegue un rol histórico a “la clase trabajadora”, sino que para la revista (especialmente para el director, García Elorrio, para Nuncio Aversa, miembro del Centro de Estudios Camilo Torres y para Luis B. Cerrutti Costa, el asesor legal de la FOTIA y de la CGTA, detenido a disposición del Poder Ejecutivo) en el Cordobazo se reveló la “ausencia paralizante de un partido político que actúe en los hechos como cabeza de la movilización”.²²

En “Cordobazo hay uno solo”, la CGTA es considerada como un mero “mascarón de proa” en la construcción del combativismo sindical, su función se reduciría a elaborar los programas y a formar agrupaciones de base y listas opositoras.²³ En el mismo número, el artículo “23 + 62 = 0” de Manuel Lezama reivindica a la “CGT de los Compañeros” y convoca a la acción basista obrera. Allí se señala que, ante la convocatoria gubernamental al Congreso Normalizador de la CGT, la clase obrera debe

22. “Cordobazo hay uno solo”, *CyR* n° 24, junio de 1970, pp. 3-4.

23. *Idem*.

convocarse a sí misma y que tanto los participacionistas como el dirigente fideero Gazzera, el farmacéutico De Luca y el telefónico Guillán ya no representan a los trabajadores. Frente a estos dirigentes burocráticos, Lezama exalta al gráfico Ongaro, quien por entonces se propone montar otra organización que no sea estrictamente de tipo sindical.²⁴

Pero en lugar de primar este tipo de convocatoria, en los números sucesivos de *CyR* son recurrentes las referencias favorables a las organizaciones armadas. Hacia fines de 1970 y especialmente en las últimos números, los “brazos armados” ganan terreno en las páginas de la revista mediante los “comunicados” y los “reportajes” a las organizaciones armadas peronistas (FAP y Montoneros) y, en menor medida, a las organizaciones marxistas (como las Fuerzas Armadas de Liberación y el Ejército Revolucionario del Pueblo). E incluso en su número 25 *CyR* publica un reportaje a las FAP en el que éstas afirman: “Nuestra estrategia se opone a la insurrección popular como vía revolucionaria. Y es erróneo fundamentar esa teoría en hechos como las acciones masivas de 1969, que tampoco fueron guiadas por esa concepción. Tampoco se inscribieron en una estrategia de lucha armada”.²⁵

Opinan las fábricas

La acción estaba planeada. Para efectivizarla se realizó una asamblea con dos turnos decidiendo inmediatamente el cierre de las salidas con toda la gente que había en su interior. Los compañeros nos relatan que unos 15 días antes se había realizado la toma de Perdriel, por lo que pudieron asimilar los aspectos positivos de la misma. Cerradas las puertas se tomó la guardia a la que se desarmó y no se le permitió intervenir ni salir.

“Para tomar una fábrica se necesita...”, *CyR*, 28.

Para los editores de *CyR*, 1971 se perfila como “un año distinto”, primero porque la ejecución de Aramburu habría enterrado el experimento liberal condenando al fracaso las salidas electoralistas; segundo

24. Al imponerse la orden de Perón en el Congreso Normalizador de la CGT (1970), que unge a José Ignacio Rucci como secretario general, desde las páginas de *CyR* Jorge Rostes reivindica la construcción de un Congreso de Bases para la lucha, convocado por Ongaro y la CGTA. J. Rostes, “Y sigue la farsa”, *CyR* n° 25, setiembre de 1970, p 12.

25. “Reportaje a las FAP”, en *CyR* n° 25, p. 16. Sobre las FAP ver Raymundo (2004).

porque la combatividad del proletariado habría jaqueado a la burocracia sindical.²⁶ El análisis propuesto por esta revista reconoce que la CGTA jugó un papel importante en la lucha popular, pero hace centro en los principales protagonistas del año 1970, a saber “FAP, ERP, Montoneros, FAL, FAR”. También destaca la solidaridad del pueblo hacia esos grupos. Como ejemplo proponen: “La reciente ovación y muestras de apoyo brindados en Córdoba por los obreros de Fiat, al ser ocupada la guardia de la empresa, y donde miembros del ERP improvisaron un acto para agradecer ese entusiasmo. O la cálida acogida que brindaron los estudiantes tucumanos a un guerrillero que se hizo presente en una Asamblea a testimoniar el apoyo de su organización”. Estos casos ofrecerían una victoria “contra los que todavía critican esas formas de lucha, como aisladas de las masas y, por lo tanto, inaplicables”.²⁷

Pero el partido que *CyR* toma a favor de las organizaciones político-militares no impide que aparezca la nueva sección “Opinan las fábricas”, la que inicia “una serie de reportajes a los auténticos representantes de los trabajadores: los delegados de base. Ellos son los que dan todos los días –desde el anonimato– las batallas contra el poder patronal. Ellos no pactan, luchan. Y por eso es que cuentan con la lealtad de sus compañeros de clase”.²⁸ En esa sección, *CyR* recoge las palabras del delegado del Sitrac Vicente Arrieta y de un obrero de la construcción y militante de la CGTA de Rosario apodado “El negro”. Arrieta critica a los burócratas sindicales destacando que el desafío es superar el divorcio de los dirigentes respecto de las bases: “Si las motivaciones que siente el dirigente están limitadas a tareas meramente reivindicativas, es difícil que luche por terminar con la sociedad explotadora”.²⁹ Para cumplir con ese objetivo, también habría que avanzar en el desarrollo de la cultura y la conciencia obrera, reclamaba el obrero clasista.

Si bien la revista se interesa por la experiencia del Sitrac-Sitram y las tomas de fábricas, la sección “Opinan las fábricas” destina gran parte de su espacio a reproducir los comunicados de ERP, FAL y otros grupos armados peronistas en apoyo a la huelga de los obreros. *CyR* pronostica el pronto fracaso de la salida electoral y sus páginas insisten en que las banderas de ERP y Montoneros flamean en los barrios movilizados “afirmando la convergencia de ambas tácticas en la perspectiva de la liberación”.

26. “Crónica de un año distinto”, *CyR* n° 27, enero-febrero de 1971, pp. 1-2.

27. Idem, p. 2. Para un análisis sobre el Tucumanazo, ver Crenzel (1987) y Ramírez (2008).

28. “Opinan las fábricas”, *CyR* n° 27, pp. 12-13.

29. Idem.

Hay un segundo Cordobazo

En marzo de 1971 la ciudad de Córdoba vuelve a ser escenario de una intensa insurrección popular, que esta vez también se extiende a los barrios y cuenta con la participación activa de las organizaciones revolucionarias tanto armadas como no armadas. El número de *CyR* correspondiente a abril de ese año reivindica el Viborazo a través de un artículo firmado con el ingenioso seudónimo “Mateo de la Calle”. El “segundo Cordobazo” habría sido articulado por los mecánicos cordobeses de Fiat, cuya lucha de 1971 constituía la contracara de la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre de 1959.³⁰ A diferencia de 1959, en 1971 la “marea revolucionaria” y el Sitrac-Sitram impedirían tanto el reflujó como la salida frondizista y la consolidación de los traidores. Las crónicas y análisis referidos a la lucha en Fiat divulgados por *CyR* tienen sustento en los detenidos estudios del economista Gerardo Duejo, dedicados a mostrar los nexos entre el gran capital monopólico y las distintas fracciones militares a cargo del gobierno.

Según la revista, la victoria de los obreros de la Fiat fue posible porque los trabajadores se dotaron de una dirección clasista que agrupaba a variadas tendencias revolucionarias. Esa victoria demostraría una cuestión central para *CyR*: la necesidad de marchar con los “dos pies”, las organizaciones armadas y el movimiento obrero revolucionario. Los textos que en abril de 1971 pone en circulación *CyR* son las cartas de adhesión a la lucha obrera firmadas por las organizaciones armadas, un volante del Peronismo de Base (PB) de Concord y una selección de textos tomados del primer boletín del Sitrac.

El volante del PB reivindica la toma de fábrica, ella anticiparía el objetivo final de la clase, esto es, la recuperación de lo que los trabajadores han sido expropiados: el trabajo y los medios de trabajo. De todos modos, allí también se señala que el límite del sindicalismo clasista es la represión y que por ello los obreros deben prepararse para que “nuestra fuerza y claridad siguieran en la clandestinidad”. El PB apoya su afirmación en el análisis de la coyuntura política: cada lucha obrera es un combate dentro de una guerra que les declaró Lanusse y a esa guerra hay que oponerle la “guerra revolucionaria” del pueblo.³¹

Por otra parte, en la sección “Opinan las fábricas” de ese número, *CyR* publica un reportaje a los delegados obreros que protagonizaron el Viborazo. Proponiendo la conjunción entre marxismo-leninismo y peronismo que promueve *CyR* en sus últimos números, uno de esos obreros afirma que el objetivo político consiste en “la supresión del capitalismo

30. Mateo de la Calle, “La docta montonera”, *CyR* n° 28, abril de 1971, p 6.

31. “Volante del PB”, *CyR* n° 28, p. 11.

y la instauración de un socialismo: o sea en la concreción de una patria justa, libre y soberana”.³²

Según un delegado de Forja que prefirió permanecer en el anonimato, la lucha por las condiciones laborales lesivas de la salud de los operarios permitió que las bases derrotaran al torrismo. El Sitrac-Sitram, y sobre todo su carácter de clase, es para este delegado el ejemplo que debe seguirse en la transformación del modelo sindical legado por el peronismo. Pero el objetivo final sería terminar con el capitalismo e instaurar el socialismo, y para ello sería indispensable el “partido marxista leninista”. Como en el número anterior, en “Opinan las fábricas” aparecen algunas argumentaciones que postulan la superación del peronismo y se distancian de la primacía de las organizaciones político-militares que promueven los intelectuales católicos agrupados en *CyR*, quienes por entonces profundizan su alineamiento con Perón y el movimiento peronista.

Manejar el desorden

El peso adjudicado por *CyR* a las organizaciones armadas en proceso de peronización es notorio en el reportaje que realiza el escritor Paco Urondo a Carlos Olmedo, el líder las FAR que había integrado el colectivo intelectual de la revista *La Rosa Blindada* (1964-1966).³³ Según ese extenso e incisivo reportaje, para las FAR el Cordobazo demostró la capacidad de la clase obrera peronista de convocar a otras clases, pero también habría demostrado que para el proceso revolucionario es necesario que los protagonistas comprendan que la lucha armada debe direccionar el proceso. Y para las FAR ni Paladino ni Rucci definen a Perón, éste sería definido por la capacidad revolucionaria de las organizaciones.

Mediante este y otros reportajes, así como mediante la reproducción de comunicados y declaraciones, *CyR* se constituye en un vocero privilegiado y espacio de reunión de intelectuales ligados a las organizaciones armadas que sostienen que la solución a los dilemas del espontaneísmo es la formación de la “Organización Revolucionaria Político-Militar que habiendo alcanzado el nivel más elevado de la lucha política (la lucha armada) ha comenzado a transformarse en la dirección natural del proceso revolucionario” que conduce a la toma del poder.³⁴ Este posicionamiento político intelectual requiere que las “organizaciones de

32. “Opinan las fábricas”, *CyR* n° 28, p. 21.

33. “Reportaje a la guerrilla argentina”, *CyR* n° 28, pp. 56-70. Sobre las FAR, ver González Canosa, 2012.

34. “La hora del pueblo en armas”, *CyR* n° 29, junio de 1971, pp. 3-8.

superficie” se transformen en el nexo con la organización armada, las que se proclaman como “la *única*”, la más “elevada”, a la que se debe “acatamiento concreto” amén del “apoyo y colaboración sin retaceos”. Las huelgas y manifestaciones se inscribirían en la guerra revolucionaria y la tarea de las agrupaciones de base sería esclarecer a las masas sobre esa guerra que, además, estaría enteramente enderezada a destruir la trampa electoral.

A mediados de 1971, los delegados de Perón en Argentina se integran en la negociación de una salida electoral a la dictadura militar. Esa negociación abre una etapa en la que los grupos promotores del peronismo combativo deberán revisar sus posiciones. Al menos hasta junio de 1971, *CyR* no modifica su posición, pues publica un documento enviado por Perón a la juventud universitaria en el que probaría “el reconocimiento explícito de las organizaciones armadas o formaciones especiales, como se las denomina en el documento, y de la afirmación de su papel cada vez más central a medida que avanza la lucha del pueblo”.³⁵ Sin embargo, en ese texto Perón insiste en que él, exclusivamente, fue quien forjó la ideología del movimiento, y que las “formaciones especiales” juveniles son la muestra de que él, Perón, es el único que puede “manejar el desorden”, un desorden en el que seguramente el líder inscribía a las insurrecciones cordobesas protagonizadas por las masas obreras.

Conclusiones

Si bien desde 1969 *CyR* y *LL* no dejan de interesarse por los debates culturales e ideológicos, destinan cada vez mayor espacio a documentos, artículos, volantes y reportajes a través de los que problematizan y definen la línea política a seguir luego del proceso insurreccional abierto con el Cordobazo y prolongado con el Viborazo. Mediante el recorrido de algunos de esos textos, en el presente artículo buscamos precisar las diferentes matrices por las que optaron cada una de esas revistas. Un contrapunto interesante fue el sindicalismo antiburocrático del “Programa del Sitrac-Sitram” pues ambas revistas se interesaron por esa experiencia pero el lugar en el que la colocaron en el proceso revolucionario dependió del sentido fijado a la secuencia política marcada por los acontecimientos obreros de 1969 y 1971.

Como vimos, los artículos que publica *LL* tendieron a sostener que el desborde de las estructuras sindicales que significó la insurrección obrera de 1969 debía ser encauzado por una organización de obreros y estudiantes que no renegara de la intervención de los intelectuales como tales. En cambio, las páginas de *CyR* fijaron otro sentido a la se-

35. Idem, p. 3.

cuencia insurreccional: menos interesada en la distancia entre cultura y política, la publicación católica propició que lo sindical y lo cultural se encaucen bajo la organización de una fuerza popular que no proyectaba su nacimiento en 1969 sino en 1945.

Para finalizar traigamos un evento, también generado desde el mundo de las revistas culturales, en el que es explícita la fuerza que la insurrección obrera es capaz de generar dentro del campo intelectual. A fines de 1971, *Nuevos Aires*, otra revista cultural central de la nueva izquierda,³⁶ organiza una reunión a la que asisten intelectuales de izquierda –varios de ellos interlocutores de *LL* y *CyR*. Entre otros se reúnen allí Noé Jitrik, David Viñas, José Vazeilles, León Rozitchner, Marcos Kaplan y Piglia, quien acababa de integrarse al comité de redacción de *LL*. En un momento culminante del debate, Piglia afirma:

Yo, digo, primera situación: con el Cordobazo en la Argentina se ha producido un salto cualitativo para considerar el problema de la cultura, de los intelectuales es necesario también tener en cuenta el problema del Sitrac-Sitram, el problema de los grupos armados, el peronismo de base, la izquierda revolucionaria que trabaja en la clase obrera. De allí que, a mi juicio, sea únicamente a partir de esta nueva situación como vamos a poder realizar nuestra práctica específica articulada. Con otras prácticas como una instancia concreta de la lucha política.³⁷

Esta propuesta de articular las prácticas específicas de los intelectuales con las diversas organizaciones revolucionarias y la militancia obrera pretendía contener la divergencia sobre las vías de la revolución que se manifestaba entre *LL* y *CyR*. Por un lado, la opción insurreccional que promueve *LL* coincide tanto con el rechazo a la subordinación al peronismo, al que considera una ideología burguesa, como con la necesidad de disputar la dirección de los sindicatos como objetivo ineludible de la vanguardia clasista. Por el otro, la primacía de la lucha armada sostenida por los intelectuales católicos de *CyR* está asociada a las tendencias del peronismo revolucionario que reivindican su identificación con el líder justicialista.

Por último, solapadamente se libraba otra disputa en las páginas

36. Editada entre 1970 y 1973, *Nuevos Aires* fue dirigida por Vicente Battista, Mario Goloboff y Edgardo Trilnick. Para un análisis de esta publicación, ver De Diego (2003).

37. N. Jitrik, J. Vazeilles, L. Rozitchner, M. Kaplan, M. Meinares y R. Piglia, "Intelectuales y revolución. ¿Conciencia crítica y conciencia culpable?", *Nuevos Aires* n° 6, diciembre 1971-febrero 1972, pp. 2-82.

de las revistas analizadas. Tanto *LL* como *CyR* acordaban en que era necesario que los intelectuales se unieran a la lucha obrera y revolucionaria. Pero mientras *LL* establecía una autonomía relativa del trabajo intelectual, pues la militancia en los partidos marxistas implicaba la reproducción del texto obrero pero también la producción de textos que critiquen las formaciones ideológicas de la cultura burguesa, *CyR*, en cambio, otorgó durante sus treinta números una atención especial a la irrupción obrera y apostó a tensar el nudo entre lo teológico y lo político, identificando a éste con la participación en las actividades de las organizaciones político-militares peronistas.

Bibliografía

- AA.VV. (2011), *Los Libros*, edición facsimilar, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Altamirano, Carlos (2001), *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel.
- Balve Beba, Murmis, Miguel; Marín, Juan Carlos; Aufgang, Lidia; Bar, Tomàs J.; Balvé, Beatriz y Jacoby, Roberto (1973), *Lucha de calles. Lucha de clases. Elementos para su análisis. (Córdoba 1971-1969)*, Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Bozza, Juan Alberto (2006), "El peronismo revolucionario. Corrientes y experiencias de la radicalización sindical (1958-1968)", en *Cuestiones de Sociología*, n° 3, Departamento de Sociología de la FaHCE-UNLP, pp. 88-116.
- Brennan, James (1996), *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Brennan, James y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: De la campana.
- Campos, E. (2007), "Arquetipos de compromiso militante en la revista *Cristianismo y Revolución*", en *Lucha Armada en la Argentina*, pp. 9-26.
- (2013), "¿Cristo guerrillero o Cristo rey? La teología de la violencia en *Cristianismo y Revolución (1969-1971)*", *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, La Plata.
- Celentano, Adrián (2007), "Una lectura política de la revista *Los Libros*", IV Jornadas de Historia de las Izquierdas, Cedinci.
- (2011), "La historia del sistema educativo argentino y el concepto de «trabajadores de la educación» en la revista *Los Libros*", Jornadas Interescuelas de Historia, Catamarca, 2011.
- (2013), "Cartas desde la prisión a la fábrica. Un análisis de la correspondencia entre los obreros clasistas presos y los intelectuales de la secretaria de prensa del Sitrac", ponencia presentada en las VI Jornadas de historia de las izquierdas, Cedinci.
- Crenzel, Emilio (1987), *El tucumanazo*, Buenos Aires: CEAL.

- De Diego, José Luis (2003), *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?*, La Plata: Al Margen.
- Delich, Francisco (1973), *Crisis y protesta social. Córdoba 1969-1973*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Duval, Natalia (1988), *Los sindicatos clasistas. Sitrac (1970-1971)*, Buenos Aires: CEAL.
- Flores, Gregorio (1994), *Sitrac-Sitram. Del Cordobazo al clasismo*, Buenos Aires, Magenta.
- Gil, Gastón, (2003) “*Cristianismo y Revolución: una voz del jacobinismo de izquierda en los 60*”, en *Cristianismo y Revolución (1966-1971)*, CD-Room, Cedinci.
- González Canosa, Mora (2012), *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Origen y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada (1960-1973)*, tesis doctoral inédita, FaHCE-UNLP, 2012.
- Gramsci, Antonio (1991), *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Lenci, Laura (2003), “*Cristianismo y Revolución (1966-1971): una primera mirada*”, en *Cristianismo y revolución. (1966-1971)*, CD-Room, Cedinci.
- Morello (2003), *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba: Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Pontoriero, Gustavo (1991), *Sacerdotes para el Tercer Mundo. El fermento en la masa (1967-1976)*, 2 tomos, Buenos Aires: CEAL.
- Pucciarelli, Alfredo (ed.) (1999), *La primacía de la política*, Buenos Aires: Eudeba.
- Ramírez, Ana Julia, “*Tucumán 1965-1969, movimiento azucarero y radicalización política*”, en *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, junio, en línea: <http://nuevomundo.revues.org/38892>; DOI: 10.4000/nuevomundo.38892.
- Raymundo, Marcelo (2004), “*Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada: una experiencia alternativa*”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n° 15-16, pp. 99-118.
- Sarlo, Beatriz (2001), *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel.
- Schmucler, Héctor, Mónica Gordillo y S. Malecki (s/f), *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre Sitrac-Sitram*, La Plata: Al margen.
- Schneider, Alejandro (2013), “*Una lectura sobre las organizaciones de base del movimiento obrero argentino (1955-1973)*, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, n° 2, marzo, pp. 33-54.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Puntosur, 1991.
- Stedman Jones, Gareth (1989), *Lenguaje de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- Tarcus, Horacio (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda"*, Buenos Aires: Emece.
- Terán, Oscar (1991), *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires: Puntosur.
- Tortti, María C. (1999), "Protesta social y «Nueva Izquierda» en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional", en Pucciarelli, Alfredo (ed.), *La primacía de la política*, Buenos Aires: Eudeba, pp. 205-234.

* * *

Resumen: El artículo se concentra en dos revistas culturales centrales de la "nueva izquierda intelectual" argentina, *Los Libros* (1969-1976) y *Cristianismo y Revolución* (1967-1971). Analiza las interpretaciones y líneas políticas que ellas difundieron durante la secuencia política que se extiende entre la insurrección obrero-estudiantil del Cordobazo (1969) y la del Viborazo (1971). Para ello el artículo atiende a tres cuestiones en las que se advierten las diferencias entre la matriz marxista insurreccional con la que simpatiza *Los Libros* y la matriz peronista combativa difundida por *Cristianismo y Revolución*: la cuestión de la "vía" para alcanzar el objetivo revolucionario, la cuestión de la relación de los grupos intelectuales con las clases obreras insurreccionadas y la cuestión de la emergencia del clasismo obrero.

Palabras clave: nueva izquierda – intelectuales – Cordobazo – clase obrera

Abstract: The paper focuses on two important cultural magazines of the "new intellectual left" of Argentine, *Los Libros* (1969-1976) and *Cristianismo y Revolución* (1967-1971). It analyzes the interpretations and political lines that the magazines spread during the political sequence since the worker-student insurrection *Cordobazo* (1969) and the *Viborazo* (1971). Therefore the paper attends to three questions that show the differences between the marxist matrix of *Los Libros* and the peronist matrix of *Cristianismo y Revolución*: the question of the way to achieve the revolutionary objective, the question of the relationship between intellectual groups and work class and the question of the emergence of trade unions whit classist interest.

Keywords: new left – intellectuals – Cordobazo – working class

Recepción: 20 de febrero de 2014. **Aprobación:** 11 de marzo de 2014.

Insubordinación obrera en Córdoba. Las “huelgas salvajes” de 1970-1971 en la industria metalmecánica y la experiencia del Sitrac clasista

Carlos G. Mignon

Universidad Nacional de Córdoba

La experiencia de los gremios clasistas de la empresa automotriz Fiat, Sitrac (Sindicato de Trabajadores de Concord) y Sitram (Sindicato de Trabajadores de Materfer), muchas veces fue analizada como la emergencia de una nueva representatividad sindical caracterizada por su honestidad y preocupación por los problemas fabriles, pero con una visión sectaria de la realidad política (Brennan, 1996: 133; Gordillo, 1996: 152); también como el producto de la mejor condición –tanto laboral como de ingresos– de los obreros metalmecánicos, lo que les permitiría estar en mejores condiciones de combatividad (Delich, 1994: 61); o la natural consecuencia de la conciencia de clase adquirida por el proletariado industrial cordobés luego de mayo de 1969 (Duval, 1988: 18). Ahora bien, el contexto real que dio contenido de clase al surgimiento del Sitrac y Sitram, es decir el ciclo de toma de fábricas ocurrido durante los años 1970-1971, todavía no ha sido estudiado en profundidad. En otros términos, quisiéramos partir del interrogante que el teórico italiano Mario Tronti formulara alguna vez: “¿Qué ocurre cuando la forma de organización obrera asume un contenido totalmente alternativo, cuando renuncia a funcionar como articulación de la sociedad capitalista, cuando se niega a mover a través de las reivindicaciones obreras las necesidades del capital?” (Tronti, 2001: 259)

El objetivo del presente artículo es describir la experiencia del Sitrac, tomando como unidad de análisis las prácticas de acción directa llevadas a cabo por los operarios metalmecánicos. Siguiendo a Pierre Dubois, toda acción obrera contiene dos componentes. Primero, ésta pretende una transformación limitada o total de la situación vivida –de allí su carácter instrumental–; y segundo, denuncia esta realidad evocando el contenido de una sociedad superadora a la capitalista –es decir, contiene un carácter expresivo–. En otros términos, el carácter instrumental de

una protesta tiende hacia la satisfacción de reivindicaciones concretas y/o limitadas que podrían contener la demanda de un cambio político específico dentro del régimen social vigente. En tanto, la acción de carácter expresivo no busca ningún resultado concreto por parte de aquellos actores que la llevan a cabo, sino que expresa una venganza contra la patronal, una protesta contra la injusticia, un desafío a los valores establecidos y la evocación a una sociedad socialista desde una perspectiva obrera (Dubois, 1976: 61). Desde nuestra visión, esta naturaleza dual de la protesta significaba un fuerte cuestionamiento a los valores establecidos por la sociedad industrial y al modelo de organización sindical en tanto estructura representativa y reivindicativa. En este sentido, la parálisis de la producción podía significar una crítica implícita del desarrollo capitalista, así como también una manifestación de la oposición a la división técnica y social del trabajo (Negri, 2004: 324).

A partir de estas consideraciones, podemos proponer nuestra hipótesis: los cambios operados en la composición de clase del proletariado industrial cordobés abrieron un proceso organizacional que emanó de una forma de democracia elemental, activa y participativa que expresó cierto rechazo a la delegación formal, cuya manifestación más destacada fue el Sitrac. En efecto, lejos de desplegar las clásicas estrategias de moderación y canalización de los conflictos entre capital y trabajo típicas de la maquinaria sindical tradicional, los clasistas extendieron inéditas formas de lucha dentro de la fábrica. La punta de lanza de estas protestas la constituyeron aquellos obreros privados de calificación profesional, en su mayoría jóvenes y migrantes de primera generación, con poca o nula participación sindical en los años anteriores (Pezet, 2001: 167). Se trataba de huelgas espontáneas, que reivindicaban el aumento salarial o se declaraban contra las condiciones de trabajo y se llevaban a cabo dentro del espacio de trabajo bajo modalidades particularmente duras y organizadas por fuera del control sindical. Estas huelgas fueron usualmente calificadas como “salvajes”, dado que la mayoría de las veces se organizaban fuera de la programación sindical y estaban destinadas a causar el máximo daño posible a la producción.

El surgimiento del Sitrac

La empresa automotriz Fiat se había instalado en Córdoba durante el año 1954. Para 1970, contaba con modernas instalaciones en la periferia de la ciudad (Barrio Ferreyra), y allí alrededor de 7.000 trabajadores producían tractores y motores de automóvil, materiales ferroviarios y motores diésel de gran envergadura (Memoria Fiat Concord, 1970). La multinacional italiana se había caracterizado por el férreo control de su fuerza de trabajo y la nula tolerancia hacia cualquier tipo de organi-

zación gremial (Alquati, 1975: 95). En línea con esta política laboral, la empresa logró constituir sindicatos de planta en sus fábricas, violando la legislación laboral argentina.

La frustración colectiva por la ineficacia de los sindicatos por empresa y los problemas laborales fue la génesis de la rebelión de las bases de Fiat en 1970. Las elecciones sindicales se habían convertido en rituales sin sentido, en los cuales sólo se presentaba una lista y votaban pocos trabajadores.¹ Las prácticas de la dirigencia se caracterizaban por su negligencia, en lo atinente a las condiciones de trabajo de su mano de obra, y su línea pro patronal, sumado a la adscripción verticalista hacia la UOM de Buenos Aires del secretario general del Sitrac, Jorge Lozano (Flores, 1990: 12).

La causa inmediata de la rebelión de la base en Fiat fue la firma del contrato de trabajo preliminar del sindicato con la empresa, en diciembre de 1969. Cuando los obreros conocieron que este convenio desconoció aumentos salariales igualitarios y no propuso ninguna reforma significativa, en relación con las prácticas laborales y las condiciones de trabajo en Concord, difundieron su descontento. Rápidamente, los operarios de utillaje y afilado recorrieron las diferentes líneas y plantas, denunciando a la conducción del Sitrac. Así, comenzó a establecerse un estado asambleario en las líneas de producción, cuyo punto álgido fue la asamblea del día 23 de marzo de 1970. En ella, se desplazó a Lozano y se constituyó una comisión provisoria para que representara a los trabajadores hasta las nuevas elecciones.

Los trabajadores repudiaban a Lozano y a los demás dirigentes del sindicato. Por eso, cada vez que entraba en la fábrica se paraban todas las líneas. A raíz de esto, Fiat ya no contó más con el interlocutor necesario para llegar a un acuerdo. Mientras tanto, la Secretaría de Trabajo se negaba a reconocer la comisión provisoria. El 14 de mayo, luego de una nueva frustración en la secretaría laboral, los jóvenes obreros de Sitrac decidieron, en asamblea, llevar a cabo la toma de la fábrica. Uno de los protagonistas recordó el evento de la siguiente manera:

pasando a la toma del 14 de mayo, Masera recuerda que estaba junto a los portones, que estaban abiertos, y que él los arrimó. Nava, que era jefe de guardia, le preguntó si el cierre de los portones no podía ser considerado como una "toma" y Masera le contestó "capaz que sí". La idea de la toma corrió como fuego. La fábrica parecía un hormiguero. Se tomaron rehenes, se arrimaron tanques de combustible a las puertas.

1. Carlos Masera, secretario general del Sitrac durante 1970 y 1971, sostiene que el sindicato contaba, durante la época de Lozano, con 37 afiliados.

[...] En la mañana del sábado Ferrero (ejecutivo de Fiat) pide hablar con los dirigentes y les plantea que a él se le ha hecho evidente allí quienes son los verdaderamente representativos [...] Ferrero negocia, comprando las renuncias de Lozano y la CD, que se presentan por escrito ante la secretaría de Trabajo; la empresa se compromete a no tomar represalias. (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 1)

Es así que durante julio de 1970 la vieja dirección del sindicato de los trabajadores de la empresa Fiat Concord, el Sitrac, fue desplazada por una nueva que adscribía al clasismo. Algo semejante ocurrió en Materfer, la planta que Fiat destinaba a la fabricación de materiales ferroviarios. Allí, la lista "1° de Mayo" fue formada por trabajadores vinculados al Partido Comunista Revolucionario, "Comisiones Obreras" (ligadas a Vanguardia Comunista), Peronismo de Base y trabajadores independientes. Como podemos observar, la nueva conducción contenía dirigentes con una filiación marxista que tuvo una verdadera influencia nacional, algo inédito desde 1945. También, esta dirigencia atrajo a militantes y estudiantes de distintas corrientes que los consideraban una nueva vanguardia, algo que era reivindicado por esos mismos dirigentes (Balvé, 1990).

La nueva conducción comenzó a preocuparse por los reclamos en la base fabril, ignorados por la compañía durante años y, luego, por los sindicatos de la planta controlados por la empresa. Los casos más dramáticos fueron el departamento de forja y la sección de carrocerías, donde una mayoría de operarios sin calificación soportaba la insalubridad de las condiciones de trabajo y la explotación derivada del premio ligado al rendimiento por trabajo. Para remediar esta situación, la conducción del Sitrac conformó una comisión especial, para redactar un acuerdo propio y presentárselo a la empresa. La redacción del anteproyecto del contrato colectivo representó un reto en el control absoluto de Fiat sobre la vida en la fábrica. En este sentido, se le quitaban prerrogativas de control a la empresa sobre las vacantes de mano de obra, categorizaciones y asignación de tareas, porque todas estas decisiones debían contar con la previa conformidad sindical. El punto más fuerte fue la propuesta de integrar el premio de la producción al salario básico y solicitar el aumento masivo de las escalas de remuneraciones en todas las categorías de obreros, en un 60 % (Anteproyecto de Convenio Colectivo, 1971). Esto significó un golpe al núcleo del sistema de explotación de la empresa, con lo cual se tiraron las lanzas del enfrentamiento entre el sindicato y la compañía. Ésta se obstinó en rechazar cualquier reforma inmediata en su base fabril. Es así que se libró un crudo enfrentamiento entre Fiat y el Sitrac y Sitram,

produciéndose por parte de estas últimas campañas de acción directa a los fines de presionar para la firma del contrato.

Entretanto, comenzaron a reflejarse algunos de los aspectos más reconocidos del clasismo: los problemas laborales se discutían abiertamente en los departamentos y las decisiones se tomaban a través de la deliberación, mediante asambleas abiertas realizadas en la fábrica. (Brennan y Gordillo, 2008: 125). Su organización se veía facilitada por el carácter de sindicato fabril del Sitrac y el Sitram. Por lo tanto, se efectuaban en forma rutinaria para decidir virtualmente todas las cuestiones de la base fabril: problemas con la aceleración de los ritmos de producción, condiciones de salubridad en la planta, negociaciones colectivas y hasta quejas por la calidad de la comida que se servía en el buffet de la fábrica. Esta cercanía a las bases dotó al accionar sindical del clasismo de ciertas particularidades que lo diferenciaron de los dirigentes gremiales de otras empresas:

PyP: ¿Qué los diferencia a Uds. de los otros tipos de sindicatos?

Delegado (PCR): El sindicato no es en este momento, aparte de Sitrac y Sitram, un organismo puramente de los obreros, con independencia política, reivindicativa y con independencia de funcionamiento. A través de leyes que se iniciaron en el peronismo y que se profundiza con la Ley de Asociaciones Profesionales con Frondizi, el sindicato pasó a ser un organismo controlado desde el estado y dejó de ser un organismo propiamente de los obreros como arma de lucha. Sitrac y Sitram rompe con esa práctica tradicional, evidentemente que hay lazos que lo atan a esta sociedad y por lo tanto debe aceptar disposiciones de la Secretaría de Trabajo, pero en lo fundamental crea un nuevo tipo de sindicato, totalmente independiente en donde se discuten las reivindicaciones desde la política de la clase obrera. Ese es el sindicato que nosotros queremos crear y desarrollar. Evidentemente todavía le falta desarrollar porque existe todavía en esta sociedad. (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 3)

Los obreros encontraron una suerte de "representación" en los sindicatos clasistas de Fiat; sobre todo, los que constituyeron la mayoría de la composición de clase del proletariado industrial: los de primera generación, jóvenes, sin calificación que migraron del campo a la ciudad y trabajaron en las líneas de montaje, soportando las condiciones laborales más penosas. Esta última particularidad dotó al sindicalismo clasista el carácter de una verdadera rebelión generacional; un rasgo constatable en el comité ejecutivo y los delegados electos del Sitrac y

Sitram, dado que la mayoría de sus miembros rondaban entre los 20 y los 30 años.²

Pero, más allá de la búsqueda de un modelo sindical alternativo, la experiencia clasista se componía a partir de su espontaneísmo; de una consciencia de clase que se formaba al interior del movimiento en lucha y que se nutría en las prácticas mismas del conflicto conducido directamente por sus protagonistas, en un contexto que se extendía hacia las otras fábricas y excedía los límites de Concord. A esto nos abocaremos en el siguiente apartado.

Prácticas de resistencia obrera en Córdoba (I): las ocupaciones de fábrica

Desde 1967, Perdriel, la planta que Renault –la otra gran empresa automotriz de la ciudad– utilizaba para la fabricación de matrices y máquinas-herramienta, experimentó una fuerte reestructuración tecnológica. La empresa convirtió a los otrora altamente calificados obreros en meros trabajadores sin calificación de la línea de montaje. Estos cambios deslegitimaron fuertemente la representatividad de los dirigentes gremiales del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) que mantuvieron una posición conciliatoria con la empresa y que no hicieron nada para impedir la descategorización de los operarios. De esta manera, en Perdriel se consolidó una corriente opositora instigada por el Partido Comunista Revolucionario (PCR), cuya presencia en la planta cuestionó la dirección sindical peronista (Brennan y Gordillo, 2008: 122).

En este contexto se produjo la toma de la fábrica del día 12 de mayo de 1970, luego del traslado a la planta de matrices de Santa Isabel de cuatro operarios que integraron la lista “1° de Mayo”, opositora de Elpidio Torres,³ en las futuras elecciones de delegados sindicales. El personal de Perdriel interpretó esta medida como una maniobra de los directivos para separar de la planta a cuatro futuros delegados combativos y, también, como un guiño hacia las posiciones más conciliadoras de la conducción del SMATA (*Los Principios*, 14 de mayo de 1970: 10). En respuesta a esto, los operarios ocuparon el complejo fabril tapando el

2. El secretario general del Sitrac, Carlos Masera, en esos momentos era el de edad más avanzada, con 37 años.

3. Elpidio Torres fue el secretario general del sindicato de mecánicos cordobés desde 1958. Al mostrarse eficaz en la obtención de las reivindicaciones demandadas, Torres y el grupo de dirigentes que lo secundaban lograron presentarse como garantes de una gestión responsable del conflicto, en la medida en que pudieron contener a los activistas más radicalizados de la fábrica (Mignon, 2013: cap. 3).

alambrado perimetral con grandes planchas de "telgopor" y rodeando la fábrica con tanques de 200 litros que contenían nafta, tinner y otros combustibles inflamables. Además, desde los techos de los pabellones, exhibieron botellas con cócteles *molotov* y carteles que pedían la reincorporación de los obreros trasladados. La situación se había tornado tensa ya que la ocupación contenía la retención de más de treinta rehenes pertenecientes al personal jerárquico, incluyendo entre ellos dos ejecutivos de origen francés y al gerente general de la fábrica. En el plano estrictamente sindical, este conflicto puede interpretarse como una puja política al interior del SMATA: los obreros que ocupaban la planta no solamente se enfrentaban al directorio de Ika-Renault, sino también a la conducción torrista. Pero también puede observarse la emergencia de nuevas formas de lucha, en contrapartida a ciertas modalidades tradicionales que había mantenido históricamente el movimiento sindical: las huelgas externas a la fábrica y las manifestaciones en la ciudad declaradas y controladas por el sindicato. Ahora el epicentro del conflicto se volvió al seno de los talleres y los departamentos. La metodología de secuestrar a los técnicos y al personal superior desestructuraban el comando jerárquico del taller, lo que se traducía en la pérdida de la autoridad y el prestigio de aquellos encargados de vigilar la producción y los ritmos de trabajo.

La ocupación de Perdriel se mantuvo durante dos días, y fue levantada al quedar sin efecto el traslado de los cuatro operarios, de los cuales dos serían elegidos por los trabajadores y reconocidos como delegados por parte de la firma. Pero la relación entre la base y los jefes de SMATA se había roto de forma irremediable, el mismo Elpidio Torres fue abucheado por los operarios cuando acercó a la asamblea el borrador de propuesta a la empresa para solucionar el conflicto (*LP*, 15 de mayo de 1970: 11).

Por otra parte, a partir de la toma de fábrica, los obreros se dieron cuenta de que era posible golpear y negociar directamente con la empresa, sin grandes costos; es decir, sin la necesidad de que esté presente la mediación institucional del sindicato. Por eso, cuando la lucha obrera se extendió en los talleres y los departamentos, el choque con la jerarquía se hizo inevitable. Los capataces, técnicos y jefes de departamento usualmente esgrimían como armas principales las sanciones y los informes a instancias superiores, ya que éstos podían traerles graves consecuencias a los obreros como, por ejemplo, padecer multas, traslados y otras sanciones disciplinarias que podían finalizar en el despido. Esta forma de control garantizó el crecimiento de la producción y el establecimiento de la "paz social" en la fábrica. De esta manera, los efectos explosivos de la ocupación con toma de rehenes, realizada en Perdriel, pusieron

en crisis el control sobre la fuerza de trabajo instaurada en las fábricas automotrices cordobesas durante los años precedentes.

A principios de junio, esta táctica de lucha se extendió a otros establecimientos fabriles. Luego de la resolución favorable del conflicto en la planta de matrices de IKA-Renault, las bases siguieron presionando fuertemente al gremio para ampliar el método de la toma de fábrica hacia todos los establecimientos cuyo personal estuviera afiliado al SMATA. El objetivo era presionar en vistas a las nuevas discusiones del nuevo contrato colectivo de trabajo (*La Voz del Interior*, 3 de junio de 1970: 20). Debido a los resultados negativos de las discusiones paritarias, el 2 de junio los obreros ocuparon las fábricas de IKA-Renault (Santa Isabel), Matricerías IKA (Perdriel), Thompson-Ramco, Ilasa, Transax y Grandes Motores Diesel (Fiat). Una vez más, el personal mantuvo rehenes en las plantas, entre ellos a los directivos de los establecimientos (Servicio de Documentación e Información Laboral, 1970: 53).

Ante la magnitud de la protesta de las bases, esta vez la dirigencia torrista se vio obligada a apoyar la iniciativa de los operarios, dando a conocer en un comunicado las reivindicaciones de los ocupantes. Entre las peticiones más significativas podemos enumerar: 1) aumento general de emergencia de m\$N 20 000 y libre discusión de salarios y convenios; 2) plena vigencia, por convenio, de la ley de Sábado Inglés; 3) revisión de todas las categorías de las distintas plantas y eliminación de las categorías A 3 y B 3 de IKA-Renault, es decir, aquellas que separaban a los operarios no calificados de aquellos con calificación; 4) reconocimiento, por convenio, de la insalubridad de IKA-Renault, Thompson-Ramco e Ilasa; 5) libre desenvolvimiento de la representación gremial, delegados, comisión interna y comisión ejecutiva para cumplir su misión específica y libre agremiación y elección de representantes, entre otros puntos (LVI, 3/6/1970: 20).

Al día siguiente, a los establecimientos ocupados se agregaron dos más: Materfer y Perkins. Los obreros de estas plantas de Ferreyra llevaron a cabo esta acción para solidarizarse con los ocupantes de los restantes establecimientos. En el transcurso de la tarde, los operarios de Concord, que ya desconocían a su comisión directiva, se sumaban a la protesta. Con los nueve principales establecimientos fabriles ocupados, la ciudad de Córdoba parecía ser testigo de la insurrección obrera más grave que las clases dominantes habían experimentado en la Argentina.⁴ A raíz de esto, la Secretaría de Trabajo de la Nación se declaró

4. Así lo manifestaba el Centro Comercial e Industrial de Córdoba en un comunicado: "La toma de establecimientos fabriles, la inmovilización de personas en calidad de rehenes y las graves amenazas que pesan sobre vidas y patrimonios constituyen intolerables violencias que tienen en vilo a miles de hogares. Estos hechos y otros más graves aún, [...] han generado una serie de medidas y contramedidas que, a nuestro

competente en el conflicto cordobés e intimó a los obreros al cese de la medida de fuerza mediante el aviso de que el organismo aplicaría la conciliación obligatoria, a partir del 8 de junio. En los considerandos de la resolución el secretario Rubens San Sebastián expresó que los metalmeccánicos habían "[...] adoptado medidas de acción directa totalmente ajenas a las que pueden considerarse propias en el planteamiento de un conflicto colectivo de naturaleza laboral" (LVI, 4 de junio de 1970). Por otra parte, en el Plenario Nacional de Secretarios Generales del SMATA, que se había reunido para analizar la situación del sindicato en la provincia mediterránea, apercibieron a los dirigentes torristas por su falta de control y la aceptación de la metodología aplicada por las bases:

que la comisión ejecutiva de la seccional Córdoba, al decidir tales medidas sin consulta ni información previa, ha actuado unilateralmente, ha comprometido la estructura del gremio en su conjunto, ha puesto en peligro la estabilidad de los trabajadores, ha frustrado la posibilidad de poner en ejercicio la solidaridad efectiva del gremio en defensa de las auténticas reivindicaciones gremiales y se ha colocado al margen de las normas que rigen la vida de la institución. (Servicio de Documentación e Información Laboral, 1970: 55-56)

A través de estas declaraciones, podemos inferir la preocupación de las instituciones laborales de que el conflicto pudiera escapar del control de la conducción, encabezada por Elpidio Torres, y de que el desarrollo de los acontecimientos imposibilitara negociar un compromiso entre los funcionarios sindicales y las empresas. Esta intranquilidad estuvo relacionada con el surgimiento de órganos autónomos de lucha en Santa Isabel y Transax, denominados "Comités de Ocupación" y/o "Comités de Lucha". Estos cuerpos surgieron a partir del voto asambleario de los operarios que tomaron la empresa. Además, éstos poseyeron prerrogativas que hacían al funcionamiento del espacio de trabajo ocupado, mientras se mantenía la medida de fuerza. En el caso de la fábrica de IKA-Renault, establecida en Santa Isabel, el "Comité de Ocupación" electo liberó a una parte del personal administrativo que se encontraba retenido mientras que a los empleados de la sección de sueldos y salarios les ordenaron que prosiguieran trabajando en sus tareas administrativas. Este tipo de representación también impidió que las fuerzas del orden desalojaran la fábrica. Para ello, dispuso la colocación de material explosivo y la conexión de cables eléctricos de

juicio, no conducen al camino de la paz y la concordia social que todos aspiramos" (LP, 5 de junio de 1970: 11).

alta tensión en el alambrado perimetral.⁵ En Transax, con 450 operarios tomando la planta y 24 rehenes, se constituyó un “Comité de Acción y Lucha” que tomó medidas similares a las de Santa Isabel, añadiendo en un comunicado que “no se desocupará la planta” y que “una represión violenta agravará hasta lo imprevisible la situación actual” (LVI, 4 de junio de 1970).

Las acciones de estos órganos autónomos contuvieron un significado que iba más allá del mero hecho de organizar la defensa del lugar, en caso de desalojo. La condición de rehenes del personal técnico, de gerentes y directivos de la empresa ridiculizaba las jerarquías existentes en la fábrica. Los talleres y las oficinas administrativas constituían mundos diferenciados que separaban tanto física como urbanísticamente a obreros de empleados. En el transcurso de la ocupación, quienes nunca se involucraban en los “asuntos de los obreros” eran sometidos forzosamente a las reglas impuestas desde la planta, produciéndose una desestructuración de las reglas de autoridad constituidas por la gerencia. Quienes trabajaban en el taller se apoderaron de la fábrica, recorriéndola por los lugares antes vedados y liberándola del trabajo repetitivo, de la fatiga y del miedo hacia los jefes y los guardias. El testimonio de un operario de Fiat Concord, Rafael Clavero, es ejemplar en este sentido:

yo me acuerdo que voy a la punta aquella, de la parte redondita, que es una oficina de la guardia, y allí está el teléfono, y estaba Arab Nava [Era el jefe de guardia de la planta. Aclaración del autor] con el teléfono en la mano, y estaba el chaqueño Jiménez, me acuerdo bien, pero había un grupo más, detrás del chaqueño Jiménez. Y ahí lo tenían, ¿no? Y... y... “Ud. tiene que darnos el teléfono”, le decían. Y entonces llevo yo y... y... pero ya estaba que se le saltaban arriba ¿no? Y entonces digo: “Tranquilidad, compañeros, por favor...” Porque él dijo: “Yo con Uds. no puedo dirigir la palabra, voy a hablar con el secretario general”... él dijo eso. Y yo dije: “Permítame el teléfono”, y como no me lo dio, lo sacudí y le dije que los negros se le iban encima. Entonces agarró y me dio el teléfono... “pero por favor, no me toquen”, decía el coso. “¡Es una humillación tremenda!”... (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 2)

5. Por la tarde del 3 de junio, este organismo daba a conocer el siguiente comunicado: “El Comité de Ocupación de la planta IKA-Renault, [...] advierte que ante cualquier intento de represión por parte de las fuerzas del gobierno, los primeros que pagarán las consecuencias de tales desatinos serán los propios patrones de la empresa que se encuentran detenidos en calidad de rehenes, los que sobrepasan el número de cien. Dejamos aclarado que estos señores se encuentran alojados en sectores estratégicos” (LP, 4 de junio de 1970:12).

De esta forma, se estableció una suerte de “contra-violencia” que explotó como una reacción liberadora, ante un sistema despótico de control de la fuerza de trabajo. La organización productiva fabril se caracterizó, muchas veces, como opresiva y, a menudo, injusta, incapaz de crear las condiciones necesarias para negociar y discutir los problemas y las exigencias de los operarios comunes (Durand, 2006: 15). Entonces, el recurso de la violencia manifestó la debilidad sindical para controlar el conflicto; sobre todo, si tenemos en cuenta que una de sus funciones primarias era atemperar el ardor combativo de los huelguistas. Por lo tanto, tales comportamientos colectivos fueron la manifestación de una revuelta –muchas veces juzgada como espontánea y anárquica– contra el sistema de explotación puesto en vigor en la fábrica.

El 4 de junio, en un preciso operativo policial, la Guardia de Infantería desalojó siete establecimientos mientras que Santa Isabel y Concord siguieron ocupadas. El enfrentamiento más importante se produjo en la planta de Perdriel, donde los obreros lanzaron bombas *molotov* pretendiendo resistir de manera activa a la acción policial. No obstante, los quince minutos de bombardeo con gases lacrimógenos debilitaron la reacción obrera. Así, se logró detener a los ocupantes, luego de algunas refriegas en las que unos cuantos operarios resultaron lesionados y hubo varios rehenes heridos. El total de trabajadores arrestados, luego del desalojo de las siete fábricas, llegó a 400 personas aproximadamente (*LP*, 5 de junio de 1970). El 5 de junio, el “Comité de Ocupación” del complejo de Santa Isabel discutió si se proseguía con la medida de fuerza o se efectuaba el abandono voluntario de la fábrica. En la asamblea se pudo observar las divergencias existentes entre los integrantes de la Comisión Directiva del SMATA que propugnaban por una actitud responsable y realista y el grupo antagónico que apoyaba la “lista Azul”, es decir, a los partidarios de continuar con la ocupación. Ese mismo día, la policía ingresó al complejo con carros de asalto, ocupó estratégicamente los talleres y arrestó a varios operarios refractarios a abandonar la fábrica (*LP*, 6 de junio de 1970: 32).

Durante 35 días los trabajadores metalmecánicos prosiguieron una huelga que paralizó la producción en las plantas automotrices. IKA-Renault informó que desde mayo hasta el 26 de junio no se trabajaron 900.000 horas y se perdieron jornales por el valor de 400 millones de pesos moneda nacional (Servicio de Documentación e Información Laboral, 1970: 64). Mientras tanto, Elpidio Torres logró reconstruir su relación con los representantes de las empresas, accediendo a un acuerdo en el que redujo el número de operarios despedidos a 400; una cifra que incluyó a la mayor parte de los activistas de izquierda. Éstos se oponían a su conducción y, además, generaban innumerables problemas tanto

para él como para IKA-Renault.⁶ Más allá de los rasgos persecutorios de este compromiso, el acuerdo reflejó la inadecuación de las tácticas sindicales torristas en un contexto en el cual el humor de la clase obrera cordobesa se había radicalizado desde mayo de 1969. Ciertamente, el sindicato desaprobó los “excesos” y pugnó continuamente por encuadrar el movimiento de protesta dentro de los márgenes de la legalidad. No obstante, la dimensión misma del conflicto generó que estos márgenes se volvieran elásticos y forzaran a las organizaciones gremiales a transigir una solución con las empresas.

Prácticas de resistencia obrera en Córdoba (II): las restricciones a la producción en Fiat

Las tomas de fábrica fueron la faceta externa de un fenómeno que se estaba desarrollando al interior de las fábricas. Si bien este tipo de huelgas había bloqueado la producción en los establecimientos ocupados, con una participación elevada de los trabajadores, las direcciones de las empresas parecieron haber soportado los golpes recibidos. Por ende, había que buscar otras formas de lucha, más sutiles y menos lesivas a los intereses de los obreros. Es decir, volver a la huelga al interior de los talleres por medio de la suspensión del trabajo de manera espontánea, durante pocas horas y organizada por secciones y departamentos. Esta era una forma de lucha que no comprometía con medidas disciplinarias a un gran número de trabajadores. Además, creaba “cuellos de botella” que congestionaban la producción en los talleres donde no se hacía huelga, fuera por la falta de piezas semi terminadas que no llegaban o por la incapacidad de continuar el ciclo productivo, debido a que la línea siguiente no las recibía porque el trabajo se encontraba obstaculizado. La interrupción de diversos puntos del flujo productivo produjo una desarticulación que determinó la saturación o la falta de piezas semi terminadas en otros puntos. Sólo podemos explicar la extensión de esta práctica a partir del control que comenzó a ejercer la base obrera sobre las formas de lucha que liberaban, apoyándose en la racionalización

6. “Este laudo es el fruto de las negociaciones que la dirección del SMATA cordobés llevara a cabo en la metrópoli, encabezadas por el propio Elpidio Torres. Una primera apreciación permite inferir que su redacción es de singular duplicidad. Obliga a los obreros a reintegrarse a su trabajo a partir del lunes 6 y a las empresas a reincorporar «la mayoría de los cesantes». Las informaciones señalan que esa mayoría no incluye a la primera tanda de despedidos, integrada por activistas y delegados que llevaron adelante las ocupaciones de fábrica que duraron varios días. De esta manera la IKA-Renault habría logrado deshacerse del sector más urticante de sus operarios y Torres, por su parte, descabezaba una incipiente dirección alternativa en el gremio” (*Jerónimo*, 1970: 12).

técnica de la producción que le otorgó a ciertos grupos de trabajadores un poder importante de desorganización (Aricó, 1965: 48).

En el seno de los talleres se desestructuraba ese comando jerárquico que, partiendo desde la subordinación de los operarios, ponía en un rango superior al *capataz* encargado de controlar la producción y el ritmo de las líneas de producción. Este último, además, era responsable del reabastecimiento de material y de organizar el reemplazo de la maquinaria descompuesta, así como también de los obreros ausentes. Después estaban los *jefes de equipo*, ex obreros situados en la categoría de empleados y retribuidos en tanto tales. Éstos se encargaban de una unidad de producción de alrededor de 30 a 50 operarios. En un escalafón superior estaban los *jefes de taller*, elegidos entre los jefes de los mejores equipos, quienes eran responsables del funcionamiento de un equipo de 100 a 150 obreros aproximadamente y estaban registrados como empleados de primera categoría. Estos últimos fueron los que, mayormente, sintieron la pérdida de su poder, autoridad y prestigio. Cuando la lucha obrera se difundió por los talleres y los departamentos, el enfrentamiento con la jerarquía se volvió inevitable. En una actitud impensada poco tiempo antes, el Sitrac comenzó a denunciar en el Ministerio de Trabajo a algunos miembros de la jerarquía de control, muchos de ellos contratados por la compañía a partir de su "experiencia" como policías o militares:

el aludido Ricardo Romero es un conocido amigo de la patronal (como varios otros ex militares y ex policías que la Empresa introduce por su carácter reacio a toda actividad sindical), ha agredido en forma física y verbal en distintas oportunidades a compañeros de trabajo y es conocido en la fábrica por sus actividades como usurero y alcahuete de la patronal. (Ministerio de Economía y Trabajo, 1971: 27)

Estos desafíos al orden establecido, en el interior de la fábrica, fueron el fruto de las tensiones surgidas a raíz del sistema despótico de mando, el contenido de las órdenes y las incompetencias técnicas que causaron una mala organización del trabajo. El descontento ante este estado de situación estuvo latente desde mucho tiempo antes y, a menudo, se manifestó a través de actitudes individuales. Una vez hecha la experiencia de las ocupaciones de fábricas, el disgusto colectivo tomó forma. Por lo tanto, el desafío colectivo a las prerrogativas de la gerencia se tradujo en el enfrentamiento directo de las múltiples prohibiciones tipificadas por el reglamento interno. En junio de 1971, Fiat denunciaba ante la autoridad de aplicación de la Secretaría de Trabajo que el 26 de mayo se habían verificado diversos paros parciales en la planta.

A los dos días, se produjo una nueva medida de fuerza que consistió en el abandono masivo de los lugares de trabajo, en la cual se intimó al personal superior jerárquico al abandono de tareas y desalojo de la planta. La empresa continuaba denunciando que:

el día 31 de mayo se produce un nuevo paro interno ilegítimo [...] en el equipo 719 –Línea de Blok [sic]– que tiene una duración de media hora a partir de las 6,30 de la mañana [...] Continuando con esta serie de medidas de fuerza, en el día de hoy, primero de junio se produce un nuevo paro de una hora en la planta de Montaje, entre las diez y las once de la mañana, que acrecienta aún más el deterioro en la producción [...] Simultáneamente se vienen registrando, sin solución de continuidad otra medida de fuerza ilegítima consistente en la concurrencia masiva de personal a consultorio médico de la fábrica, en número totalmente desusado y abultado, lo que continúa hasta estos momentos [...], circunstancias todas, que dificultan sobremanera la gestión de producción fabril. (Ministerio de Economía y Trabajo, 1971: 410)

Como podemos observar, los paros parciales denunciados por Fiat se articularon en las secciones críticas del ciclo productivo –línea de block y de montaje–, en las que era hegemónica la presencia de operarios sin calificación, sujetos a las tareas más repetitivas. La interrupción espontánea del trabajo, el abandono de planta y la organización de asambleas por taller y por departamento significaron el rechazo de las normas definidas por la empresa, pero también una forma virulenta de lucha dado que el objetivo era reducir una parte importante de la productividad.⁷ La caída de la producción como consecuencia de las huelgas parciales y articuladas puede ser interpretada como una respuesta obrera adaptada a la modalidad de remuneración atada al rendimiento. Una de las demandas que con más insistencia enarbolaron los operarios de Fiat fue la derogación del premio a la producción y el impedimento de su consolidación por medio del cronometraje. Este sistema tenía una fórmula mediante la cual se les pagaba un premio a los equipos de trabajo, cuando superaban el promedio de rendimiento

7. En la prensa, Fiat señalaba que esta clase de conflictos estaba dañando significativamente la producción: “La producción general ha disminuido, desde el 1° de enero último, en 3.000 automóviles, 500 tractores, 100 chasis de camiones y ómnibus y 9 coches ferroviarios. Por tales causas se han perdido, en igual periodo, 264.000 horas hombre de trabajo, lo que representa prácticamente 20 días completos de producción [...] el valor de esa producción no realizada asciende a 7.000 millones de pesos moneda nacional” (*La Nación*, 2 de junio de 1971: 18).

fijado por la empresa. Así, al operario le entregaban una ficha que debía entregarle al encargado al finalizar la jornada, para que éste pudiera contabilizar el número de piezas producidas. El problema era que las horas sin trabajar no se pagaban y, además, que Fiat se negaba a dar a conocer la fórmula a través de la cual se media la productividad. Esto le aseguraba a la empresa el control de los tiempos de las cadencias. Aunque los dirigentes sindicales *clasistas* negociaron el fin del premio al rendimiento en las negociaciones paritarias, en la práctica, los operarios comenzaron a aplicar estrategias para evadir la norma. José Ponce lo explicó de esta manera:

Se puso en práctica la no información, porque pasaba el encargado y en una planilla te preguntaba las piezas que habías elaborado ¿no? Entonces no se dio más información. Inclusive se le decía: y bueno cuéntela, ahí están. Cuéntela, decían. Bueno, y así se fue dando y se fue cortando. Y así el tipo evadía el bulto y más o menos para completar la ficha ponía... y siempre, por lo general, empezó a poner de menos, te das cuenta (...) Los premios bajaron mes a mes. Cada día se producía más, cada día se tenían más máquinas, más modernas y que sé yo, y cada día se pagaba menos. Así que, yo pienso que... mirá una de las cuestiones fundamentales, por lo menos que yo me acuerdo, es el tema de la producción, del tema de la producción ya se empezó a hacer una discusión política, viste. (Archivo del Sitrac, Sub archivo 12, ficha 1)

Ahora bien, las exigencias de aumento al rendimiento obrero no resultan suficientes para explicar las prácticas autónomas de los operarios ni tampoco las huelgas parciales ni espontáneas. Este tipo de prácticas contienen, generalmente, aspectos y/o objetivos que no son estrictamente económicos. En otras palabras, los factores culturales también pueden explicar los comportamientos no productivos. Vale explicitar algunos ejemplos para profundizar esta cuestión. En plena discusión en las paritarias por un mejor convenio colectivo de trabajo, los operarios de Fiat reaccionaron, de manera espontánea, ante el hostigamiento del que eran sujetos por parte de la empresa. Rafael Clavero comentó que, en ocasión de una reunión en la Secretaría de Trabajo, muchos trabajadores concurren en apoyo a sus representantes paritarios y, sin que nadie se los ordenara, se arrancaron las insignias de la compañía de sus ropas de trabajo y las desperdigaron por todo el edificio. Al trabar de forma adrede el ascensor, los representantes de la empresa tuvieron que bajar obligadamente por las escaleras, pisando las insignias de Fiat. Los abogados de la compañía denunciaron este hecho, al sostener que

fueron insultados y amenazados.⁸ Los directivos no comprendían cómo había cambiado ese clima de autoridad que habían instaurado años anteriores. En una oportunidad, alguien de la gerencia les recordó a los operarios que, en épocas pasadas, la fábrica era un lugar donde se podía trabajar tranquilo pero, para ese momento, se había convertido en un páramo donde únicamente habitaban indios. La reacción de los operarios fue descrita por la revista *Jerónimo* de la siguiente manera:

Tomando como ofensivo cierto lenguaje atinente a ellos, dos mil obreros efectuaron, el miércoles 9 de junio, una extraña manifestación. Adornados con plumas y vinchas penetraron en fila india en el comedor. Cuando se fueron había un pizarrón escrito. Representaba la caricatura de un tehuelche y esta inscripción: “Indio malo no ser instruido/pero conocer billete grande”. (*Jerónimo*, 1971: 7)

Estas actitudes colectivas son explicables desde la perspectiva de los obreros jóvenes. Para éstos no fue fácil aceptar la disciplina de la fábrica y las tradicionales reglas de la sociedad urbana cordobesa. Los jóvenes provenientes de los medios rurales, sobre todo, sintieron un deseo de trasgredir estas normas, buscaron cierta libertad explorando la ciudad y estuvieron lejos de contentarse con la vieja máxima “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”. Su juventud se mezcló con la cultura de la revuelta y de la acción (hegemónica durante estos años) que los igualaba en sus hábitos y en sus vestimentas. Un tipo de cultura del antagonismo se enraizó, devino en sentido común, orientó, incluso, las ideas y los comportamientos de numerosos trabajadores, a pesar de no compartir, necesariamente, contenidos políticos e ideológicos.

La izquierda revolucionaria en la “Córdoba salvaje”

A partir del ciclo de “huelgas salvajes” de 1970-1971, las organizaciones políticas de izquierda juzgaron estas formas de lucha como un hecho alentador, ya que abría un nuevo escenario de potencialidades revolucionarias. Tanto Vanguardia Comunista, el PCR, el PRT - El Combatiente, El Obrero y otras expresiones políticas marxistas conflu-

8. Agregaba José Ponce: “Si fue, fue una, una de las tantas reacciones que yo llamo reacción espontánea de la gente, vos sabés, porque cuando vino la ropa, traía los distintivos más grandes [...] Entonces no sé a quién se le ocurrió la idea de que tenía que despojar, porque estábamos como presos. [...] Y bueno, todo el mundo dijo sí y empezaron a arrancarse... [...]. Todo el mundo tenía ropa nueva al otro día, pero sin distintivo. Pero sin uno ¿eh?, encontrabas a uno y lo cagaban a bulonazos” (Archivo del Sitrac, Subarchivo 12, ficha 1).

yeron hacia los talleres con el objetivo de comenzar a ejercer su tutela política y rectificar "los errores" surgidos del espontaneísmo natural de los obreros. La acción de estos grupos pretendía vincular las luchas cotidianas de los trabajadores con un programa político socialista. Esto significaba inmiscuirse en interminables polémicas derivadas de la inevitable dialéctica entre espontaneidad y organización. Así, para el PCR la lucha desarrollada en Perdriel –donde tenía una influencia importante– podía convertirse en modelo para el surgimiento de estas nuevas formas de lucha:

a) La conciliación ha demostrado que es la política de los perdedores. En cambio, la violencia surge como un requisito para el triunfo.

b) Mayo de 1969 encontró a nuestra clase dispuesta al combate masivo y violento. Perdriel alumbra y profundiza esa senda: mirando cada vez más hacia arriba en los objetivos de lucha y acumulando elementos de organización y dirección clasista (...)

c) La Agrupación Clasista Primero de Mayo ha jugado un papel importante en la actuación de nuestros compañeros de Perdriel. No lo decimos por vanidad mezquina, sino poniendo el acento en esta clave: los compañeros deben unirse alrededor de posiciones clasistas. Hoy esa posibilidad se desarrolla en la Agrupación Primero de Mayo. Eso es importante para nuevos Perdriel. (*El Compañero*, 1970).

Por su parte, en un informe de la agrupación El Obrero, se describía de la siguiente manera una asamblea realizada en Concord:

También en esta jornada, hubo esfuerzos –limitados, pero serios y efectivos– por parte de la izquierda revolucionaria por elevar el contenido político de las acciones. En este sentido, reivindicamos las intervenciones de GRS, LAP y El Obrero, que hicieron uso de la palabra en tres oportunidades; en conjunto consideradas, las intervenciones plantearon: la salida socialista, la necesidad de la intervención de la clase obrera en política, proponiendo concretamente para cada caso, que la asamblea formulara una declaración política y un llamamiento al resto de la clase obrera; la crítica al "Encuentro de los Argentinos", apoyando la posición tomada al respecto por los sindicatos de Fiat; la necesidad del Partido Obrero Marxista y de la lucha armada dirigida por éste (...) La intervención del compañero del Sitram, en cambio, reflejó claramente sus limitaciones ideológicas, ya que fue centrada casi exclusivamente en lo reivindi-

cativo inmediato, y cuando volcó contenidos políticos fueron de carácter “patriótico”, y no de clase. (*El Obrero*, 1971: 4)

Estos documentos son sólo una pequeña muestra del sinnúmero de folletos y publicaciones orientados a darle un contenido político a la vanguardia proletaria cordobesa. Aunque es difícil mensurar la dimensión de la inserción política de los partidos marxistas en las fábricas de Córdoba, podemos sostener que la combatividad de los obreros construyó un sentimiento de identidad colectiva en el cual se entremezclaban elementos maximalistas y de espontaneísmo a ultranza, que fueron el fruto de las características que la movilización colectiva había adquirido en estos años, así como también de la capacidad de los militantes externos para poner en crisis la cultura tradicional de las organizaciones sindicales e imponer un criterio diferente. Esta identidad colectiva se mostró extremadamente eficaz para interpretar los deseos, los comportamientos, las actitudes y la mentalidad de los operarios privados de calificación profesional.

Estas consideraciones nos resultan útiles para revisar el rol de los militantes externos en el complejo fabril, durante este período. En más de una oportunidad, se consideró que los factores exógenos cumplieron un rol secundario en la conformación del *clasismo*, dado que éste continuó siendo, preponderantemente, un movimiento de bases con arraigo en la fábrica (Brennan, 1996: 246). Si bien acordamos parcialmente con este análisis, creemos que es necesario matizar esta aseveración. La aparición de las organizaciones de la izquierda revolucionaria no fue un fenómeno fortuito ni accidental. Éstas desplegaron su accionar en una realidad preexistente en el complejo fabril, desarrollando un papel preciso. Su rol consistió en estimular la movilización obrera con las nuevas formas de lucha, agregándole fermentos de radicalización ideológica al descontento existente entre la base fabril. Es decir, si bien la manifestación de visiones hostiles hacia los viejos esquemas asociativos y la constitución de una nueva cultura del conflicto industrial tuvieron su origen en el taller, no se desarrollaron dentro de un ambiente aislado. Por el contrario, la comunicación social con los elementos externos a la fábrica cumplió un rol esencial.

La presencia de militantes ajenos a las plantas tomó una dimensión nueva y original, dada su capacidad para entrar en relación con ciertos sectores obreros y constituirse como un factor de engranaje de los impulsos espontáneos de la base, con la creación de diferentes colectivos y comités de obreros-estudiantes. Se trató de un fenómeno en el que, ante las nuevas realidades imperantes en el proletariado metalmeccánico, las bases fabriles encontraron amplios espacios de acción, promoviendo las “huelgas salvajes” y las asambleas y, además, radicalizando las consig-

nas sindicales. A la vez, con el apoyo de los grupos externos, elaboraron plataformas programáticas e implicaron a los trabajadores refractarios hacia la movilización colectiva. Con esto provocaron una situación de efervescencia general que profundizó, aún más, la debilidad que caracterizaba a las organizaciones tradicionales dentro de la fábrica.

La emergencia autónoma de grupos obreros no representados adecuadamente por los sindicatos, la intervención de los grupos exteriores y el surgimiento de grupos de base fueron realmente elementos de ruptura y un punto de inflexión respecto de muchas realidades en el taller. Para los trabajadores, en su mayoría migrantes jóvenes, ésta fue una experiencia que marcó profundamente sus vidas. Por primera vez, se comprometieron en la militancia activa y se convirtieron en actores centrales de acontecimientos fundamentales en la historia de las relaciones de clase en Argentina. Para estos operarios sin calificación profesional que contaban, exclusivamente, con la iniciativa directa de la base, el problema de la organización parecía resolverse esencialmente en la circulación y la comunicación de las luchas, más que en las instancias formales de discusión o de decisión. Por su parte, las organizaciones marxistas consideraron que fue justamente esta "vanguardia" la que se opuso a los sindicatos, reivindicando la dirección exclusiva de las luchas, rechazando la tradicional delegación a las organizaciones sindicales e imponiendo una nueva manera de conducir las huelgas y de generar el conflicto en la fábrica. Así, desde Acción Comunista (grupo local de la izquierda revolucionaria) se pregonaba la necesidad de pasar hacia un nivel superior de conflicto, a saber:

En el proceso espontáneo, material, de su lucha, la clase obrera no sólo jaquea continuamente a la burguesía y a sus diversos aparatos de control, sino que va produciendo núcleos de avanzada en todas partes, aún con los desniveles propios del desigual ritmo de la lucha espontánea. Ese proceso dio como resultado la cristalización de la vanguardia espontánea de Sitrac y Sitram, la primera con base masiva que aparece en el país después de décadas. (...) Pero este proceso sigue siendo espontáneo, pues carece de una dirección política comunista, de la existencia del partido obrero revolucionario que permita que la revolución avance, rompa los límites de la política burguesa y pase a la ofensiva abierta. (*Acción Comunista*, 1972: 3)

En la ola de protestas sociales que se desplegaron en la ciudad de Córdoba durante el período, los grupos de la izquierda marxista le aportaron un contenido político específico a los movimientos de base fabril. Ahora bien, desde un punto de vista organizacional, el concepto de "izquierda revolucionaria" (o de "nueva izquierda" como se la denominará

más tarde) fue poco útil para describir los fenómenos de 1970-1971. En particular, este ambiente político y cultural que no tenía características precisas ni homogéneas. Sólo el rechazo a las formalizaciones delegativas y la identificación con el “movimiento *clasista*” fueron los nexos que ligaron posiciones, culturas e ideas muy diferenciadas (esto es, desde los que militaron en los partidos de la izquierda histórica o minoritaria, pasando por los que abandonaron la militancia tradicional y los que no tuvieron ninguna experiencia política, hasta quienes provinieron del asociacionismo de base). Basta con contemplar las características de fluidez organizacional que operaron durante los conflictos en 1970 y 1971, para llegar a la conclusión de que nunca se constituyó un organismo político puro, sino que más bien fue un lugar de debate y de trabajo ideológico.

A modo de cierre

Un conjunto de factores determinaron que ciertos grupos obreros fueran la vanguardia de la conflictividad social, en las fábricas cordobesas durante 1970 y 1971. En primer lugar, las huelgas autónomas y las manifestaciones de rechazo al trabajo constituyeron formas de radicalización reivindicativa que estuvieron, indudablemente, más presentes en los talleres donde era hegemónico un tipo de composición de clase: los obreros jóvenes sin calificación profesional. En segundo lugar, los sindicatos, conscientes de esta situación, intentaron, de todas las formas posibles, controlar estas avanzadas; sobre todo, mediante la gestión de huelgas contractuales que exaltaron la unidad de los trabajadores. Finalmente, la función principal de los militantes de la izquierda revolucionaria consistió en dotar de contenidos políticos específicos a cada una de las acciones espontáneas de los obreros. Además, constantemente, pretendieron multiplicar los momentos de conflicto, en base a los aspectos más diversos de la condición obrera en la fábrica.

El resultado fue doble. Por un lado, los obreros sin calificación tuvieron la ocasión de volcar su radicalización en los llamados oficiales a la huelga y en las grandes manifestaciones sindicales, logrando condicionar e imponer su propio punto de vista al conjunto del movimiento obrero. Por el otro, las movilizaciones, al nivel de cada unidad productiva, demostraron una capacidad inédita de respuesta y negociación en los lugares de trabajo. Sin embargo, lo que pareció la apertura de una nueva fase fue, por muchos aspectos, el preludio de un epílogo. Los trabajadores metalmeccánicos cordobeses –en particular, los *clasistas* de Sitrac– que parecieron estar destinados a dominar la escena nacional durante un largo lapso, en poco tiempo conocieron las más variadas formas de represión empresarial y gubernamental. En efecto, entre el 26 y 27 de octubre

de 1971 el III Cuerpo del Ejército invadió las plantas de Fiat Concord, y tomó el control objetivo de la fábrica, dejando como saldo 12 heridos. La empresa aprovechó el momento y despidió a 259 trabajadores, entre los que se encontraban miembros del comité ejecutivo y del cuerpo de delegados del Sitrac (Brennan y Gordillo, 2008: 142).

Tal vez, la debilidad del Sitrac –y del Sitram– haya sido su incapacidad de cristalizarse en un partido político de la clase trabajadora que establezca las demandas espontáneas del proletariado metalmeccánico y que conforme una dirigencia capaz de enfrentar en mejores condiciones la represión del régimen, la patronal y las patotas de la burocracia sindical. Pero también fue evidente que las luchas obreras del período expresaron una reivindicación de transformación radical de las relaciones entre las clases. Desde nuestra perspectiva, el *clasismo* se constituyó en la manifestación inacabada –pero expresión al fin– de esta demanda de poder. A pesar de que su experiencia fue muy breve, luego de su disolución, su herencia fue adoptada no sólo por el proletariado cordobés, sino también por los trabajadores de otras provincias. La importancia de esta corriente residió en su capacidad para encaramarse como una alternativa válida para el movimiento obrero organizado, no sólo desde el aspecto organizacional, sino también como catalizador de la espontaneidad obrera hacia nuevas prácticas y formas de lucha radicalizadas, que excedieron el ámbito restrictivo de la fábrica. En este sentido, la clase obrera abrió una crisis institucional que fue más allá del acuerdo político que puso fin al ciclo de la Revolución Argentina y abrió la posibilidad de la apertura democrática, con el retorno del general Juan Domingo Perón.

Bibliografía

- Alquati, Romano (1975), *Sulla Fiat e altri scritti*, Milán: Feltrinelli.
- Aricó, José María (1965) “Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera”, *Pasado y Presente*, año III, n° 9 (primera época), Córdoba, pp. 46-55.
- Balvé, Beatriz S. (1990), *Los nucleamientos político-ideológicos de la clase obrera. Composición interna y alineamientos sindicales en relación a gobiernos y partidos. Argentina 1955-1974*, Buenos Aires: Cuadernos de CICSO, Serie Estudios, N° 51.
- Brennan, James (1996), *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, (1955-1976)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Brennan, James y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: Ediciones de la Campana.
- Delich, Francisco (1994), *Crisis y protesta social. Córdoba 1969*, Córdoba: Fundación de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Dubois, Pierre (1976), *Le sabotage dans l'industrie*, París: Calmann-Lévy.

- Durand, Marcel (2006), *Grain de sable sous le capot. Résistance & contre-culture ouvrière: les chaînes de montage de Peugeot (1972-2003)*, Marsella: Agone.
- Duval, Natalia (1988), *Los sindicatos clasistas: Sitrac (1970-1971)*, Buenos Aires: CEAL.
- Flores, Gregorio (1990), *Memorias*, Buenos Aires, mimeo.
- Gordillo, Mónica (1996), *Córdoba en los 60: La experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Mignon, Carlos (2013), *El sindicato en el taller. La organización gremial en el espacio de trabajo. Córdoba, 1968-1973*, tesis de doctorado, Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Negri, Antonio (2004), *Los libros de la autonomía obrera*, Madrid: Akal.
- Pezet, Eric (2001), *De la classification des emplois à la question des compétences: Une grille d'analyse des relations entre gestion des ressources humaines et négociation collective*, tesis, Paris: École Nationale Supérieure des Mines.
- Tronti, Mario (2001), *Obreros y capital*, Madrid: Akal.

* * *

Resumen: El objetivo del presente artículo es analizar el fenómeno de las “huelgas salvajes” en la Córdoba de principios de los 70. Este tipo de protesta, organizada por fuera de las programaciones sindicales y destinadas a causar el máximo de daño a la producción, indicaba los cambios operados dentro de la composición de clase del proletariado metalmeccánico cordobés. A su vez, una fracción de este último, los operarios sin calificación profesional, demostraban formas de acción específicas que escapan a las visiones simplificantes y totalizantes de la clase trabajadora en tanto sujeto colectivo.

Palabras claves: huelgas salvajes – clasismo – clase obrera – Córdoba – Sitrac

Abstract: The aim of this paper is to analyze the phenomenon of “wildcat strikes” in the early ‘70s, in Córdoba. This type of protest, organized by outside of trade unions and intended to cause maximum damage to production, indicating the changes in the class composition of the proletariat metalworking. In turn, the workers without professional qualifications, showed specifics forms of action strange to totalizing perspectives of the working class as a collective subject.

Keywords: wildcats strikes – classism – working class – Córdoba – Sitrac

Recepción: 1 de marzo de 2014. **Aprobación:** 14 de marzo de 2014.

ARTÍCULOS

Criminalizar al rojo. La represión al movimiento obrero en los informes de 1934 sobre la Sección Especial

Mercedes F. López Cantera

(UBA)

El fenómeno del anticomunismo encontró en el caso argentino su desarrollo y consolidación entre las décadas de 1920 y 1940. Si bien podríamos pensar los años 20 como un período formativo en el que los nacionalistas, los conservadores y la Iglesia comenzaron a señalar al elemento comunista como uno de sus enemigos políticos por excelencia a nivel nacional e internacional, fue en los años 30 cuando el pensamiento anticomunista halló sus características elementales. Esto ha podido observarse sobre todo en la literatura nacionalista reaccionaria que en esa década tuvo un despliegue destacable. Sin embargo, existió otro escenario en el que el anticomunismo no sólo se manifestó sino que tomó una forma material concreta: la represión política ejercida por el Estado sobre la clase obrera.

Comprendiendo el anticomunismo como un objeto complejo, tanto por los actores que lo manifestaron como las variables que el mismo fue adquiriendo a lo largo de su historia, consideramos pertinente señalar en él dos dimensiones, una ideológica y una práctica. En lo que refiere a la primera, en la Argentina de entreguerras se manifestó entre los nacionalistas reaccionarios, el ámbito católico y los conservadores. En este trabajo nos abocaremos a la segunda, expresada en la represión que el Estado llevó a cabo durante los años 30, una década que consideramos fundacional para esta dimensión práctica.

El Estado argentino de aquellos años hizo presente entre sus preocupaciones la existencia de una “cuestión comunista”, que durante la restauración conservadora iniciada con la presidencia de Agustín P. Justo (1932-1938) estuvo atravesada por la conflictividad social consecuente a la crisis y cambios económicos posteriores a 1929. La clase obrera fue la protagonista de ese estallido. Los trabajadores se encontraban transitando aún un ciclo de repliegue abierto con la imposición de la dictadura uriburista (1930-1932), avanzando en la reorganización

del movimiento obrero, emprendiendo nuevas protestas dentro de las cuales algunas organizaciones comenzaron a hacer sentir su presencia, como el Partido Comunista (PC). Éste se encontraba transitando su etapa de “clase contra clase”, estrategia política impulsada por la Comintern en 1928, que planteaba la intransigencia revolucionaria (la no asociación con ninguna tendencia de izquierda, ni socialista ni anarquista), constituyendo un frente combativo, extremo y sectario, que sostuvo hasta 1935.

La izquierda revolucionaria se hizo presente en el movimiento sindical de esos años. Representativo de ello fue el intenso ciclo de huelgas de 1932 a 1935, entre las que podemos destacar la de los obreros petroleros de Comodoro Rivadavia en abril-junio de 1932; la de los trabajadores de la Federación Obrera de la Industria de la Carne (FOIC), en mayo de 1932, sin apoyo ni de la CGT ni de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), como la de los petroleros; las huelgas generales de diciembre de 1932 y agosto de 1933, convocadas por la FORA con la participación del Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC), organización creada por el mismo PC para contrarrestar el poder de la Confederación General del Trabajo (CGT); la de los trabajadores del algodón en Chaco (1934 a 1936); la de la madera, liderada por el Sindicato Único de Obreros de la Madera (SUOM), en junio y julio de 1934; y la de los trabajadores del vestido, entre septiembre y octubre de 1934.¹

Frente al reclamo y la protesta, el Estado en manos conservadoras respondió con represión, aunque no con la modalidad de los años de Uriburu. Las características que ésta adquirió durante el gobierno de Justo significaron un antes y un después en la estructura represiva del Estado, en la que el aparato policial jugó un papel decisivo (Kalmanowiecki, 1991). En 1934, un hecho particular evidenció ese proceso. A mediados del mismo representantes del Partido Socialista (PS) exigieron en la Honorable Cámara de Diputados de la Nación (HCD) la interpelación del entonces Ministro del Interior, Leopoldo Melo –uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical Antipersonalista, desde donde apoyó la candidatura de Agustín P. Justo en 1931– acerca de las actividades desplegadas por la llamada Sección Especial de Represión al Comunismo, que adelante denominaremos SERC, dependencia de la Policía de la Capital.² La actuación de estos diputados fue motivada por

1. Para una mayor comprensión sobre la situación del movimiento obrero en los años 30 se sugieren los trabajos de Matshushita, 1983; Korzeniewicz, 1993; Del Campo, 1983; Horowitz, 2001; Iñigo Carrera, 2000, 2002; Camarero, 2007; Ceruso, 2010.

2. La Policía de la Capital fue el primer órgano de seguridad interna tras la consolidación del Estado Nacional. Organizada entre 1880 y 1885, si bien su jurisdicción fue la Capital Federal, funcionó como “policía de Estado” hasta que fue absorbida por la Policía Federal Argentina (creada en 1943) en enero de 1945.

las sucesivas denuncias al sistema judicial y a la prensa sobre la detención y aplicación de torturas a militantes de izquierda, principalmente obreros, que venían aconteciendo desde el retorno conservador. El PS logró que el ministro en cuestión elevara un informe que explicara y justificara las actividades de la SERC. En contraposición, el organismo Socorro Rojo Internacional (SRI) –dedicado a la defensa de detenidos y perseguidos políticos³ redactó otro documento ese mismo año que también elevó a Diputados, donde se detallaban los casos de abusos de la policía contra los militantes obreros negados en el informe del ministro.

El año 1934 y la discusión por la existencia y actuación de la SERC constituyeron un hito en el anticomunismo argentino de la década del 30. Nos interesa centrarnos en el análisis de ese debate para analizar de qué manera el Estado fue desarrollando una política represiva con características particulares y si ello significó o no una sistematización de la misma. Por otra parte, cabe preguntarnos si el origen de esa especificidad se debió al conocimiento que el aparato estatal obtuvo a partir del espionaje e investigación realizados sobre quienes eran objeto de control: las tendencias combativas del movimiento obrero. En el examen del llamado “Informe Melo” y del folleto-informe del SRI, observaremos cómo esas organizaciones obreras dieron lugar a una forma específica de control por parte del Estado que formó parte de la denominada “cuestión comunista”, lo que nos lleva a preguntarnos si ello implicó la criminalización de determinado tipo de militante político para lograr el disciplinamiento buscado.

Las fuentes que utilizamos poseen una cualidad distintiva: el informe del ministro Melo sobre la SERC no ha sido trabajado por la bibliografía del período, mientras que el folleto *Bajo el terror de Justo*, si bien es citado por algunos autores, no fue analizado en sí mismo. Cabe señalar que la interpelación al ministro no es referida en ningún trabajo que haya abordado los temas pertinentes a los años en cuestión. Además de estos materiales, nos interesa situarlos en el contexto de la prensa del momento, tanto la perteneciente al movimiento obrero como la de difusión comercial. Finalmente, con este trabajo pretendemos contribuir al estudio de la historia política del país en general, del desarrollo del movimiento obrero y de la acción represiva estatal, cuestiones hilvanadas por medio de nuestro más importante objeto de análisis: el anticomunismo.

3. Creado en 1922 por la III Internacional, siendo en 1926 la fundación de su sección argentina, el SRI fue una entidad dedicada a la denuncia de la represión política y un órgano de asistencia legal para la liberación de militantes detenidos.

Una “cuestión comunista” para el ciclo conservador

La mayoría de los autores dedicados a los años de entreguerras en Argentina mencionan la “cuestión comunista” y el anticomunismo como elementos dominantes y comunes en las variadas corrientes de derechas de esa etapa. Sin embargo, con algunas excepciones, esta característica ha sido poco explorada o subsumida a problemáticas como el componente antidemocrático o a las cercanías de esas derechas con el fascismo (Rock, 1993; Devoto, 2002; Finchelstein, 2010). Algunos trabajos, aquellos en los que el movimiento obrero es un actor ausente, llegan a plantear la existencia de un “anticomunismo sin comunismo”, un temor sobredimensionado que actuó como motor político de los nacionalistas antiliberales y como “excusa” para la represión obrera (Rouquié, 1978; Zanatta, 1996). Al margen, existen investigaciones que sí incorporan al anticomunismo como un componente elemental en el pensamiento reaccionario del período, enfatizando que la principal problemática para las derechas era justamente la presencia de tendencias de izquierda en el movimiento obrero (McGee Deutsch, 2005; Lvovich, 2003).

De acuerdo a nuestro trabajo, la existencia de una “cuestión comunista” para el Estado de la restauración conservadora (1932-1943) se vinculaba al desarrollo de la “cuestión obrera”. Desde el inicio de la posguerra, sectores de las clases dominantes, miembros de la Iglesia católica, nacionalistas y nacionalistas católicos, comenzaron a hacer referencia al retorno de una “cuestión social”. Ello indicaba la conflictividad social resultante de los ciclos de crisis económicas (Gran Guerra y posguerra, crisis de Wall Street) y los reclamos o problemas que la clase trabajadora presentaba en sus condiciones de vida y de trabajo. En los años 20 la problemática que planteó el desarrollo de un movimiento obrero de izquierdas para esas expresiones reaccionarias generó una diversidad de discursos cuya pluralidad significó que ese enemigo comunista se tornara más difuso, derivando muchas veces en la idea de una amenaza hipertrofiada. Todo ello colaboró con la negación de la “cuestión comunista” de la década posterior. Los años 30 dieron otra materialidad al anticomunismo. Por un lado, la existente crisis económica provocó las más importantes tensiones entre el capital y el trabajo. Eso confluyó con la desmesurada represión de la dictadura de Uriburu (1930-1932) que llevó a que parte del movimiento obrero se replegara en la clandestinidad. Para el retorno “democrático” de 1932, las organizaciones políticas de la izquierda obrera comenzaron a manifestar su descontento por las consecuencias de la crisis y a reclamar por el reconocimiento de estructuras sindicales, llevando al planteo de nuevas tácticas políticas.

Frente a esta situación encontramos al gobierno de Justo embarca-

do en la recuperación económica del país por medio de la intervención estatal. Su principal respaldo recaía en manos de la clase propietaria, terratenientes e industriales, al tiempo que contaba con el voto de confianza de los grupos nacionalistas, aún a pesar del recelo de éstos.⁴ Por otra parte, el presidente conservador no escatimó en acercamientos a la Iglesia; entre varios hitos de esa relación encontramos el apoyo y participación de éste en el Congreso Eucarístico Internacional de 1934. Esta red de legitimidad respaldaba a Justo pero no era suficiente para consolidar su poder político. Ello dependía principalmente de dar solución a la crisis económica, una preocupación que necesitaba del consenso y colaboración de la clase dominante al tiempo que resultaba imprescindible contar con una clase obrera no conflictiva.

Estos condicionantes fueron dando lugar al comienzo de una política de disciplinamiento que tuvo varios aspectos. En lo que refiere al Estado, la represión estuvo a la orden del día para controlar a aquellos trabajadores que promovieran la lucha. De ahí que la presidencia de Justo complejizara la represión que ya venía teniendo lugar desde Uriburu. La Sección Especial se convirtió en la piedra basal de esa política. La SERC fue fundada en 1931 por Carlos Rodríguez, y luego recreada y dirigida en 1932 por Federico Donadío, quien sería reemplazado al año por Joaquín Cusell. La misma dependía de la Sección de Orden Político (SOP) de la Policía de la Capital, conformada en la década de 1910 a fin de controlar todo tipo de acción política de los ciudadanos y residentes que fueran consideradas como un atentado al orden social. La Sección Especial formó parte de un conjunto de reformas que dotaron de mayores recursos a la Policía, la segunda transformación en importancia desde el proceso de profesionalización realizado por el coronel Ramón Falcón a principios de siglo. Durante ese gobierno tuvo lugar un recrudecimiento de la violencia estatal dentro del cual jugó un papel importante el aumento de las prácticas de espionaje que desde 1932 la SERC desarrolló con una finalidad represiva anticomunista (Caimari, 2012).

El “temor comunista” que nacionalistas, católicos y la clase dominante manifestaban desde hacía más de una década ahora se incluía dentro de la agenda del Estado. Justo y el brazo represivo conformado por su ministro Melo y los sucesivos directores de la Policía y la Sección Especial, plantearían la necesidad de combatir el “avance rojo” como un medio de control sobre la clase obrera. Pero ello presentaba un inconveniente: la propaganda política del justismo que enfatizaba el retorno a la “normalidad constitucional”. Esa “normalidad”, pregonada por el

4. “El general Justo y los conservadores”, en *La Nueva Republica (LNR)*, 2a. época, n° 101, 21/10/1931, p. 1; “Justo no es el candidato del gobierno”, *LNR*, 2a. época, n° 120, 2/11/1931, p. 1.

presidente al inicio de su gobierno con la intención de diferenciarse de la dictadura de Uriburu, no podía contradecirse con medidas que atentaran visiblemente contra las garantías constitucionales. En este marco, el Estado debería desplegar una nueva modalidad de represión que oscilara dentro de marcos legales.

Acción preventiva y “la desviación hacia el bandolerismo”

En junio de 1934 se dieron a conocer públicamente denuncias contra la Sección Especial. El diario *Crítica* fue el primer medio en exponer testimonios sobre ello: se trataban de casos de tortura contra militantes, en su mayoría obreros, que habían sido detenidos por la Policía de la Capital.⁵ Los socialistas, desde *La Vanguardia* (en adelante, *LV*), ya venían denunciando otros abusos de la policía en el marco de los dos estados de sitio⁶ establecidos por Justo (el primero, desde diciembre de 1932 a mayo de 1933; el segundo, de diciembre de 1933 a julio de 1934).⁷ *LV* concluyó que ese marco legal daba lugar a la persecución política y no a la delictiva por parte de las autoridades, considerando que la llamada “represión al comunismo” permitía la violación de los derechos de los trabajadores y la persecución a sus organizaciones obreras.⁸ Esta posición del PS se inscribe en su tradición política de encarnarse como la “voz obrera” a nivel parlamentario. En lo que refiere a los años 30, fue ese partido el que elevó al Congreso Nacional cuestiones como el costo de vida y el reconocimiento sindical, así como las denuncias contra la represión.

El 25 de julio de 1934 Luis Ramiconi –diputado del PS por la Capital Federal de 1934 a 1938, Secretario General de la Federación Gráfica Bonaerense y miembro del Comité Central de la CGT para 1936–, solicitó

5. “Torturas terribles se aplican a los presos”, en *Crítica*, año XXI, n° 7249, 21/6/1934, p. 3; “Torturándolo con la máquina, dice el Dr. Gomila, hicieron confesar a un detenido delitos imaginarios”, en *Crítica*, XXI, n° 7251, 23/6/1934.

6. “El gobierno del general Justo y el derecho de reunión”, *LV*, año XXXVIII, n° 8946, 2/3/1932, p. 1, y “Atenta al derecho de reunión el reciente edicto policial”, *LV*, año XXXVIII, n° 8962, 18/3/1932, p. 1.

7. Existen en la bibliografía contradicciones respecto a esas fechas; la posición más acertada (seguida en este texto) la expresa Caimari gracias a la reconstrucción realizada por miembros del Archivo General de la Nación (Caimari, 2012: 94).

8. Ver *LV*, año XL, n° 9618, 7/1/1934, p. 1, y *LV*, año XL, n° 9625, 14/1/1934, pp. 1 y 3. También ver “Presos políticos y sociales”, *LV*, año XL, n° 9679, 9/3/1934, pp. 1 y 2.

al Poder Ejecutivo la presentación de informes sobre la Sección Especial.⁹ Se especificó que debían presentarse las razones que determinaron la creación de esa Sección, presupuestos y gastos, nómina de detenidos, procesados y puestos en libertad, y lo relativo a denuncias por torturas o malos tratos conferidos a los presos. Los motivos que esgrimió fueron que las acciones de la SERC eran propias de un estado de sitio, como la aplicación de censura contra parte de la prensa obrera que acusaban de “orientación comunista”. El antecedente directo a ese tema había sido el cierre en 1932 durante el estado de sitio de dos periódicos del PC aparecidos en 1932; el primero y con causa judicial, *Bandera Roja*, y el segundo, *Mundo Obrero*, matutino del que llegaron a publicarse sólo veinte números.

La acusación de Ramiconi contra la SERC apuntaba al accionar erróneo de la misma, no necesariamente a su existencia en sí. Aludió que la Sección procedió contra obreros, militantes y estudiantes acusándolos “por delitos que no cometieron”, posición reiterada por otro diputado socialista, Demetrio Buirra (originario de La Pampa y vinculado a las Ligas Agrarias de esa región), y por LV.¹⁰ En respuesta a estos argumentos, el diputado por el Partido Demócrata Nacional Vicente Solano Lima justificó el accionar de la Sección: los militantes comunistas “avanzan para interponerse en todas las acciones legítimas de los grupos obreros”. Sin embargo, apoyaba el pedido de informe a fin de conocer las razones de la creación de la SERC por el Poder Ejecutivo y comprender la conflictividad social existente. Finalmente, ante el reclamo socialista y el aval dado por los conservadores, el Congreso dio lugar al pedido de informe. El ministro Melo lo presentó el 8 de agosto,¹¹ abordando los cuatro puntos solicitados por Ramiconi, junto a otro documento de carácter policial acerca de las acciones reprimidas.

Podemos indicar la presencia de dos ejes que atraviesan ese material por medio de los cuales se justificaba la actividad de la Sección. El primero es la preocupación expresada por el ministro como portavoz del gobierno acerca de las “nuevas formas” que las actividades ilícitas

9. Ramiconi, Luis, 25 de julio de 1934, 29° reunión, 20° Sesión Ordinaria, Honorable Cámara de Diputados, *Archivo Memoria legislativa de la HCD*. *La Prensa* publicó el pedido de informes sin darle demasiada relevancia (“La Cámara de Diputados aprobó ayer varios pedidos de informes al Poder Ejecutivo e inició la consideración de otros asuntos”, *La Prensa*, año LXV, n° 23522, 26/07/1934, p. 9) mientras que *La Nación* no expresó registro del mismo.

10. “Aprobó la Cámara un pedido de informes sobre la Sección Especial de Represión al Comunismo”, LV, año XLI, n° 9817, 26/7/1934, pp. 2 y 3.

11. *Mensaje contestando el pedido de informes acerca de las razones que determinaron la creación en la Policía de la “Sección especial de represión contra el comunismo”*, Archivo de la HCD, legajo n° 115, 8/8/1934.

tomaron en los últimos años, es decir, las iniciativas militantes de la clase obrera, incluidas dentro de la esfera delictiva como “acciones disolventes”. El segundo eje toma como preocupación una de esas novedades: las estrategias de “ayuda jurídica” que los “delincuentes” desplegaban para su defensa. Así es como Melo caracterizó la ayuda legal realizada por abogados y organismos como el SRI.

En el primer folio del informe, el ministro Melo indicaba que el origen de la tendencia delictiva dentro del movimiento obrero se agudizó luego de finalizada la Primera Guerra Mundial, en particular tras el estallido de la Revolución Rusa. No era un análisis aislado, ya que esa misma conclusión era sostenida desde hacía más de una década por las corrientes del nacionalismo reaccionario (McGee Deutsch, 2005). En relación a los años inmediatamente previos a 1934, el informe afirma que a partir de 1928 la lucha social experimentó “una desviación hacia el bandolerismo” que se manifestaba nuevamente desde 1933 (no realiza mención alguna sobre el año y medio de la dictadura uriburista). Si bien tomaba como muestra los hechos de violencia practicados en 1933-1934 por “comunistas”, no argumentaba la fecha elegida como disparador del desviacionismo.

Este aumento de la lucha y del uso de la violencia (esto último remarcado en todo el documento) fue presentado como el motor de la creación de la SERC con Uriburu, creación que continúa según Melo la línea de “acción preventiva” desde la creación de la Sección de Orden Político: “En la República Argentina únicamente existen proyectos y no leyes y esto explica la acción preventiva que en defensa social debe realizar la policía y cuyo frecuente epílogo es la declaración por los jueces de que faltan leyes”.¹² Así, ante las nuevas modalidades de “delincuencia” y de “defensa” del movimiento obrero, se justifica la presencia de la SERC. La acción preventiva debía ocupar el lugar de la falta de regulación de las actividades políticas, en este caso comunistas. En relación a la legislación, Melo señalaba la existencia de una “iniciativa en 1932” que no llegó a ser tratada. La misma no es otra que el proyecto de Ley de Represión al Comunismo realizado por la Comisión Popular Argentina Contra el Comunismo (CPACC, fundada y dirigida por el nacionalista Carlos Silveyra) y por el senador Matías Sánchez Sorondo (ex ministro del interior de Uriburu), que sería presentado por segunda vez en 1936. El objetivo del proyecto era el de declarar como “asociación ilícita” al PC argentino: esta figura criminal ya era empleada por la justicia de esos

12. *Mensaje...*, folio 51. Ver “Por falta de leyes no puede reprimirse la acción antisocial”, *La Prensa*, año LXV, n° 23534, 07/08/1934, p. 12.

años a la hora de limitar la acción sindical. Un ejemplo de ello fue el proceso realizado al SUOM durante la huelga de junio y julio de 1934.¹³

La SERC era planteada como una necesidad del Estado al nivel de un “sin salida”. No haber creado la Sección hubiera sido, en palabras del propio Melo, “lo inexcusable”. El documento enfatizaba la relación entre “orden constitucional” y el accionar preventivo de sus fuerzas de seguridad; la actividad de la policía era presentada como la garantía de una estabilidad en reemplazo de una regulación no existente. Así, se remarcaba la diferencia entre “reclamos legítimos” y los actos delictivos o de bandolerismo ligados a esta violencia en ascenso. Las nuevas modalidades que fueron foco de detención por la SERC incluían: resistencia y ataque a la autoridad, uso de armas de fuego y/o uso de cachiporras contra la autoridad, y formación de grupos de autodefensa por parte de los detenidos. Esta lista comprendía lo que Melo denominaba “actividad comunista”, a la que definía como: “La prédica de la violencia como procedimiento para destruir, conculcar las instituciones, infundir el terror y demoler el régimen social existente...”. Esto mismo es categorizado por la prensa común como producto de ideas que “atentan contra el orden familiar y social del país”, validando de esa manera la acción policial.¹⁴

“Violencia y atentado contra el orden constituido” se hacen presentes en la caracterización del comunismo. A ello debe agregarse la existencia de una “prédica subversiva”, una educación, difusión y propaganda de las estrategias de lucha que eran concebidas como delitos contra el orden constitucional. De esa manera, actos y contenidos vinculados a ese accionar eran elementos fuera de la ley para la policía, logrando de esa manera clasificar a este tipo de actividades como accionar delictivo.

Dentro de estas particularidades del comunismo, el informe agregaba una más: el predominio de extranjeros entre los detenidos. La cuestión de la extranjería fue un elemento presente en el discurso de distintas expresiones reaccionarias de principios de siglo en Argentina como en el escenario abierto por la Gran Guerra, sobre todo en los nacionalistas. Lo extraño a la Nación, a las ideas e instituciones tradicionales, ha sido un tópico recurrente en esas corrientes. En el informe Melo, el discurso

13. Tras un atentado realizado por dos integrantes de ese sindicato y la denuncia por el ataque contra un obrero rompehuelga, la Policía allanó dos locales del SUOM llevando detenidas a más de doscientas personas. Ver “La Justicia considera responsables del delito de asociación ilícita a 220 integrantes de una entidad obrera”, en *La Prensa*, año LXV, n° 23503, 07/07/1934, p. 13, y “La Policía allanó los locales de dos sindicatos obreros y detuvo a 220 personas que halló entre ellos”, *La Nación*, año LXV, n° 22596, 07/07/34, p. 10 (ello en referencia al SUOM y al CUSC).

14. “Se reprimirán las transgresiones a las leyes penales”, en *La Nación*, año LXIII, n° 22001, 15/11/32, p. 1.

antiinmigrante o xenófobo se cubría de un manto piadoso que buscaba hablar de “ideas ajenas” o de “malos elementos”, dando cuenta del uso de la deportación para combatirlos por medio de la Ley de Residencia. El componente extranjero vuelve a aparecer como conflictivo, pero en este marco eran más las ideas las que corrompían al obrero que la presencia de extranjeros en sí, de ahí que los pliegos redactados por el ministro como el informe policial insistieran en que la acción preventiva debía dirigirse contra esos factores de conflicto pero no necesariamente contra la organización sindical. He aquí la novedad: el documento remarcaba que la policía no sólo debía proteger a la sociedad en general sino además a aquellas organizaciones de trabajadores que “alentados por su sano patriotismo” manifiestan sus reclamos sin necesidad de la violencia.

La Sección analiza que el tipo de accionar que combate era ejercido por militantes ajenos a las organizaciones gremiales conocidas. Para reforzar esta idea rescataba la figura de la CGT que, junto a las organizaciones que representaba,¹⁵ era separada de esos actos violentos. Merece que incorporemos la postura de la Central, en cuya dirección predominaba la línea *sindicalista*, frente a la represión. En noviembre de 1933 la misma elevó un comunicado de prensa, en el cual desvinculaba a los obreros de sus organizaciones de los actos violentos reprimidos,¹⁶ caracterizados como producto del bandolerismo o de internas facciosas y ajenos a las medidas pacíficas de reclamo laboral emprendidas por los gremios de esa confederación. En el mismo comunicado, la CGT explicaba que su lucha era únicamente gremial y contra el fascismo. Además, resaltaba:

Durante la llamada Semana Trágica los militantes obreros eran perseguidos, y recordemos que el Consejo Federal de la Federación Obrera Regional Argentina fue sorprendido y sus participantes llevados al Departamento Central de Policía en un vehículo de la misma. ¿Ha ocurrido ahora un episodio de esa índole? Evidentemente no. Entonces, ¿qué es lo que determinaría al movimiento obrero a sentirse peligrar y apercibirse para luchas cruentas?¹⁷

En el cierre de su comunicado, la Central insistía que dentro de su lucha contra el fascismo estaba todo atentado a las garantías consti-

15. El documento cita la huelga de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos, organización incorporada a la CGT, como un caso excepcional de empleo de la violencia por parte de un sindicato adherido a esa central. En “Sección Especial”, en *Mensaje...*, folio 65.

16. Confederación General del Trabajo, “Comunicado de Prensa”, 8/11/1933.

17. CGT, “Comunicado...”, p. 2.

tucionales. Ello y su distanciamiento de los “actos violentos” avalaba al informe Melo para considerar la existencia de “verdaderos representantes de la clase trabajadora” (la CGT) en contraposición a quienes “pretendieron mezclar la política en los sindicatos”. Por ejemplo, la SERC señalaba las presiones que la central recibió de parte de elementos pertenecientes a “determinado partido político” para participar del llamamiento a una huelga general contra el fascismo que finalmente no fue convocada; podemos suponer que refiere a la fallida huelga general promovida por la FOIC de 1932. Esta defensa de la CGT por el informe policial nos lleva a la pregunta sobre los vínculos mantenidos entre el Estado argentino y los organismos sindicales, en particular aquellos de corriente *sindicalista*, y cuándo éstos comenzaron a estrecharse.

Esta diferenciación entre aquellos obreros que “cumplían con su deber” (el trabajo y la protesta pacífica) frente a la imagen de quienes promovían la conflictividad como medio de expresar sus reclamos (u objetivos de mayor trascendencia, como la revolución social), ya había sido realizada previamente. Un caso para referirnos es el de la Asociación del Trabajo, entidad patronal que funcionó desde 1918 hasta finales de la década del 20. Además de recurrir al lock-out o al empleo de grupos de choque o rompehuelgas, esta organización buscó criminalizar acusando de violar el derecho al trabajo libre a los huelguistas (Rapalo, 2012). Esta prerrogativa constitucional es nuevamente citada en los casos de detención por “acciones comunistas” en el informe policial de la Sección.¹⁸ Suena llamativa, aunque resulta funcional, la denuncia de Melo contra detenidos por actividades comunistas por estar involucrados en la trata de blancas. La cuestión es que el intento por incorporar al “militante comunista” (del PC) dentro del signo delictivo resultaba una práctica cada vez más común en la acción represiva de esos años y una justificación acorde a la búsqueda “normalidad constitucional”.

Así como el informe Melo remarcó la presencia de un nuevo accionar obrero violento y antisocial, también destacó el desarrollo de las estrategias empleadas por los “agentes de desorden social” para poder librarse de la penalidad judicial. La asistencia de abogados especializados en la defensa de detenidos políticos y el respaldo de una organización como el SRI fueron otra preocupación por parte del Estado y sus herramientas represivas. En base a ello, Melo refuerza la hipótesis de un “peligro mayor”, no sólo más preparado en materia estratégica y profesional, sino con objetivos y medios claros para obturar el orden y llevar a cabo la temida revolución.¹⁹

18. “Sección especial”, en *Mensaje...*, folios 85 a 96.

19. En “Fue disperso mitin comunista”, en *La Nación*, año LXIII, n° 21874, 11/07/32, p. 24, se relata la interrupción de un mitin del SRI por la Policía en razón del contenido

La actuación legal de distintos abogados, así como las denuncias del SRI, fueron foco de investigación por la policía. Esto fue incorporado en el informe, principalmente en el apartado reservado para la explicación por las acusaciones de tortura y abusos policiales. Continuando con algunas de las conjeturas iniciales de este trabajo, la actividad del Socorro colaboró con la materialización de la “amenaza comunista”, al ser un organismo internacional de asesoramiento legal al servicio de militantes de izquierda.

Como veremos más adelante, el SRI desplegó una campaña contra el gobierno de Justo aduciendo que el mismo continuaba con las mismas prácticas represivas del uriburismo. Estas denuncias acerca del empleo de tortura por parte de la SERC fueron discutidas en el informe, en el cual se acusaba al SRI de emplear las denuncias como un medio de propaganda comunista, con el fin de aumentar la conflictividad y de esa manera lograr la agitación social que permitiera un estallido político. De acuerdo al documento, esas estrategias eran recomendadas por esa organización en su Estatuto, el cual fue adjuntado al informe como evidencia. Varios de sus capítulos, páginas y párrafos se encuentran subrayados, en particular, aquellos en que se recomienda la agitación y propaganda ante el avasallamiento de la represión o, en otros casos, aquellas líneas que vinculan al SRI con la URSS o mencionan a “la lucha internacional”:

A páginas 71 en el título IV se indica con claridad el deber de efectuar una persistente agitación contra el sistema carcelario, contra las torturas, trabajos forzados, confinamientos, etc., es decir, da los argumentos a que debe echarse mano para la propaganda...²⁰

¿Quiénes eran los intermediarios entre el SRI y los detenidos? De acuerdo al informe, “siempre son los mismos”. Los representantes legales que se asociaban a la figura del organismo en cuestión eran Enrique Corona Martínez, Nydia Lamarque, José Katz, José Peco, Rodolfo Araújo Alfaro y Samuel Smerkin. Araújo Alfaro, ex socialista y militante del PC en ese entonces, fue uno de los fundadores de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH, heredera de los objetivos y acciones del SRI) en 1937; durante los años 30 se dedicó a presentar recursos de amparo a presos políticos, además de amparar a perseguidos por su militancia de izquierda en su propiedad de Villa del Totoral (Córdoba). Lamarque,

“agresivo contra las autoridades” del discurso de uno de los oradores del encuentro, detenido luego.

20. *Mensaje...*, folio 82.

si bien fue conocida por su obra literaria, participó como abogada de las querellas en favor de presos políticos del PC en los años 30 y fue de los primeros miembros de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), creada en 1935. Smerkin (o Schmerkin) también participó de la fundación de la LADH junto a Corona Martínez, éste como representante de la Asociación de Abogados de Buenos Aires. De acuerdo al texto de Melo, los letrados mantenían un contacto fluido con los presos, lo que era indicio de la preparación de falsas denuncias y del adiestramiento de los detenidos para la agitación.

En este punto es importante citar la segunda presentación del proyecto de Ley de Represión contra el Comunismo de 1936. En esa oportunidad el senador Sánchez Sorondo presentó un informe que mencionaba a esos mismos abogados como parte de la “ayuda jurídica” del SRI. Este material presentado al Congreso se basó en una extensa investigación de Silveyra que empleó la información de la SERC y que fue publicada en 1936 bajo el título *El comunismo en la Argentina* (Silveyra, 1936). Así, el objetivo de declarar al comunismo como una actividad criminal (como a aquellos abogados defensores) por parte de Sánchez Sorondo en 1936 encontraba varios de sus justificativos en la lectura que la SERC y el Ministerio del Interior realizaron desde 1932 en adelante.

Como hemos referido, las denuncias sobre los abusos resultaban para el informe invenciones del SRI como parte de una campaña difamatoria contra la institución estatal en un momento en que la Policía de la Capital gozaba de mejoras en sus establecimientos penitenciarios, las cuales el documento cita reiteradamente. Para la policía el ataque contra su institución comprende dos frentes: por un lado, la violencia de los actos delictivos que eran disfrazados de falsas reivindicaciones sociales y, por el otro, la difamación por organismos ligados a ideas ajenas a las tradiciones institucionales y políticas de la Argentina. La relación entre la Unión Soviética y el SRI era motivo de preocupación para el gobierno de acuerdo a su ministro del interior. El SRI se encontraba ligado a un país que llevaba a la práctica la ideología comunista: violencia contra las clases dominantes, socialización de propiedad privada, ateísmo como política de Estado, etc. Sumado a ello, el SRI ensalzaba la figura de la URSS como “ejemplo de país”,²¹ lo que es interpretado como la confirmación de la existencia de un plan detrás del “desviacionismo”: generar un proceso de desorden institucional que lleve al comunismo. El Socorro resultaba así el “noviciado rojo” que preparaba y asesoraba

21. “La defensa de la Unión Soviética”, en *Estatuto del Socorro Rojo Internacional*, Barcelona: Ediciones Combate, 1922, p. 62.

a los partícipes de ese movimiento que motorizaba en la Argentina el PC y a nivel internacional, la URSS.²²

El terror con Justo

En agosto de 1934 el SRI presentó a la HCD otro mensaje en respuesta al presentado por el ministro Melo, que luego se incorporó en un folleto: *Bajo el terror de Justo*, que incluyó ese material e información ampliada sobre distintas denuncias de detenidos por la SERC.²³ El material enviado a Diputados apuntaba a discutir las acusaciones del ministro contra el SRI y analizar el accionar represivo durante la “normalidad constitucional”. La posterior publicación de esta investigación tenía como propósito brindar material que la prensa común no ofrecía para los militantes obreros. *Bajo el terror de Justo* buscaba constituirse como algo más allá de un documento de denuncia: una herramienta para la defensa de los trabajadores.

De acuerdo al SRI, el gobierno de Justo resultaba una extensión de la dictadura uriburista. Con el aparato formal de un régimen democrático, la represión contra el movimiento obrero no sólo se mantenía sino que había recrudecido con nuevos métodos que aplicaban la Policía de la Capital y la SERC. La “normalidad constitucional”

...significó para los trabajadores expulsiones a centenares, confinamientos, deportaciones, encarcelamiento de miles de obreros por tiempo indefinido, persecución y supresión de la prensa obrera, procesos inicuos, anulación del derecho de reunión, anulación del derecho de asociarse, anulación del derecho de huelga, anulación del derecho electoral, anulación del derecho de inviolabilidad de domicilio, del recurso de “habeas corpus”, etcétera.²⁴

La caracterización de este documento sobre la represión enfatizaba el marco legal que justificaba su aplicación. Podemos concluir que de esa manera tenía lugar una reclasificación de las actividades del movimiento obrero como acciones criminales, lo que nos permite subrayar la idea de una criminalización de la protesta. Por ejemplo, la difusión de propaganda era recategorizada como “instigación a cometer delitos”; ello abarcaba la presencia de panfletos, folletos, boletines y la propia

22. “Sección especial”, en *Mensaje...*, folios 80 y 81.

23. Socorro Rojo Internacional, *Bajo el terror de Justo*, septiembre-octubre, 1934.

24. *Bajo el terror de Justo*, p. 15.

prensa obrera. De ahí que se incorporen al análisis los casos de clausura o supresión de los antes mencionados periódicos comunistas *Mundo Obrero*, *Bandera Roja* y *Frente Único*. A ello vale agregar la aplicación de censura a otras publicaciones en las que participaron miembros del PC, como el caso de *Contra*. El 26 de septiembre de 1933 la SERC procesó al poeta Raúl González Tuñón por “instigación a la rebelión” a raíz de una poesía publicada en esa revista literaria. Otro caso señalado era el allanamiento a la imprenta que publicaba *La Internacional*, *Soviet*, *SR* e *Informaciones*, órganos de prensa oficiales del PC en esos años. También se denuncia el establecimiento de una tarifa postal diferencial para las publicaciones periódicas que perjudicó a la prensa obrera, medida tomada por Melo.

“La huelga se ha convertido en un delito” afirmaba el SRI en el apartado sobre la violación de derechos, citando los casos más conocidos de represión violenta contra trabajadores en huelga –como la huelga petrolera de Comodoro Rivadavia en 1932–, subrayando el accionar parapolicial fomentado por el propio gobierno. Esto no era otra cosa que la anuencia a las ligas nacionalistas, caracterizadas por el Socorro como “bandas de asesinos fascistas”, acusadas (no se especifica cuál o cuáles de las ligas patrióticas parapoliciales) de atacar a miembros del PC. Las agresiones a militantes anarquistas, socialistas o comunistas eran una acción recurrente en los grupos nacionalistas, quienes interrumpían de forma violenta mítines o celebraciones.²⁵ La supresión del derecho a reunión y, en consecuencia, la represión o control de las manifestaciones obreras se suman a la lista de acciones del gobierno. En este marco se incluye el cierre de los locales del SRI, del CUSC, aquellos de la Liga Antiimperialista, de la FORA, entre los más relevantes, quedando sólo los espacios de las bibliotecas obreras como posibles lugares de reunión, también amenazadas por el secuestro o destrucción de material bibliográfico por la policía. Para el SRI, el gobierno de Justo aplicó un “Estado de Sitio permanente” contra la clase obrera.²⁶

La “acción preventiva” que Melo describió en su documento fue analizada por el Socorro en su folleto a partir de los medios por los cuales el Estado justificó la detención de militantes “comunistas”, como ser las contravenciones y leyes dictadas por la Policía de la Capital. A mediados de 1932 esa institución sancionó un conjunto de edictos contravencionales instalados en “una zona gris entre la ley y el hecho” (Caimari, 2012:

25. Ver “Un mitin ácrata fue interrumpido por elementos nacionalistas y se originó un tiroteo que ocasionó dos víctimas”, en *La Prensa*, año LXIV, n° 22927, 04/11/1932, p. 12, “Sujetos comunistas causaron disturbios en zona céntrica”, *La Nación*, año LXIII, n° 21994, 08/11/1932, p. 6.

26. En “¡Libertad a los presos sociales!”, *La Internacional*, año XVIII, n° 3435, 11/8/1934, p. 1.

95-100). La regulación y control emanados de este nuevo orden policial permitió que esta fuerza tenga alcance sobre varias dimensiones de la vida cotidiana. Una de las herramientas más empleadas por la policía para la detención fue la figura de “portación de armas”, por la que fueron detenidos aquellos que participaban en huelgas, se encontraban distribuyendo panfletos en la vía pública o presenciaban una reunión del PC, cuestiones de las que dio cuenta el informe Melo. Durante la detención, el militante era obligado a firmar una declaración en la que asumía los cargos imputados por la policía. La firma se realizaba bajo amenazas o torturas, o en el caso de las mujeres –que en lo posible no eran agredidas físicamente– se las obligaba bajo el temor de ser violentadas sexualmente²⁷ o de ser acusadas del delito de prostitución. En muchas oportunidades el arresto se extendía más allá de lo que esa contravención especificaba (treinta días) ya que se agregaban nuevas acusaciones a los detenidos. El informe presenta casos relevantes de detenciones por “portación de armas”,²⁸ en su mayoría ocurridas bajo el ejercicio del estado de sitio, efectuadas o en encuentros vinculados al PC o en los domicilios de los acusados (ciudad de Buenos Aires, Gran Buenos Aires y ciudad de Córdoba).

Si nos remontamos al informe de la Sección Especial presentada por Melo, entre abril de 1932 a julio de 1934 se realizaron en la ciudad de Buenos Aires treinta casos de “delitos comunistas”, resultando 144 los detenidos, además de un conjunto de no identificados, por “instigación a cometer delitos” o daños o atentados. Entre las causas de las detenciones figuraban: incitación al delito, atentado armado contra la autoridad, portación de armas, atentado contra la libertad del trabajo, daños causados por inscripciones o pintadas comunistas, o la venta de rifas calificada como “juego de azar”. Como en el informe del Socorro, casi todos los ejemplos tuvieron lugar en mítines o conferencias realizadas por el PC, varios de ellos vinculados a la lucha antifascista.²⁹ El informe de la Sección indicaba que la policía contaba con información sobre el cambio a último momento de sitios donde iban a desarrollarse esos encuentros, lo que indicaría la participación de infiltrados. En relación al uso de armas de fuego, en todos los enfrentamientos entre los agentes represivos y militantes se aduce que estos últimos estaban

27. El ejemplo lo aporta el caso de Clara Spiguelman, ver “Memorial...”, *Bajo el terror de Justo*, pp. 28.

28. Son los de Carlos Barrero, Simón Novik, Esteban Peano, Jesús Manzanelli y Francisco Mónaco.

29. Ver: “Al finalizar un acto antifascista fueron detenidas dos oradoras” en *La Prensa*, año LXIV, n° 22898, 5/11/1932, p. 13; “Fueron dispersados los asistentes a una reunión comunista”, en *La Prensa*, año LXIV, n° 22920, 27/11/1932, p. 12.

armados o que recurrieron a desarmar a oficiales. El uso de la Ley de Residencia (4.144) también se sumó a los recursos utilizados operando como complemento en los casos de extranjeros. Gran parte de los detenidos terminaron deportados dada su condición de residentes (más de doscientos hasta esa fecha, según el SRI), siendo en la mayoría de los casos refugiados políticos de Italia, Bulgaria o de Bolivia y Paraguay (opositores/desertores de la Guerra del Chaco). Por otro lado, dadas las particularidades del estado de sitio en los meses en que fue aplicado, muchos de los detenidos argentinos habrían corrido el mismo destino.³⁰

Finalmente, el informe agregaba el análisis de la situación de los detenidos, dentro de las cuales se incluían el motor de la denuncia en Diputados, las torturas. Las condiciones de las cárceles o comisarias en las que los acusados de “actividades comunistas” pasaban su tiempo de detención (no de condena) eran otro eje de reclamo y de reflejo del maltrato consciente dado al preso político. Allí citaban el tamaño de las celdas correspondientes a los aprehendidos por la SERC: el cuadro X del penal de Devoto, la Comisaría nro. 8 anexa a los calabozos de la SERC (podemos conjeturar que fue un edificio dependiente de esa comisaria el que fue destinado a la Sección) y el cuadro V del Departamento Central de la Policía de la Capital. A la falta de luminosidad y de higiene se sumaba la ausencia de camas y de asistencia médica adecuada. Esta descripción se acompañaba de citas sobre el maltrato a los visitantes, sean familiares,³¹ amigos o los propios abogados del Socorro. Tema aparte corresponde al trato hacia las mujeres, en el que se incluía la violencia sexual como así su detención en las mismas celdas de las detenidas por prostitución, siendo esta última cuestión fuertemente criticada por el SRI. Dentro de esto se introdujo la denuncia del nacimiento de un niño en medio del periodo de detención de su madre, ambos permaneciendo bajo presidio en la SERC.

La tortura que la SERC ejercía contra sus detenidos fue varias veces citadas por distintos trabajos. El clásico de Rodríguez Molas (1985) analiza la aparición de estas técnicas de tortura en la SOP para el ciclo de Uriburu; sin embargo no contempla la existencia de la SERC aunque anuncia a Justo como un “perfeccionador” de la de Orden Político. Hernán Camarero (2007) presenta las actividades de la SERC como parte del despliegue de un anticomunismo “multiforme”, en el que la tortura

30. En “¡El ministro Melo miente!”, *Revista del Socorro Rojo Internacional*, agosto-septiembre de 1934, n° 13, p. 7.

31. Un ejemplo es el de los familiares de los detenidos del SUOM, quienes en una oportunidad fueron impedidos de realizar su visita en el Departamento Central de Policía, lo que provocó incidentes entre oficiales, visitantes y presos. En “Varios procesados hicieron desorden en el Departamento de Policía”, *La Prensa*, año LXV, n° 23509, 13/07/1934, p. 13.

sistemática impartida por la Sección formaba parte de la escalada represiva estatal. El folleto del SRI arriesgaba que los torturados de la SERC se acercaban al número de quinientas personas para 1934. Se afirmaba, por otra parte, que la aplicación de los tormentos se había transformado en una técnica con jerga propia: “La técnica va desde el «punching» boxístico (1), a la «picana eléctrica» (2), pasando por «los palillos» (3) la prensa (4), la «escalera» (5), el «gallo ciego» (6), la «corona» (7), el «ahorcamiento» (8), el narcótico (9), etc.”.³²

El texto cuenta con dieciocho testimonios sobre la aplicación de tortura. Entre ellos aparecen el de José Peter, obrero de la carne y cabeza de la FOIC; Antonio Cantor, que había sido dirigente de la Federación Juvenil Comunista en 1922; el de otros militantes obreros como Robustiano Sáez, albañil, y Lázaro Dain, empleado con residencia en Córdoba; también el de extranjeros como Carlos Barrero, Vicente Nardille, italianos, los búlgaros Pedro Angeloff (portuario) y Stoian Teodoroff (peón); de detenidos por poseer un folleto del PC o de la Internacional Comunista como Pedro Marino; y el del estudiante Rodolfo César Cañete. La mayoría de los nombrados continuaban presos para la fecha de la presentación del pliego a Diputados, así como habían tenido fallas cardíacas y enfermedades pulmonares a raíz de los tormentos. Resulta llamativo que sean pocos los testimonios que acreditan que la aplicación de tortura se realizaba con el fin de extraer información del detenido. La mayoría de los casos describe los tormentos sufridos como si fuesen parte de la cotidianeidad del encarcelamiento, no necesariamente para “arrancar confesiones”, como señalan Camarero (2007) y Rodríguez Molas (1985). ¿La tortura tenía un fin o era un fin en sí mismo ya para ese entonces? ¿La criminalización implicaba un sometimiento del detenido “comunista” y por ende un merecido castigo ejemplar?

La connivencia del Poder Judicial aparece finalmente como un eslabón de la cadena represiva. Acusándolo de complicidad, el SRI cita casos de jueces comunes que, al desestimar querrelas o recursos de habeas corpus de abogados defensores, se contradecían en los argumentos dados en sus condenas. Además, algunos de los jueces participaron del hostigamiento a los abogados defensores, queriendo incriminarlos por realizar la defensa de militantes comunistas. Entre los jueces mencionados aparece la figura de Miguel Jantus, juez a cargo del procesamiento de González Tuñón; en 1935 la AIAPE lo denunció, acusándolo de cercenar el desarrollo cultural y la libertad de expresión (Deves, 2013). Tanto Jantus como el Juez en lo Criminal Antonio Berutti (no mencionado en el informe) participaron en los primeros años de la década en allanamientos a sindicatos e intentos de declarar como “asociación

32. *Bajo el terror de Justo*, p. 44. La numeración es del original.

ilícita” a distintas organizaciones obreras. Finalmente se resalta la falta de investigación por parte de los juzgados de Instrucción y Crimen de la Capital Federal, señalando nuevamente Jantus y a los jueces Ceballos, Speroni y al juez platense Cotti de la Lastra por sus arbitrarias condenas a trabajadores acusados de “actividades comunistas”, entre las cuales figura una condena a un obrero sin trabajo por considerar que los desocupados son “un peligro para la tranquilidad y seguridad de las personas”. Otra cuestión, esta vez citada en el apartado sobre las torturas, es la ausencia en las declaraciones tomadas por los juzgados a los presos de información sobre las condiciones de detención y la situación física de los torturados.

* * *

El reclamo del PS por el accionar de la SERC de 1934 finalizó de manera silenciosa con el informe presentado por Melo y con ello su debate. La Sección Especial, las detenciones bajo el rótulo de “actividades comunistas” y las torturas continuaron durante toda la década de 1930. Dos años más tarde, la “cuestión comunista” volvió a hacerse visible tras las consecuencias de la huelga de los obreros de la construcción de 1936 y la segunda presentación del proyecto de Ley de Represión al Comunismo. Sin embargo el “informe Melo” no fue mencionado en esa oportunidad.

¿Qué aporta nuestro análisis para el escenario de los años 30? Por un lado, el material del Ministerio del Interior y la Policía de la Capital dan cuenta del avance del aparato estatal en materia represiva y la justificación de ello en la concepción de “acción preventiva” ante la ausencia de herramientas que desde la legalidad formalizaran el control. El informe buscaba dejar en claro la posición del gobierno en relación a las corrientes radicalizadas del movimiento obrero: eran criminales y no hay negociación. Mientras, otros sectores, como los nucleados en torno a la CGT de dirección *sindicalista*, eran aceptados e incorporados al juego político planteado por el Estado. Pocos años más tarde, el inicio de la intervención en conflictos laborales por medio de los Departamentos de Trabajo emergió como un complemento de la represión. Cabe preguntarnos qué variantes introdujeron ese nuevo accionar por el Estado, aunque muy probablemente la respuesta se halle una vez más en las estrategias del movimiento obrero.

Lo que evidenciamos en esta “muestra” de la dimensión práctica del anticomunismo es la relación entre actores por lo general analizados de forma aislada: anticomunistas/antiizquierdistas frente a las izquierdas del movimiento obrero/comunistas. La acción preventiva planteada emergió a raíz de las nuevas modalidades de una clase trabajadora en

reorganización que ya hace uso de la representación legal para ampararse ante los abusos del Estado. Desde la SERC, la represión (el Estado) “leyó” esas estrategias y apuntó a las mismas por medio de un entramado complejo que fue conformando un sistema: contravenciones, leyes, actuación del Poder Judicial, investigación e inteligencia, detenciones, torturas, forman parte de una reorganización de la función disciplinaria estatal realizada por el gobierno conservador. Esa estructura permitió reclasificar a parte del movimiento obrero y sus prácticas como “disolventes” en contraposición a la idea de reclamos “legítimos” de otro sector de la clase trabajadora.

Por otro lado, organizaciones como el PC dieron lugar a la imagen de un “peligro rojo” concreto: un partido con estrategias y organizaciones políticas y culturales, en enfrentamiento violento contra las fuerzas del orden y con un organismo internacional de asesoramiento legal a su servicio. Ello reforzó una dicotomía ya existente en el pensamiento de los nacionalistas reaccionarios, en particular gracias a la operación de “criminalizar” a los trabajadores cuyos métodos apelaban a la violencia o incluían en su discurso el elemento internacionalista. Esto nos sugiere que el gobierno conservador del ciclo 1932-1943 se nutrió de ese análisis realizado por los actores del nacionalismo, lo que implica plantear una unión entre la dimensión práctica que analizamos en este trabajo y la ideológica. ¿Acaso esta ideología y práctica que conocemos como anticomunismo no logró su mayor despliegue cuando esas dos dimensiones coincidieron? Un estudio completo del caso queda pendiente cuando avancemos sobre ese discurso, complemento perfecto de la política represiva de Estado.

Queda por concluir que el Estado argentino de los años 30 pudo encerrar dentro de su “cuestión comunista” una forma de disciplinamiento político. Eso implicó una estructura de represión y una calificación para el conflicto obrero y sus actores protagonistas basadas en una lectura reaccionaria de las transformaciones que el movimiento sindical estaba desplegando en ese entonces. Alejados ya del falaz “anticomunismo sin comunismo” de Rouquié y Zanatta, podemos cerrar preguntando si esta estrategia represiva sentó las bases de una política a largo plazo. Creemos que ella se mantuvo presente junto a otras herramientas de negociación que con los años se irían desplegando.

Bibliografía

- Caimari, Lila (2012), *Mientras la ciudad duerme. Pistolereros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas*

- y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ceruso, Diego (2010), *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción hasta el golpe de estado de 1943*, Buenos Aires: PIMSA-Dialectik.
- Del Campo, Hugo (1983), *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Deves, Magalí (2013), "Por la defensa de la cultura: Arte y política en las publicaciones de la AIAPE", en *Jornadas Internacionales y IV Nacionales de Historia, Arte y Política*, Buenos Aires.
- Devoto, Fernando (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Finchelstein, Federico (2010), *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Horowitz, Joel (2001), "El movimiento obrero", en *Nueva historia argentina, 1930-1943*, vol. VII, Buenos Aires: Sudamericana.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2000), *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires: PIMSA-La Rosa Blindada.
- (2002), *La huelga general política de 1932: descripción de los inicios de un ciclo en la historia de la clase obrera argentina*, Buenos Aires: PIMSA, Documentos e Investigaciones 2001.
- Kalmanowiecki, Laura (1991), *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*, tesis doctoral, mimeo.
- Korzeniewicz, Roberto (1993), "Los conflictos laborales entre 1930 y 1943", *Desarrollo Económico*, vol. 33, n° 131.
- Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: Vergara.
- Matshushita, Hiroshi (1983), *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo Veinte.
- McGee Deutsch, Sandra (2005), *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Brasil y Chile 1890-1939*, Bernal: UNQ.
- Rapalo, María Ester (2012), *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rock, David (1993), *La Argentina autoritaria*, Buenos Aires: Ariel.
- Rodríguez Molas, Ricardo (1985), *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires: Eudeba.
- Rouquié, Alain (1978), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, tomo I, Buenos Aires: Emecé.
- Silveyra, Carlos (1936), *El comunismo en la Argentina*, Buenos Aires: Patria.
- Ubertalli, José Luis (2010), *El enemigo rojo. La represión al comunismo en la Argentina*, Buenos Aires: Acercándonos.
- Zanatta, Loris (1996), *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Estado en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Bernal: UNQ.

* * *

Resumen: El presente artículo toma como centro al debate de 1934 sobre la Sección Especial de Represión al Comunismo. Con el fin de analizar la existencia de una “cuestión comunista” en el Estado argentino de ese entonces se abordan dos documentos clave: el informe del Ministerio del Interior sobre la actividad de la Sección Especial, y el documento-denuncia del Socorro Rojo Internacional acerca de la represión política del gobierno de Agustín P. Justo. En base a ello, nos proponemos comprender cómo el aparato estatal empleó la criminalización de las actividades políticas de una parte del movimiento obrero y de otros actores con el fin de ampliar el control sobre la clase trabajadora en el escenario de los años 30.

Palabras clave: movimiento obrero – represión – anticomunismo – entreguerras

Abstract: The objective of this paper is an survey of 1934's political debate surrounding the Police Special Branch for the Repression of Communism. With the purpose of analysing the existence of a “Communist Problem” at that time in the Argentinean State two key documents shall be addressed: the report on the activities of the Special Branch issued by the Ministry of Interior; and Socorro Rojo International's complaint on the political repression of the Agustin P. Justo administration. On this basis we shall strive to comprehend how the criminalization of the political activities of part of the labor movement, and other related actors, was employed by the state apparatus as a means to extend it's control of the working classes during the 30s.

Keywords: labor movement – repression – anticomunism – interwar period

Recepción: 3 de octubre de 2013. **Aprobación:** 29 de diciembre de 2013.

Del sindicato a la central obrera en una trayectoria de provincia: Tucumán en los años 30

María Ullivari

(CEIL-CONICET)

El principio de unidad sindical era un precepto rector de la acción de los trabajadores organizados en la provincia de Tucumán durante los años 30, un signifiante constantemente reivindicado en la prensa obrera y en la retórica cotidiana de las organizaciones. Pero materializarlo no era fácil, porque unirse implicó ceder y negociar y este proceso no se realizó sin dificultades ni conflictos. El mundo obrero tenía diferentes escalas de organización, disímiles estrategias y miradas políticas encontradas. Intentar aunar voluntades, ideologías y formas de acción exigía dejar de lado las aristas más rígidas que regían los principios de cada sindicato y desdibujar los objetivos ideológicos y tácticos de una minoría militante, en pos de ocupar espacios de poder en un colectivo más amplio y trazar estrategias de acción comunes entre los sindicatos.

Para la mayor parte de los dirigentes obreros tucumanos de aquella década, era “impostergable la existencia de un organismo central que concentre las fuerzas organizadas de los trabajadores de la provincia.”¹ Así, en determinadas circunstancias la necesidad de articularse se impuso y los trabajadores tucumanos traspasaron la instancia del discurso y la discusión y lograron sostener organizaciones de segundo grado, es decir, organizaciones que nucleaban sindicatos. En este artículo nos detendremos en las negociaciones llevadas adelante por los dirigentes sindicales tucumanos para consolidar espacios de unidad mayor y en las profundas tensiones y discusiones políticas que atravesaron esas construcciones unitarias. Haremos hincapié en los acuerdos locales, pero también en los nacionales, que de alguna manera respondían a la aspiración de una articulación obrera en clave nacional, dando cuenta de un proceso de transformación general en el mundo del trabajo organizado en el todo el país.

1. Manifiesto de la Sociedad de Artes Gráficas, *El Orden*, 18/05/1931.

Partimos de suponer que en esa dinámica de alianzas se visibiliza mucho más que una negociación política provincial; en ella se concentran todas las variables puestas en juego en el universo sindical de la década. En esos espacios de unidad se dirimen las disputas entre partidos, las pujas de poder, locales y nacionales; también, los posicionamientos internacionales y los intereses de los sindicatos involucrados. Los acuerdos y los conflictos para organizarse fueron, en definitiva, la expresión organizativa de los cambios en el universo sindical del país que tendía a centralizar el poder en Buenos Aires y de sus disputas políticas internas y externas que se fueron reproduciendo en la provincia con diferentes matices. En esta escala micro, pueden observarse entonces las huellas y las tiranteces de un proceso más amplio de construcción sindical y política, donde el juego entre lo local y lo nacional (y lo internacional) fue dando forma al proceso de unidad tucumano.

La búsqueda de una central obrera

A mediados de los años 20 el universo de las centrales sindicales en la provincia de Tucumán se dividía entre la Federación Obrera Local (FOLT) anarquista, fundada en 1902; la Unión General de Trabajadores (UGT), surgida en 1904 como un desprendimiento socialista de la FOLT y un grupo de sindicatos autónomos que solía unirse en Comités de Relaciones. En ese concierto también la Unión Sindical Argentina (USA) había realizado esfuerzos por formar una Unión Obrera Local de la mano de la Alianza Libertaria Argentina. Sus éxitos fueron escasos porque según señalaba desde su órgano de prensa, “los sindicatos han venido retrasando esta obra” y continúan “aislados y dispersos.”² Este análisis, sin embargo, no era exclusivo de la USA, porque a pesar de una existencia nominal de organizaciones, el escenario del trabajo organizado era muy acotado. Las propias miradas obreras eran raramente optimistas y remarcaban que “la situación porque atraviesa la organización obrera en esta ciudad no es floreciente, dicho sea en honor a la verdad. Los gremios que integran esta local están un tanto decaídos. Y por lo que se refiere a los autónomos no están en mejores condiciones”.³

En una periferia con arraigados vicios de pequeña comunidad y poco industrializada fuera de la industria azucarera, fundar organizaciones, conseguir afiliados, plantear demandas y acciones no era una tarea sencilla. La FOLT, que era la mayor organización, sobrevivía con altibajos y no lograba disimular el pesimismo: “de seguir así”, decía en su órgano

2. *El Trabajo*, 25/03/1924.

3. *Tierra Libre*. Órgano oficial de la F.O. Local tucumana y oficioso de las organizaciones del Norte, agosto de 1925 (en adelante, *Tierra Libre*).

de prensa, “seremos absorbidos por el ambiente hasta tal punto que no quedará nada después de tantos años de sacrificios”.⁴ En esa dirección, en 1928 se disolvió la UGT y un año después la FOLT denunció que no tenía siquiera quién cubriera los cargos en su comisión directiva. El impulso unionista estaba en baja y los anarquistas llamaban a “sacar fuerzas de flaquezas, hasta levantar las organizaciones”.⁵ Un tiempo después, el golpe de Estado de 1930 terminó de desarmar los impulsos de lucha y una suerte de impasse sindical silenció la protesta y la acción obrera. La FOLT fue la única organización de segundo grado que sobrevivió y lo hizo atrincherada en un “repliegue a la defensiva”.⁶

Paralelamente, la conformación de la Confederación General del Trabajo (CGT) en septiembre de 1930 inauguraba un nuevo ciclo en la historia del movimiento obrero. Si bien no nucleó en un primer momento a la mayoría de los sindicatos, sí vino a ocupar un espacio destacado como referente de los trabajadores frente al Estado y la sociedad.⁷ Aunque su alcance era muy limitado, la central era también, o pretendía serlo, un eje de articulación entre las dirigencias obreras del país.⁸ Pero la CGT se había conformado en la ciudad de Buenos Aires y en tanto esta organización dilataba el llamado a un congreso constituyente y su Junta Ejecutiva era predominantemente porteña, no existieron espacios de discusión entre ella y los sindicatos provinciales. Las pocas fuentes encontradas que dan testimonio de los vínculos de esta organización con Tucumán durante la temprana década de 1930 acusan un marcado tono irónico y rescatan como acontecimiento notable la insistente demanda cegetista “del envío de cotizaciones”.⁹ Fuera de ello, las referencias respecto a las acciones y la presencia de la CGT son esquivas.

En sus inicios contaba en Tucumán con nueve adherentes, ocho de ellos eran secciones de la Unión Ferroviaria (UF) y la restante era la seccional local de la Asociación de Trabajadores del Estado.¹⁰ De esta forma, su articulación local era muy débil, ya que todos sus cotizantes tucumanos estaban encuadrados en organizaciones nacionales. La central se había abocado en esos meses a “salvar al movimiento obrero del caos y la confusión”, y como consecuencia sus vínculos con los

4. *Tierra Libre*, abril de 1929. En la FOLT se agrupaban los panaderos, mosaístas, carpinteros, zapateros, canillitas, albañiles, pintores, oficios varios y Brazo y Cerebro.

5. *Tierra Libre*, abril de 1929.

6. *Tierra Libre*, octubre de 1935.

7. *Boletín del Trabajo*, año 7, octubre de 1930.

8. *Boletín CGT*, 15/01/1932.

9. *Tierra Libre*, octubre de 1930.

10. *Boletín CGT*, 15/03/1932.

sindicatos de la provincia no estuvieron entre sus prioridades.¹¹ Recién en enero de 1932, una vez vislumbradas nuevas condiciones políticas y levantado el estado de sitio, la CGT intentó sembrar presencia en las provincias a través de giras para dar conferencias o colaborar con la fundación de uniones obreras. A Tucumán llegó el “delegado confederal” Domingo Heredia para organizar una conferencia a la que se invitó a concurrir a “albañiles, *chauffeurs*, gráficos, empleados de comercio, ferroviarios, municipales, carpinteros, pintores, telefónicos, fideeros, mozos, cocineros, etc.”. Allí señaló “la necesidad urgente de organizar a los trabajadores en sus respectivos sindicatos y constituir la Federación Obrera Local”.¹²

La propuesta cegetista no encontró interlocutores dispuestos a embanderarse atrás de ella, pero la organización de una central provincial no era un tema ajeno a los intereses de los sindicatos tucumanos. Un tiempo antes del arribo del delegado cegetista, a mediados de 1931, cuando la actividad sindical comenzó a reactivarse tras el golpe, se materializó el primer intento de la década para organizar una central obrera en la región. La Sociedad de Artes Gráficas invitó a todos los sindicatos a enviar delegados a una reunión para discutir un plan de unidad con marcada impronta sindicalista, “libre de ideologías y tendencias políticas”, ya que “se erigirá únicamente con carácter gremial, única forma de mantener la integridad y unión de la representación obrera”.¹³

Este primer proyecto llegó tan lejos como el congreso formativo le permitió. Realizado en el local del Sindicato de Luz y Fuerza, la propuesta de una central “desligada en absoluto de toda tendencia política” fue en el clima sindical de la época una posibilidad irrealizable. Allí reunidos todos parecían convenir en fomentar la “unidad de la clase obrera”, pero sobre esos comunes conciertos cada trabajador llevaba luego a su sindicato diferentes lecturas de esos encuentros y los desacuerdos para fundar la Federación Obrera fueron desdibujando gradualmente la vitalidad inicial con la que esa idea se instaló. Al año siguiente, y quizás a instancias de la “visita confederal”, pero sin su aplomo, varios sindicatos confluyeron en un Comité Mixto de Gremios Autónomos (CMGA), que funcionaba de oficio como organización de segundo grado y que realizó varias reuniones, mítines y conferencias para informar sobre las ventajas de la unidad y planificar nuevamente la conformación de una central obrera.¹⁴

11. *Boletín CGT*, 15/01/1932.

12. *La Gaceta*, 27/01/1932

13. *La Gaceta*, 18/05/1931.

14. El Comité Mixto estaba compuesto por la Sociedad de Empleados y Obreros de Comercio, Sindicato de Obreros Fideeros, Artes Gráficas, Sindicato Unión Chauffeurs,

A mediados de junio de 1932 se logró concretar una asamblea constitutiva que, en el marco de enardecidas controversias, intentó proyectar una declaración de principios.¹⁵ Las crónicas de la prensa informan que la reunión alcanzó “un tono un tanto violento” y fue finalmente boicoteada por “la tendencia comunista”. Como había sucedido el año anterior, nuevamente los miembros del Partido Comunista (PC) intentaron impedir que se modificara un punto del borrador de la declaración de principios que, al sentir de la mayoría de las organizaciones, estaba “inspirado en principios de tendencia ideológica” y que, por lo tanto, no garantizaba que la central por conformarse “estuviera fuera de todo alcance político”.¹⁶ La reunión pasó a cuarto intermedio, pero cada vez que los delegados intentaron reunirse la intensidad de las discusiones volvió a forzar la suspensión. Un mes después, el CMGA desapareció de las fuentes.

El espacio “autónomo”, o que se erigía como tal, era una arena de disputas. Los militantes del PC, aglutinados en la Agrupación Pro Defensa Sindical, boicoteaban sistemáticamente todos los intentos de conformar centrales locales desligadas de luchas políticas, tanto locales como internacionales. En ese sentido, sus militantes apostaban a que fuera el propio Comité de Unidad Sindical Clasista el que llegase a convertirse en una central cuando estuviera preparado para ello a través del arraigo en las masas obreras.¹⁷ La CGT, por su parte, rechazaba “la existencia de sindicatos obreros «autónomos» puesto que [...] carentes del apoyo solidario, desaparecen con suma facilidad al menor amago reaccionario”.¹⁸ Y por eso mismo estaba dispuesta a disuadir cualquier intento de conformar centrales autónomas.

Parte de lo que en realidad se discutía aquí era el tema de la política, o su contracara, la prescindencia. Y esa era una batalla que comenzaba a instalarse con fuerza, tanto adentro de la CGT, entre los sindicalistas y un sector del socialismo, a quien acusaban de “tener el deseo de acoplar

Sindicato de Mozos, Obreros Pintores, Obreros Panaderos autónomos, Sindicato Autónomo de Albañiles y anexos, Sociedad de Resistencia de Obreros Municipales, Sindicato Unión General de Ladrilleros de Alto de la Pólvora y de Villa Luján, Unión Linotipistas, Sindicato de Luz y Fuerza, Sociedad de Difundidores de Prensa y Unión Mimbrenos.

15. *La Gaceta*, 20/06/1932.

16. *La Gaceta*, 20/06/1932.

17. “La situación de la clase obrera... (título completo ilegible)”, Documento del Partido Comunista, junio de 1931, Legajo del PC, N° 3362, Fondo Agustín P. Justo, Archivo General de la Nación.

18. *Boletín CGT*, 25/06/1933.

las actividades sindicales a la suerte de un partido político”;¹⁹ (Martínez, 2009) como afuera, con la presión de los comunistas. Estas tensiones ponían en discusión cotidianamente la estrategia cegetista, aquella que consistía en sostener el *statu quo* para defender a la organización de las posibles reacciones gubernamentales y patrocinar un equilibrio político que amenazaba constantemente la asumida postura de prescindencia que parte de su dirigencia se esforzaba en sostener. En ese sentido, la postura de “autopreservación” habría sido el principal plan de acción de la CGT (Doyon, 2006).

Con el tiempo, el problema del fascismo y las bandas armadas, en donde los sindicatos reclamaba a la central que tome una postura enérgica, así como las demandas de un congreso constituyente y la cuestión de la prescindencia, fueron deteriorando los acuerdos posibles y sus tiempos políticos se cerraron (Del Campo, 2005; Matsushita, 1983). La CGT dio respuestas al tema del fascismo con un “Plan de Emergencia”, pero fue demasiado tarde.²⁰ Nada dijo sobre el congreso constituyente, mientras que la voluntad política de la central sindical siempre se pensó como un mecanismo de intervención para conseguir beneficios económicos, ubicando al movimiento obrero como un sector con intereses propios dentro de un orden que se aceptó como dado. No obstante, durante los años 30 parte del movimiento sindical iba tomando la decisión de proyectarse a la arena política cortando con la tradicional postura de “prescindencia” (Doyon, 2006) y la central quedó rezagada frente a esas demandas.

A fines de 1935 la conducción central fue cooptada por los sectores disconformes vinculados a la UF quienes tomaron por la fuerza el local de la calle Independencia (Matsushita, 1983). Este cambio provocó un reacomodamiento de los vínculos de la CGT con los gremios que la componían a partir de la voluntad manifiesta de dar constitución orgánica a la entidad llamando un congreso constituyente en 1936. Y aunque recién en 1938 se logró incorporar un dirigente tucumano al Comité Central Confederado (CCC) de la CGT, la central sí nombró inmediatamente un representante local, Emilio López –dirigente ferroviario y del PS–, quien comenzó a tomar parte activa en todas las acciones importantes del movimiento sindical tucumano.

Quedaba todavía en el aire la cuestión de la política, que fue un tanto más compleja de resolver. Eduardo Zimmermann (1985: 23) ubica en 1936 el momento donde se permeabilizaron las opciones políticas, cuando la CGT Independencia, recientemente dividida, escribió en sus estatutos que “debía intervenir constantemente en todos los problemas

19. *Boletín CGT*, 25/10/1933.

20. *CGT*, 22/06/1934 y 20/07/1934.

nacionales que afecten a los trabajadores”. Pero si bien fue la crítica al apoliticismo uno de los argumentos centrales de la ruptura de la CGT en 1935, la nueva conducción, para desarticular la presión comunista, volvió a fijar un rumbo prescindente (Camarero, 2011).

La unidad con sello local. La Federación Provincial de Trabajadores

En Tucumán, como en el resto del país, a partir de la segunda mitad de los años 30 se produjo un notable crecimiento del movimiento obrero y, consecuentemente, de su voluntad de ocupar un rol nodal en la escena política del país (Matsushita, 1983; Horowitz, 2004; Murmis y Portantiero, 2004; Del Campo, 2005; Doyon, 2006; Torre, 2006). En ese contexto se creó en 1936 la Federación Provincial de Trabajadores (FPT). Esta central obrera fue producto de varios intentos fallidos por articular las organizaciones gremiales de la provincia. Por lo tanto, su conformación definitiva puede ser entendida como un paso destacado en la maduración de la estructura sindical tucumana que, de alguna manera, acompañaba el crecimiento de la misma estructura a nivel nacional signada por el crecimiento de la matriz organizativa del sindicalismo, especialmente con la creciente influencia comunista, el trabajo del socialismo y el afianzamiento de la CGT (Matsushita, 1983; Del Campo, 2005; Doyon, 2006; Torre, 2006).

No obstante, un proceso de unidad sindical no es unicausal. En ese sentido, el crecimiento sindical y la constitución definitiva de la CGT luego del Congreso Constituyente de marzo de 1936 no pueden pensarse como acontecimientos ajenos a la creación de una central obrera en la provincia. Sin embargo, no reconoce allí sus únicos impulsos. En ella tuvieron influencia múltiples factores que funcionaron como acontecimientos disparadores de solidaridades, alianzas y movilizaciones. El universo político que acompañó la asunción de gobiernos radicales en la provincia y un contexto internacional de movilización antifascista desprendido de la Guerra Civil Española abrieron nuevas posibilidades para retomar las conversaciones.²¹ El aumento de la conflictividad obrera, el auge de los comités de lucha contra el fascismo, la política de frentes populares que se capilarizaba internacionalmente y el lugar destacado que en esos frentes estaban ocupando los trabajadores, fue-

21. En 1934 una fracción de la UCR denominada Concurrencista se presentó a elecciones desoyendo los mandatos abstencionistas del Comité Nacional. El triunfo de los radicales en la contienda electoral convirtió a Tucumán en una de las tres provincias argentinas que durante la década del 30 estuvo gobernada por la UCR (Ullivarri, 2010).

ron también agentes capitales en la idea de sostener una estrategia de unidad a largo plazo.²²

En ese contexto, el sindicato que agrupaba a los trabajadores del volante conformó un “Comité Pro Central Obrera” que empezó a tener intervención en los conflictos gremiales de la provincia, canalizando la solidaridad de otros sindicatos. En un escenario donde las luchas se aceleraban, esta suerte de espacio de unidad tuvo la particularidad de no disolverse luego de los conflictos, sino que fue abocándose a nuevas actividades, como las colectas para la República Española. En octubre de 1936 salió de este Comité la propuesta de realizar un “congreso de gremios”. El congreso se realizó en el local de la Sociedad de Empleados y Obreros de Comercio (SEOC) y el 18 de noviembre, luego de dos días de deliberaciones, la Federación Provincial de Trabajadores (FPT) quedó organizada con veinte delegados de doce organizaciones gremiales.²³

La incapacidad de mantener los objetivos unitarios por largo tiempo había sido un problema arraigado dentro de las relaciones intergremiales de la provincia. De manera que apenas conformada, la Federación tuvo que enfrentar algunas dificultades. Las fuentes no son claras respecto a la naturaleza de las diferencias existentes entre las organizaciones e informan que algunas entidades no concurrían a las reuniones –como la UF– o se mostraban apáticas respecto a las posibilidades de éxito que la FPT podía llegar a tener –como Luz y Fuerza–. No obstante, luego de enconosos debates y asambleas, la central obrera se materializó definitivamente en julio de 1937 cuando los gremios participantes decidieron dar término a las complejas negociaciones, nombrando una Comisión con los presentes en la reunión y enviando por nota la solicitud de delegados a los sindicatos ausentes.²⁴

La Federación no fue, en términos generales, una entidad autónoma sino el nombre que asumió el espacio de negociaciones intergremiales en la provincia. Fue un punto de superposición de intereses comunes, donde las disputas políticas se dirimían entre los gremios locales y la puja de poderes respetaba la capacidad de movilización de cada organización. Esta tomó a su cargo la dirección de una parte mayoritaria

22. Entre 1935 y 1936 se produjeron 34 huelgas y doce conflictos laborales importantes.

23. En el congreso constituyente estaban representadas la SEOC, los *chauffeurs*, los vidrieros, los obreros de la madera, las costureras, los albañiles, Luz y Fuerza, los sastres, los municipales, las artes gráficas, la UF y La Fraternidad.

24. La Comisión Administrativa quedó compuesta por Doroteo Lescano por SEOC, S. Díaz por el Sindicato Unión Chauffeurs, Carlos Poluica por el Sindicato de Obreros Vidrieros, Francisco Fernández por el Sindicato de la Madera, Carmen Valverdi por la Sociedad de Obreras Costureras y dos delegados de los sindicatos de Luz y Fuerza y Albañiles. *La Gaceta*, 21/07/1937.

del movimiento obrero provincial y también, a través de la conservación de los rituales y la organización de los espacios simbólicos que modelaban la experiencia obrera, actuó como el resguardo de los valores y los emblemas de un segmento de la clase trabajadora tucumana. En ese sentido, una de sus actividades matrices fue la organización del 1° de mayo. Bajo su auspicio se conformó en 1937 un Comité Pro Primero de Mayo que, posteriormente, se convertiría en un espacio estable de organización. El fundamento de este comité era articular a los representantes de agrupaciones gremiales, organizaciones sociales y partidos políticos de la provincia, con el objeto de celebrar la fecha “bajo un aspecto social-político nuevo”, con el sello de los aires frentepopulistas que cautivaban a gran parte del planeta.²⁵

Mientras se bosquejaban los preparativos, el comité lanzó un manifiesto a las calles expresando la expectativa por la consecución de un anhelo que ahora hacían propio, la unidad de todos los sectores con un fin mucho más profundo que aquel que sólo reivindicaba mejoras económicas. La idea era congregar “por primera vez en Tucumán [...] en una sola manifestación a los sindicatos obreros y a los partidos democráticos [...] una tregua a las diferencias de carácter ideológico [...] aspiran (do) a convertir en realidad social la libertad política, la igualdad económica y la paz universal”.²⁶ Esta celebración implicaba, de alguna manera, la presentación oficial de la Federación y los anhelos de unidad marcaron su impronta.

Algunos sindicatos le brindaron su apoyo específico, como el de la Madera, que desde un manifiesto expresó que “ésta (la FPT) debe ser la entidad llamada a representar a los obreros”.²⁷ Sin embargo, otras organizaciones no estuvieron tan francamente dispuestas a colaborar. En parte porque el momento en el que se inscribieron todos estos deseos fue atravesado por las dificultades internas del socialismo local (Ullivarri, 2008). En este sentido, para un sector disidente –que luego sería el Socialismo Obrero (PSO) –el Comité Pro Primero de Mayo era una base firme para la constitución del Frente Popular. Y al igual que para el PC, los esfuerzos debían dirigirse “hacia la continuidad de las tareas de ese comité para que constituya el elemento coordinador de todas las simpatías que en el pueblo y las organizaciones existen para la conjunción de las fuerzas democráticas y obreras”.²⁸

25. *La Gaceta*, 26/04/1937.

26. *La Gaceta*, 17/04/1937.

27. *La Gaceta*, 29/04/1937.

28. Los disidentes, que luego conformarían el Partido Socialista Obrero, habían ganado las elecciones para la Junta Ejecutiva en 1936 y fueron acusados de fraude provocando la intervención de la Federación (Ullivarri, 2008).

El carácter marcadamente político que revelaban sus apoyos puso en alerta al PS. Su Junta Ejecutiva respondió que solo constituiría un Frente Popular “con agrupaciones responsables y partidos orgánicos”,²⁹ apuntando directamente a la situación de “ilegalidad” de los disidentes (PSO) y a la carencia de un “programa democrático” del PC. Por esa razón, los afiliados fieles al PS y el delegado cegetista organizaron rápidamente su propia celebración abandonando el comité organizado por la FPT.

El accidentado debut de la Federación visibilizó los desencuentros entre partidos y militantes que actuaban en el campo obrero. Sin embargo, logró sostenerse porque todos los gremios, incluso los simpatizantes socialistas, repudiaron la actitud del PS señalando que era “una verdadera conspiración contra la clase trabajadora de Tucumán y significa una clara definición de los móviles contrarios a la unidad democrática que los inspira”.³⁰

Luego de la conmemoración, el Comité se puso a trabajar en la creación del Frente Popular cuyo fin sería “defender los derechos obreros, las libertades individuales y la pureza del comicio en la próxima contienda electoral”.³¹ Manifestaciones como ésta consolidaron aún más la impronta política en el movimiento obrero y dieron muestra acabada de que la prescindencia, tal como la entendía la dirección cegetista y el PS, ya no constituía una opción para un sector importante del movimiento obrero tucumano. El resultado de las asambleas, aunque el Frente no prosperó, fue fructífero para los dirigentes obreros, pues allí se debatieron también los apoyos a las candidaturas para las elecciones presidenciales de 1937 desde un encuadre diferente al sindical. De esta forma, aunque no asumían un compromiso político claro a nivel local, ni tampoco lo hacían en nombre de sus organizaciones de pertenencia, estos dirigentes sí esgrimieron su voluntad de colaboración con la fórmula opositora, el binomio Alvear–Mosca.

No fueron todos, sino aquellos dirigentes obreros vinculados al PC y al PSO quienes se pronunciaron en consonancia con los miembros de la UCR que participaban del Comité Pro Frente Popular. Así, aunque no sin reparos, para estos sindicalistas ésta era la forma más práctica de trabajar por la creación de condiciones necesarias para la realización del

29. *El Orden*, 02/05/1937.

30. *La Gaceta*, 21/04/1937. En tal sentido, fueron SEOC y la Unión Ferroviaria los más afectados porque en su seno convivían militantes de una y otra tendencia. Para otros sindicatos como la Sociedad de Resistencia de Obreros Sastres y la Sociedad de Obreras Costureras de Confección, el tránsito fue más armónico porque su dirigencia apoyó firmemente la propuesta del PSO.

31. *La Gaceta*, 15/05/1937. Cumpliendo con los mandatos de amplitud del Frente Popular, el comité designó a varios miembros de la UCR, abogados destacados, sindicalistas, miembros del PC y del PSO, para que organicen una asamblea constitutiva.

Frente Popular, articulando al movimiento obrero con otros sectores de la sociedad.³² El PS y sus sindicatos afines (UF, La Fraternidad y SEOC) se mantuvieron al margen, dispuestos a enfrentar a sus competidores desde una suerte de discurso moral que no parecía cuajar demasiado hondo en las estructuras ya construidas. En ese sentido, su avance político y militante parecía haberse estancado, y esta situación fue aprovechada por otras fuerzas políticas y sindicales para operar dentro del espacio de unidad que constituía la FPT.

En ese sentido, por fuera de los espacios rituales y de algunas intervenciones exitosas en la negociación de conflictos, la Federación todavía era una idea en construcción y estaba, por eso mismo, colmada de dificultades. Una de ellas era que todos los procedimientos debían hacerse *ad referendum* de las respectivas asambleas de los gremios que la integraban. Y aunque esta conformación permitía a los sindicatos manejar el consenso federativo, quitaba autonomía a sus decisiones y generaba demoras en las gestiones. Por eso, los sindicatos cercanos al PSO y al PC salieron a disputar ese espacio de negociaciones y luego de varias deliberaciones lograron dar un paso más en la conformación de la central, reorganizándola con mandato imperativo a sus delegados y estipulando un monto para las cotizaciones. Luego de la modificación estatutaria, los militantes socialistas fueron desplazados de la Comisión Administrativa.³³

Esta impronta le dio mayor presencia a las acciones de la FPT en el marco de la renovada autonomía adquirida y de los fondos recibidos, porque la federación ganó el ritmo de los gremios más combativos. Dejó entonces de actuar solamente como gestora de celebraciones, comités de huelga o articuladora de gremios obreros, para pasar a representar los intereses de los trabajadores. De esta forma, a través del mandato imperativo de sus delegados, asumía como propias las consignas de todo el movimiento sindical: la lucha contra la desocupación, la reforma del Departamento Provincial de Trabajo (DPT), el cumplimiento estricto de la legislación obrera y la pronta sanción de una ley de trabajo a domicilio.³⁴ Asimismo, colaboró en la fundación de organismos urbanos

32. *La Gaceta*, 08/05/1937.

33. En 1939 fueron electos para la Comisión Administrativa Manuel Fernández (Sastres y PSO), Manuel Espinosa (Construcción y PC), Miguel Oscar Reinoso (Sindicato de la Carne), Albino Vischi (SEOC y PSO), Miguel Carabajal, Estanislao Terra (SEOC) y Ernesto Biassi (Madera y PC). *La Gaceta*, 14/08/1939.

34. El DPT fue creado por un decreto. Al no tener carácter de ley, sus facultades para hacer cumplir las normas y aplicar multas fueron constantemente negadas. Su función, tal como la relatan sus directores, era la de "amigable componedor." Departamento Provincial del Trabajo. *Memoria anual*, 1925, Archivo de la Legislatura de la Provincia de Tucumán.

e incursionó en un sector complejo: la industria azucarera, que era territorio socialista.

Los gremios socialistas, sin embargo, no se quedaron a la zaga y desde sus tribunas comenzaron a exigir una nueva reorganización unitaria alineada más directamente con la CGT. Los apologistas de esta idea no veían con buenos ojos la stampa comunista y socialista obrera que la dirección de la FPT había adquirido y, en consecuencia, especulaban con la posibilidad de que una mayor presencia regional de la CGT les brindara un soporte más sólido para posicionarse localmente. En ese sentido, antecedentes de demandas que apuntaban a fortalecer el vínculo de la CGT con el movimiento sindical tucumano pueden rastrearse en los discursos de los dirigentes de la UF, SEOC, La Fraternidad y posteriormente los Cerveceros, que en numerosas ocasiones reiteraron la necesidad de conformar una entidad que en la provincia nucleara a la FPT y a los gremios autónomos bajo la égida de la Confederación “como medida más eficaz para consolidar la unidad del proletariado argentino”.³⁵

Así, luego del primer Congreso Ordinario Confederal de la CGT en 1939 dos cambios se hicieron evidentes.³⁶ En primer lugar, la central estableció como prioritario organizar a los trabajadores del azúcar, que componían el sector mayoritario de clase trabajadora tucumana. Por otro lado, los gremios “cegetistas”, en conjunto con el trabajo intenso del representante local, Emilio López, comenzaron a visibilizar y sostener la “presencia institucional” de la CGT y su Plan de Acción, y lo hicieron a través de actos, presionando continuamente para materializar la idea de una representación local y enviando notas al semanario nacional, que eran publicadas en página completa.³⁷

De lo local a lo nacional: la Comisión Cooperadora de la CGT

A partir del segundo lustro de los años 30 el incipiente movimiento obrero tucumano fue tomando una forma más nítida y esto dio un impulso más fuerte a la acción colectiva y la demanda. El aumento de la actividad obrera quedó plasmado en una mayor conflictividad, pero también en la intensificación de una trama de alianzas y construcciones más amplias con base regional y nacional (Del Campo, 2005; Matsushita, 1983; Kindgard, 2000; Di Tella, 2003; Camarero, 2012). En efecto, los vínculos tanto a nivel regional como nacional, que comenzaban a

35. *La Gaceta*, 24/05/1939

36. *CGT*, 25/08/1939.

37. *CGT*, 25/08/1939, 01/09/1939, 08/09/1939 y 15/09/1939.

construirse por intermedio de delegados con mandato para organizar, gestionar o hacer propaganda gremial, fueron profundizándose. La Federación Obrera de la Alimentación (FOA), la Confederación General de Empleados de Comercio (CGEC), la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), la Federación Nacional de Obreros de la Madera, la Federación de Obreros Cerveceros y Afines, La Fraternidad y la UF enviaban con asiduidad sus delegados a la provincia. Algunos daban conferencias, brindaban información sobre los beneficios de formar parte de una organización nacional, acompañaban en los conflictos y negociaciones o, como destacó un enviado del Sindicato Único de Obreros de la Madera, iban a “plantear la necesidad de unificar en toda la nación las fuerzas del gremio en un sindicato de industria”.³⁸

En el mismo tono, la estructuración nacional y regional de los sindicatos también parecía imponer o necesitar una representación local de segundo grado que tenga vínculos más estrechos con Buenos Aires. Consciente de estas demandas de los sindicatos tucumanos y de la necesidad de contar con ellos para asegurar el éxito del plan de acción, la CGT comenzó a enviar con más frecuencia delegados a la provincia. Primero llegó Francisco Pérez Leirós, quien expresó su fe en que “el norte no tardará en hacerse representar dignamente en la Confederación, para que al acrecentar la entidad su poderío, esté en condiciones de luchar con más probabilidades de éxito por las conquistas obreras”.³⁹ Posteriormente llegaron varios enviados buscando información, datos y estadísticas sobre “los problemas que afligen al obrero del interior”.⁴⁰

Sin embargo, la lucha obrera en la provincia seguía siendo sostenida por la FPT. Esta federación había organizado y dirigido huelgas, trabajado mano a mano con fracciones de la UCR, se había entrevistado con funcionarios del gobierno, y había ido abriendo espacios en el interior de la provincia y en los territorios azucareros. No obstante, a mediados de 1940 empezó a tener algunos reveses y, luego de dos huelgas complejas,⁴¹ las falencias de la organización comenzaron a ser planteadas desde adentro. Esos conflictos visibilizaron especialmente los inconvenientes de acotarse a lo regional en un escenario donde urgían estrategias nacionales, especialmente porque los sindicatos locales ya estaban comenzando a fortalecerse en una organización por industria y las empresas radicadas en la provincia tenían sus casas centrales en

38. *La Gaceta*, 23/05/1936.

39. *La Gaceta*, 07/11/1939.

40. *La Gaceta*, 27/03/1941.

41. Una de ellas fue la huelga de los obreros del matadero frente a la Municipalidad que comenzó a tener ribetes profundamente políticos y la otra, la de los cerveceros contra el grupo Bemberg que finalmente se solucionó en Buenos Aires (Ullivarri, 2010).

Buenos Aires. Allí entonces, la convicción de que era prioritario extender la sindicalización y la necesidad de articular más sólidamente la unidad cerrando filas con la que era la organización más importante de los trabajadores argentinos, la CGT, quedó planteada en el seno de la FPT.

En esa puja también adquirirían sentido las “incomodidades” que la firma del acuerdo de no agresión alemán-soviético habían provocado entre los dirigentes cercanos al PC y que arrastraban también a la FPT. La situación era tensa y los desencuentros políticos alcanzaron su pico más alto en 1941, cuando el PS exigió al Comité Pro Primero de Mayo “repudiar y combatir a los instrumentos y agentes que actúan en el medio argentino y que pretenden sembrar la confusión en el seno del pueblo y de la clase trabajadora”.⁴² El PC y sus sindicatos afines eran los fehacientes destinatarios del mensaje porque, tal como continuaban esgrimiendo los socialistas, “todos estos fundamentales y elevados propósitos no podrán ser cumplidos en el Comité por la influencia que en el mismo ejercen aquellos que responden a las directivas de Moscú”. Desde el Comité, no obstante, señalaron que el Partido Socialista intentaba “convencer al pueblo de que conviene a los argentinos dejarse arrastrar a una guerra entre grupos capitalistas rivales que se disputan el dominio del mundo”.⁴³ Aunque firmado a miles de kilómetros, las derivaciones de este pacto materializaron las excusas necesarias para poner nuevamente sobre el tapete los profundos desacuerdos ideológicos –pero también personales– que venían dando forma al mundo sindical de la provincia. De esta forma, la tensión entre partidos se dirimió más abiertamente en el escenario gremial cruzando acusaciones entre dirigentes y operando sobre las construcciones colectivas. Las lógicas internacionales tenían sentido solo porque en esa clave se leía también la puja de poderes locales.

Otra vez, sin embargo, los sindicatos tucumanos continuaron formando parte del Comité Pro Primero de Mayo junto al PC, conservando sus rituales y sus prácticas. En un escenario donde los militantes sindicales y partidarios eran, en la mayoría de los casos, las mismas personas, la debilidad de los partidos se acrecentaba en las disputas por los espacios. Los miembros más activos del socialismo salían con frecuencia a aclarar en la prensa que compartían actos con el PC en nombre de su sindicato y no del partido. Por su parte, los miembros del PC se veían obligados a negociar espacios con los gremios “cegetistas” que fueron desplazando a la dirigencia pro soviética de las tribunas. Las consecuencias de estas disputas internas no fueron menores y desgastaron los esfuerzos obreros por sostener la Federación, que desapareció como espacio de

42. *La Gaceta*, 29/04/1941

43. *La Gaceta*, 01/05/1941.

encuentro. Un último esfuerzo por enfrentar la impronta de los sindicatos “cegetistas” fue realizado por varias organizaciones vinculadas al PSO y al PC, quienes intentaron fundar un “Comité de Relaciones” en forma provisoria, con plan de acción y estatutos, donde planeaban boicotear los intentos de la CGT de articular a todos los gremios de la provincia.⁴⁴ Y aunque se enviaron invitaciones a gremios autónomos y se realizaron varias reuniones, la iniciativa no prosperó.

Los gremios “cegetistas”, a quienes se habían sumado los Cerveceros, supieron equilibrar los espacios de representación gremial de clase con sus preferencias políticas y fueron desgastando desde adentro a la FPT. Ya sin una central que opusiera resistencia, la presencia de la CGT era un hecho. A principios de 1941 Francisco Pérez Leirós y Mariano Cianciardo llegaron a la provincia para dar textura final a la organización local. Así, luego de un período de intensa propaganda, el 3 de julio de 1941 se constituyó en la ciudad una Comisión Cooperadora (CC) de la CGT con dirección exclusivamente socialista-cegetista.⁴⁵ Su misión era realizar tareas de organización y propaganda y estaba destinada a mejorar las “condiciones morales y materiales de la clase trabajadora”.⁴⁶ Su plan de trabajo tenía como prioridad organizar a los obreros del campo y a los pequeños productores de hasta 500 surcos;⁴⁷ vincular a los gremios autónomos con la Comisión Cooperadora, colaborar en el armado sindical de algunas ramas urbanas, definir acciones para combatir el agio; determinar la financiación de gastos y conseguir la reforma del DPT, tareas que, en algunos casos, ya había comenzado a realizar la Federación Provincial de Trabajadores.⁴⁸

Buscando llevar adelante la parte más importante de su plan, la construcción de una base sólida en la industria azucarera, los delegados de la CGT se instalaron en la campaña. En plena época de zafra, fueron recibidos con entusiasmo por los obreros y sus familias, pero también por los pequeños cañeros quienes agasajaron en cada pueblo

44. Participaron de él once organizaciones gremiales, entre ellas los sindicatos de sastres, construcción, de la carne, madera, costureras, chauffeurs, obreros y empleados del Estado, entre otros. *La Gaceta*, 14/06/1941.

45. CGT, 04/07/1941. En la reunión estuvieron presentes la UF, La Fraternidad, los cerveceros, SEOC y la Unión General de Trabajadores de la Industria Azucarera. Fue presidida por el delegado de la CGT Emilio López. La mesa directiva quedó conformada de esta manera: Secretario General: Doroteo Lescano (SEOC), Prosecretario: Gregorio Moreno (cerveceros), Secretario de actas: Héctor Argañaraz (SEOC) y Tesorero: José A. Juárez (LA Fraternidad CA)

46. *La Gaceta*, 17/07/1941.

47. De acuerdo al censo cañero de 1945 las plantaciones hasta 500 surcos –10 hectáreas aproximadamente– conformaban el 89% del total de plantadores.

48. *La Gaceta*, 07/07/1941.

a sus representantes. A estos últimos los pretendía organizar “bajo su dirección y control a fin de que en el futuro puedan realizar una acción armónica y seria en procura de sus más sentidas reivindicaciones”.⁴⁹ Por tal motivo, en los actos y mítines organizados durante la estadía de los representantes porteños, el problema cañero– industrial, antes lejano a las preocupaciones nucleares de los obreros tucumanos, cobró una centralidad inusitada. Pérez Leirós fustigó en cada conferencia la desigualdad de ganancias que los industriales obtenían en detrimento de los pequeños cañeros.⁵⁰ Esta preocupación cegetista era, no obstante, continuadora de un trabajo que habían comenzado un año antes la FPT y que se resumía en la idea de que, como señaló un dirigente de esa organización, los trabajadores no debían ni podían “permanecer indiferentes en la lucha que se libra entre industriales y cañeros”,⁵¹ porque en esa contienda también se debatían fuentes de trabajo en un escenario donde la desocupación crecía.⁵²

Pero a pesar de su intensa actividad, la CC no se instaló sin dificultades en el mundo gremial tucumano. Fueron varias las organizaciones que rechazaron las invitaciones enviadas o no asistieron a actos organizados para lograr agremiaciones, esgrimiendo diferencias con la entidad convocante.⁵³ La CGT no era una organización con arraigo local y demandaba cierto compromiso que no todos estaban dispuestos o podían aceptar. Por ejemplo, se exigía la afiliación y cotización inmediata a la central para formar parte de la CC y, hasta tanto pusieran en regla su situación, las organizaciones que quisieran nuclearse eran aceptadas solo en “carácter fraternal”, tal como le fue ofrecido a la Sociedad de

49. *La Gaceta*, 12/09/1941. Algo parecido había realizado la CGT con los pequeños agricultores del Chaco y con los viñateros de Mendoza. Cfr. *CGT*, 18/05/1934, 26/02/1936 y 05/03/1936.

50. Para la dirigencia de la CGT eran muy pocas las personas que se beneficiaban de esta industria férreamente protegida por el Estado. Sin embargo, en la provincia muchas veces los delegados se encargaban de matizar esta postura. En ese sentido, Pérez Leirós afirmó que en realidad no le importaban “las pocas personas que resultan beneficiadas por la industria azucarera, sino los miles de trabajadores que resultan afectados por las injustas condiciones de vida que soportan.” *CGT*, 01/05/1942 y *La Gaceta*, 29/06/1941.

51. Las pruebas de la voluntad solidaria de las organizaciones obreras con los cañeros quedó plasmada en una nota que la FPT envió al gobernador solicitándole su gestión “para solucionar la situación de numerosos cañeros afectados por el bajo precio del excedente de la caña, conforme ofrecen los industriales la situación que al propio tiempo afecta a los obreros”. *La Gaceta*, 04/09/1940.

52. DNT, *Investigaciones sociales*, Buenos Aires, 1941.

53. Entre los que rechazaron la invitación se encuentran: Sindicato de Mozos, Sociedad de Vendedores de Diarios y Revistas, Sindicato de Obreros de la Unión Telefónica y Luz y Fuerza. *La Unión*, 21/10/1942.

Artes Gráficas que era uno de los gremios más antiguos de la provincia y con mayor trayectoria local.

En un principio, la CC solo se conformó con las seis organizaciones con militantes socialistas/cegetistas, pero luego de la invasión alemana a la URSS y una vez fracasado el plan de una central paralela, su deseo por reinsertarse políticamente e instalarse “nacionalmente” llevó a los gremios comunistas como el de la Construcción, la Madera y el de Obreros y Empleados del Estado a solicitar su incorporación a aquella Comisión. A pesar de ser aceptados, todavía algunos sectores que dirigían la CGT local tenían el anhelo de constreñir la influencia del PC entre los trabajadores. De esta forma, la CC desconoció los sindicatos comunistas que se estaban fundando en las zonas azucareras y exigió su inmediata disolución en vistas de que “ya contaba la provincia con un organismo que nucleaba a los trabajadores del azúcar”.⁵⁴

La lealtad de los numerosos trabajadores del azúcar y de los pequeños campesinos cañeros era, en efecto, un “botín suculento” tanto para los socialistas –agrupados en la Unión General de Trabajadores de la Industria Azucarera (UGTIA) y la CC de la CGT– como para los comunistas –agrupados en la FOA–, que rivalizaban por un terreno que prometía enormes beneficios para negociar espacios sindicales tanto provinciales como nacionales. Era, por otro lado, más que una disputa numérica, ya que simbólicamente los trabajadores azucareros era el “alma y nervio” de la producción tucumana. Esta disputa quedó aún más en evidencia cuando el delegado de la FOA aprovechó su estadía en la provincia para profundizar la estructura sindical adherida a esa federación fundando organizaciones azucareras en varios pueblos azucareros, desafiando a la CC y afirmando la idea de conformar una federación paralela a la UGTIA.

Los espacios de unidad eran escenarios de resistencias encontradas que ahora se proyectaban nacionalmente. En términos de organización gremial, si bien la FTP había estado afiliada a la CGT, no dejaba de ser un espacio regional, donde el balance del poder sindical dirimía las contiendas ideológicas a nivel local y que de alguna manera resguardaba las tradiciones, las trayectorias y los recorridos de las organizaciones tucumanas. Al constituirse la CC en la ciudad y en el afán de nacionalizar el problema obrero y articularse extrarregionalmente, la organización intersindical tucumana perdió autonomía frente a las directivas de Buenos Aires y, del mismo modo, se desdibujaron los itinerarios recorridos y las historias sindicales de los gremios con tradición en la provincia, para fortalecer otros, más articulados nacionalmente.

Un tiempo después, los enfrentamientos que tensionaban al movi-

54. *La Unión*, 29/08/1942.

miento obrero desde mediados de los años 30 se hicieron evidentes en el Segundo Congreso de la central (Matsushita, 1983) y tuvieron a la CC local en vilo. Pero en marzo de 1943, en las elecciones para el cuerpo directivo en el seno del CCC de la CGT, las dos listas enfrentadas se proclamaron ganadoras.⁵⁵ La proclamación de autoridades había dejado espacios oscuros y nadie en Tucumán sabía muy bien a qué atenerse. Domenech insistía en la “conspiración comunista” y en la necesidad de respetar el Estatuto de la central, mientras que frente a él, un conjunto de dirigentes destacaba la urgencia de contar con una dirección “que comprenda los problemas políticos” del país.⁵⁶

La presión por lograr adhesiones era continua y a Tucumán comenzaron a llegar comunicados de ambas listas. En una conferencia brindada por Ángel Borlenghi en la provincia se denunció que las maniobras de la CGT N°1 apuntaban a reforzar la idea del peligro comunista con el fin de desprestigiar a la lista opositora. Días después, llegaron a la provincia delegados de Salta que corroboraron los dichos del dirigente mercantil al informar que el miembro de la CGT Roberto Testa, en gira por el norte, había amenazado con presentar una nota a la patronal de comercio y también a la Iglesia Católica sugiriendo la presencia de comunistas y la necesidad de conformar entonces una nueva organización (Borlenghi, 1943). El comunismo era, en definitiva, el brazo más vigoroso y activo del movimiento obrero pero, al mismo tiempo, la “damisela” con la que nadie quería bailar.

Luego de una etapa de dudas y una suerte de temporada de alegatos, la división a nivel nacional comenzó a tener repercusiones en la provincia. Sin embargo, estas no fueron tan predecibles. El sólido bloque “socialista cegetista” de La Fraternidad, SEOC y los azucareros se unieron a los “comunistas” del Sindicato de la Construcción y el Sindicato del Vestido, ubicándose del lado de Pérez Leirós –lista N° 2–. Del otro lado, en cambio, los apoyos fueron menores: la Unión Ferroviaria y los cerveceros se solidarizaron con Domenech. Las líneas divisorias que venían disputando espacios desde los años 30, “socialistas versus comunistas y socialistas obreros” o “FPT versus cegetistas”, se modificaron. Las nuevas alianzas surgidas de la división revelan también los cambios en la disputa política interna entre partidos y sus sindicatos simpatizantes. No fue solamente el juego de alianzas el que había cambiado nacionalmente, sino también las nuevas miradas sobre el vínculo

55. En las elecciones para el CCC se presentaron dos listas, una encabezada por Domenech (Lista N° 1) y la otra por Pérez Leirós (Lista N°2). Ambas se proclamaron ganadoras y provocaron la división de la CGT.

56. CGT (1942), Actas de reuniones del Comité Central Confederado, Buenos Aires.

entre la política y la acción sindical en un escenario político que exigía tomar una posición clara en el universo político.

A modo de cierre

La articulación entre la problemática local y el movimiento obrero nacional así como también las tensiones entre las configuraciones políticas e ideológicas de los sindicatos, representan dos de las aristas más sugerentes para entender las experiencias obreras en el interior. En esa dinámica, tanto por enfrentamiento como por adhesión, se fueron configurando los cambiantes mapas de alianzas que dieron forma a los intentos de unidad. En esa dirección, el vínculo de los gremios con los partidos obreros fue un eje nodal de desacuerdos que fue tallando una dinámica de encuentros y conflictos cada vez más acalorada. La política o su contracara, la prescindencia, fue el factor más discordante, ya que en un escenario provincial, era la política la que permitía construir poder y, asimismo, afianzarse por fuera del mundo del trabajo. Estas discusiones se planteaban desde lo local y lo nacional, pero también se explicaban por una clave internacional de conflicto que gravitó con fuerza durante los años 30, adquiriendo diversos nombres: fascismo/antifascismo, imperialismo/antiimperialismo, libertad y democracia/reacción.

Las divisiones entre los agrupamientos en Tucumán reprodujeron políticamente aquellas divisiones entre bandos políticos que se daban a nivel nacional, sin embargo, desde lo sindical conservaron cierta autonomía. Por eso, en un principio, la construcción de centrales sindicales de la provincia respondió a procesos regionales. Sin embargo, a tono con los cambios organizativos en el mundo sindical –la consolidación de estructuras por industria, federaciones y uniones– que fueron perfilando un nuevo modelo de lucha obrera, se fueron también condicionando las formas de unidad. En el mediano plazo, esas primeras iniciativas fueron siendo cooptadas y disciplinadas tanto por sus direcciones porteñas, como por la CGT.

Los incipientes intentos del primer lustro confluyeron en la FPT, donde se encarnaba las disputas y balances locales de poder y se respetaban las construcciones autóctonas. La FPT visibilizó un movimiento obrero más consolidado, con sus rituales y sus formas de acción. Sin embargo, en el marco de las reestructuraciones sindicales de la década se fue construyendo un cierto consenso entre algunas organizaciones respecto a que la dinámica de negociaciones gremiales ya no podía estar concentrada en un ámbito regional acotado y era necesario, por lo tanto, extender la capacidad de articular demandas.

La CGT había gravitado siempre sobre el escenario obrero local;

pero fue recién a fines de la década cuando decidió disputar y construir seriamente con los espacios locales. Así, comenzó a diseñar una política verdaderamente nacional presionando por instalarse como la ejecutora de ese nuevo mapa sindical que también incorporaba a los trabajadores del azúcar, rueda maestra de la economía tucumana. Su desembarco definitivo en la provincia vino a desarticular las claves de poder local y asimismo las trayectorias históricas de los sindicatos tucumanos. La disputa numérica y la capacidad de movilización local ya no servían para disputar poder. Por otro lado, la CC tampoco fue ajena a los enfrentamientos que se venían desarrollando durante la década ni a las rispideces entre los partidos y los gremios que empezó a gravitar con fuerza en el mundo obrero de la década del 30. Pero sí encarnó y fue consecuencia de las nuevas circunstancias del mundo sindical del país: la extensión de las federaciones y uniones, el crecimiento y fortalecimiento de la trama de vínculos gremiales, la centralización de las políticas y la necesidad de gestionar asuntos desde la Capital Federal, en un contexto político, social y económico que se volvía difícil para la acción gremial tras el ascenso del presidente Castillo a la presidencia.

La clase obrera tucumana, o sus dirigentes, fueron tejiendo un paño de alianzas y disputaron políticamente las organizaciones que terminaron de dar forma al escenario sindical y político de la provincia. En definitiva, en este espacio acotado, se pueden observar, a través de las trayectorias de unidad, las discusiones, los debates y dificultades que atravesó el movimiento sindical argentino durante los años 30 y sus particularidades regionales. Unos meses después, el golpe de Estado de 1943 y la consolidación de la Federación Obrera de la Industria Azucarera con un poder de movilización inmensamente superior al del total de los gremios locales, cambiarían todas las reglas del juego.

Bibliografía

- Borlenghi, Ángel (1943), "La verdad sobre lo sucedido en la CGT. Propuesta de solución", Buenos Aires: Confederación de Empleados de Comercio de la República Argentina.
- Camarero, Hernán (2011), "La izquierda partidaria y la CGT, 1935-1939. Las disputas entre el frentepopulismo comunista y la prescindencia apolítica de la dirección sindicalista", en *Actas de las XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Catamarca, agosto.
- (2012) "Alcances del sindicalismo único por rama antes del peronismo: la experiencia de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC), 1936-1943", *Estudios del Trabajo*, n° 43-44.
- Del Campo, Hugo (2005), *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- Di Tella, Torcuato, (2003) *Perón y los sindicatos*, Buenos Aires: Ariel.
- Doyon, Louise (2006), *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Horowitz, Joel (2004), *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires: Eduntref.
- Kindgard, Adriana (2000), "Jujuy: ¿Quiebre de la deferencia o relajamiento de la coerción en los años de transición al peronismo? A propósito de procesos sociopolíticos nacionales y conflictividad regional", *Actas de las XVII Jornadas de Historia Económica*, Tucumán.
- Martínez, Ilana (2009), "Conflictos, disidencia y radicalización. El ala de izquierda del Partido Socialista Argentino, 1929-1937", en *Actas II Jornadas Nacionales de Historia Social*, La Falda.
- Matsushita, Hiroshi (1983), *Movimiento obrero argentino, 1930-1945*, Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (2004), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI (ed. definitiva).
- Torre, Juan Carlos (2006), *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Eduntref.
- Ullivarri, María (2008), "El Partido en su laberinto. La Federación Socialista Tucumana, 1931-1937", *Historia Regional*, ISP N°3, año XXI, n° 26.
- (2010), *Trabajadores, sindicatos y política en Tucumán, 1930-1943*, tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires.
- Zimmermann, Eduardo (1985), "Sindicatos y política en Argentina (1900-1943)", *Libertas*, n° 2, mayo.

* * *

Resumen: El objetivo de este trabajo es analizar las trayectorias de unidad de los sindicatos de la provincia de Tucumán, buscando dar cuenta de los procesos de construcción de centrales obreras en los espacios regionales en los años 30. Para ello se hará especial hincapié en las articulaciones políticas locales, los vínculos intergremiales y en las relaciones con las centrales nacionales, especialmente la Confederación General del Trabajo.

Palabras clave: centrales obreras – Tucumán – política – CGT.

Abstract: The aim of this paper is to analyze the course of unity among unions from the province of Tucumán, seeking to account for the processes of building trade union federations in the regional spaces in the '30s. To achieve that, we will make special emphasis on the links between unions, the political discussions among them, and the relationships with national federations, especially the General Confederation of Labor.

Keywords: Union federations – Tucumán – politics – CGT.

Recepción: 6 de enero de 2014. **Aprobación:** 27 de febrero de 2014.

PERFILES

Pierre Broué (1926-2005) Historiador del trotskismo y las revoluciones del siglo XX

Alicia Rojo

(UBA-CEIP)

En esta sección de *Archivos* nos hemos propuesto resaltar las trayectorias de intelectuales que han aportado al conocimiento de la historia del movimiento obrero y de la izquierda. En los primeros dos números la sección estuvo dedicada a historiadores extranjeros como David Montgomery y Georges Haupt y en nuestra última publicación revisamos el trabajo del argentino Ricardo Falcón. En este número revisaremos la obra de historiador francés Pierre Broué, quien ha profundizado en la historia del movimiento obrero de diversos países en el contexto de gran particularidad que constituyen los procesos revolucionarios. Además, Broué se ha constituido con toda justicia en una autoridad en la historia de una corriente de la izquierda internacional, el trotskismo, aportando a restablecer el lugar que sus militantes ocuparon en el movimiento revolucionario internacional y que la disputa política e ideológica con el estalinismo en el marco del complejo desarrollo de la lucha de clases del siglo XX ha oscurecido incluso en ámbitos que se definen como especializados en la historia de las corrientes de izquierda.

Broué ha llevado adelante esta tarea comprometido no sólo con su profesión de historiador sino también con el objetivo político de dar a conocer las historias de los actores de la revolución y los militantes revolucionarios. En este camino nos ha legado una serie de investigaciones, estudios y documentos que develan historias que antes de su trabajo nos eran prácticamente desconocidas. En este compromiso militante no sólo no descuidó la rigurosidad de la tarea de reconstrucción histórica sino que además priorizó el trabajo colectivo impulsando publicaciones periódicas que reúnen las producciones de otros investigadores en temáticas diversas; así es como su obra cobró una notable magnitud expandiéndose a múltiples áreas temáticas y ámbitos de producción y debate.

En este trabajo nos abocamos a sus aportes en dos campos fundamentales. En primer lugar, sus estudios acerca de las revoluciones del siglo XX, que desde el materialismo histórico aportan no sólo al conocimiento de tales procesos sino también un método de interpretación para abordarlos en toda su complejidad. En segundo lugar, su interés en la actuación de los actores de las revoluciones lo llevó a incursionar en el estudio de las corrientes políticas de izquierda, elaborando una de las historias más detalladas del Partido Bolchevique ruso y de la Tercera Internacional. Este mismo interés lo llevó a profundizar en la historia de la corriente que enfrentó la burocratización de estas organizaciones comunistas al tiempo que cumplía un papel en los movimientos revolucionarios en diversos países: los trotskistas, ofreciendo en este campo de conocimiento su aporte más original. Con el abordaje de documentación novedosa, reconstruyó procesos históricos que ayudaron a reformular parte de la historia de la Unión Soviética y revelaron la presencia y la actuación de esta corriente en otros lugares del mundo.

Una época convulsionada: el acercamiento de Broué a la militancia y a la historia

Pierre Broué nació el 8 de mayo de 1926 en el sureste de Francia, en una familia de empleados públicos republicanos, dedicó su vida a la militancia y a la investigación histórica, las que eligió a muy temprana edad. Murió en Grenoble el 26 de julio de 2005.

Creció mientras se desarrollaban los procesos históricos más relevantes del siglo XX: el ascenso del fascismo, la huelga general de junio de 1936 en su país, la Guerra Civil Española y finalmente, la Segunda Guerra Mundial, que llevó a la ocupación de Francia por el ejército de Hitler. Estos eventos impactaron sobre Broué, para quien la comprensión de un mundo convulsionado impulsó, siendo aun un niño, su interés por la historia. “Siempre me sentí fascinado por la historia y leí muchos libros. Por ejemplo, sólo tenía catorce años cuando leí *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky. Me interesé por la guerra civil española, que no era lo que los papeles y libros de historia posteriores dijeron. Conocí a muchos jóvenes españoles de mi edad que me contaron sus experiencias. Nadie tomó estas experiencias en cuenta. Las historias oficiales están siempre escritas en tonos de blanco y negro, en lugar de ello, me decidí a escribir la historia con todas sus contradicciones. No perseguí una carrera académica, sin embargo, tenía que ganarme la vida, por lo que comencé a enseñar en escuelas secundarias, mientras escribía mis primeros libros. Más tarde, conseguí un buen trabajo en una Universidad. Aunque me gusta enseñar y hablar de la historia, nunca he tenido ninguna ambición académica, me he convertido en

profesor por casualidad” (Pelz, 1995). Quien le acercó aquel libro de Trotsky y ejerció sobre Broué una gran influencia fue su profesor del liceo Élie Reynier, historiador y militante sindical y pacifista, quien había sido expulsado del Partido Comunista Francés en 1923, una figura en el mundo de la educación laica en Ardèche; muy familiarizado con la nueva escuela histórica académica de la revista *Annales*, le abrió su biblioteca, prestándole libros de Marc Bloch, Lucien Febvre y Georges Lefebvre.

Las experiencias de un mundo en guerra, las vivencias de los jóvenes españoles que vivieron la revolución y los libros que le acercaron herramientas para explicar ese mundo, definieron su vocación por la historia. Tempranamente, esas experiencias ajenas se transformaron en vivencias personales al decidir su participación en la Resistencia francesa cuando sólo tenía dieciséis años: “Me di cuenta, sobre todo, que los oficiales conservadores gaullistas, que nos dirigían y entrenaban, eran anticomunistas y por lo tanto muy hostiles a los trabajadores [...] Dentro de las filas de la Resistencia había gente que quería restaurar la vieja Francia imperial y colonialista, mientras que otros, socialistas y comunistas, soñaban con transformar Francia y el mundo en sociedades fraternales, iguales y libres. Por supuesto, yo estaba con los últimos. [...] un trabajador de veinte años –nunca supe su nombre– que fue condenado a muerte por Vichy, decidió enseñarme las «lecciones» de marxismo: la historia como lucha de clases, la importancia y significado de la Revolución Rusa y demás. Después de esta educación, decidí que yo era un marxista” (Pelz, 1995). Mientras definía en qué campo de las fuerzas sociales en pugna se ubicaría, ingresaba al Partido Comunista Francés, con el que rápidamente entraría en conflicto frente a la cuestión del “internacionalismo”, delineando ya un perfil que el joven Broué imprimiría también a sus intereses históricos. En enero de 1944 el grupo de la UEC (Unión de Estudiantes Comunistas) en el liceo Henry IV, del que era organizador, propuso distribuir un panfleto en alemán en los barracones del ejército. Broué rechazaba el nacionalismo antialemán de los estalinistas, expresado en la consigna: “à chacun son boche” (“a cada cual su alemán”) y respondía “a un oficial o a un miembro de la SS, pero no a un soldado o un trabajador”. Fueron expulsados Broué entró en contacto con un camarada trotskista y a partir de allí y durante cuatro décadas militó en uno de los partidos de esta corriente en Francia, el PCI, Partido Comunista Internacionalista, uno de cuyos dirigentes más importantes fue Michel Pablo. Más adelante, la ruptura que se produjo en la organización trotskista internacional, la Cuarta Internacional en 1953, y las divergencias que previamente se habían producido en el partido francés, dieron origen en Francia a la Organización Comunista

Internacionalista, OCI, dirigida por Pierre Lambert, de la que formó parte Broué hasta 1989.¹

El acercamiento a la historia en el contexto convulsivo de la década del 30, su experiencia en las filas de la Resistencia siendo un adolescente, su ingreso al PC, la ruptura y su incorporación a las filas de un pequeño partido de la izquierda francesa en plena guerra mundial, constituyen en sí mismo un itinerario fascinante pero fue sólo el inicio de una trayectoria que transformó a Pierre Broué en un historiador de las principales revoluciones del siglo XX y quien asumió la tarea de restablecer el lugar histórico de la corriente en la que militaba, iluminando así aristas desconocidas de la historia de una corriente de la izquierda internacional.

Broué se convirtió en uno de los organizadores de la juventud del partido mientras cursaba el profesorado y a comienzos del año académico 1948 tomó un cargo como profesor asistente en la Escuela de Nyons en Drôme. En el verano de 1950 fue parte del viaje de militantes del PCI y otros sectores europeos de la Cuarta Internacional a Yugoslavia, donde trabajó en los campos de trabajo de voluntariado. Desde 1950 se convirtió en el supervisor de pasantías en la École Nationale Professionnelle en Voiron en el Isère, a partir de enero de 1951 en el colegio Vaucanson de Grenoble. Estos cargos le proporcionaron la estabilidad profesional que le permitió participar en la actividad sindical como representante de la sección de los supervisores de pasantías del SNET (Unión Nacional de Educación Técnica, afiliado a la Federación Nacional de Educación), un medio en el que había muy poco trabajo sindical hasta entonces. En estos años escribió su Diplomatura de Estudios Superiores dedicado a un historiador de la Revolución Francesa de Ardèche, Paul Mathieu Laurent, conocido como “de l’Ardèche”, y titulada *Un Saint-Simonien dans l’arène politique: Laurent de l’Ardèche, 1848-1852*. En esta época escribió también su primer folleto político para el PCI, dedicado a la revolución en Bolivia, bajo el seudónimo de Pierre Scali (Broué, 1954) y obtuvo un puesto como ayudante de profesor en el Collège de Beaune, en la Côte d’Or, donde se estableció con su segunda esposa, Simone Pleynet, también una activa militante. Desde 1956 fue profesor en París.

Combinando sus estudios de historia y sus primeros trabajos académicos con la elaboración política, la militancia sindical y la organización de su grupo, Broué encaró el estudio de un proceso revolucionario que

1. La trayectoria de Pierre Broué estuvo íntimamente ligada a la vida de la corriente de la que formó parte. Como intentamos mostrar en este artículo, su producción expresó su relación política con el trotskismo, aún después de abandonar la organización. Sin embargo, las vicisitudes por las que atravesó la relación del historiador con esta corriente es un tema que excede nuestros objetivos aquí.

se desarrollaba ante sus ojos y que lo puso en el camino de la indagación en torno a algunas de las revoluciones más importantes del siglo.

Broué se forja como un historiador de las revoluciones

Una nueva tarea militante dio lugar a un estudio acerca de las llamadas “revoluciones políticas” contra los regímenes estalinistas en los países del este. En 1956 Broué y Claude Bernard trabajaron para descifrar los despachos de prensa del Partido Comunista británico en la Revolución de los consejos obreros húngaros escritos por un periodista del Partido Comunista, Peter Fryer, quien había observado a la población trabajadora de la pequeña ciudad de Magyarovar linchar al jefe de la policía política que había comandado el asesinato de once manifestantes. Fryer envió este telegrama: “No fue una contrarrevolución organizada por los fascistas y contrarrevolucionarios, fue el levantamiento de todo un pueblo en el que participó la base comunista, contra una dictadura policial disfrazada de dictadura socialista, apoyada por las fuerzas armadas soviéticas” (Présuney, 2006). Este telegrama fue censurado por el PC, Peter Fryer rompió con el partido y publicó un libro que comenzó con un relato de la lucha en Magyarovar. Es a partir de este trabajo en el terreno realizado sobre los comunicados de prensa y publicaciones en Hungría que Broué escribió bajo el seudónimo de François Manuel su folleto *La révolution hongroise des conseils ouvriers* (Broué, 1957).²

Más tarde colaboró, episódicamente, con una pequeña revista de izquierda, *Arguments*, creada por intelectuales como Edgar Morin, quien recientemente había sido expulsado del PCF, en el marco de la cual se dieron fructíferos diálogos entre intelectuales de diverso origen. Así, la obra histórica de Broué empezaba a forjarse entre las colaboraciones con militantes históricos de distintas corrientes. Mientras tanto, se convertía en una pieza clave de la política de creación de grupos más amplios, como el Comité de Enlace y Acción por la Democracia Obrera, CLADO, agrupación formada en base a la defensa de los militantes independentistas argelinos así como los combatientes antiestalinistas húngaros. Broué era el editor del periódico de la CLADO, *La Commune*, del que aparecen seis números hasta febrero de 1958 y sumó a Marceau Pivert, el joven Michel Rocard y parte de los estudiantes e intelectuales que habían roto con el estalinismo, como Edgar Morin y Jean Duvignaud (Présuney, 2006).

2. A través de este trabajo de análisis político y teórico y de la solidaridad con los militantes de refugiados entró en contacto con Balázs Nagy, uno de los organizadores del Círculo de estudiantes que había estado en el origen del movimiento del 56, que se convertiría en “Varga”, una figura importante en la organización.

En los primeros años 60 Broué escribió sobre la revolución alemana, el partido bolchevique y los procesos de Moscú, a los que nos referiremos más adelante, y continuó su militancia sindical. Se estableció en Grenoble a partir de 1965-1966, como profesor de Historia Contemporánea de la IEP (Institut d'Études Politiques). Su primer trabajo oficialmente académico fue reeditar, prologar y anotar *Histoire de la Fédération unitaire de l'enseignement des origines à l'unification de 1935*, escrito por el núcleo de la antigua Federación (Bernard, Bouet, Dommanget, Serret). Desde el Sindicato Nacional de Educación Secundaria (SNES) desplegó su militancia sindical y fue su representante en Grenoble durante los acontecimientos de mayo de 1968. Durante la huelga general jugó un papel dirigente en el amplio movimiento sindical y en la organización de una contramanifestación de 30.000 personas después del famoso llamamiento reaccionario de Charles De Gaulle. Fue sin duda un momento culminante, con reuniones diarias en el local del SNES cuyo liderazgo acababa de ser recuperado de manos de los estalinistas y manifestaciones masivas de estudiantes y jóvenes en las que Broué habló con regularidad.

El período entre 1968 y 1975 fueron años de gran actividad y creatividad, completó y defendió su tesis y publicó una serie de grandes proyectos de Éditions Minuit, mientras jugaba un rol central en la construcción de su organización política en Grenoble y la región.

Broué había estado trabajando en la revolución española desde 1948, en un momento en que la memoria de los refugiados de 1939 todavía estaba fresca. Este trabajo dio como fruto *La révolution et la guerre d'Espagne* escrito junto con Émile Témime y publicada en 1961. Escribió la primera parte que desarrolla la revolución hasta ser aplastada en la España republicana; Témime, que más tarde fue el historiador de la migración en Marsella, escribió la segunda parte sobre la guerra contra el franquismo. La formación de Broué en el trotskismo dio sus frutos en esta obra: la mecánica de la "revolución permanente", desarrollada por León Trotsky, como método de interpretación del proceso histórico, le permitió desentrañar la dinámica profunda de la revolución y la acción de las fuerzas sociales en juego. *La revolución y la guerra en España* resulta así un libro conmovedor que desarrolla la dinámica de un proceso revolucionario que fue derrotado "desde adentro": el objetivo de los comunistas de consolidar un gobierno republicano, a través del Frente Popular, en lugar de profundizar la revolución, abrió el camino a la derrota de la República y la victoria de Franco.

Broué enfrentó las visiones historiográficas difundidas sobre la guerra civil planteando una interpretación marxista fundamentada en el desarrollo mismo del proceso histórico y un análisis riguroso de los documentos, pero tenía un fin: "Hemos querido, contra la ignorancia,

el olvido, la falsificación, volver a dar a esta lucha el rostro más verídico posible, desprenderla de la leyenda que, precozmente, la ha sepultado.” (Broué, 1961: 7, ed. en castellano) Una de las “falsificaciones históricas” a la que pretendía responder es aquella que descarga la responsabilidad de la derrota de las masas españolas sobre ellas mismas y su ímpetu revolucionario y no sobre los partidos que paralizaron o aplastaron el movimiento revolucionario. Se trató también de uno de los primeros estudios que resquebrajaron la “leyenda” de la unidad “antifranquista” sacando a la luz la persecución de la que fueron objeto ciertas alas de los revolucionarios, en particular los identificados con el trotskismo. En un trabajo posterior *La Révolution espagnole (1930-1939)* publicó un estudio y un apéndice de documentos en el que examinó las diferencias entre el POUM y Trotsky (Broué, 1973).

Broué hizo un profundo análisis de la revolución alemana en una obra que apareció en 1971, *Révolution en Allemagne (1917-1923)*, trabajo que fue su tesis y que expuso el complejo proceso revolucionario que se desarrollaba en el corazón de Europa occidental. Con este trabajo, que en realidad se inició en 1957 y que había obligado a su autor a aprender a leer en alemán sobre la marcha para investigar los archivos, Broué enfrentó a figuras de la academia en un jurado con un presidente hostil: Annie Kriegel, quien había sido estalinista y se había convertido en una militante de la derecha gaullista (Présumey, 2006). El recuerdo sobre la defensa de su tesis permite avizorar el aspecto más agudo de su investigación. El historiador Jacques Droz, después de alabar el trabajo, le hizo el siguiente cuestionamiento: si en algún momento había existido en Alemania una situación revolucionaria real, si la idea de la revolución en este país no era un sueño y, por lo tanto, si la socialdemocracia no había tenido sus razones para buscar la máxima ventaja política y social, ¿podría en ese caso su política considerarse una traición? Broué transcribió así su respuesta: “Para Droz: reconozco sus críticas generales y que yo debería haber profundizado en el equilibrio de fuerzas, ya que estudié sobre todo a los comunistas en este período [...] Finalmente le dije que si la revolución en Alemania era un sueño, entonces la lucha contra la barbarie también lo es y me niego a creerlo”.³ Al demostrar, a través de hechos, relatos, biografías y el análisis del proceso histórico y el juego de fuerzas que se desplegó en el escenario de la Alemania de la Primera Guerra y la posguerra, la realidad de una confrontación revolucionaria en el corazón industrial de Europa, frente a una extre-

3. Broué relata estos hechos en un texto inédito. Fue publicado por *Cahiers La Brèche*, con una introducción, notas y comentarios de Vincent Présumey en marzo de 2004 con el título: *Un texte inédit de Pierre Broué: sa soutenance de thèse*. El texto fue hallado en un ejemplar de *Revolución en Alemania* regalado por Broué a Présumey, en él vuelca sus recuerdos del momento de defensa de su tesis.

madamente sofisticada burocracia estatal en un país con muy densas tradiciones culturales, Broué había demostrado que la revolución no podía ser tratada como exótica y los problemas surgidos para los comunistas revolucionarios alemanes entre 1918 y 1923 seguían vigentes para los militantes de Europa Occidental.

El debate historiográfico que entabló allí es ilustrativo de este núcleo central de la obra de Broué: mostrar el carácter revolucionario del proceso alemán junto con el análisis de la política desarrollada por las direcciones del movimiento obrero. Discutió en su obra contra la visión que sostenía que los hechos alemanes no fueron “más que un intermedio turbulento, cuya causa debía buscarse en la crisis pasajera de desequilibrio nervioso engendrada por las privaciones físicas de la guerra y el derrumbe físico consecutivo a la derrota y al desplome del Reich”, ya que el trabajador alemán había comprendido la “diferencia fundamental que separaba Alemania de Rusia, y presintió la catástrofe irreparable que hubiera supuesto para Alemania, país de gran industria organizada científicamente, la realización repentina del comunismo integral” (Broué, 1971: 4, ed. en castellano). El advenimiento de la “catástrofe” del nazismo en este país alcanzaría para remarcar la necesidad de escapar de las explicaciones que otorgan a las particularidades nacionales y culturales un valor explicativo absoluto. Por el contrario, Broué consideró el complejo entramado que da lugar a las revoluciones, en el curso de las cuales se producen “cambios de orientación de amplias masas, acrecentadas éstas sin cesar por centenares de miles de personas, que despiertan a la vida política. Su experiencia, formada sólo en algunas semanas, exige reflejos rápidos por parte de las organizaciones políticas que aspiran a utilizar esas masas, y sobre todo una gran claridad de análisis. Pero en la Alemania de 1918 las posiciones de los partidos obreros y las de las corrientes que se enfrentan en su seno, contribuyen más que nada a incrementar la confusión” (Broué, 1971: 126, ed. en castellano). En una concepción tributaria de los análisis de Trotsky, sobre todo de su *Historia de la Revolución Rusa*, Broué estableció las coordenadas que permiten explicar un proceso revolucionario aun en el “avanzado” proletariado alemán, así como analizar la política de los partidos de la clase obrera y su papel central a la hora de explicar el desarrollo y sus resultados.⁴

4. Broué ha estudiado otros procesos revolucionarios, así por ejemplo, en *La primavera de los pueblos comienza en Praga* (1969) analizó el levantamiento antiestalinista de Checoslovaquia de 1968.

La fundación del Institut Léon Trotsky. El estudio de los archivos de Trotsky en Harvard. Los *Cahiers*

Los años siguientes fueron dedicados por Broué a la tarea de impulsar la publicación de obras de Trotsky y dar forma a una revista que le permitiera difundir diversas elaboraciones sobre la historia de los trotskistas en distintos lugares del mundo. En 1977 fundó el Instituto León Trotsky, presidido inicialmente por Marguerite Bonnet, y asoció a académicos como Michel Dreyfus (hasta 1985), Jean Risacher, compañero de militancia y colega de Broué en el Instituto de Estudios Políticos, Jean Paul Joubert, además de ponerse en contacto con Esteban Volkov, el nieto de Trotsky. En 1978 comenzó la edición de las *Oeuvres*, que abarcó veintisiete tomos, veinticuatro de los cuales incluyen escritos de Trotsky entre los años 1933 y 1940 y tres tomos que abarcan los años 1928-1929. Con la edición de las *Oeuvres*, Broué se propuso completar la serie de los *Writings*, los escritos de Trotsky publicados por Pathfinder Press (Nueva York, 1974) y en castellano por Editorial Pluma (Bogotá, 1977). Este material incluye gran parte de los textos producidos por Trotsky que no formaron parte de sus libros, correspondencia, artículos, entrevistas, publicaciones en revistas y periódicos, etc., ampliados significativamente a partir del acceso a la sección secreta de los archivos de Trotsky. En 1979 inició la publicación de la revista del Instituto, los *Cahiers Léon Trotsky*.

El primer número de *Cahiers* dio impulso a uno de los objetivos que Broué empezó a definir: la difusión de las corrientes del trotskismo, sus militantes y sus organizaciones publicando las actas de la Conferencia de Fundación de la Cuarta Internacional en 1938 y las biografías de colaboradores cercanos de Trotsky. En el segundo número de *Cahiers* Pierre Naville publicó un artículo sobre el asesinato de Rudolf Klement, colaborador de Trotsky y pieza clave en los preparativos de la fundación de la internacional. El tercer número fue especialmente dedicado a los Juicios de Moscú, avanzando en otro de los temas que fue objeto de estudio de Broué y que había desarrollado en su libro *Les procès de Moscou* publicado en 1964 dando forma a otro de los ejes centrales de su tarea como historiador: desnudar la política estalinista de persecución de la vieja guardia bolchevique.

A fines de la década del 70 Broué planificó su viaje a los Estados Unidos para acceder a la mayor parte de los archivos de León Trotsky que se encontraban en la Houghton Library de la Universidad de Harvard, pues en 1980 se cumplía el tiempo establecido por Trotsky para proteger a sus camaradas y podía darse a conocer su "sección cerrada". Los hallazgos se complementaron con otros archivos, como los expedientes Sedov encontrados por Jean Van Heijenoort (quien fuera secretario

de Trotsky y que brindó una gran ayuda a Broué en esta tarea) en la Universidad de Hoover, entre los papeles de la viuda del historiador menchevique Nicolaievsky, y el trabajo de estudio de esta totalidad fue una tarea enorme que comenzó con seis jóvenes investigadores en los primeros meses de 1980. Esta tarea dio mayores frutos de lo esperado y permitió hacer un aporte notable a la historia de la Unión Soviética, del estalinismo y, particularmente, de los trotskistas. Pierre Broué y Jean Paul Joubert establecieron que los contactos de Trotsky en la URSS hasta la mitad de la década de 1930 fueron más significativos de lo que se había pensado, que la posición de Stalin había sido seriamente debilitada en varios aspectos, particularmente hacia 1932 y entre 1934-1935 y que los procesos y las purgas de 1936-1938 no podían ser considerados sólo como una crisis de un tirano masacrando a sus enemigos reales y supuestos, sino como una serie de actos de una guerra civil contra adversarios reales. Establecieron que las víctimas de los procesos de Moscú eran una fuerza en la Unión Soviética que podría haber sido capaz de unir a los trabajadores contra la burocracia, incluso hasta su eliminación. Como veremos, esta constatación dio lugar al desarrollo de una diversidad de temas y una amplísima producción.

Estos archivos le permitieron también escribir un pequeño libro, *L'assassinat de Trotsky* y, sobre todo, reconstruir la historia de las luchas llevadas a cabo por los trotskistas en los campos y los “aislamientos” cuya culminación fue la obra *Communistes contre Staline: massacre d'une génération* (2003). Al mismo tiempo, permitió alimentar sucesivos ejemplares de *Cahiers* en los que se dieron a conocer los resultados de esta investigación: en el número 6 de 1980 y el número especial 7-8 de 1981, bajo el título “Los trotskistas en la Unión Soviética” se presentaron elaboraciones y documentos que develan la actuación de dirigentes de la Oposición de Izquierda, la organización dirigida por Trotsky, en la URSS. El estudio de la actuación de los “oposicionistas” se vio enormemente enriquecida por la apertura de los archivos rusos, como trataremos más adelante.

Los *Cahiers Léon Trotsky* expresaron avances en múltiples áreas de investigación, particularmente los movimientos trotskistas en diversos países y regiones. Así, el trotskismo mexicano, los orígenes de la Oposición de Izquierda en Brasil, los trotskistas cubanos, documentos de la Oposición sobre América Latina, aportan elementos para profundizar la historia del trotskismo en este continente (Broué, 1982b); el nacimiento de la Oposición de Izquierda en China y la biografía de algunos de sus más importantes representantes (Broué, 1983a, 1988b); el movimiento trotskista en la India e Indochina, también son temas desarrollados en la publicación del Instituto (Broué, 1985a, 1989b, 1996c).

La actuación de los trotskistas durante la Segunda Guerra Mundial

fue un tema que se vio beneficiado con la publicación de los papeles del exilio de 1939-1940. Broué se convenció, por ejemplo, de que Trotsky había empezado a concebir la política revolucionaria durante la Segunda Guerra Mundial en los nuevos términos que resumió en la fórmula de la Política Militar Proletaria: el rechazo de cualquier forma de pacifismo que conduciría a la colaboración con la burguesía (como con Pétain en Francia) y, conforme a la “militarización de la sociedad”, la preparación de la lucha armada contra los ocupantes fascistas sin rendirse al chovinismo y sosteniendo la perspectiva internacionalista. Muchos de los textos de Trotsky que muestran estas elaboraciones quedaron sin terminar, interrumpidos por su asesinato. Estas reflexiones y hallazgos nutren el importante número de *Cahiers* titulado “Los trotskistas en la segunda guerra” (1985b),⁵ seguido de otros dos sobre el mismo tema (1989a y 1990). Allí, Jean Paul Joubert escribió sobre el derrotismo revolucionario y Broué sobre las posiciones de Trotsky, además de presentar documentos sobre la “cuestión nacional” de Marc Loris (Van Heijenoort), del Socialist Workers Party (SWP), el partido norteamericano de la Cuarta Internacional, y del Comité Ejecutivo Internacional de esta organización (Broué, 1985b).

Los archivos rusos y la biografía de Trotsky

La apertura de los archivos del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la Comintern durante la *perestroika* fueron sin dudas una fuente privilegiada para los objetivos de restablecer el papel de los trotskistas en la Unión Soviética y profundizar en el conocimiento de estas áreas en las que ya había incursionado con el acceso a los archivos de Trotsky. Uno de los resultados de estas investigaciones fue la biografía de Trotsky que apareció a fines de 1988. Este libro explora la vida del dirigente ruso y su papel en la revolución y en el Estado obrero y profundiza en los años del exilio y de la vida política de la Cuarta Internacional que se estaba formando y se detiene en la personalidad del revolucionario. Mientras debate con algunos aspectos de la única biografía existente al momento de la aparición de su *Trotsky*, la de Isaac Deustcher,⁶ Broué se ocupó de echar por tierra determinadas tergiversaciones construi-

5. Traducido al castellano por el Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones (CEIP) “León Trotsky” fue publicado en *Cuadernos* N° 1 en agosto de 2000 en Buenos Aires. El artículo de Jean Paul Joubert también fue traducido por el CEIP y publicado en el *Boletín* N° 1 del CEIP de abril de 2003.

6. Deustcher publicó su biografía de León Trotsky en tres volúmenes: *El profeta Armado* (1954), *El profeta desarmado* (1959) y *El profeta desterrado* (1963), para la elaboración del tercer tomo contó con la autorización de la viuda de Trotsky, Natalia Sedova, para acceder a los archivos de Trotsky en la Universidad de Harvard.

das por el estalinismo, que una historiografía desatenta a una de las figuras centrales de la izquierda y de la vida política del siglo XX dejó pasar o alentó.

El debate con otras visiones, que Broué demuestra en muchos casos como falsificaciones, lo llevó a profundizar en otros momentos de la vida de su protagonista a lo largo del libro. Volvió así a las diferencias entre Lenin y Trotsky de comienzos del siglo XX, documentando las polémicas con gran detalle. Dedicó especial interés al papel militar de Trotsky en la guerra civil, la fundación del Ejército Rojo y las negociaciones de Brest-Litovsk, basándose sobre todo en los escritos compilados en *Cómo se armó la revolución*,⁷ pero configurando un panorama notable de un proceso poco conocido y también objeto de controversias, que derivó en la derrota militar de la contrarrevolución.

La etapa 1922-1926 y especialmente después de la muerte de Lenin, ha sido también un período polémico, ya que culminó en la afirmación de la camarilla estalinista. Deutscher, al abordar este período, tendió a acentuar los errores cometidos por Trotsky y el relato de su conducta se basó en gran medida en factores de orden psicológico. Broué, desde una comprensión más profunda de los diversos conflictos en el seno del Partido Bolchevique, la Internacional Comunista y la Unión Soviética en el momento, logró una imagen más compleja de la realidad. Poner el acento en las maniobras que Trotsky pudo o no hacer en su enfrentamiento con Stalin al interior del partido ignora el hecho de que la principal amenaza que enfrentaba la Revolución Rusa era el crecimiento de la burocracia que éste representaba, producto del atraso económico ruso y el retraso de la revolución internacional, y que por lo tanto se trataba de un proceso que reconoce causas mucho más profundas que las decisiones individuales y los enfrentamientos personales.

Una etapa clave para Broué y que es un eje de su debate con Deutscher hace a la política de construcción de una nueva internacional. Deutscher se sintió atraído por las ideas de la Oposición de Izquierda y se convirtió en un miembro de la sección polaca del Movimiento por la IV Internacional a partir de 1936; sin embargo su visión era que no había oportunidades políticas para la fundación de la Cuarta Internacional. Esta posición influyó en buena medida en las conclusiones de esta etapa desarrolladas en el tercer tomo de su trilogía, *El profeta desterrado*, al punto de deslizarse hacia una visión de la inevitable derrota de Trotsky en su lucha contra Stalin; el conjunto del enfoque de Broué intenta escapar de una visión de “inevitabilidad” en la historia procurando

7. La traducción al castellano de una selección de estos escritos fue realizada por el CEIP de Argentina y publicada en *Cómo se armó la revolución, escritos militares de León Trotsky*, Ediciones IPS-CEIP, Buenos Aires, 2006.

establecer un adecuado equilibrio entre las condiciones objetivas y la voluntad de los sujetos. Esta visión da relevancia a uno de los puntos más fuertes del libro: la enorme cantidad de datos biográficos y su gran atención a las vidas y las luchas de los compañeros de trabajo de Trotsky. Las páginas están llenas de los nombres de los militantes muertos, para la mayoría de los cuales Broué ha sido capaz de proporcionar una breve biografía. Este interés en las personas que impregna todo el libro puede verse también en la forma en que pone a Trotsky en el contexto de su tiempo. Así nos enteramos de que el surrealista Man Ray visitó a Trotsky en Prinkipo, y que el actor de cine Edward G. Robinson viajaba regularmente a Coyoacán. Naturalmente, la personalidad que domina el libro es la del propio Trotsky y aquí, su amistad personal con su secretario Jean van Heijenoort, junto con una lectura atenta de los escritos de Natalia Sedova y Max Eastman, le permitieron tejer en el relato una visión más humana de su sujeto, a quien muestra como una persona de gran calidez, humor y emoción.

Como dijimos, el estudio de los archivos rusos nutrió gran cantidad de investigaciones, algunas las hemos referido al revisar las publicaciones de *Cahiers* y otras fundamentaron los estudios sobre los “oposicionistas”, pero un apartado especial merece la reconstrucción que realizó Broué del papel desempeñado por el joven hijo de Trotsky, León Sedov. Pudo demostrar su rol central en la construcción de la Oposición de Izquierda y especialmente sus vínculos con la organización en la Unión Soviética, y en ese camino, reafirmó la hipótesis de su asesinato a manos de agentes de la GPU (Broué, 1983b, 1993a, 1997c).

Los “oposicionistas”: develando la historia de la corriente trotskista internacional

La figura de Khristian Rakovsky, dirigente de la Oposición y amigo personal de Trotsky, fue objeto de estudio en 1984 y 1994, cuando Broué esbozó elementos de su biografía, publicó documentos de las intervenciones y declaraciones de Rakovsky y cartas entre éste y Trotsky (Broué, 1984, 1994a). En 1996 publicó la biografía de este revolucionario *Rakovsky, ou La révolution dans tous les pays*. La investigación acerca de esta figura implicó un nuevo hallazgo histórico además de una satisfacción personal para su autor al restituir la verdadera dimensión de esta personalidad revolucionaria opacada por su capitulación frente al estalinismo. Así contaba este “descubrimiento” Broué:

Este valiente parecía haberse quebrado cuando, en 1934, luego de siete años de prisión en condiciones materiales espantosas, “capituló”, aunque en términos mucho menos des-

honrosos de lo que se ha dicho [...] Al principio, Trotsky no había creído que Rakovsky capitulaba verdaderamente. Pero en Moscú, salió a la luz su proceso, “confesó”, no fue condenado a muerte. Luego se calló. Trotsky tenía dudas, más que dudas... Como todos aquellos que han gastado sus ojos en viejos papeles de archivos, mil veces, con las mismas preguntas dando vueltas en la cabeza, yo tenía elementos: las tachaduras de Trotsky sobre la biografía de su amigo, que finalmente no había editado, también lo que había escrito espontáneamente, y luego tachado por precaución y cuidado hacia su amigo, nombres de camaradas que lo habían conocido en el exilio y que habían sido fusilados. Era un fárrago y durante mucho tiempo no pude hacer nada; una lista de nombres de personas y de lugares. Pero todo cambió bruscamente cuando me encontré, en Alemania, con una joven mujer de 90 años, antaño compañera de un secretario de Trotsky, militante de la Oposición de Izquierda, Genia Gershonskaia. Ella, en honor a la memoria y el cariño por esos muertos que eran seres tan queridos para ella, ordenó mis conocimientos, los puso en su lugar e hizo un todo coherente y articulado. (Broué, 2000b)

Este hallazgo estaba en relación con el descubrimiento de la “red Rakovsky-Wolfson”: Rakovsky logró conservar relaciones con el centro de deportados de Biisk y, por intermedio del “centro” de Moscú, él mismo se comunicaba con León Sedov: Gershonskaia le había llevado personalmente el correo de Biisk a Barnaul; a la cabeza de esta red estaba un joven comunista ucraniano, Lipa Wolfson. A fines de 1933, la “red” fue decapitada. Considerando que Wolfson y sus compañeros fueron condenados a penas insignificantes para los crímenes de alta traición de que eran acusados, Broué creyó tener los elementos para sustentar la hipótesis de que Rakovsky vio posible negociar con la GPU: le prometió una “declaración” de apoyo al régimen stalinista amenazado por los nazis de Hitler. Sin embargo, estando en prisión, se enteró de que Stalin había hecho fusilar a Wolfson y a sus jóvenes camaradas; por eso también Stalin asesinó a Rakovsky y ordenó que su cadáver cortado en pedazos fuera tirado a los lobos, en el bosque cerca de Orel (Broué, 1994a, 1994b).

Las historias de otros “oposicionistas”, seguidores de Trotsky en su lucha contra la burocracia estalinista, menos conocidos, han sido develadas por la paciente tarea de Pierre Broué. Después del número 6 de *Cahiers* de 1980 dedicado a “Los trotskistas en la Unión Soviética” varios números fueron destinados al estudio de la Oposición de Izquierda internacional y en particular a la Oposición en la URSS. Estos estudios

fueron compilados en el trabajo *Los trotskistas en la URSS*⁸ y en 2003 dio origen al libro *Los comunistas contra Stalin*.

La historia de la Oposición implicó en buena medida la historia de la persecución estalinista y el encierro de los trotskistas en los campos de “aislamiento”. El mayor ejemplo se dio en Vorkuta: allí los opositores dieron una muestra más de la tenacidad, capacidad de organización y resistencia en las más extremas condiciones de detención, que justificaron el calificativo de “los irreductibles”. La imposibilidad de obligarlos a capitular decidió a la burocracia a organizar el asesinato masivo: fueron necesarios dos meses para ejecutar con ametralladoras, en un claro cerca de la fábrica de ladrillos de Vorkuta, por grupos de cincuenta por día, a todos los que habían sobrevivido en ese campo. Tal persecución y masacre se explica por otro de los aspectos que Broué se concentró en demostrar: el peso político de la Oposición de Izquierda en la Unión Soviética (Broué, 1980c), por eso, durante años, estudió a la Oposición en la URSS, sus análisis, su línea de acción, las batallas que dieron, sus derrotas y sus éxitos, los hombres, los *oppositionalneri*, y realizó los estudios estadísticos sobre su composición social, por edad, por nacionalidad.

En sus últimas publicaciones sobre el tema aportó nuevos elementos. Estos elementos tendían a demostrar que la Oposición de Izquierda era la única tendencia que existió agrupada entre 1923 y 1938, con miles de miembros activos. Las cifras de Broué demostraron que la Oposición fue la organización de la juventud obrera y se renovaba con la llegada de nuevas generaciones en un fenómeno bien articulado, ya que en 1934-1935 llegaron jóvenes que no tenían aun 20 años y hacían agitación en las fábricas, en las grandes empresas del Donets o de Ucrania (Broué, 1996b). Fue para Broué un acontecimiento capital el regreso del grupo Smirnov (más de doscientos viejos cuadros del partido) a la actividad opositora y el contacto retomado por él con Sedov, la Oposición Internacional y Trotsky en persona. Estas informaciones imponían escribir de nuevo la historia de fines de los años 20 y comienzos de los 30. La Oposición fue presentada por la historiografía tradicional como formada por un puñado de viejos bolcheviques que se quebraban rápidamente. La conclusión de Broué fue contundente: la Oposición de Izquierda era la única fuerza susceptible de organizarse y de desarrollarse en el transcurso del primer lustro de los años 30 y por lo tanto de constituirse en alternativa frente al proceso de burocratización de la Unión Soviética.

8. Este trabajo fue traducido al castellano con autorización de Broué y publicado por el CEIP León Trotsky en *Cuadernos* N° 15.

De la historia del Partido Bolchevique a la historia de la Internacional Comunista

En 1963, fue publicado *Le Parti bolchevique*, una obra sustentada en una abundante y novedosa documentación que recorre la historia del partido ruso cruzada por los procesos de la lucha de clases, la revolución, la guerra, el ascenso y la afirmación del estalinismo y la transformación del partido que dirigió la revolución rusa en la burocracia que erigió un aparato de represión que tuvo como uno de sus blancos fundamentales a la oposición trotskista, como vimos, objeto central de estudio de Broué, constituyendo un notable aporte al estudio de este partido.

Sin embargo, la metodología abordada en este trabajo ha sido superada en su posterior obra sobre la Tercera Internacional. Interesa destacar en relación a este estudio, el enfoque que Broué aporta para el estudio de las corrientes políticas:

Hemos tratado ante todo de reconstruir un movimiento histórico adoptando como punto de vista general la única hipótesis metodológica verdaderamente fecunda para un trabajo histórico, a saber, la de considerar el hecho tan obvio y tan olvidado de que nada estaba realmente “escrito” de antemano, que sin embargo, tal movimiento resultaba históricamente necesario y que el nacimiento del partido bolchevique no era ni un accidente ni un mero fruto del azar, pero también que su victoria o su derrota en 1917, su pleno y fecundo desarrollo o su posterior degeneración estaban en ambos casos hondamente arraigados en las realidades de la época. (Broué, 1974: 5, ed. en castellano)

Así, la investigación de Broué acerca de las organizaciones políticas se propuso establecer la compleja relación entre las condiciones objetivas y el peso de la voluntad de los sujetos: en esta relación se define el desenvolvimiento y el destino de estas organizaciones. Este enfoque, expresión de un punto de vista y un método de análisis marxistas, le dio una dimensión justa al papel que otorgó a la actividad de los individuos y los grupos, las disputas políticas y los debates ideológicos, la intervención en el terreno de la lucha de clases, el impacto de las condiciones sociales y culturales en que se desarrollaron y, en el cruce de estos factores, se encuentra la explicación de la transformación del partido revolucionario en el aparato burocrático controlado por el estalinismo demostrando que éste no fue la continuidad del partido revolucionario sino producto de las condiciones que lo transformaron en su contrario.

Como continuidad y superación de esta obra pero contando ahora

con la enorme fuente documental que constituyeron la sección cerrada de los archivos de Trotsky en Harvard y, fundamentalmente, los archivos rusos, en 1997 Broué publicó *Histoire de l'Internationale Communiste*; un libro monumental, una "suma de historias" que constituyen un todo coherente que ilumina acerca del complejo proceso de construcción de la Tercera Internacional y de su burocratización hasta su disolución en plena guerra mundial. Después de haber sido el historiador de las revoluciones y luego el biógrafo de revolucionarios, Pierre Broué se convirtió en el biógrafo de un colectivo, es decir, una biografía simultánea de cientos de militantes (Présumey, 2006).

Se trata de una obra de más 800 páginas escrupulosamente documentada, que contiene una cronología detallada, una extensa bibliografía y un índice con información biográfica de virtualmente cada individuo que desempeñó un papel en la historia. Contiene dos anexos con información valiosísima para cualquier investigador y para todo lector que habla una vez más de la amplia generosidad del historiador: nos informa de alrededor de nueve mil seudónimos y otro anexo incluye unas mil biografías. Broué ha proporcionado no sólo una narrativa apasionante, sino una obra de referencia, que será indispensable para cualquier persona que trabaje en el campo, volcando en ella la información hallada en su búsqueda en los archivos. Además de concentrarse en los países clave de la Europa Central y Occidental, que decidieron el destino de la oleada revolucionaria posterior a 1917, incluyó un extenso material de otras partes del mundo y una contabilidad completa del desarrollo del comunismo revolucionario y del estalinismo, tanto en Asia como en América Latina. En la última parte del libro, que trata de la Comintern estalinista, si bien muchos de los procesos reseñados son más conocidos, aporta información sobre la historia mucho menos conocidas de las masacres en Colombia y El Salvador, también producida por las políticas del "tercer período". Broué se propuso analizar el proceso de formación de la Internacional Comunista en el contexto de la construcción de los Partidos Comunistas, el marco de las alianzas y disputas en el que se desarrolló, el papel de los sindicalistas revolucionarios, los izquierdistas, el rol de los dirigentes, de Lenin en particular, de Trotsky, Zinoviev, Bujarin, Radek y otros, en una visión lejana de cualquier idealización, mostrando un movimiento vivo, dinámico y contradictorio, desde los primeros años de su formación. Pero al mismo tiempo, contribuyó a desintegrar la visión que sostiene una línea de continuidad entre la temprana Internacional y el aparato burocrático en que se convirtió más tarde, a partir precisamente de la descripción detallada de los debates y discusiones abiertas que caracterizó a los primeros congresos y la progresiva, aunque no lineal, subordinación de la organización a los intereses de la burocracia soviética.

* * *

Hemos examinado aquí las grandes áreas temáticas que Pierre Broué abordó, pero su obra se ha extendido a múltiples trabajos en colaboración, prólogos, epílogos y anotaciones críticas, artículos en diversas publicaciones y temáticas. Publicó, por ejemplo, las actas del Primer Congreso de la Internacional Comunista, en ediciones anotadas y críticas, así como varias compilaciones de textos de Trotsky, cuyo universo sería muy difícil de abarcar en un artículo.⁹ Entre sus colaboraciones se cuentan las realizadas a la revista inglesa *Revolutionary History*, dirigida por el historiador Al Richardson y se destaca el apoyo a iniciativas afines a los objetivos de rescatar la historia del trotskismo como la impulsada por el Centro de Estudios, Investigaciones y Publicación (CEIP) León Trotsky de Argentina, al que ha donado los ejemplares de *Cahiers* y de las *Oeuvres*, y que ha traducido y publicado varios de sus trabajos en nuestro país.¹⁰

Aquí hemos destacado sus análisis de los procesos revolucionarios y de las organizaciones políticas, creemos que fue precisamente el énfasis en la relación entre ambos lo que ha permitido a Broué realizar uno de sus aportes más significativos. El método marxista, que no sólo como historiador sino como militante político ha hecho explícito, le ha permitido desentrañar el desarrollo de los procesos revolucionarios en el contexto de la relación entre las condiciones objetivas en que se desarrollaron, las fuerzas sociales que actuaron en ellos, las organizaciones políticas que los dirigieron y aquellas a las que se enfrentaron. Esta compleja relación entre los factores objetivos y los subjetivos que alcanza su máxima tensión durante los procesos revolucionarios y las guerras ha sido desbrozada por Broué en dos de las más grandes revoluciones del siglo XX, como hemos visto. Las contradicciones económico-sociales que constituyen el sustrato de la revolución son puestas en relación con la experiencia acumulada por las masas y ésta con el grado de organización logrado por sus sectores más avanzados. Esto le ha permitido reparar en las transformaciones que se operan en la conciencia de las masas en el transcurso de los procesos revolucionarios y también en el papel central que asumen las organizaciones políticas que las dirigen. En este contexto ha enfocado en el papel de los individuos en el devenir de los procesos históricos: como expresión de las condiciones históricas de

9. En *Lubitz' TrotskyanaNet* (www.trotskyana.net) puede encontrarse el catálogo de la producción completa de Pierre Broué, relevada por Wolfgang y Petra Lubitz.

10. En la página del CEIP pueden encontrarse los trabajos de Broué traducidos al castellano así como vínculos a los sitios que contienen material digitalizado, en <http://www.ceipleontrotsky.org>.

una época las personalidades pueden operar cambios cualitativos en las relaciones de fuerza más generales, reparando no sólo en los grandes dirigentes políticos sino también en la calidad de los individuos que sumados uno en uno han construido las organizaciones revolucionarias más importantes del siglo pasado.

Siguiendo a Trotsky, y como hemos señalado, este enfoque lo ha puesto en condiciones de disputar con diversas corrientes historiográficas demostrando el carácter revolucionario del proceso que se desarrolló en Alemania, a la vez que el papel crucial que la dirección política de los trabajadores cumplió en su derrota. Le ha permitido también desentrañar las causas por las cuales la dinámica que la política de las direcciones mayoritarias de las masas le imprimieron a la revolución española desperdició el ímpetu revolucionario, llevando no sólo al fracaso de la revolución sino a la derrota de la guerra contra el franquismo y el triunfo del fascismo en España.

Su formación trotskista lo impulsó a enfocar particularmente en las organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria y profundizar en los mecanismos que transformaron al partido bolchevique y a la Tercera Internacional en aparatos burocratizados, ofreciendo una explicación a este proceso de burocratización que, nuevamente, encuentra sus raíces en la imbricación entre los elementos objetivos, el estado de la subjetividad de las masas y el peso de las decisiones políticas y la voluntad de los partidos, grupos e individuos. Desde aquí priorizó el estudio de la corriente trotskista de la izquierda internacional, asumiendo la tarea de sacar a la luz la historia de los protagonistas de la Oposición de Izquierda y su potencialidad como alternativa revolucionaria en la Unión Soviética de los primeros años 30 avanzando en el estudio de los grupos trotskistas en diversos países del mundo. En este terreno ha dedicado un gran esfuerzo a la edición de las obras de León Trotsky así como la publicación de documentos históricos e investigaciones que reconstruyen, junto con las vidas de los militantes de la corriente, buena parte de la historia del movimiento revolucionario.

Creemos que su obra ha sido fecunda. Sin embargo, como el mismo Broué repetía cuando tenía oportunidad, miles de documentos esperan el trabajo de los historiadores para investigar y dar a conocer la vida de los grupos trotskistas en los más diversos lugares y en distintas épocas. El estudio de sus obras nos ofrece un enfoque productivo para abordarlos.

Referencias Bibliográficas

Broué, Pierre (1954), *La Révolution bolivienne, 1952-1954* (seud.: Pierre Scali), París: Société de Presse.

- (1957), *La révolution hongroise des conseils ouvriers* (seud.: François Manuel), París, La Vérité. [Publicado en castellano en *Hungría del 56*, Buenos Aires: Ediciones IPS-CEIP, 2006.]
- y Émile Témime (1961), *La révolution et la guerre d'Espagne*, París: Minuit. [Ed. en castellano, *La revolución y la guerra de España*, México: Fondo de Cultura Económica, 1989.]
- (1963), *Le Parti bolchevique. Histoire du P.C. de l'U.R.S.S.*, París: Minuit. [Ed. en castellano: *El Partido Bolchevique*, Madrid: Ayuso, 1974.]
- (1964), *Les Procès de Moscou*, París: Julliard. [Ed. en castellano: *Los procesos de Moscú*, Barcelona: Anagrama, 1964.]
- (1969), *Le Printemps des peuples commence à Prague: essai sur la révolution politique en Europe de l'Est*, París: La Vérité.
- (1971) *Révolution en Allemagne, 1917-1923*, París: Minuit. [Ed. en castellano: *Revolución en Alemania*, Barcelona: Redondo, 1973.]
- (1973) *La révolution espagnole, 1931-1939*, París: Flammarion. [Ed. en castellano: *La revolución española (1931-1939)*, Barcelona: Península, 1977.]
- (1974), Presentación e introducción, *Les congrès de l'Internationale Communiste*, París: Documents pour l'histoire de la Troisième Internationale.
- (1980a), *L'assassinat de Trotsky*, Bruselas: Complexe.
- (1980b), "Trotsky et le bloc des oppositions de 1932", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 5, pp. 5-37.
- (1980c), "Les trotskystes en Union Soviétique (1929-1938)", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 6, pp. 5-65. [Ed. en castellano: "Los trotskistas contra Stalin", *Cuadernos del CEIP*, Nº 15, pp. 11-59, 2011.]
- , Ronald Fraser y Pierre Vilar (1982a), *Metodología histórica de la guerra y revolución españolas*, Barcelona: Fontamara.
- (1982b), "Le mouvement trotskyste en Amérique latine jusqu'en 1940", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 11, pp. 13-30.
- (1983a), "Chen Duxiu et la IVe Internationale de 1937 à 1942", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 15, pp. 27-39.
- (1983b), "Ljova, le «fiston»", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 13, pp. 5-24.
- (1984), "Khristian Rakovsky: Rako", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 17 y 18.
- (1985a), "Notes sur l'histoire des oppositions et du mouvement trotskyste en Inde : dans la première moitié du 20e siècle", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 21, pp. 11-47.
- (1985b), "Trotsky et les trotskystes face à la Deuxième Guerre Mondiale", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 23, pp. 35-60. [Trad. al castellano en *Cuadernos del C.E.I.P.*, Nº 1, Buenos Aires, 2000.]
- (1987), "Trotsky et la révolution française", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 30, pp. 49-73. [Trad. al castellano en *Boletín del CEIP*, Nº 12, Buenos Aires, 2009.]
- (1988a), *Trotsky*, París: Fayard.
- (1988b), "Trotsky et l'histoire en U.R.S.S." y "Trotsky réévalué en Chine", *Cahiers Léon Trotsky*, Nº 34, pp. 5-20.

- (1989a), "Trotskyistes avant la Seconde Guerre Mondiale", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 39.
 - (1989b), "Révolutionnaires en Indochine", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 40.
 - (1990), "Trotskyistes pendant la Seconde Guerre Mondiale", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 43.
 - (1993a), *Léon Sedov: fils de Trotsky, victime de Staline*, Paris: Ed. Ouvrières.
 - (1993b), *Staline et la révolution: le cas espagnol (1936-1939)*, Paris: Fayard.
 - (1994a), "Rakovsky et Trotsky", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 52, pp. 5-36.
 - (1994b), "L'organisation des trotskystes en URSS," *Cahiers Léon Trotsky*, N° 53, pp. 71-85.
 - (1996a), *Rakovsky ou la Révolution dans tous les pays*, Paris: Fayard.
 - (1996b), "Les «trotskystes» et la classe ouvrière soviétique", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 58, pp. 117-125.
 - (1996c), "Trotskyistes chinois", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 61.
 - (1997a), *Histoire de l'Internationale Communiste, 1919-1943*, Paris: Fayard.
 - y Raymond Vacheron (1997b), *Meurtres au maquis*, Paris: Grasset.
 - (1997c), "La correspondance Trotsky-Sedov aux archives Hoover à Stanford", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 59, pp. 55-69.
 - (2000a), "Le GPU à la chasse aux trotskystes", *Cahiers Léon Trotsky*, N° 70, pp. 89-98.
 - (2000b), "Lucha por la historia, lucha por la revolución", *Estrategia internacional: revista trimestral de teoría marxista y política internacional* N° 16, pp. 63-66.
 - (2003), *Communistes contre Staline: massacre d'une génération*, Paris: Fayard. [Trad. cast.: *Comunistas contra Stalin: masacre de una generación*, Málaga: Sepha, 2008.]
- Gill, Louis, (2005), "Homage à Pierre Broué, l'historien, le militant et le camarade", *Carré Rouge*, 2005, pp. 91-92.
- Lanuque, Jean-Guillaume (2006), "Broué Pierre, dit Pierre Scali, dit François Manuel, dit Michel Wattignies, dit Pierre Barois, dit Pierre Brabant", *Dictionnaire biographique mouvement ouvrier, mouvement social: Période 1940-1968.*, t. 2, Paris, pp. 390-394.
- Lubitz, Wolfgang, *The meaning of Pierre Broué (1926-2005)*, en *Lubitz' TrotskyanaNet (www.trotskyana.net)*.
- Pelz, William A. (1995), "From the French Resistance to Marxist History: An Interview with Professor Pierre Broué," *Left History, An Interdisciplinary journal of Historical Inquiry and Debate*, vol. 3, N° 1, pp. 109-115.
- Présumey, Vincent (2004), "Un texte inédit de Pierre Broué: sa soutenance de thèse", *Cahiers La Brèche*, marzo.
- Présumey, Vincent (2006), "Pierre Broué (1926-2005)", *Revolutionary History*, vol. 9, N° 4, pp. 5-91.

Crítica de libros

Lazar S. Jeifets y Victor L. Jeifets, *El Partido Comunista de Argentina y la III Internacional. La misión de Williams y los orígenes del penelonismo*, México, Nostromo, 2013, 333 pp.

El conocimiento acerca de la III Internacional o Comintern y de sus vínculos con los Partidos Comunistas (PPCC) de América latina experimentó un notable progreso desde la década de 1990. En buena medida, esto se debe a los nuevos desafíos teóricos e interpretativos que abrió el proceso de crisis y caída de la URSS y de las variantes de “socialismo” burocrático monitoreadas por el estalinismo. Esa debacle condujo a un constante ejercicio de balance histórico. El mismo fue facilitado por la apertura de los archivos pertenecientes al ex estado soviético, que incluían los materiales de la propia Internacional Comunista (IC) y de sus secciones hasta la disolución de dicha entidad en 1943. La cantidad y la calidad de las más o menos recientes producciones sobre los años de la Comintern en el continente es bien perceptible para los casos de México, Chile, Venezuela, Colombia, Cuba, Perú y, también, Argentina. Y ello es aún más evidente si se las contrasta con los textos pioneros y casi exclusivos que existieron sobre el tema durante tantos años (por ejemplo, los de Manuel Caballero o Robert Alexander). Una prueba de esta renovación historiográfica son las publicaciones de Ricardo Melgar Bao, Klaus Meschkat, Daniela Spenser, Rina Ortiz Peralta, Olga Ulianova, Horacio Crespo o Daniel Kerssfeld, entre muchísimos otros colegas con los que una y otra vez nos venimos encontrando en congresos internacionales, en los que comprobamos los avances del campo.

Dentro de este grupo se destacan Lazar S. Jeifets y su hijo Víctor Jeifets, ambos investigadores y profesores en la Universidad Estatal de San Petersburgo. Su ya voluminosa obra se distingue por el esmero con el que encararon un relevamiento de fuentes en el Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI), que conserva los materiales pertenecientes a la IC. La mayor parte de sus textos versaron sobre la realidad de dicha Internacional en Latinoamérica y sobre casos nacionales como el mexicano, colombiano, ecuatoriano, cubano, peruano y argentino. Es muy reconocido su completo e iluminador *Diccionario biográfico* sobre los cominternistas del continente, que editaron en 2004,

junto a Peter Huber. En términos de la disciplina, las obras de los Jeifets se definen por una matriz tradicional, propia de una historia política institucional (mayormente distanciada de las dimensiones sociales y programáticas). En ellas suelen reconstruirse las complejidades del funcionamiento formal e informal, tanto el idealmente postulado como el efectivamente concretado, de la Comintern y sus organismos, en sus interrelaciones con los partidos locales. Sus estudios sobre el Partido Comunista argentino (PCA) y sus relaciones con la IC son de una gran profundidad, convirtiéndolos a ellos en los dos mayores expertos en el tema. Este diagnóstico aparece plenamente ratificado en la obra que comentamos.

La problemática que los autores abordan en este libro contribuye a encontrar nuevas explicaciones sobre el proceso que condujo a la importante ruptura ocurrida en el seno del PCA en 1927-1928: la encabezada por su máxima figura pública, José F. Penelón. La hipótesis clave de los Jeifets es que, a diferencia de lo postulado por buena parte de la historiografía, no pueden comprenderse los avatares políticos y organizativos del PCA, y menos aún sus conflictos internos, sin sopesar la influencia de los emisarios de la Comintern en la región. Así como en 1921-1922 había ocurrido con otro enviado, Mijail Komin-Alexandrovsky, en el ciclo 1926-1927, cumplió un papel central Boris Mijailov ("Williams"), el cuadro soviético mandado por el Comité Ejecutivo de la IC (CEIC). Los Jeifets, al quitar este velo que ocultaba un aspecto crucial, quieren aportar a otra reflexión más general, la de los altos niveles de dependencia que las secciones nacionales poseían con la Internacional; al mismo tiempo, muestran cómo no existía un sistema único de enlaces organizacionales entre el cuartel general de Moscú y los partidos locales, sobre todo de América latina, sino distintos modelos de interacción, que cambiaban sobre la marcha.

El libro explora detalladamente la relación entre los comunistas argentinos y la IC, desde los primeros esbozos, en 1918-1919, cuando el PS Internacional fue asumiendo como propia la experiencia bolchevique. Repasan los primeros informes y datos con los que contó la IC sobre la sección argentina, el papel de los obreros y militantes rusos que actuaban en el escenario local (como Alexandrovsky y Mijail Mashevich), la presencia de otro enviado bajo confianza de Zinoviév (el argentino-alemán Félix Weil) y las razones por las cuales, una vez formal y estatutariamente transformada la organización en PC, ésta no gozó de la plena confianza cominternista en la región, por lo cual el centro de gravedad de la misma quedó por un tiempo depositada en el partido mexicano. Precisamente, el texto brinda una útil reconstrucción de las formas de organización cominterniana en el continente: inicialmente con el Buró Latinoamericano, luego con el Buró de la Propaganda Comunista para

América del Sur y, a partir de 1925 y ya bajo el sostén principal del PCA, con el Secretariado Sudamericano (SSA), el órgano regional de la IC que más tiempo funcionó en el hemisferio occidental. Eso habría sido el resultado de una suerte de nuevo “modelo argentino-céntrico del trabajo de la Comintern en América del Sur”, que comenzó cuando en 1921 el PCA fue plenamente reconocido como sección y más claramente desde 1922 cuando el partido fue considerado base de la expansión comunista en Sudamérica (y el SSA fue concebido casi como la “Internacional de Buenos Aires”). Eso implicó una derrota para los enviados soviéticos como Alexandrovsky (los “Lénines argentinos”), que tenían una caracterización más bien negativa sobre la dinámica del PCA, y significó un primer triunfo de la dirección local (representada por Penelón, Ghioldi, Codovilla y Romo, entre otros).

Los Jiefets despliegan una impecable descripción del funcionamiento del SSA en la ciudad porteña, de los vínculos con los PPCC de Uruguay, Chile y Brasil, del alcance del órgano de prensa *La Correspondencia Sudamericana* y del papel que en aquél organismo cumplió Penelón como su máximo dirigente. Identifican en las dificultades de funcionamiento del SSA las razones que condujeron al CEIC a enviar la “misión de Williams” hacia mediados de 1926. Ese enviado ruso debía recabar informaciones ciertas sobre el secretariado e intentar dinamizar y mejorar tanto sus actividades como las del propio partido argentino y las secciones vecinas, reformateándolas en la línea de la “bolchevización”. Los autores observan que Williams rápidamente hizo un balance crítico de la dirección, el centralismo hipertrófico y el personalismo que la habría aquejado, la falta de funcionamiento colegiado, el escaso nivel político y los errores en la aplicación del frente único. Y cómo el carácter de esta intervención no pudo sino provocar un profundo rechazo de Penelón y de los cuadros partidarios que se abroquelaron en búsqueda de autonomía. Pero también señalan el modo en que, combinadamente, todo ello canalizó las tendencias antipenelonistas de un sector mayoritario de la conducción, que retomó algunos de los cuestionamientos hechos por Williams. Ghioldi lo lideró; inicialmente, Codovilla, en ese entonces en Moscú, no lo integraba, pues estaba cercano a Penelón y en contra de Williams, pero acabó plegándose al mencionado bloque mayoritario. Se trató de una escisión mayúscula en el eje de dirección del PCA. La escandalosa ruptura y expulsión del partido de Penelón y su grupo (a esa altura ya definido como variante “oportunista” y “derechista”) fue el desenlace de fines de 1927. Inevitablemente, el SSA experimentó una crisis de relevancia, aunque coyuntural. La obra de los Jiefets logra una reconstrucción precisa y metódica de todo este proceso, que arroja por la borda una madeja de mitos y tergiversaciones características de la historia oficial estalinista.

Es indudable la fertilidad explicativa encontrada en el papel del emisor cominterniano para dar cuenta de los conflictos de las “alturas” del PCA. No obstante, nos parece que ésta debe integrarse a un cuadro más vasto, en donde se presenten con mayor centralidad las tensiones y desafíos que presentaba el partido en su accionar en el medio social y político local. Hubo choque de ambiciones y rencillas personales, pero operaron en un trasfondo constituido por diferencias crecientes acerca de las orientaciones posibles del PCA. Es eso lo que estuvo detrás de las discusiones acerca del posicionamiento a adoptar frente a las divisiones de las organizaciones sindicales (USA y COA), el modo como se debía procesar la “cuestión idiomática”, el contenido reformista o no de la acción municipalista a favor de los barrios pobres del concejal Penelón o el sentido de la labor parlamentaria, entre otros.

Para el lector argentino representa una originalidad esta rigurosa indagación sobre el tema a partir de la consulta de los archivos públicos y privados rusos, que les permitieron a los autores acceder a una gran cantidad de actas, informes, cartas, telegramas (cuyo detalle se anexa al final del libro), referidos a la actividad interna cominterniana y que resultaban poco conocidos o examinados. Lo mismo puede decirse de la bibliografía rusa. Y el valor contenido en la veintena de fotos que allí se reproducen sobre los principales protagonistas en juego. En sentido inverso se extraña un mayor tratamiento de la bibliografía proveniente de la propia Argentina, que hubiera permitido iluminar al libro de otros matices, informaciones y análisis acerca del funcionamiento local del partido, de su conexión con el medio social, con el movimiento obrero, con las otras fuerzas políticas y con el Estado. De conjunto, el valor de esta obra es muy grande y contribuye a una notable expansión del conocimiento acerca de la historia del funcionamiento interno del PC argentino y de sus relaciones con la IC, así como de otras secciones cominternianas.

Hernán Camarero (UBA - CONICET)

* * *

Silvia Nassif, Tucumanazos. Una huella histórica de luchas populares: 1969-1972, Universidad Nacional del Tucumán, 2012, 393 pp.

Inscrito en la temática de los ciclos de protestas populares ocurridos durante la dictadura iniciada por el “onganiato”, *Tucumanazos* de Silvia Nassif no es estrictamente una historia de los trabajadores y del movimiento obrero tucumano, pero podría serlo. Porque esta obra de la joven historiadora tucumana, producto de una tesis de licenciatura,

pone de relieve aquel período de la historia argentina en que los trabajadores tucumanos, especialmente los obreros del azúcar, emergieron a la escena política nacional para hacer oír sus reclamos. Es el momento trascendental de su desarrollo, pero no es *toda* su historia. Elegir ese momento y no otro es resultado no de un interés académico estricto, sino de otro atributo que alimenta a la investigación con una característica peculiar: hablamos de la pasión militante y de esa conexión tan vital que reconoce lo difuso de las fronteras entre el pasado y el presente. Si a ello se le suma la “tradicción” familiar de quien escribe, ya nos situamos de forma privilegiada para conocer la obra en cuestión. He aquí los dos cauces que alimentan este trabajo. El primero, el interés de la militante por comprender aquellos momentos en que la clase obrera pasa a la acción decidida. El segundo, el reconocimiento de que con los obreros tucumanos confluyeron otros actores sociales, como el sector estudiantil; y allí aparece el protagonismo de las hermanas Nassif. Que bajo estas circunstancias esta obra tenga un carácter científico constituye un primer mérito del trabajo.

Tucumanazos es el análisis de la relación entre el movimiento obrero y el movimiento estudiantil durante los levantamientos populares ocurridos en la provincia de Tucumán entre 1969 y 1972, años donde la historia del país reconoce un profundo punto de inflexión, cuando se conforma una compleja oposición activa que condena globalmente al régimen militar instalado en 1966. Acá, un segundo mérito del libro, porque en la investigación y la enseñanza de nuestra historia sigue primando la mala costumbre de tomar la parte por el todo. Lo destacable es observar el proceso nacional a través de un proceso histórico local, con todas las particularidades del caso. La buena interacción entre lo local y lo nacional es uno de los grandes aportes del trabajo de Nassif. Que además el análisis sea realizado por una historiadora tucumana y, al menos parcialmente, financiado por instituciones provinciales, es un dato que debe congraciarnos.

En aquellos años, el proceso de enfrentamientos sociales en el país fue tomando una forma cada vez más violenta. La brutal represión de la dictadura se dirigió con especial tenor hacia el movimiento estudiantil, mientras el activismo obrero iba rompiendo la postura de “expectativa” que había adoptado la dirección sindical. El plan económico ultraliberal alimentaba los descontentos sociales. Bajo este escenario comenzaron a producirse las movilizaciones obrero-estudiantiles, que romperían los moldes entre mayo y septiembre de 1969. A lo largo de los tres años siguientes, las calles siguieron siendo escenario de movilizaciones, puebladas y confrontaciones que usualmente –en casi una veintena de casos– han sido caracterizadas como *azos*. El problema de la historiografía aquí es que ha puesto, no excesiva, sino casi exclusiva atención a

lo sucedido en Córdoba. De allí que sean bienvenidos los estudios sobre el “Choconazo”, “Cipolletazo”, “Catamarcazo”, “Casildazo”, “Mendozazo”, entre otros. Aquí se le ha presentado a la autora un obstáculo. Son pocos los estudios específicos acerca de los “Tucumanazos”. El estudio pionero es el del sociólogo Emilio Crenzel (1991), quien a través del caso tucumano buscaba demostrar cómo la lucha de calles se había expandido a lo largo del país. Crenzel destacaba en la provincia dos hitos fundamentales: el “Tucumanazo” de noviembre de 1970 y el “Quintazo” o “Segundo Tucumanazo” de junio de 1972. Pero entonces, la investigación de Rubén Kotler –que en 2007 tomó forma de documental bajo dirección de Diego Heluani– habla de tres “Tucumanazos”, sumando el de abril-mayo de 1969, que acompañó al resto de las movilizaciones de aquel momento. Otros autores han restado directamente toda referencia a los *azos* tucumanos, como el estudio de Ana Julia Ramírez. En paralelo, la atención de los análisis ha estado puesta sobre el movimiento estudiantil, tanto por su injerencia en las movilizaciones populares como por su conexión con las guerrillas. Entonces, ¿quiénes motorizaban e imprimían el carácter de las luchas en Tucumán?, ¿cuántos “Tucumanazos” hubo, si entendemos los *azos* –en su aspecto básico– como las movilizaciones populares que remiten a una confrontación de clases que hace explícita la lucha y la oposición política? La deuda, para la autora, al reconocer dos *azos* y no tres –siguiendo la conceptualización clásica de Beba Balvé y otras referencias de Rubén Laufer y Claudio Spiguel–, es que un más detenido tratamiento de la cuestión le hubiese permitido saldar de forma definitiva las diferencias.

Lo que en cambio sí queda indiscutiblemente plasmado son los desarrollos de los conflictos que tienen lugar en aquellos años, destacándose muy bien esa sinuosidad que presentan estos ciclos de protestas. Así, se refleja muy bien ese “doble recorrido” de las luchas, desde las localidades de ingenios cerrados o amenazados hacia la capital y desde ésta hacia otros espacios provinciales, con sus tiempos e intensidades dispares. Este recorrido permite comprender la compleja trama tucumana, lo que se enriquece con la principal virtud del libro: el rescate de la participación estelar de los obreros del azúcar, que alcanza su mayor protagonismo en el “Tucumanazo” de 1970 y decae para el momento del “Quintazo” de 1972. Y es quizá el mayor mérito del libro al contrastarlo con los trabajos que quieren condenar a Tucumán al exclusivo escenario del combate entre la guerrilla y el ejército. En definitiva, fue la decisión del gobierno militar de cerrar por decreto once de los veintisiete ingenios existentes en la provincia lo que confirió al escenario tucumano una particularidad tal que puso al movimiento obrero azucarero y a la FOTIA el frente de los conflictos, configurando esa nueva oposición que emergía en el país y alimentaba la creciente politización de los reclamos. La presencia de

este actor permite comprender el caso tucumano y al mismo tiempo situar los dos grandes canales en que se hundió el “onganiato”: por un lado, al fracasar su misión suprema de imponer el “orden” y la “paz social”; por el otro, al enseñar la falacia de esa promesa de bienestar que traería a cuestras el “tiempo económico” primordial.

Todo lo hasta aquí dicho explica lo valioso del aporte de Nassif con *Tucumanazos*, pero la obra se hace aún más interesante al imaginar el campo de investigación que abre, aunque referirse a una obra por lo que no es a veces suele ser un recurso engañoso. La promesa implícita del libro se sustenta en el riquísimo trabajo de entrevistas realizado. Se trata de una inagotable puerta hacia ese pasado que ofrece al investigador pensar a ese movimiento obrero bajo otras circunstancias, preocupado por cuestiones cotidianas, ocupado en el proceso de trabajo, segmentado por su ocupación y por las trayectorias personales, concentrado en el conflicto larvado del día a día de la fábrica y del surco, un colectivo de obreros que todavía tienen un patrón del que preocuparse. En paralelo a la pesquisa de la “buena conciencia de clase”, una futura investigación podría llevarnos al mundo de lo heterogéneo que da verdadero sustento a las relaciones de fuerza que en *Tucumanazos* se encuentran en su pleno y más álgido movimiento. La problemática de los trabajadores se enraíza, después de todo, en estos oscuros lugares de la producción y de la vida cotidiana. En igual sentido, observar las estrategias productivas de los dueños de ingenios, aquellas políticas hacia los espacios productivos y extralaborales que anudan la trama social, podría enriquecer la perspectiva. Así, los estudios sobre “paternalismo industrial” o las “*company town*” podrían transformarse en una referencia interesante para analizar el mundo de los trabajadores de los ingenios tucumanos, para también permitir ingresar al conflicto que se polariza entre “pueblo” y régimen militar, a un actor huidizo: los patronos propiamente dichos.

Con todo lo que cumple y con aquello que promete, con una prosa amigable, una estructura atractiva y acompañada por esclarecedores mapas y fotos, Silvia Nassif viene a ofrecer en *Tucumanazos* un aporte ineludible para penetrar en ese complejo nudo histórico que rodea al año 1969. La autora cumple así con los objetivos de aportar nuevos elementos particulares, que sitúa con éxito tempranamente desde 1966, para el análisis de una conflictividad general que demanda mayores investigaciones monográficas tanto como miradas integradoras que cuenten con todos los nuevos elementos de esta constelación de escenarios –más allá de Córdoba– que configuraron una amenaza integral al régimen militar. Asimismo, Nassif logra contribuir a un conocimiento mayor de la historia social y política de Tucumán.

Alejandro Jasinski (UBA)

* * *

Matthew Karush, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013, 304 pp.

Matthew Karush es historiador y sus trabajos más conocidos son *Workers or Citizens: Democracy and Identity in Rosario, Argentina, 1912-1930* (2002) y *The New Cultural History of Peronism: Power and Identity in Mid-Twentieth-Century Argentina* (2010), este último coeditado con Oscar Chamosa. Publicado originalmente por Duke University Press en 2012 y en inglés, *Cultura de clase* es, sin duda, un gran aporte al conocimiento historiográfico sobre la Argentina de entreguerras, período que, por cierto, ha sido escasamente estudiado por los cultores argentinos de esta disciplina, o bien abordado a partir de un andamiaje empírico sumamente endeble. Por este motivo, la rápida traducción de la obra de Karush resulta estimable, ya que viene a renovar las líneas interpretativas en torno a la temática.

En las primeras líneas introductorias el autor toma distancia de la interpretación elaborada por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero para explicar la identidad de los trabajadores durante las décadas del 20 y el 30 en Buenos Aires. Como es sabido, estos últimos plantearon que la postura “contestataria” de los trabajadores entre 1880 y 1910 fue sucedida en los años de entreguerra por otra “conformista”, cuyo carácter era más “popular” que “obrero”, motivo por el cual se basaba en la aceptación del orden social, anhelaba el mejoramiento individual, la integración, la justicia social y, por ende, depositaba toda su confianza en el accionar del Estado. A contrapelo de este postulado, Karush se interroga en estos términos: ¿por qué la Argentina estaba más polarizada a mediados del siglo XX que en 1910? O mejor, ¿cómo se explica que el peronismo interpelara a sus seguidores como “trabajadores”, aclamando a viva voz su condición proletaria? La clave para responder estas inquietudes, entiende el autor, es revisar la cultura de masas, más específicamente la radio, el cine y la música, elementos que, de modo paradójico, para Gutiérrez y Romero propendían a la unificación nacional.

La hipótesis central de Karush es que la cultura de masas en las décadas del 20 y el 30 contribuyó a difundir mensajes conformistas e ilusiones de ascenso social, pero además puso en circulación (en muchos casos de modo involuntario) interpretaciones de la identidad nacional que reproducían y acrecentaban las divisiones de clase. El corolario fue una cultura masiva melodramática que enaltecía la dignidad y el accionar solidario del trabajador, al tiempo que desmerecía al rico por

egoísta e inmoral. Ello es, una cultura que instaba a los consumidores a identificar la nación con los humildes. Esta situación obstaculizó la emergencia de un mito de unificación nacional, ya que la industria cultural generaba imágenes de carácter fuertemente dicotómico. Los planteos de Karush, a diferencia de aquellos sostenidos por quienes solo veían “sectores populares” en la entreguerra, se sustentan en un abundante *corpus* documental. Cabe señalar que las fuentes empleadas, excepción hecha de los periódicos y revistas que analiza, son todo un desafío para el historiador, puesto que las películas, grabaciones y programas radiales no son el reflejo de los valores y actitudes de la audiencia, sino mercancías producidas para obtener un beneficio económico. Este registro documental, poco explorado por los historiadores, sin embargo permite mostrar que, aunque la cultura masiva estaba subordinada al capitalismo, los consumidores podían a partir de ella construir sus propios sentidos.

En el transcurso de los años 40 el peronismo se apropió de esta cultura melodramática, pero ¿cómo se había construido? En primera instancia, el autor aborda de qué manera la heterogénea población de los barrios no siempre priorizaba el ascenso social por sobre la identidad de clase. Es más, la militancia obrera no retrocedió en ese período, situación que se hace evidente al observar el desarrollo del Partido Comunista. Crecer en un barrio podía llevar a una persona a pretender el beneficio individual, pero también a fortalecer su identificación con las pasiones populares, como el cine, el tango o el fútbol. Luego analiza detenidamente los productos de la cultura de masas, cuya particularidad radica en la reformulación creativa de modelos importados y en la celebración de ciertas prácticas culturales de los pobres. En ese contexto, el tango se constituyó en un símbolo de identidad nacional, la radio alcanzó a la totalidad de las clases sociales y fue un espacio de acción para los pequeños empresarios interesados en los gustos populares, en tanto que el cine segmentó a la audiencia: la clase alta porteña optaba por los films foráneos, mientras que los barrios eran el mercado principal de las películas argentinas. Es por ello que los cineastas locales, si bien copiaban técnicas de Estados Unidos, adscribieron a la cultura plebeya e hicieron uso del tango y el sainete.

En la conformación de esta maniquea escisión entre ricos y pobres ejerció una influencia central el melodrama, estigmatizado por la elite y algunos intelectuales por la orientación clasista que adquirió en el país, cuestión estudiada en el tercer capítulo. El teatro, la música y la literatura tuvieron un rol protagónico al respecto. Esto se ve claramente en el tango: las letras planteaban el contraste social y criticaban el esfuerzo individual como vía de ascenso social. En la imagen de los tangueros un elemento siempre presente era su origen humilde, hecho que explica

la defensa de los valores del trabajador, especialmente su solidaridad y generosidad. Por este motivo, el cineasta José Agustín Ferreyra basó algunos de sus films en las letras de tango y en la poesía de Evaristo Carriego, en tanto que la tanguera Libertad Lamarque mantuvo siempre su filiación con los pobres en protagónicos que se desarrollaban en el mundo burgués. Las dos figuras cómicas más destacadas de la época, Nini Marshall y Luis Sandrini, interpretaban personajes que se encontraban invariablemente en el extremo inferior de la esfera social. Si bien en estos casos la comicidad minaba en parte la resolución ordenada del melodrama, la bondad de Edmundo y Cándida, por ejemplo, contrasta con la mezquindad de los ricos.

Karush también explora las iniciativas desplegadas con el fin de “moralizar” la cultura de masas (como la eliminación de las problemáticas plebeyas de los tangos) para hacer de la elite un potencial consumidor de estos productos, esfuerzos que por cierto no consiguieron suprimir las divisiones clasistas y tuvieron resultados esquivos, como se advierte en el cuarto capítulo. El decenio del 30, no obstante, experimentó un cambio significativo: la música folclórica, asociada al interior rural, le comenzó a disputar al tango su carácter identitario en un contexto fuertemente nacionalista. Los films de Mario Soffici quizá sean el ejemplo más elocuente del empleo del folclore para brindar autenticidad a la descripción de una Argentina desconocida para el público porteño. Pese a estos intentos, no se logró construir un mito nacional unificador: el caso más claro para el autor es el de la película *La rubia del camino*, de Manuel Romero, donde la brecha moral entre ricos y pobres se evidencia prácticamente insalvable. Cuando Juan D. Perón llegó al gobierno hizo suyo (y politizó) el lenguaje popular melodramático, empleó el cine y la radio con fines propagandísticos e incluso auspició el folclore rural. El potente carácter polarizador del peronismo, según postula en el quinto capítulo, tuvo su esencia en elementos precedentes de la cultura de masas.

En el epílogo, finalmente, el autor se detiene a analizar el surgimiento de la clase media, cuya aparición coincidió con la del movimiento liderado por Perón, favoreciendo a la vez la transformación de la cultura masiva en las tres décadas siguientes. Buena parte de sus ideas sobre esta problemática coinciden con las de Ezequiel Adamovsky, especialista en el tema y autor del prólogo del libro. Sin duda, *Cultura de clase* está destinado a ser una referencia ineludible para los interesados en la historia argentina comprendida entre el fin de la Gran Guerra y el advenimiento del peronismo. Con esta pesquisa Karush acierta una estocada más al modelo interpretativo elaborado por Gutiérrez y Romero para pensar este período histórico, modelo que, vale decir, orientó (y continúa orientando) muchos de los estudios en la disciplina. Este libro se suma así

a otras obras que contribuyeron a desarticular el paradigma centrado en los “sectores populares”. Estas contribuciones, bien diferentes entre sí, tienen algo en común: la solidez empírica que obra como base de sus hipótesis, una diferencia sustancial en relación con el paradigma que planteó la desaparición de la identidad clasista en ese período.

Federico Martocci (IESH - UNLPam)

* * *

Federico Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, 344 pp.

Federico Lorenz presenta una investigación sobre el mundo del trabajo en los astilleros del partido de Tigre, provincia de Buenos Aires –principalmente Astarsa y, en menor medida, Mestrina– acerca del devenir de la agrupación sindical José María Alesia entre los años 1973 y 1978. Analiza los lazos políticos, sindicales, barriales y familiares de los trabajadores navales, protagonistas de esta historia. A lo largo del libro, estas particularidades se encuentran articuladas con el contexto político general, lo cual permite al lector vislumbrar el proceso de forma cabal. La obra es una profundización de un trabajo anterior del autor, *Los zapatos de Carlito* (2007), cuestión que le resta originalidad a algunos de sus planteos. No obstante la minuciosidad esgrimida demuestra los avances de la investigación de Lorenz, superando en calidad a su anterior ensayo.

Algo parecido a la felicidad se divide en tres partes. En la primera de ellas, narra los orígenes de la agrupación teniendo en cuenta las características de las condiciones laborales en Astarsa, la composición de la futura agrupación –que tuvo un origen ideológico heterogéneo aunado por la identificación de los activistas con el clasismo y que finalmente se referenció en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), brazo sindical de Montoneros–, las particularidades del barrio ubicado en el Canal de San Fernando, y el conflicto que derivó en la toma del astillero a fines de mayo de 1973 a raíz de la muerte del trabajador Alesia en circunstancias poco claras y que implican una serie de interrogantes y reflexiones a la luz del presente a los que Lorenz dedica el capítulo final del libro.

El segundo y tercer apartado resultan centrales tanto porque observamos el devenir del conflicto como porque allí encontramos los alcances y los ejes problemáticos de la obra. En la segunda parte el autor analiza la dinámica del proceso de lucha desde la consolidación

de la agrupación Alesia hasta la antesala del Rodrigazo en el cual tuvo una participación destacada en la zona norte del Gran Buenos Aires. Comenzando con la ocupación de Astarsa, la primera toma exitosa durante el gobierno de Cámpora, Lorenz describe la importante incidencia de la agrupación en el astillero (conformando íntegramente la comisión interna) para hacer efectivas las conquistas logradas tras el conflicto de mayo de 1973. Una de las principales reivindicaciones fue la creación de la Comisión de Higiene y Salud que “marcó un modo de incidencia directa de los obreros en la planificación y control de la producción” (p. 145). De esta forma, le disputaban efectivamente el control de la producción a la patronal y a la dirección del Sindicato Obrero de la Industria Naval (SOIN) –controlada por la burocracia enfrentada con la JTP– como nunca antes había ocurrido.

La cúpula del SOIN formaría una alianza con los directivos de la empresa y las fuerzas represivas estatales y parapoliciales (la Triple A, el Comando de Organización y Concentración Universitaria: la “Santísima Trinidad”), agudizando el conflicto y aumentando los niveles de violencia a finales de 1973. En el capítulo que refiere a los conflictos en Mestrina (el otro astillero de la zona en la que la JTP mantuvo un fuerte enfrentamiento con la SOIN y la patronal), Lorenz señala que “tanto los miembros de la JTP como la ortodoxia sindical apelaron a la fuerza para sostener ese enfrentamiento, que en definitiva relegó el conflicto gremial: patotas armadas dentro y fuera del astillero, intimidaciones, golpizas y secuestros” (p. 178). Esta afirmación resulta problemática porque corre el riesgo de escindir la violencia política de la lucha gremial y, así, caer en el discurso que contextualiza esta etapa como un conflicto entre dos “demonios” con escaso o nulo arraigo en la sociedad. En este pasaje de su trabajo, el autor no parece tener en cuenta que los objetivos de la clase dominante y el origen histórico de la represión estatal y paraestatal en colaboración con la burocracia sindical contra las organizaciones de base no pueden entenderse sólo como una respuesta al militarismo propuesto por agrupaciones como Montoneros. Para llegar a esta conclusión resultaría necesario profundizar el análisis acerca de la represión estatal, los ataques de la burocracia sindical contra las organizaciones de base y la legitimación de la violencia política por estas últimas como respuesta legítima a esas agresiones.

Este presupuesto también se encuentra presente en la tercera parte cuando Lorenz describe el derrumbe de la agrupación Alesia a partir de 1975. Si bien, por un lado, en esta sección contribuye a desmantelar la noción que postula el inicio del plan sistemático de terrorismo el 24 de marzo de 1976, demostrando en el espacio de investigación que la violencia estatal con estas características y dirigidas contra delegados y comisiones internas se inició en los últimos meses del gobierno pe-

ronista; por otro, parece ubicar en un mismo plano la represión con la estrategia militarista de Montoneros. Señala que desde los meses previos al golpe de Estado los activistas navales “debían dejar hogar, esposas e hijos, proyectos familiares que iniciaron en paralelo a su militancia en la Agrupación. [...] Marca [...] los límites del acompañamiento al proyecto político revolucionario: no se trataba solamente de que la represión y los asesinatos de los escuadrones de la muerte los habían alejado de sus bases y ahuyentaba a los simpatizantes, sino que la propia práctica política se alejaba, por la dinámica de los acontecimientos, del interés, la comprensión y las posibilidades de los trabajadores” (pp. 236, 237). Resulta necesario para llegar a esta conclusión comparar este caso con otros conflictos donde intervinieron organizaciones políticas que no reivindicaban la lucha armada. Si en otras experiencias también los militantes y activistas quedaron aislados del resto de sus compañeros ante la violencia estatal, debería revisarse si es posible igualar los efectos de la represión y las tácticas de las organizaciones armadas.

La mirada del autor en este sentido también parece estar fuertemente influida por el gran peso que tienen las fuentes orales en el libro. Los entrevistados dan su perspectiva en la cual, entre el presente y los acontecimientos relatados, media –entre otros acontecimientos de índole local e internacional– una masacre estatal que no sólo implicó la aniquilación física, sino también el disciplinamiento de los sobrevivientes. Los trabajadores que prestan su versión de los hechos están marcados por esa experiencia. Si bien Lorenz tiene en cuenta esta concepción con respecto a la hija de uno de los activistas desaparecido, por momentos parece basar sus afirmaciones sólo en las subjetividades de los navales, las cuales están atravesadas tanto por la represión de los años 70, como por representaciones dominantes sobre los conflictos de ese periodo reproducidas tanto durante la última dictadura como en estos treinta años de democracia. Estas representaciones negaron o fueron críticas de las luchas sindicales y políticas, muchas de ellas dirigidas por organizaciones armadas. Esta afirmación no implica negar la importancia de la construcción de fuentes orales para profundizar el análisis histórico, sino considerar esta problemática para que el historiador no reproduzca el sentido común que los entrevistados tienen en el presente sobre las luchas obreras del pasado reciente.

Como balance general, *Algo parecido a la felicidad* resulta un aporte importante acerca de las experiencias y luchas de las organizaciones de base en este periodo y su relación con los partidos políticos, el Estado y la burguesía. También contribuye al debate acerca de la conflictiva relación entre lucha armada y lucha gremial. El trabajo de Lorenz se aleja de miradas simplistas –tanto aquellas que en la actualidad idealizan o demonizan las luchas y experiencias del movimiento obrero en

los años 70– y arroja luz sobre un período histórico que todavía no ha sido del todo problematizado.

Leandro Molinaro (UBA)

* * *

Javier Salcedo, *Los Montoneros del barrio*, Buenos Aires, Eduntref, 2011, 336 pp.

En la historiografía argentina existen algunos trabajos que por renovar los puntos de vista en torno a un antiguo objeto, o bien por descubrir uno nuevo, dejan una profunda huella y se convierten en libros canónicos. A su amparo protector florecen líneas de investigación, se validan proyectos de tesis y se desbrozan terrenos incultos del pasado, para convertirlos en fértiles campos de estudio. *Revolución y guerra*, de Tulio Halperin Donghi, *La vieja guardia sindical*, de Juan Carlos Torre, y *Soldados de Perón*, de Richard Gillespie, son algunos ejemplos de estas obras seminales que se convirtieron en algo similar a la noción de paradigma diseñada por Thomas Kuhn. Particularmente, el trabajo de Gillespie ofreció durante varios años un modelo ejemplar para determinar problemas y soluciones provisorias en torno a la historia de la organización político-militar Montoneros. A partir de la llegada a las librerías argentinas de *Soldados de Perón*, poco a poco se cristalizaron un conjunto de supuestos derivados de la investigación de campo, que se desarrolló prácticamente al filo de los acontecimientos. Aún así, en el prólogo a la segunda edición en español de 1998, el historiador británico afirmaba que no había modificado su tesis fundamental, y que la seguía considerando válida para explicar el surgimiento y la derrota de Montoneros. ¿Cuál es la tesis que menciona el prólogo? Para Gillespie, los Montoneros echaron raíces en las capas medias de la sociedad argentina, pero por su origen pequeño burgués no pudieron o no quisieron insertarse en la clase obrera, decisión que finalmente resultaría fatal para los propósitos de la organización armada. A partir de este supuesto se explicaban distintos aspectos de su organización, como la militarización de sus cuadros y la tardía inserción en la clase obrera a partir de la creación de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) en 1973.

El trabajo de Javier Salcedo tiene el mérito de atreverse a cuestionar algunos de estos planteos iniciales, revisando el caso de los Montoneros de la localidad de Moreno, una experiencia escasamente conocida en el campo de los estudios sobre la izquierda peronista. El libro comparte una filiación común con las investigaciones de Lucas Lanusse sobre los orígenes de Montoneros, de Cristina Viano sobre la formación de Montoneros en Rosario, y de Horacio Robles sobre la Juventud Pero-

nista de La Plata, entre otros aportes. El denominador común de estas pesquisas es que ponen en crisis los supuestos más débiles o menos explorados de la obra de Gillespie, como los antecedentes de los primeros dirigentes montoneros en agrupaciones nacionalistas de derecha, los análisis de casos regionales, o bien la dinámica y composición de los frentes de masas de la organización guerrillera. Salcedo estudia la trayectoria de las organizaciones locales que confluían en Montoneros entre 1968 y 1974, fecha que marca la ruptura entre la conducción montonera y los militantes de Moreno, que se reagruparían en la Juventud Peronista Lealtad. El problema que orienta la investigación consiste en determinar por qué varios jóvenes de extracción obrera, y antiguos protagonistas de la resistencia peronista que militaban en Moreno se sumaron a Montoneros, articulando el trabajo de base con la práctica armada, y vinculándose a activistas provenientes de las capas medias de la sociedad argentina.

La estructura del libro se divide en nueve capítulos, ordenados cronológicamente: en el primero, “Los márgenes”, se describe el contexto nacional e internacional del surgimiento de la guerrilla en Argentina; en el segundo capítulo, “Los orígenes”, se analiza la formación de los Montoneros de Moreno a partir de la sección local de la Asociación Obrera Textil (AOT), de militantes barriales cercanos a la conducción del gremio que se agruparon en la Juventud Peronista de Combate, de algunos integrantes de la Central de Operaciones de la Resistencia (COR) y por último de jóvenes activistas provenientes de los grupos fundadores de Montoneros. El tercer capítulo, “Montoneros de Moreno”, explora las primeras acciones realizadas a partir de la fusión de la militancia local con los grupos fundadores de Montoneros. En el cuarto capítulo, “Luche y vuelve”, se estudia la integración de los montoneros de Moreno a la Juventud Peronista Regionales, su participación en el “Merlazo” del 1ro de mayo de 1972, y los primeros roces con la conducción montonera por la creación de la JTP. El quinto capítulo, “Cámpora al gobierno”, trata de la inscripción de los Montoneros de Moreno en los procesos electorales nacionales y locales, así como su rol en las tomas de establecimientos públicos y privados del barrio. El sexto capítulo, “Perón al poder”, marca el mayor nivel de conflictividad entre los militantes locales y la conducción, que detona gracias al enfrentamiento entre Perón y los Montoneros, pero también a causa de la fusión con las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). El séptimo capítulo, “El Mamotreto”, trata sobre un misterioso documento del que no se conservarían copias, cuya discusión precipitó la ruptura entre los militantes de Moreno y los dirigentes montoneros. El octavo capítulo, “¿Ni yankis ni marxistas?”, exhuma un documento producido por los Montoneros de Moreno en respuesta al Mamotreto, mientras que en el último capítulo se aborda la

inserción de los militantes del barrio en la Juventud Peronista Lealtad, a través de su propia agrupación, “Soldados de Perón”.

La investigación de Javier Salcedo, debido a la originalidad de su objeto y a lo minucioso de su reconstrucción del ámbito local, provoca preguntas antes que críticas. Metodológicamente, el trabajo descansa en buena medida en las entrevistas realizadas a los militantes de Moreno, debido a que entre 1968 y 1974, solamente se publicaron dos documentos del mismo núcleo de activistas. Por eso, las preguntas giran en torno a las versiones que aportan las entrevistas, y los resultados casi siempre coinciden en subrayar el maquiavelismo y la manipulación de la conducción nacional de Montoneros, en la misma línea de los testimonios. En este punto cabe recordar que la historia reciente trabaja sobre un sujeto de estudio que interviene de manera inconsciente o deliberada en la configuración de su propio pasado, borrando huellas incómodas o bien testimoniando no desde los cortes, las rupturas y los traumas de ayer, sino de su propia racionalización *ex post facto*. Un ejemplo de este problema aparece con la supuesta campaña de autoatentados realizada por Montoneros, según el autor, entre fines de 1973 y comienzos de 1974. Por más verosímil que sea esta versión, lo relevante es que se la confirma a partir de tres testimonios, sin llegar a la necesaria saturación que recomienda la metodología de la historia oral. Otro interrogante es cómo saltar de la particularidad del caso local a la dimensión nacional de la organización: en *Los Montoneros del barrio* los comportamientos organizacionales más generales se explican a partir de la dinámica local de Moreno, argumentando que no es posible estudiar a los Montoneros como un todo. Habida cuenta de los beneficios que trae este movimiento de detotalización por la multiplicación de los estudios de caso locales y provinciales, lo que todavía nos falta es justamente una “historia total” de los Montoneros, capaz de reconstruir la lógica de funcionamiento nacional desde las dinámicas locales y provinciales, así como anudar las diferentes etapas de la organización, desde los orígenes hasta la Contraofensiva de 1979-1980. Situado en esa secuencia, *Los Montoneros del barrio* puede ser visto como un eslabón necesario de una historia que todavía no ha sido recorrida en toda su dimensión.

Esteban Campos (UBA - CONICET)

* * *

Leonardo Padura, *El hombre que amaba a los perros*, Buenos Aires, Tusquets, 2009, 768 pp. (reed. 2012).

“La vida [...] es más ancha que la historia”, parafrasea Leonardo

Padura a Gregorio Marañón en las páginas iniciales de *El hombre que amaba a los perros*, novela publicada en 2009 y que ha gozado, hasta el momento, de un rotundo éxito de ventas en las librerías comerciales, alcanzando varias ediciones y reediciones así como también reportado a su autor numerosos premios, menciones y reconocimientos a nivel mundial.

Novela histórica con elementos de ficción, ficción con trasfondo histórico o, aunque menos sea, reconstrucción literaria de tres trayectorias de vida, la obra del escritor cubano presenta una dosis alta de las grandes ideas políticas que guiaron la revolución bolchevique de 1917, junto al espíritu de una época convulsionada, signada por las crisis, las guerras y las revoluciones.

Y quién mejor para hacerlo que el periodista de oficio, guionista, cuentista y conspicuo novelista policiaco, Leonardo Padura, de fama notable en el mundo literario gracias a su desordenado y descontento personaje, frecuentemente borracho y que “arrastraba una melancolía”, el detective Mario Conde, protagonista de la tetralogía de novelas “Cuatro estaciones”. Al decir de Padura, “No es que sea mi *alter ego*, pero sí ha sido la manera que yo he tenido de interpretar y reflejar la realidad cubana”. Algo similar sucede con *El hombre que amaba a los perros*.

De principio a fin, la lectura de cada capítulo alterna de modo casi adictivo las historias cruzadas de los personajes, haciendo que el tránsito por terminar esta novela se torne un frenesí hacia su completitud. Es que *el planeta sin visado* de Trotsky en Alma Atá, hacia 1929, y la condena de la burocracia soviética al exilio permanente (capítulo final de *Mi vida*, recientemente reeditado por ediciones IPS) es el puntapié inicial para recorrer varios de los episodios más decisivos de la lucha de clases mundial durante el siglo XX. Son narrados, entre otros, la burocratización del estado soviético, las purgas estalinistas, el estrangulamiento de la revolución española y, en fin, tal como caracterizó de forma global en su momento el propio Trotsky, el aborto de la más grande experiencia histórica de las masas en su conquista del poder político y la transición al socialismo.

Es significativa, a su vez, la recuperación de la dimensión personal y política que entraña la figura fáustica de Ramón Mercader, devolviendo, de esta manera, la historia a sus bases reales y concretas: ex agente del Partido Comunista español e hijo de una militante también comunista (Caridad Mercader), el sicario de Stalin se formará políticamente en su juventud masacrando a los militantes del frente revolucionario, durante el transcurso de la guerra civil española. En este sentido, el voltaje mayor de la obra está centrado, indudablemente, en la experiencia personal, formación y desarrollo de un cuadro político contrarrevolucionario vuelto asesino serial y la nube de móviles y pensamientos que

atravesan su cotidianeidad más inmediata. Así aparece el juicio de los acontecimientos históricos a través del prisma vital de Mercader, quien acecha de modo cada vez más cercano a su víctima, combinando exquisitamente una pieza de literatura policiaca con su contraparte histórico-revolucionaria.

Quizás en este último reducto es donde Padura logra el mayor toque de originalidad al trazar el cuadro más mundano del conjunto de condiciones que rodearon el aislamiento y exilio político forzado de León Trotsky en México. En efecto, allí donde se detiene la autobiografía del dirigente bolchevique es donde Leonardo Padura busca profundizar una faceta del revolucionario ruso que raya, en muchos casos, el rotundo sentimentalismo o la mera acusación de frases extraídas, de modo simplista, de cualquier publicación de corte liberal sobre la revolución rusa. No obstante lo cual, no deja de ser interesante la revisión de algunos acontecimientos significativos en el tramo final de la vida de Trotsky, tales como el tan afamado y proclamado *affaire* con Frida Khalo, esposa del muralista Diego Rivera quien, justamente, le prestaba asilo en su propio hogar, tanto a él como a su familia, o la constante peregrinación por la morada azteca de trotskistas desorientados y admiradores circunstanciales.

En realidad, sucede lo que con toda novela histórica-ficcional: el autor, finalmente, comienza a tomar, entre sutil y groseramente, una posición definida a favor de una determinada visión de la historia, lo cual implica un planteo político implícito e inmanente, o sea, aquella batería de formulaciones que se derivan del supuesto papel constitutivo y constituyente de la violencia (tanto material como política) que habría sido puesto en juego desde un primer momento de la revolución, tanto por Lenin y Trotsky, como, luego de 1924, definitivamente por Stalin. Existiría una ligazón fundamental entre totalitarismo, centralismo democrático y estado soviético (junto a su antítesis necesaria: la democracia burguesa) que convierte, a este último, en una suerte de capitalista colectivo que operaría por fuera de las relaciones concretas entre las personas, es decir, desconociendo la acción política de las masas y el carácter realmente de gendarme que informó al régimen político estalinista.

Más allá de estas deformaciones, se insinúa el debate más trascendente que queda planteado a la muerte de Trotsky, es decir, la lucha política por imponer una caracterización determinada sobre el porvenir de la revolución mundial y, particularmente, una homogeneidad política en torno al contenido y razón de ser respecto de las fuerzas sociales tendientes hacia la contrarrevolución política y la restauración capitalista.

Por último, claramente la tercera de las historias, acerca del joven

cubano marginado en su propio país y oprimido por el régimen castrista cubano, simula ser una suerte de confesión emocional y denuncia política del propio Padura más que un aporte específico al desarrollo de la trama, y uno mismo acabaría por quedar, muchas veces, preso del engorro por querer llegar al siguiente capítulo de Trotsky o de Mercader, si no fuera por los perros corriendo alrededor de la escena, los cuales nos recuerdan el título de la obra y la interesante propuesta de incorporar la relación con las mascotas de cada uno como singularidad aparte y parte ociosa (necesaria) de la vida cotidiana.

En líneas generales, se trata de un *racconto* por lo demás atrapante, repleto de recursos literarios atractivos y diálogos inteligentes que se entremezclan sin solución de continuidad en un cauce más que llevadero. Claro está, queda como tarea pendiente al resto de las jóvenes y nuevas generaciones el someter estos planteos a una crítica tenaz e implacable sobre su actual vitalidad en relación al cuadro general de crisis mundial y barbarie capitalista. Retomando la famosa expresión del historiador francés Lucien Febvre: “La historia cosecha los acontecimientos del pasado, amplificándolos o no en función de las necesidades presentes. Es en función de la vida que interroga a la muerte”.

Walter L. Koppmann (UBA)

* * *

Gonzalo Pérez Álvarez, *Patagonia. Conflictividad social y neoliberalismo. El noroeste de Chubut (1990-2005)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013, 358 pp.

El período de aplicación de las políticas neoliberales en nuestro país y el conflicto social que caracterizó a la década del 90 ha supuesto para la historiografía reciente un primer desafío de enfoque cuyo núcleo heurístico podríamos resumir brevemente en los intentos de acercar respuestas a la relación de las radicales transformaciones estructurales que se verificaron en el período menemista y una explicación de la morfología que el conflicto social fue adoptando con centralidad en la combatividad obrera. La pretensión se complejiza a la hora de pensar dicha relación tratando de adoptar una metodología que desde el marxismo sustente un análisis objetivo basado en presupuestos científicos. Si le sumamos la estrategia de depositar la mirada del historiador tratando de articular los diagnósticos de la etapa en términos nacionales con lo acontecido en una región determinada el cuadro teórico metodológico nos coloca ante una apuesta aún más desafiante. El trabajo del investigador Gonzalo Pérez Álvarez sobre los conflictos sociales en la región noreste chubu-

tense recoge ese guante, sostenido principalmente en las observaciones teóricas y empíricas de casi 15 años del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA), al cual el autor pertenece. El resultado es un estudio concienzudo de investigación producto visible de su tesis doctoral, donde se pretende construir la relación entre cambios estructurales y conflictos sociales tratando de escapar de los análisis fragmentados e intentando analizar el proceso histórico total en una región y un momento histórico determinados.

Desde el punto de vista de los cambios en la estructura socioeconómica ocurridos en el período 1990-2005, Pérez Álvarez caracteriza el periodo como el del pasaje de una estrategia capitalista industrial de acumulación basada en los denominados “polos de desarrollo”, solventados principalmente por la inversión estatal (particularmente notable en las regiones industriales de la Patagonia), hacia un capitalismo profundizado y homogeneizador a escala nacional y transnacional comandados por las estrategias de acumulación del capital financiero. Discute aquí, con argumentos bastante convincentes, varias hipótesis provenientes de los diagnósticos económicos del grupo Fenix (en particular los de Basulado y Azpiazu) que, haciéndose eco de un consenso generalizado en las ciencias sociales, plantearon una supuesta “desindustrialización” y el “retiro” del Estado de la planificación económica como una de las consecuencias más severas de las políticas neoliberales aplicadas. Sobre el primer aspecto, el autor contra argumenta que bajo el comando del capital financiero las estructuras socioeconómicas regional y nacional tendieron a converger, verificándose una concentración y una centralización de la propiedad y la riqueza, una pauperización y proletarización de las masas y un incremento exponencial de la productividad global de las empresas. El Estado, por su parte, lejos de retirarse del escenario, se encuadró claramente detrás de la estrategia de los grupos industriales y financieros más concentrados (acontecimientos verificados tanto a nivel regional como nacional), facilitando exacciones impositivas y flexibilizando a través de la ley las relaciones laborales.

¿Qué clases o fracciones de las mismas protagonizan el conflicto social en la región estudiada durante el período 1990-2005? Frente a las posiciones más derrotistas imperante en los años 90 que tendían a sustituir la lucha de la clase obrera (con sus diversos clivajes) por una serie indeterminada de movimientos sociales, el autor, apoyándose en análisis cuantitativos y cualitativos del observatorio de conflictos, demuestra que ante la ofensiva del capital desatada por las políticas neoliberales fue el proletariado chubutense de las industrias, textiles, metalúrgicas, pesquera, conjuntamente con los trabajadores estatales, los que en el primer ciclo (1991-1993) de luchas callejeras y huelgas se movilizó tratando de impedir los despidos masivos. Pérez Álvarez critica

y descarta la idea de “excepcionalidad” (otro de los tópicos del análisis sociológico que tendieron a la fragmentación de las interpretaciones) de las formas de lucha, la periodización de las alzas y bajas del conflicto y los sujetos movilizados en el noroeste de Chubut con respecto a la escala nacional, y analiza pormenorizadamente a las organizaciones de trabajadores desocupados que caracterizaron el segundo ciclo de luchas (1993-1997), para luego confluir en el ciclo más conflictivo y antagonista frente a las políticas neoliberales (1997-2002), donde todo el espectro laboral (ocupados y desocupados, estatales y privados) fue encontrando fórmulas más características de la etapa para resistir a través de los piquetes de fábrica y los cortes de ruta, cuyo desenlace fue la rebelión popular de finales del 2001. La periodización se cierra con un diagnóstico sobre el ciclo 2002-2005 en que la tajante división entre ocupados y desocupados comienza a revertirse por la importancia que comienzan a tener nuevamente los conflictos en los lugares de trabajo y no tanto en los territorios y los barrios ¿Será caso este último ciclo analizado el comienzo de una etapa de acumulación capitalista diferente que algunos autores caracterizan como “neodesarrollista”, la etapa del gobierno de Néstor Kirchner? En este sentido el trabajo es un poco difuso a la hora de plantear los argumentos sobre el cierre o la continuación de la etapa estudiada.

Una tercera y última serie de preguntas e hipótesis a las que se aboca la investigación concierne a dar una explicación en torno al nivel de conciencia de la clase obrera chubutense teniendo en cuenta la derrota y adaptación de las organizaciones sindicales por un lado y las de trabajadores desocupados por el otro. La explicación histórica central de esta serie de apartados se concentra en la idea de que el proletariado de la región (y una vez más en consonancia con un diagnóstico de alcance nacional) no logró articular una estrategia y un espectro de alianzas de fracciones de clase suficientemente sólido que le permitiera salir de las reivindicaciones propias de una conciencia corporativista y una estrategia reformista, definidas éstas como las características de las etapas primarias de la conciencia y autonomía de la clase obrera, según la terminología gramsciana. A lo que el autor llama una “estrategia reformista burguesa” de los sindicatos sólo se le opuso una “estrategia reformista obrera”, protagonizada por algunas organizaciones de desocupados y por activistas obreros contrarios a las dirigencias sindicales que afloró sobre todo en el tercer ciclo descrito pero que no dejó de ser corporativista en sus planteos estratégicos. El trabajo aporta un polémico planteo histórico-metodológico al criticar las perspectivas que explican la adopción de una estrategia reformista burguesa, en alianza con las empresas de cada una de las ramas que sostuvieron las dirigencias sindicales (pesqueros y textiles), sólo por la

idea de la traición de las burocracias sindicales, sobre todo en el primer ciclo de luchas: Pérez Álvarez, por el contrario, cree que esta perspectiva es limitada y no tiene en cuenta el pensamiento más estructural de la mayoría de los trabajadores (explícito en los testimonios que el autor recoge de activistas y militantes ocupados y desocupados) y que remite a una tradición sindical obrera que explicaría más allá del obrar de los dirigentes las dificultades para estructurar estrategias políticas antagónicas del conjunto de la clase.

Antonio Oliva (UNR)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 1

AGOTADO
Disponible en
nuestra página web

Dossier: “Movimiento obrero e izquierda en la Argentina (1880-1950)”: • Socialismo y anarquismo en la formación de la clase obrera, por *Lucas Poy* • Sindicalismo revolucionario, trabajadores marítimos e historiografía, por *Laura Caruso* • Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero, por *Hernán Camarero* • La izquierda y la organización sindical en el lugar de trabajo, por *Diego Ceruso* • Los orígenes del trotskismo, por *Alicia Rojo*

Artículos: • El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920), por *Constanza Bosch Alessio y Daniel Gaido* • Flora Tristán: su papel en la constitución del socialismo y de la clase obrera francesa, por *Hernán Díaz*

Perfiles: • David Montgomery (1927-2011), por *Ludmila Scheinkman*

Documentos: • Karl Marx sobre la dictadura del proletariado, 1850, por *Manuel Quiroga y Daniel Gaido*

Nº 2

Dossier: “La hidra que renace: lucha obrera y militancia antiburocrática, del peronismo a la actualidad”: • Orígenes del peronismo: la conformación de la Asociación Obrera Textil, por *Marcos Schiavi* • Organizaciones de base del movimiento obrero argentino (1955-1973), por *Alejandro Schneider* • La ocupación obrera de la planta Ford de General Pacheco en 1985, por *Leandro Molinaro* • Los sindicatos en la Argentina kirchnerista, por *Paula Varela*

Artículos: • La Federación Nacional de Industria Pesquera de la CNT, por *Dionísio Pereira* • El PC y la dictadura militar argentina (1976-1983), por *Natalia Casola* • **Perfiles:** • Georges Haupt, por *Hernán Camarero*

Nº 3

Dossier: “Ideas y compromiso político: intelectuales e izquierda en la Argentina”: • Milciades Peña, por *Hernán Camarero* • Dardo Cúneo, por *Carlos M. Herrera* • Ernesto Laclau, por *Omar Acha*

Artículos: • La crítica del sindicalismo revolucionario argentino al parlamentarismo, por *Alejandro Belkin* • La represión política a los anarquistas en los años 30 en Río Negro, por *Graciela N. Suárez*

Intervenciones: Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador, por *Daniel James*

Perfiles: • Ricardo Falcón, por *Lucas Poy*

